Vidas samuráis

Julia Sabina

Maribel ha terminado sus estudios en Madrid y no encuentra su sitio en un país que siente que le está fallando y que no le ofrece ninguna alternativa laboral ni vital. Esta situación, unida a un desengaño amoroso, la lleva a la localidad francesa de Lille, donde bajo el pretexto de preparar una tesis doctoral lucha como una auténtica samurái contra las dificultades que supone empezar de nuevo en una ciudad de la que apenas conoce el idioma. Allí la esperan los retos de una vida que aún no ha tenido que enfrentar por sí sola: encontrar vivienda, crear un nuevo entorno de amistades y descubrir otras maneras de enfocar el amor. En el transcurso de un año vivirá todo aquello que todavía no había experimentado, y lo más importante, Maribel deberá descubrir quién es y cuál es su lugar en el mundo.

Vidas samuráis es el debut literario de Julia Sabina, que con un lenguaje directo repleto de imágenes que se fijan en la retina por su gran sentido del humor, su frescura y su fuerza poética consigue hacer un retrato de una nueva generación lleno de vida y de verdad.

Julia Sabina

Vidas samuráis

ePub r1.0
Titivillus 11-03-2023

Título original: *Vidas samuráis*
Julia Sabina, 2020
Ilustración de cubierta: Petra Braun
Colección: Áncora & Delfín, n.º 1508

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mi madre

El huevo, el nido, la casa, la patria, el universo.

VICTOR HUGO, *Notre-Dame de París*

1

El tren Eurostar tarda dos horas y veinte minutos en llegar de la estación del Norte de París a Londres. Realiza parte del recorrido bajo el mar, por un túnel que atraviesa el canal de la Mancha. Pero antes de meterse en el túnel se detiene unos minutos en una ciudad del norte llamada Lille. Ese era mi destino.

Nada más bajarme en la estación de Lille Europe me di cuenta de que había perdido la dirección de la residencia de estudiantes en la que iba a alojarme. Y, además, el móvil no tenía red. Así que era urgente encontrar algún ordenador para conectarme. Acababa de empezar el mes de septiembre. El viento me golpeaba los ojos y caían unas gotas tan gordas y pesadas como huevos estrellándose contra la ciudad. La gente, vestida de negro, caminaba rápidamente mirando al suelo. Callejeé con la maleta a rastras en busca de algún locutorio hasta que llegué a una plaza enorme llamada Charles de Gaulle, rodeada por edificios de ladrillo con fachadas belgas. En mitad de la plaza se elevaba una columna robusta y encima de ella la estatua de una mujer tapada con una simple tela que nos miraba con cara de asco. También había una sucursal de Crédit Agricole, una relojería, varias *boutique*, cafeterías y una panadería que inundaba la calle de olor a bizcocho y cuyo interior visto desde fuera parecía el salón de un palacio decorado con madera oscura y ribetes dorados.

Al salir de la plaza, me adentré en las calles adyacentes, más sombrías, hasta que encontré un locutorio. La luz azulada iluminaba unas paredes con carteles envejecidos que indicaban el precio que costaba llamar a Níger, Senegal o Chad. Estaba lleno de gente. Hacía mucho calor y olía a sudor. Alguien gritaba en una de las cabinas telefónicas. Pedí un ordenador y me adjudicaron el número cinco. A mi lado, un hombre de unos setenta años, con un abrigo negro muy viejo cubierto de caspa y pelotillas y con pelo gris y

graso, contemplaba con éxtasis imágenes de una chica joven y rubia con pegotes de rímel en las pestañas mamando pollas de varios tíos y que, tras beberse sus corridas, sonreía hacia la cámara. En el *e-mail* que me habían mandado de la residencia me explicaban que debía bajarme en la estación de metro Quatre Cantons, situada en una ciudad dormitorio pegada a Lille llamada Villeneuve d'Ascq.

Las baldosas de las paredes de Quatre Cantons eran amarillas y rojas, pero no eran alegres a pesar de tener colores llamativos. Una zona radicalmente diferente al centro. La maleta, la mochila, las botas y el anorak mojados me pesaban más y más a cada paso. Por fin había parado de llover, y estaba tan agotada de dar vueltas por ahí que me detuve a observar los enormes edificios de viviendas, que convivían con pequeñas casas familiares. Daba la sensación de que esa ciudad tuvo tiempos mejores pero que, de repente, se había quedado paralizada y envejecía como un matrimonio ante el televisor. Debía de tener cara de desorientada o de desesperada porque un chico un poco rechoncho, con una cazadora de cuero desabrochada, se acercó a mí y se ofreció a ayudarme con la maleta. No sé muy bien de dónde había salido. Quizá era un enviado del cielo dispuesto a socorrerme.

Se le marcaban las tetillas bajo el jersey de lana y llevaba el pelo un poco largo y echado hacia atrás. Aunque debía de tener mi edad, ya se le pronunciaban las entradas, así que era fácil imaginarse cómo sería a los cuarenta años. Con más entradas, con el pelo más largo, oliendo peor. Aun así, suponía una señal de bienvenida. Le pregunté por la dirección de la residencia. Se trataba de un momento trascendental: iba a mantener una conversación en francés por primera vez con alguien que no fuese un profesor de academia de idiomas. Mi acento nos asustó a los dos. Entonces él habló. Qué maravilla. No podía creerme que ese chico, con un aspecto tan tosco que podría haber salido de un bar de *hooligans* de Liverpool, tuviese esa voz que sonaba a libélulas susurrando, a fresas salvajes, a cabello de ángel en la boca. Él tampoco sabía dónde estaba la residencia. Cuando respondí, mis palabras sonaron de nuevo como si descarrilase un tren. En ese instante descubrí algo que me acompañaría durante el resto de mi aventura: la lengua española es una bestia con púas y garras. Una bestia encerrada y

hambrienta que sale en estallidos de libertad con forma de rrrrrr o de jjjjjjjjj. No la puedes vestir con el encaje de seda de la lengua francesa sin que sus movimientos bruscos lo destrocen. Pero, a pesar de mis problemas intentando pronunciar unas frases muy obvias, conseguí hacerme entender. Estaba tan feliz por ello que lo miré a los ojos con todo el candor que me quedaba en el cuerpo, y él me correspondió entusiasmado. Caminamos y caminamos entre edificios inquietantemente vacíos hasta que encontramos la residencia.

Era una construcción de hormigón con una cristalera en la entrada. El chico de las tetillas entró en el vestíbulo, y yo detrás de él como una niña sigue a sus padres, como si el hecho de llegar allí no tuviese nada que ver conmigo.

En la conserjería una mujer de unos cincuenta y cinco años, de pelo corto, rizado y rubio y ojos azules y cansados, en lugar de saludarme me analizó seriamente. Intenté hablar con ella en francés. Me dijo que no me entendía, por lo que el hecho de que me comprendiesen o no empezaba a parecer bastante aleatorio. Medio por señas conseguí que me entregase la llave. Las cuestiones de dinero, sin embargo, se pillan al vuelo. Me indicó que al día siguiente sin falta pagase la fianza. Mientras tanto, el chico que me había ayudado a transportar la maleta me metió la mano por debajo de la camiseta. Por un momento sentí sus dedos suaves en mi cintura desnuda. La mujer sonreía. Me giré contrariada. Pero el chaval se empeñaba en subir la maleta a mi cuarto. No se dio por vencido ante mi negativa y hubo un tira y afloja, con ambos agarrando el asa de la maleta y tirando con fuerza, hasta que él terminó por garabatear su número de teléfono en un papel. Todavía debo de tenerlo guardado en algún sitio.

La residencia era laberíntica y, como estaban cambiando el sistema eléctrico del edificio, había escombros y cables por todas partes. Una vez que llegué al piso que me correspondía, caminé por un pasillo oscuro, subí otras escaleras, esta vez de caracol, me adentré por otro pasillo, también oscuro, bajé otras escaleras de caracol, llegué a otro pasillo… En todo el recorrido no me crucé con nadie. Finalmente desemboqué en una puerta de madera contrachapada de color pino claro con el número 215, el de mi habitación. En el cuarto había dos camas con mantas de cuadros

escoceses, un poco viejas, alisadas y dobladas pulcramente. Me habían avisado de que tenía que compartir la habitación con otra chica, pero que todavía no había llegado.

Por fin me había marchado de Madrid. Era libre. Me senté en la cama. Miré a través de la ventana. Había anochecido totalmente, y el viento movía las ramas del único árbol que tenía enfrente. El cuarto estaba amueblado con una mesa de conglomerado desconchada con espacio para dos personas, dos sillas y un par de baldas blancas donde colocar los libros y un lavabo con un minifluorescente encima que no funcionaba. El suelo, de plástico que imitaba al granito, estaba levantado por los laterales. Una de las baldas tenía una marca de quemado, seguramente de una vela. Se trataba de la señal de que otra persona, en otro momento, había hecho de esa habitación su hogar. Yo debía seguir su ejemplo. De momento no tenía conexión a internet y al otro lado de la puerta no se oía nada. Parecía que no hubiera nadie más viviendo en esa residencia. Al abrir la maleta, la cremallera sonó como una sierra eléctrica. Poco a poco, fui decidiendo dónde colocar los jerséis, los calcetines, la ropa interior, los libros… También colgué en la pared un cartel de *Al final de la escapada*, de Godard, en el que Jean Seberg y
Jean-Paul
Belmondo se miran con la complicidad característica de haber tenido buen sexo tapados con unas sábanas muy limpias. Precisamente esa película me había animado a pedir la beca en Francia. En algún momento absurdo pensé que también yo podría ser una americana dulce que vendía periódicos por los Campos Elíseos. Cuando terminé de colocarlo todo, caí en la cuenta de que al día siguiente no estaría ni con mi familia ni con mis amigos, que ahí era donde iba a vivir. Pensé en Felipe. Quería llamarlo, pero me habían recomendado alejarme de él. Hacía solo unos meses, bueno, en realidad casi un año, pero me parecían solo dos meses, bueno, en realidad me parecía como si no hiciera más que unos días que nos habíamos sentado en una terraza del barrio de La Latina a tomar unas cervezas. Me agradeció todo lo que había hecho para ayudarlo a salir de la depresión, ya se encontraba mucho mejor. Fue al abrazarme alegrándose de que lo hubiese entendido todo cuando comprendí que me estaba dejando. Parecía aliviado, incluso

satisfecho, mientras que conmigo se ensañaban a picotazos todos los mosquitos presentes, pasados y futuros de Madrid.

Me tumbé en la cama y me puse a leer hasta que me dormí. Me desperté desubicada, miré a todos lados, a las paredes blancas y a la cortina gruesa, de un color entre amarillo por un lado y marrón por el otro, que tapaba la ventana. La descorrí. Era por la mañana y parecía de noche. Llovía. Acababa de empezar el mes de septiembre y hacía dos días iba con minifalda y gorra para protegerme del sol y caminaba pegada a las paredes, el único sitio con un poco de sombra.

2

El proyecto de tesis doctoral que me había permitido mudarme a Francia llevaba por título *Heurística de la paradoja del capitalismo artístico y la Torre Eiffel*. Mi objetivo principal no era hacer una tesis, sino marcharme de Madrid. Encontrar otra ciudad en la que encajara mejor. Había estudiado Historia del Arte, que no suele ser la manera idónea de garantizarse un futuro laboral, aun sin existir una crisis económica coleando. Así que yo quería disfrutar, tener aventuras y conseguir un trabajo. Por esta razón, cuando descubrí unas becas internacionales para marcharse —para huir— al extranjero, escribí un texto incomprensible pero que sonaba bien titulado *Heurística de la paradoja del capitalismo artístico y la Torre Eiffel*. El proyecto explicaba, a grandes rasgos, en qué consistiría mi tesis doctoral. Añadí lo de «y la torre Eiffel» porque quería irme a París, pero también pedí otra beca en la que sustituí «y la Torre Eiffel» por «y el Empire State Building» para irme a Nueva York, y otra en la que titulé la propuesta *Heurística de la paradoja del capitalismo artístico y el Cristo del Corcovado* para Río de Janeiro. Esa sería la llave que me abriría la puerta al mundo.

Para mi asombro, me concedieron la beca, aunque no para ir a París, como había deseado, sino a Lille. Me pareció una buena continuación para una vida como la mía, que siempre había estado en las periferias de donde realmente se debía estar. No era mucho dinero, lo suficiente para empezar algo nuevo. Además, a esta pequeña ayuda se unió otra familiar. Mi abuelo, en cuanto supo que me marchaba, decidió adelantarme la herencia: «para que no pases las penurias que tuve que pasar yo». Me emocionó porque era algo tacaño. Aunque era poco, entre una cosa y otra podría estar tranquila algún tiempo si no hacía excesos.

En realidad, había contado con que no me concediesen la beca y

quejarme de mi suerte para siempre, y ahora resultaba que ya no podía echarme atrás, no había nada que me retuviese, a no ser que… Salí a la calle. Llamé a Felipe. Era el punto final, el momento en el que él vendría corriendo para evitar que me fuese de Madrid, en el que se daría cuenta de que teníamos que estar juntos. Aún disponía de un día para aceptar la beca o rechazarla. Si Felipe me pedía que me quedase lo haría. Lamentablemente, no respondió a mi llamada y me encontraba tan absorbida por esta historia de amor que no me había enterado de que iba a producirse un eclipse de sol, que me pilló caminando fuera de mí con el móvil en la mano, mientras la gente alzaba la cara al cielo con radiografías y gafas con monturas de cartón para no quemarse los ojos. A mí me importaba una mierda que la Luna tapara al Sol. Solo quería que me llamara Felipe en medio de ese ambiente gris y vacío que deja un eclipse. No hay nada más agobiante que los medios de comunicación empeñándose en informar sobre un gran acontecimiento cósmico que va a suceder. Como poder ver el cometa Halley cada setenta y cinco años. Solo una vez en la vida. Dos veces si tienes suerte. Ninguna si no tienes suerte. O una lluvia de alfa centáuridas. Si se te pasa, hala, a esperar al año que viene. O setenta y cinco años. Y si consigo asistir a tal acontecimiento, nada de lo yo que pueda hacer para honrarlo estará a la altura de lo que el universo me ofrece. Ese era el Madrid que quedaba para mí. Nada me retenía, o quizá me estaban echando.

Había llegado a Lille antes de que empezaran los seminarios, por lo que aproveché la primera semana de septiembre para trámites administrativos. Desde que bajé del Eurostar en Lille tuve la sensación de que todo era de juguete. Como si un escenógrafo se hubiese dedicado a colocar el decorado antes de mi llegada. Los primeros días me parecía que las aceras, los parques y la basura no eran reales. También escribí a mi director de tesis, con el que había hablado a distancia, pero a quien no conocía todavía en persona. Le había interesado mucho el aspecto de la semiosis ilimitada de los signos, los objetos y los interpretantes del turismo y otros puntos sobre los que incidiríamos más adelante. Aunque era profesor en Lille, vivía en París, y como aún no había comenzado sus clases me recomendó que empezase a buscar bibliografía y asistiese a un seminario que ofrecía la universidad, donde enseñaban a los

doctorandos extranjeros a escribir y pensar en francés.

El trayecto más corto desde la residencia hasta la universidad discurría por un camino, paralelo a la autopista, de dos carriles, uno para los peatones y otro para las bicicletas, por donde circulaban únicamente los carteros de La Poste. El edificio en el que se impartía el seminario estaba presidido por una pintada: LES TEMPS MODERNES SONT SI DURES, los tiempos modernos son tan difíciles. No se quejaba, no gritaba, no convocaba a la huelga. *Les temps modernes sont si dures* era solo una afirmación escrita en la pared de un edificio cuadrado de color gris.

Madame Brutin, la profesora de las clases para aprender a pensar en francés, debía de tener alrededor de los sesenta años. Su piel era muy fina y llevaba el pelo, rubio y corto, revuelto y rodeado por varios pañuelos. Del cuello le colgaban unas pequeñas cadenas de oro que caían sobre su piel como filigranas de hadas. Nunca había visto a alguien a quien el oro le quedase tan poco ostentoso. De hecho, a pesar de todas las cosas que llevaba encima —telas, flores, joyas—, resultaba etérea. Pasaba con serenidad las hojas de unos libros muy usados rebuscando párrafos de filósofos y pensadores a los que había analizado, degustado, digerido…, y nos los recitaba en voz alta como si expulsara algún órgano de su cuerpo. Me la imaginaba en su casa, que seguramente olería a incienso, infusiones y raíces de jengibre, subrayando con cariño estas reflexiones que luego nos leía con tanta pasión.

El primer día del seminario entró dando un portazo y se colocó frente a la pizarra, sacó un texto impreso del bolsillo invisible de una falda larga con flores y muchos pliegues y nos leyó: «“Miro y creo ver, escucho y creo oír, me estudio a mí mismo y creo leer en el fondo de mi corazón. Pero cuanto veo y cuanto oigo del mundo exterior es simplemente lo que extraen de él mis sentidos para iluminar mi conducta. Lo que conozco de mí mismo es lo que afluye a la superficie, lo que toma parte en la acción”. Estas palabras son de Henri Bergson, de un ensayo sobre la risa que escribió en 1899».

Nos puso como deber leer ese libro que, aunque trataba sobre la risa, no era un libro demasiado alegre, la verdad, más bien te hacía querer ir a la orilla del mar, acercarte a las olas que rompían sobre la arena y observar la espuma que Bergson comparaba con la felicidad, cuyo sabor en realidad entraña una pequeña dosis de

amargura. Así que, en la segunda clase, *madame* Brutin nos hizo debatir sobre los límites del humor, una conversación al parecer recurrente desde los atentados de *Charlie Hebdo*. *Madame* Brutin, por primera vez, se quedó en silencio, mirándonos profundamente uno por uno, intentando encontrar en la mirada de alguno de nosotros algo que demostrase que no éramos completamente tontos.

—¿Qué caracteriza el pensamiento francés?

Silencio.

—¿Qué caracteriza el pensamiento francés? —repitió mientras nosotros pensábamos en cruasanes, acordeones, boinas y sexo guarro.

Madame Brutin dejó el texto que nos acababa de leer en la mesa y se apoyó sobre ella derrotada. Seguramente recordando a algunos alumnos del pasado a quienes impartir clase había tenido sentido: «Lo que caracteriza el pensamiento francés es la estructura. Nuestra escritura está muy estructurada. En Francia no podemos pensar sin estructura».

Luego se dedicó a explicar distintos tipos de estructura, y yo me entretuve mirando a través de la ventana el cielo de Lille. A la ciudad no le faltaban los colores, pero carecía de una luz amarilla que rebotara contra los objetos. Esta luz, blanca y lánguida, cortaba como un cuchillo y luego desaparecía entre las nubes. Nunca había pensado en el sol antes de mudarme allí. Como había vivido entre la costa mediterránea y Madrid, no fui consciente hasta entonces de que mi vida había estado muy iluminada, en el sentido menos religioso del término. La segunda sesión de este seminario había llegado a su término, y *madame* Brutin insistió en aquel tema de la estructura al que yo no había prestado ninguna atención: «No olvidéis que en el pensamiento francés hay partes, y las partes se dividen en subpartes. Es muy importante».

Este seminario supuso una pequeña rutina para mis primeros días y la rutina se convirtió en una especie de hogar en esa ciudad en la que nadie me esperaba. Sentía en cada poro de mi cuerpo lo que *madame* Brutin nos quería transmitir con lo que leía: «En el fondo, la fotografía es subversiva, y no cuando asusta, trastorna o incluso estigmatiza, sino cuando es pensativa». Intentaba reprimir mi emoción mientras ella leía fragmentos de textos como ese de Roland Barthes. A veces yo no lo entendía todo, pero *madame*

Brutin los recitaba con una música, con una pasión que conseguía ponerme los sentimientos a flor de piel en aquella aula aséptica e impersonal, limpiada con un detergente que había dejado un fuerte olor a pedo. Sin embargo, algo pasaba entre esas paredes porque las notas que me ponía a mí eran bastante más bajas que las de mis compañeros. Si me hubiese evaluado en sentimientos en vez de en comprensión, mis resultados habrían sido mejores.

Cuando terminaba la clase salía de allí como un feto expulsado del vientre de la madre: perdida y desnuda. Salir de la institución académica suponía el momento de la verdad, tenía que construir una nueva vida. Enfundada en mi abrigo, caminaba por las calles de los barrios céntricos de Lille, de nombres desconocidos hasta ahora: Vauban, Wazemmes, Moulins… Estos lugares, de ventanas al nivel de la calle, con salones dorados, habitaciones acogedoras y cocinas con olor a pastel cociéndose en el horno, eran territorios que debía conquistar. Durante aquellos paseos, admiraba las vidas de otros a través de las ventanas de las casas de ladrillo. De una de ellas salió música *jazz*. A través de la ventana vi que dentro había una chica de mi edad que leía, ligeramente tapada por una manta amarilla. Un chico le llevó una taza de té y se sonrieron. Yo los observaba bajo la lluvia y la noche. El gorro, la bufanda, los guantes y el abrigo se me iban empapando poco a poco. Era ahí, ahí estaba la felicidad, ahí estaba la vida que buscaba. Sería bonito vivir así, en uno de esos salones. Tenía la oportunidad de empezar de cero, de no cometer los errores del pasado. Podría disfrutar una vida como la de ellos. Sin embargo, la residencia de Villeneuve
d'Ascq
estaba lejos de eso, era la cueva donde los fantasmas nos reuníamos.

Al llegar a la residencia solía encontrarme con un grupo de chicos que se reunía alrededor de una mesa de *ping-pong*. Al pasar a su lado, me decían cosas, pero yo no los entendía bien porque hablaban en argot. Si les respondía imitaban mi acento. Cuando se aprende otro idioma, hay un momento al principio en que solo se comprende el lenguaje más elevado: *consecutivamente* es muy similar a *consécutivement*. En cambio, si alguien te dice *chatte*, no sabes de qué te habla porque no suena como *coño*. Solo los vi jugar al *ping-pong* un par de veces, el resto del tiempo simplemente estaban allí. No había chicas. Me las imaginaba en sus cuartos,

envueltas en la manta de cuadros escoceses que nos habían dado mientras leían los apuntes de los seminarios iluminadas por la luz del flexo.

El vestíbulo tenía una estructura octogonal. En cada pared, una puerta oscura conducía a un pasillo laberíntico por el que los estudiantes caminaban rápidamente hacia sus cuartos. Cuando trataba de hablar con ellos, se volvían hacia mí asustados o enojados. ¿Tan malo era mi acento? A lo largo de los pasillos había ventanas parecidas a las de los camarotes de los barcos, que permitían ver a la gente en las cocinas comunes como si se tratase de un documental de televisión. Hasta entonces solo había vivido con mis padres, mis abuelos y con Felipe, así que tenía muchas ganas de una residencia universitaria. La verdad es que me había imaginado mi vida allí de otra manera, con chicas rubias en *minishorts* y chavales musculados que bebían alcohol poniéndose un embudo en la boca mientras el resto los vitoreaba.

A mi primer amigo, un italiano vivaracho llamado Alessio, lo conocí en el seminario para aprender a pensar en francés. Era delgado, tenía la cabeza en forma de pera y hablaba mucho. Era gay y muy seguro de sí mismo, como si ya supiese el principio y el final de las cosas. Hablaba y hablaba en un idioma que iba inventándose, una mezcla entre italiano, francés e inglés que todos entendíamos, un milagro. Incluso había conseguido alquilar un apartamento en el centro, erigiéndose en el único de los doctorandos extranjeros que había logrado algo así.

Solíamos acudir juntos a la biblioteca. Releíamos los textos que nos había entregado *madame* Brutin y escribíamos una valoración personal, como ella nos pedía. A continuación, trabajábamos en nuestras tesis doctorales. Dejábamos bolígrafos y folios en nuestro sitio como señal de que estaba ocupado y nos dedicábamos a ir de estantería en estantería acumulando libros en los antebrazos. Luego nos sentábamos, hojeábamos un rato las páginas y decidíamos ir a fumarnos un cigarro. En uno de estos descansos conocimos a un grupo de franceses que también hacían su tesis doctoral. Entre ellos destacaba uno que llevaba un turbante hecho con la tela de una sábana vieja. Nos contó que, aunque hacía la tesis, en realidad era fotógrafo; fotógrafo de espaldas, para ser precisos. También había un doctorando en Filosofía muy atractivo, de hombros fuertes y

mirada bondadosa, que nos anunció que iba a abandonar los estudios para hacerse conductor de autobús por convicciones ideológicas. Y una chica, cuya tesis versaba sobre las cooperativas culturales en el Nord-Pas-de-Calais, nos explicó que había recorrido como autoestopista las carreteras de Estados Unidos y tocaba el violonchelo. De toda la gente que circulaba por allí, ellos parecían los más artísticos, apasionados y aventureros. Por eso Alessio sintió un flechazo y fue a por ellos. Les contó que, aunque él también estaba haciendo la tesis, su verdadera pasión era cantar. Ellos lo escuchaban atentos. Sin embargo, cada vez que yo intentaba hablar con alguno, en cuanto oían mi acento, inmediatamente reaccionaban diciendo: «Yo hablo un poquito español». Entonces comenzaba un monólogo de frases incoherentes en mi idioma a las que respondía por educación. Reaccionaban a mi acento como quien lo hace al tocar un hierro ardiendo, y, sin pensar, decían: «Yo hablo un poquito español». Uno a uno, todos los que iba conociendo practicaban su castellano conmigo. Y, poquito a poquito, yo seguía sin hablar francés, y pasaban los días sin mantener casi ninguna conversación normal con nadie, solo charlas en español sobre *playa, fiesta* y *siesta*, o sobre cualquier otra cosa que mi acento pudiese connotar. Y cuando intentaba hablar en francés me miraban intentando ver algo detrás de mis ojos, algo que no hallaban. Mi acento era como piedras en un manantial tranquilo. Mis labios no podían controlar esa violencia saliendo de mí como un *alien* que se hubiera metido en mi cuerpo. Porque ese bicho no era mío ni era yo, sino que era España rasgándose la camisa, y salía por mi boca en cada palabra, en cada susurro: era ese maldito folclore con el que tenía que cargar.

3

Villeneuve d'Ascq se situaba a las afueras de Lille y cuando el centro comercial cerraba, todo se apagaba y ya no quedaba nadie por la calle, a partir de las nueve o las diez de la noche parecía que hubiese toque de queda. Aun así, una noche decidí salir en busca de algún sitio donde comprar comida. A unos veinte minutos andando tuve la suerte de encontrar un Auchan, donde además de una lasaña congelada decidí comprarme un impermeable forrado de borrego. Nada de lo que tenía en mi armario me ayudaba a protegerme del viento y la lluvia de Lille. A mi regreso calentaría la cena en la cocina común e iría corriendo a mi refugio, en el que me esperaban los apuntes de los seminarios de *madame* Brutin.

Para volver a la residencia tenía que pasar por un puente de hormigón que cruzaba una autopista. El puente se zarandeaba levemente a medida que lo atravesaba y, desde lo más alto, se veían los coches circulando a toda velocidad. Las luces rojas iban en una dirección y las blancas, en otra. A ambos lados de la autopista se alineaban grandes edificios de pisos pintados de colores vivos, que hacían pensar en una guardería sin niños. Y empezó a caer aguanieve. El otoño, que acababa de comenzar, se presentaba muy invernal. Cerca de la residencia, me detuve a contemplar cómo el halo de una farola iluminaba esa lluvia singular, y un chico que andaba por la calle se detuvo junto a mí y me preguntó si vivía en la residencia. Le respondí que sí. También él, en una habitación del primer piso. Le dije que yo vivía en el segundo. Estaba contenta de conocer por fin a alguien. Caminamos juntos hacia la residencia entre risas. Me comentó que normalmente pasaba el rato viendo la tele en la sala de ocio. Aunque no dije nada, en ese momento supe que él no vivía en la residencia. Ya no había tele allí, se había roto de un pelotazo. El aire se cortó de repente. Empecé a caminar rápido, pero él me agarró con fuerza del brazo. Me desprendí

suavemente, intentando no cabrearlo y, a continuación, anduve más rápido hasta que, finalmente, comencé a correr. El chico fue detrás de mí. Conseguí entrar en la residencia. Intenté refugiarme tras una de las puertas del *hall*. Lo había perdido de vista, aunque seguro que también había entrado. Mucha gente entraba y salía sin que el conserje dijese nada. Miré a mi alrededor. Me acerqué a la puerta de entrada para ver la calle a través de los cristales. No sabía dónde estaba. Tal vez me vigilara desde alguna sombra. Me crucé de bruces con un residente con una perilla muy larga y con cara ancha que me miró con curiosidad. Nunca habíamos hablado, sin embargo me había fijado en él: era uno de los que había visto habitualmente alrededor de la mesa de *ping-pong*.

—¿Podrías acompañarme a mi cuarto? Creo que un chico me persigue.

—Eso es asunto tuyo —respondió secamente y se marchó.

Caminé en dirección a mi cuarto mirando hacia todas partes. Cuando entré me quedé escuchando con la oreja pegada a la puerta los pasos en el pasillo. Después me senté en la cama, sobre la manta con pelotillas y cuadros escoceses, y observé la puerta de contrachapado marrón. Esa puerta podía romperse en pedazos con una leve patada: mi existencia en el mundo quizá no fuera tan importante. Sonó el teléfono.

—¡Está nevando! —Era Alessio llamando desde el centro de la ciudad, donde la vida brillaba entre la felicidad, los neones y los escaparates—. Voy a salir a tomar algo con el grupo de franceses de la biblioteca, ¿vienes?

Contemplé el aguanieve con la esperanza de que el paisaje se tornase blanco. No llegó a cuajar. Por primera vez en mi vida no tenía una buena excusa para lanzarme al mundo. No había ninguna razón para salir corriendo por la puerta de casa, como me ocurría en Madrid, en ese planeta de huesos de aceituna en el suelo, de gente que habla alto, del estar fuera de sí, de la protección. Todo eso ya quedaba lejos. Y debía reconocer que hasta ese instante nunca había pensado realmente en trabajar en mi tesis porque lo primero, mi verdadero propósito, era construirme un lugar en Francia; pero no lo conseguía. ¿Cómo demostrar que no era culpa mía? Tampoco había conseguido hacerme un hueco en Madrid ni en la vida de Felipe, pero me reafirmé pensando una vez más que la

culpa no era mía, sino de esa mierda de ciudad y de esa mierda de tío. Me engañaba a mí misma.

—Me quedaré leyendo —respondí a Alessio.

Vinieron días de mucho frío. Se hacía de noche muy pronto. No quedaba otra opción que dejarme iluminar por el flexo de mi escritorio horas y horas. Releí el texto de la beca, repasé los artículos que nos había entregado *madame* Brutin y mis apuntes: «Hay que pensar en partes, y las partes tienen subpartes». No tenía ni idea de cómo empezar la tesis. Los amigos me escribían *e-mails* desde Madrid confesándome que me envidiaban, que ellos también querían marcharse al extranjero.

Esta reclusión forzada me ayudó a reparar en personas que me habían pasado desapercibidas, como una mujer de unos cincuenta y cinco años que se sentaba en la cocina a subrayar las ofertas de empleo de los periódicos. Aunque era una residencia de estudiantes, alguna gente vivía allí sin que la dirección lo supiese, no podían permitirse otro sitio. Creo que muchos chicos que frecuentaban la mesa de *ping-pong* ni siquiera dormían en la residencia. Fui tomando el hábito de preparar la cena en la cocina común para conversar. Allí conocí a Mohammed, que residía en el mismo pasillo que yo y cocinaba unos platos muy elaborados en unas placas que, en mi caso, solo estaban destinadas a pasta y arroz. Venía del sur de Marruecos y estudiaba Educación Infantil. Debía de tener unos treinta y tantos años y llevaba tres en la residencia. Una vez preparó té y nos lo tomamos en su cuarto. Tenía bastantes libros. Había decorado el suelo de plástico con una alfombra con el dibujo de un delfín azul dando un salto fuera del agua. Me fascinaba la manera en la que la espuma del mar había sido reproducida en lana apretada.

En una de las sesiones del seminario, *madame* Brutin decidió proyectar fragmentos de la película *La sociedad del espectáculo* de Guy Debord. Era una película muy profunda, muy intelectual, casi no era una película. Consistía en una yuxtaposición de fotografías en blanco y negro inconexas. Una voz en *off* de tono grave reflexionaba monótonamente sobre cada foto. En una se veía a unos jóvenes tomando unos vinos en un bar, y la voz en *off* decía: «Los jóvenes de todo el mundo han sido autorizados a elegir entre el amor y una unidad de recogida de basuras. En todo el mundo han

elegido la unidad de recogida de basuras». En otra, aparecía una familia en el salón de una casa. La voz en *off* se prolongaba como un taladrador. Quería comprender lo que decía, pero me encontraba en ese momento del aprendizaje de un idioma en el que solo entiendes lo que te están contando cuando escuchas atentamente, y la concentración dura muy poco. Así que, tras un cuarto de hora atendiendo la lánguida voz, pasé al agotamiento y la lengua que deseaba aprender se convirtió en una especie de música que me condujo al trance. Cuando aprendí a leer, siendo niña, sentí que de un día para otro los mensajes antes indescifrables de los carteles publicitarios eran de repente comprensibles. Lo que decían me desbordaba, las letras eran agresivas, ya no podía mirarlas sin evitar leerlas. Lo mismo me ocurrió más tarde con el francés. Una vez que lo asimilé, ya no pude dejarme llevar por su música, sino por el significado de las palabras, por lo que en cierto modo se perdió la magia del desconocimiento.

Además de ser profesora de universidad, *madame* Brutin era voluntaria en una asociación de sin papeles. Tenía la sensación de que nos lanzaba indirectamente pensamientos suyos que le habría gustado soltarnos en la cara: «Turismo, la circulación humana considerada como consumo… fundamentalmente no es más que la zona de ocio para ir a ver lo que se ha convertido en banal». Poco a poco me fui dando cuenta de que sus alumnos representábamos algo que ella odiaba. Nos consideraba los burgueses del planeta, los que no sabíamos lo difícil que era la vida para los refugiados de las guerras. Era verdad. El curso de introducción al pensamiento francés avanzaba y temía su final porque, aunque mis notas bajaban cada vez más, no podía concebir qué sería de mí sin la protección de las actividades y los textos de *madame* Brutin. No imaginaba mi vida sin el olor que desprendían sus telas cuando pasaba por nuestro lado leyendo en voz alta ni sin su mirada enfurecida contra el capitalismo. Los días eran cada vez más cortos y el cielo era tan gris que daba la sensación de que no había terminado de amanecer cuando ya estaba atardeciendo.

Alessio me recriminaba que me estuviera recluyendo, así que me animó a ir a un bar que se llamaba Pain et Vin con el grupo de franceses de la biblioteca. Una de las chicas del grupo, que tocaba el violonchelo y cantaba, nos había invitado a verla.

—¿Cómo vas a disfrutar de la vida si no sales? Con miedo no vas a llegar a ninguna parte —dijo.

A veces utilizaba esas frases de libro de autoayuda, que recitaba como un mantra.

Llegué sola al bar. Era pequeño y estrecho. Un antiguo sótano con paredes abovedadas de ladrillo que olía a sudor y humedad. La mayoría de los asistentes al concierto llevaba el pelo revuelto y sostenía una cerveza 1664 en la mano. Algunos se apoyaban en la pared porque no cabían. La chica de la biblioteca movía los dedos, llenos de anillos plateados relucientes, por los acordes y su voz sonaba prácticamente igual que las cuerdas: grave y sobrecogedora. En contraste con sus ojos azules y su nariz pequeña. Un foco le iluminaba la cabellera, que semejaba una cascada de oro fundido. Algo me decía que por fin había llegado al lugar en el que quería estar: se abría el telón de la verdadera vida francesa. Alessio, que se encontraba en primera fila, me vio detrás e hizo gestos con la mano para que me acercara. Me había reservado un sitio a su lado. No tenía ganas de avanzar entre la gente, pero Alessio insistía haciéndome cada vez más gestos. Entre codazos, *pardons* y *excusez-mois* conseguí llegar hasta allí. El silencio entre canción y canción era tenso. Lo que cantaba nos hacía sentir muy solos. Felipe también tenía un grupo de música *indie*. Solo cantaba en inglés. Cuando estábamos juntos, en los ratos muertos cogía la guitarra y se ponía a componer con sus manos llenas de tatuajes. Llevaba escrito *Lost soul* en los nudillos, y todas sus canciones decían cosas como: *Not you, not you…; Slowly we decay; going to leave to Hawaii I'm*
. Para mí eran solo palabras que quedaban bien entre guitarreos escacharrados. ¿Qué estaría haciendo ahora? La urgencia de las cuestiones relativas a mi supervivencia en Lille y la ambición de entender de una vez por todas los textos que nos mandaba leer *madame* Brutin habían conseguido que por primera vez en mucho tiempo no pensase en él. Pero el canto de la violonchelista me trasladó al pequeño apartamento que habíamos compartido. Y de golpe, todos los bellos recuerdos se solapaban unos con otros: cuando nos apuntamos juntos a una clase de surf en Cantabria y yo lo dejé a la mitad (le rompí el corazón al monitor, que se había esforzado en lanzar mi tabla contra las olas una y otra vez); cuando

me ayudó a estudiar la última asignatura del grado en Historia del Arte, Teoría del Conocimiento II, que había dejado atrás porque el profesor era un cabrón; o cuando preparábamos enchiladas tejanas según la receta de un tipo de Nuevo México con el que se había cruzado una vez en un albergue. ¿Se acordaría él de todo eso?

El calor del lugar y la emoción del momento me volvieron un poco torpe, así que caí de golpe en la silla junto a Alessio. De repente se hizo el silencio en el escenario. La cantante me miró aterrada. Había colocado el arco del violonchelo en la silla vacía más cercana a ella para poder tocar con las dos manos. Sin darme cuenta, me había sentado en esa silla, sobre el arco. Luego, siguió cantando. Cuando todo acabó, lo cogió sin dirigirme la mirada. No se había roto, al final no le había pasado nada.

Había aprendido una lección. Se acabó refugiarme en el pasado. *Carpe diem*. Alessio había conseguido hacer buenas migas con el grupo de franceses de la biblioteca, y estos le habían presentado a más gente. Mientras yo me encerraba en mi cuarto, él ya estaba siendo aceptado por la ciudad, por lo que ahora hablaba con ellos muy animado, en tanto que yo me concentraba en la cerveza y los cacahuetes. Alessio y el fotógrafo de espaldas contaron cómo un día de borrachera se habían colado en una antigua fábrica abandonada de pinturas, y cómo dentro habían encontrado unas jaulas donde debían de haber hecho experimentos con animales. Todavía había ropa, fotos y cuadernos de los trabajadores de la fábrica. Permanecían ahí como si se hubiesen ido de improviso el día anterior, aunque hacía treinta años que ya no funcionaba. Nos enseñaron un libro de cuentas con las cubiertas de color marrón que habían cogido, en cuyas páginas una persona, con una caligrafía que podría haber sido la de un miembro del séquito de Luis XVI, había anotado pormenorizadamente los gastos en material de oficina. Entre las páginas había también unas fotos en blanco y negro de alguna reunión sindical celebrada en la fábrica. Los sindicalistas, sentados detrás de pupitres de madera, elevaban las manos. Parecía una votación. Seguramente fue una jornada dura en la que hubo desarraigos y traiciones de las que ahora ya nadie se acordaba. Todos vestían camisas de cuadros. El fotógrafo de espaldas se estaba planteando salir de su ámbito artístico habitual y hacer algo con este material que habían encontrado. Alessio quería

echarle una mano. Entre ellos había complicidad, guiños, simpatía.

De repente, apareció un chico moreno con un jersey de lana que conocía a los amigos de Alessio. Escuchaba en silencio. Tenía unos ojos dulces, pero apretaba las mandíbulas como si estuviese acostumbrado a contener la rabia. No estaba mal. De vez en cuando me miraba de reojo. En determinado momento sacó del bolsillo un paquete de tabaco de liar muy arrugado y le pedí un cigarro. No reaccionó ante mi acento, le dio igual. Salimos del bar y nos apoyamos en una pared bajo un balcón para protegernos de la lluvia. Me lie un pitillo y él, otro. Le pedí fuego y sacó un mechero de plástico de un bolsillo del vaquero, que parecía contener muchas otras cosas porque estuvo un rato largo rebuscando entre sonidos de metal y monedas. Acercó a mí una llamita temblorosa. Sus dedos olían a coño. Sentí rabia, traición y, finalmente, mucho más interés que al inicio. Ese jersey, esas gafas, esa espalda, esos labios habían tocado y comido un coño muy poco tiempo antes de fumarse ese cigarro. Me preguntó por la universidad. Escuchó atento mientras le explicaba lo que hacía sin dejar de buscar palabras en mi mente, tratando de rellenar los fallos gramaticales con sonrisas nerviosas. No me contó mucho sobre él. Cuando tiró la colilla y se disponía a entrar de nuevo en el bar, le pregunté su nombre: Guillaume.

Al pasar dentro, Guillaume ya estaba hablando con otra gente del bar. Mientras tanto, Alessio y sus amigos daban botes y bailaban al ritmo de una canción de Les Rita Mitsouko. El ambiente había pasado de la introspección a la ligereza en menos de una hora. Como se hacía demasiado tarde para regresar a la residencia, recogí el impermeable forrado de borrego que había comprado en el Auchan e intenté despedirme de ellos, pero estaban cantando extasiados mientras sonreían mirando al techo, así que prácticamente no se dieron cuenta de mi marcha. Traté de despedirme de Guillaume con la mano, pero tampoco me vio. Entonces fue cuando la violonchelista, que se había incorporado a nuestro grupo, se dirigió hacia mí.

—¿Adónde vas?

—A coger el metro.

—Ten cuidado.

No sé si se refería al metro o a Guillaume. Al salir, un golpe de frío me despertó.

El metro era estrecho, por lo que estábamos sentados muy cerca unos de otros y cruzábamos las miradas. En alguna ocasión nos sonreíamos, pero luego, nada, incomunicación total. No sabía cómo pensaban los franceses. Por mucho que me esforzaba no llegaba a comprenderlos. Cuando estaban fuera de su país parecían sencillos y campechanos, pero en su tierra bailaban todos al ritmo de una música que yo no conseguía escuchar. Es más fácil al revés, cuando eres uno de ellos y deseas convertirte en uno de los nuestros, de los del chándal y la voz grave. Es más fácil teñirse de morena cuando se es rubia que ponerse rubia cuando se ha nacido morena.
Fin del trayecto. En la calle ya era totalmente de noche. El Lille de día y el Lille de noche eran muy diferentes. Hasta la gente que se veía por la calle era diferente. Durante las mañanas correteaban por las esquinas niños con sonrisas y gorros de lana de colores. Por la noche paseaban hombres solos de caras sospechosas y grupos de amigos jóvenes exageradamente exaltados. Había dos tiempos. Había dos mundos. Al de la noche no era bienvenida. Cada sombra me parecía la de alguien que me estaba acechando. Entré en la residencia. Parecía una noche tranquila. En el vestíbulo, muy pocas personas se cruzaron en mi camino. Por fin llegué al pasillo que llevaba a mi cuarto.

Sin embargo, tras la puerta 215, mi habitación, escuché un ruido. La luz estaba encendida, y por la rendija de la puerta se veía una sombra moviéndose. Había alguien dentro. ¿Qué podía hacer? Ya había pedido ayuda la vez anterior y no sirvió de nada. Me armé de valor, agarré con fuerza el bolso, siempre lleno de libros, dispuesta a sacudirle fuerte al intruso. Metí la llave, la giré. Abrí. Una chica, sentada a la mesa de estudio, dirigió hacia mí unos ojos pequeños y negros. El pelo también lo tenía negro y era muy blanca de piel, delgada, casi sin cintura, con dos pechitos puntiagudos que resaltaban bajo un jersey gris. Por fin había llegado mi compañera de cuarto. El ruido que se escuchaba tras la puerta era el de sus dedos escribiendo sobre un ordenador portátil mucho más grande de lo normal. Casi sin parar de teclear, me saludó con voz de pito: «¡Hola, preciosa!», dijo alejando con esfuerzo la cabeza de la pantalla del ordenador. También era española. No hay nada mejor para dejar de añorar tu país que encontrarte con un compatriota en el extranjero. Fue una presentación algo forzada, con las dos

sonriéndonos.

—Hola, soy Paula —continuó.

—Yo, Maribel.

—¿Qué edad piensas que tengo? —añadió.

—No sé, ¿qué edad tienes?

—Tengo veintinueve para treinta, pero es que no lo parezco para nada. ¿Tú qué años tienes? —me preguntó.

—Acabo de cumplir veinticuatro.

—¿Ves? Tú, por ejemplo, sí que pareces mayor de tu edad. Yo, es que parezco joven, mucho más joven de la edad que tengo.

—Sí —respondí por decir algo.

Luego hice lo que yo habría deseado que hiciesen conmigo, le dije que en los próximos días le podía enseñar los mejores sitios de la ciudad y presentarle a alguna persona que había conocido. Ella me miró con una sonrisilla y me dijo, con su voz de pito: «¡Qué graciosa!», y se dio la vuelta riéndose para sí misma. Se colocó frente al ordenador y empezó a teclear de nuevo a toda velocidad. De repente, la sonrisa se le transformó en un gesto serio, volvió la cabeza hacia mí y me dijo que antes de nada quería aclarar una cosa: ella se acostaba pronto y se despertaba muy temprano. Decidí ir a tomar un té con la señora que leía las ofertas de empleo en la cocina y con Mohammed, y me sorprendí pensando que casi era una decepción no haberme encontrado con un loco asesino dentro de mi cuarto.

Paula era doctora en Económicas y estaba enfrascada en una investigación sobre la economía de los vinos en la región de La Rioja. Había llegado a Lille para hacer una pequeña estancia posdoctoral. En realidad, el lugar no le interesaba, dejaba que pasaran los días para conseguir un certificado de su estancia y poder incluirlo en el currículum. Su objetivo era sumar puntos para acceder a una plaza de profesora universitaria.

A partir de la llegada de Paula mi rutina se transformó totalmente. Ya no podía desayunar sentada tranquilamente en la cama, con el bol de cereales apoyado sobre las rodillas, mientras contemplaba las ramas de los árboles y me dejaba llevar por la nostalgia.

Pasaron los días, siguiendo su ritmo de sueño, pero me entró tal cansancio de tanto madrugar que tenía miedo de enfermar. Me

sorprendía mucho haber sufrido tanto la soledad de mis primeros días en Lille, con la distancia cultural, que hacía muy difícil entablar nuevas amistades, y al final haberme encontrado a una persona a la que todas estas cuestiones no le importaban nada. No tenía freno, era una máquina de trabajar para conseguir su anhelada plaza de profesora, y únicamente valoraba en su vida lo que puntuaba en el baremo de la Aneca, el organismo que se encargaba de evaluar y certificar la calidad de todo lo relacionado con la enseñanza en España. Si tomarse un café no le daba puntos, no se lo tomaba. No hablaba más que de plazas en la universidad o de relaciones dentro de los departamentos, y solo se alegraba o enfurecía si los nuevos baremos anunciados por el ministerio la favorecían o no. Cada madrugada se levantaba de un salto dispuesta a luchar por los puntos, y se acostaba por las noches después de haber estado todo el día delante del ordenador. Se metía directamente en la cama sin estar un rato con la gente que conversaba en la cocina, sin leer o ver en el ordenador algo que no estuviera relacionado con los puntos. Nunca introducía un pequeño momento en su vida en el que hubiese irrealidad, ensueño o desconexión. O dormía como un tronco o luchaba por sus puntos de la Aneca. Su refugio vital era hacer de la vida académica un escalonamiento militar.

—Para vivir, necesito la zanahoria delante, como un caballo —me dijo una vez.

Luego me preguntó por mi tesis doctoral. Cada vez que me la mencionaban, era como si le hablaran a Mick Jagger de uno de sus hijos perdidos: sabía que existía, pero que no estaba totalmente presente en mi vida.

—Dentro de poco me encontraré con mi director de tesis. Hasta ahora solo hemos hablado por *e-mail* —expliqué.

Era muy raro aquello de dormir en el mismo cuarto, día a día, con una persona con la que no habría hablado ni dos minutos seguidos en una fiesta. Y, sin embargo, cada noche nos mirábamos, recostadas de lado, desde nuestras camas colocadas paralelamente. Ella se ponía las gafas, que le hacían unos ojos enormes, y era justo en ese momento cuando le daba por hablar.

—¿Qué lees? —preguntó.

—Una novela negra —respondí.

—Y ¿te apetece leer después de estar todo el día con libros?

—Es diferente, me ayuda a desconectar.

—Ay, yo nunca leo.

—¿Nunca?

—Leo artículos de investigación…

Decía que copiaba de unos y otros, que lo único importante era presentarlo de tal manera que pareciera científico.

—Todo lo que digo es superobvio, pero hay que ponerlo así para que te lo publiquen.

—Pero ¿por qué quieres publicar algo que es obvio?

—Para que me den puntos en la Aneca.

—Pero ¿no te interesa lo que investigas?

—¡Qué graciosa! —Se rio con una carcajada espontánea—. No, a nadie le interesa, lo que queremos es tener puntos. Para que te publiquen hay que poner las cosas como otros ya las han puesto. Cojo de unos y de otros, lo arreglo y sale un artículo.

—¿No te interesaría elaborar una teoría nueva de tu disciplina?

—¡Qué graciosa!

Cerró los ojos dispuesta a dormir con una sonrisa en la boca.

Cuando intenté leer de nuevo, sentí que ella se había despertado. La sentí observándome en segundo plano, justo detrás de las páginas del libro, con esos ojos enormes que le hacían parecer un pez perdido.

—Bueno, una vez leí un libro. Se llamaba *Cinco panes de cebada*. Me obligaron a leerlo en el instituto —dijo.

—¿Te gustó?

—Sí, mucho, era la historia de una profesora que daba clases en un pueblo.

Esperé a que su respiración sonase con la profundidad del que duerme. No tardó nada, era muy rápida para todo. Y aquella noche, por primera vez, no pensé en Felipe antes de cerrar los ojos, sino en Guillaume.

Guillaume y yo estábamos en un rancho. Trabajábamos juntos. Él movía paja de un sitio a otro con una pala mientras yo cepillaba a los caballos. Había una tensión indomable entre nosotros. Guillaume vestía una camiseta blanca de tirantes y, no sé por qué razón, tenía también hollín sobre los músculos. Tiró la pala a un lado y me abrazó por detrás. Noté su polla dura bajo el pantalón.

Me tocó las tetas. De repente, un sonido me sacó de mi fantasía:

—Ummmmmm.

Y después de ese rumor se escucharon varios jadeos. Era Paula. No podía ser. Estaba dormida cuando yo había empezado. ¿Y si la había despertado con mis respiraciones? En ese caso, ¿la había alentado a hacerlo? Estuve escuchando durante unos minutos. ¿En qué pensaría? Era extraño descubrir que bajo su vida académica hubiese algún impulso sexual. La respiración se hizo más rítmica y vigorosa hasta que paró. Se creó un silencio perpetuo. Seguramente en ese momento se había dado cuenta de que estaba atenta a ella. Me hice la dormida lo mejor que pude y entonces continuó sigilosamente hasta que paró definitivamente. Nos dormimos. Nunca hablamos del tema.

4

Llegó el día de conocer a mi director de tesis, *monsieur* Lemaître, que tenía un hueco entre un seminario y el tren que lo llevaba de vuelta a París. Me había citado en un *bar crêperie* en el que dos señores te servían los crepes vestidos con camisa blanca, chaleco y pajarita. Debían de ser padre e hijo porque tenían el mismo tipo de gafas, de ojos, de corte de pelo y de forma de la cabeza, rectangular, pero eran de distintas edades, o quizá se hubieran terminado mimetizando al trabajar juntos. La cafetería era estrecha, con dos plantas. Las paredes estaban revestidas de madera oscura, y del techo colgaban lámparas de araña doradas con cuentas de cristal. Habían hecho muchos esfuerzos para recrear un ambiente lujoso y, sin embargo, el sitio hacía pensar en el desván de una familia en el que poco a poco se van acumulando muebles viejos hasta que un día hay que desinfectar y tirarlo todo. Aunque me habría gustado sentarme en la planta de arriba, me situé estratégicamente para que mi director me viese nada más pasar por la puerta de cristal.

Las puertas de la crepería ocupaban toda la pared exterior y llegaban hasta el techo. Habían escrito los diferentes tipos de crepes que ofrecían sobre uno de los cristales con pintura y un pincel. Llovía. Mientras esperaba, el camarero joven insistía impaciente en si había decidido ya qué quería tomar. Hasta que, de repente, vi la silueta de mi profesor tras el cristal. Lo había observado bastantes veces en Google Images para diferenciarlo bien una vez que estuviese en la cafetería, pero no tendría que haberme preocupado por buscar su foto porque, cuando entró, todas las miradas se dirigieron hacia él. Era como un gran punto blanco en la oscuridad: llevaba un traje de color claro, los pelos revueltos y un esplendoroso fular con un estampado de plumas de pavo real que le

llegaba hasta las rodillas. La mirada altanera. Arrastraba una maletilla de ruedas. El hecho de ser profesor en Lille y vivir en París lo obligaba a viajar una hora en el
TGV
. Y con él traía a Lille el brillo de las *boutique* del passage de Panoramas, de la rue de Rivoli, del Quartier Latin. Su mirada era la mirada de un hombre que paseaba por la orilla izquierda del Sena cuando quería reflexionar. Qué tranquilidad emanaba, la tranquilidad del que tiene poder y ya sabe cuál es el camino por el que se debe avanzar o cuándo hay que recular. Me pedí un café y él una cerveza. Empezó a hablar mientras alisaba su fular con las manos y lo colocaba en el respaldo de la silla:

—Me ha parecido muy interesante su propuesta. Como ya le dije por *e-mail*, tenemos un proyecto de investigación en el que trataremos transversalmente su cuestión. ¿Ha escrito ya el índice de la tesis doctoral?

Le conté unas ideas y otras, cosas que había pensado durante el seminario de *madame* Brutin. Hablé de serendipia cibernética, de la experiencia estética, de la posmodernidad de la pobreza; una marea de información para no asumir que no tenía el índice. Él iba bebiendo poco a poco cerveza y picaba sin parar cacahuetes de un bol mientras me miraba por debajo de sus pobladas cejas. Mis palabras ya estaban completamente desconectadas de mi voz o de mi cuerpo cuando dijo la frase que cualquier doctorando quiere evitar:

—Pero, exactamente, ¿cuál es su hipótesis?

De repente me vi reflejada en el espejo en el que *monsieur* Lemaître apoyaba la espalda. Se me había corrido la sombra de ojos que con tanto esmero había trazado antes de esta cita, y el pelo, que me había recogido en un moño, se había desprendido y apuntaba hacia el cielo. La sombra de ojos, el pelo, la hipótesis, no engañaban a nadie: no había nada allí, nada salvo un trozo de carne viviente. Silencio. Lemaître miró mi café, ya frío. Su cerveza estaba vacía. Ese café aún por tomar le impedía marcharse.

—Disculpe, voy a perder el tren.

Asentí y, de un trago, me lo bebí.

—No se preocupe —dijo recolocándose el largo fular—. Siga trabajando y, cuando tenga algo más concreto, escríbame.

Su tono de voz comprensivo me alivió y evitó que hiciese la maleta esa misma tarde para irme de vuelta a mi país. Me puse el gorro y los guantes y nos adentramos en las calles de Lille rumbo a la estación. Su minimaleta de ruedas retumbaba en los adoquines. Miré hacia cada vitrina de bar y de restaurante buscando la cara de Guillaume. Pero no estaba en ninguno. En su lugar, grupos y parejas de desconocidos pasaban el rato charlando con una copa de vino. Qué extraño que estas vidas hubieran existido al mismo tiempo que yo existía en otro sitio y que ahora nos encontrásemos. ¿Sería alguna vez uno de ellos?

La estación de Lille Europe tenía la forma de una enorme bota de cristal. Acompañé a *monsieur* Lemaître hasta el andén. Luego pensé que tal vez no tendría que haberlo acompañado. Quizá no fuera cierto que tuviese que tomar aquel tren, sino que lo había utilizado de excusa para terminar nuestra cita y finalmente se había visto forzado a subir a un tren que no era el suyo. Se marchó hacia uno de los vagones y se despidió con la mano. Él tenía las claves de todo: de la hipótesis, de la bibliografía, de la metodología, del éxito… y se marchaba. En la estación, la gente caminaba con un rumbo fijo. Hacía mucho frío, pero se notaba que tenían un lugar cálido al que llegar y donde poder relajar los hombros y el rostro.

Como la cita con *monsieur* Lemaître había durado menos de lo esperado, quise hacer tiempo para llegar lo más tarde posible a mi habitación. No quería ver a Paula. Me conducía a un mundo burocrático demasiado real. Así que busqué refugio en un pequeño gabinete de depilación que no estaba lejos del Auchan. La entrada era morada y tenía un letrero que imitaba la escritura con pluma.

La decoración de la sala consistía en varios motivos hawaianos. La camilla estaba cubierta con un techo de paja como los de los chiringuitos de playa que venden mojitos, y en la pared habían pintado un atardecer sobre un mar de olas que rompían, grandes y redondas, sobre la arena blanca. Me recibió una chica en la treintena con un susurro sensual que me hizo sentir, en cierto modo, distanciada y atraída. Era tremendamente femenina, sin un atisbo de pose ni un gramo de masculinidad, nada. Tenía cierto aire de romperse. Me pidió que me quitara los pantalones y las bragas y que me pusiera un tanga de papel. Me tumbé en la camilla. Me preguntó por mi vida mientras analizaba mis labios vaginales.

Empezó a poner cera y a soplar con cuidado por encima para no quemarme. Después de Guillaume, era la primera persona que conocía que, al decirle que era española, no parecía emocionada por las playas y la sangría.

—El calor me pone triste —dijo.

Nunca había oído algo así. Nunca había unido el calor a la tristeza, pero la cosa es que pensé que también a mí el calor me ponía triste. Aunque quizá la decoración del gabinete de depilación tuviese que ver con su aversión por los lugares paradisíacos. La chica femenina trabajaba con esmero, era minuciosa. Me pidió que me diese la vuelta:

—¿Por qué?

—Vamos a pasar a la depilación perianal.

Quería depilarme el ano. Intenté actuar con naturalidad para que no se diese cuenta de mi ignorancia. Cuando se está en un país extranjero, a veces se baja la guardia y con la intención de que no piensen que no sabemos adaptarnos decimos que sí a todo. Terminó su trabajo satisfecha y me despidió con una sonrisa que parecía de verdadero cariño.

Llegué a la residencia. Avancé por el pasillo mientras sentía que mi piel desnuda, excesivamente suave, rozaba con los pantalones. Saqué la llave y escuché el sonido del teclear de la irreductible Paula desde el otro lado de la puerta. Cuando vives en una misma habitación no puedes hacer como que no te has enterado de que la otra persona ha entrado. Estás forzada a cierta cordialidad. Le comenté brevemente que había visto a mi director de tesis y mentí diciendo que la reunión había ido muy bien.

—Me alegro por ti, preciosa —dijo mientras desenredaba los cables de los auriculares sentada en la silla, con la cabeza girada hacia mí y el cuerpo hacia su ordenador.

Paula estaba muy contenta, y me sonrió como un niño desatado por haber bebido

Coca-Cola.

Habían sacado una plaza en una universidad en la que conocía a gente, así que ya había empezado a llamar por teléfono a todo el mundo y a mandar *e-mails*. Era un alivio encontrársela así porque normalmente, cuando yo regresaba, la hallaba transida de ansiedad e hiperventilada.

—Bueno, voy a seguir trabajando —dije quitándome el abrigo.

Ella asintió mientras se colocaba sus enormes auriculares en las orejas y me daba la espalda para centrarse en la pantalla. Debió de poner una canción porque empezó a menear la cabeza y a tatarear. Me senté en la mesa y encendí mi ordenador. Se abrió el documento del maldito índice, que había hecho y rehecho sin llegar a nada. Comencé a buscar en Google cómo se formulaba una hipótesis. Necesitaba toda la inspiración del mundo. Había bastante información. En primer lugar, no debía confundir la hipótesis con el objetivo de la tesis, ni el objetivo de la tesis con la problemática. Podían parecer lo mismo, pero no lo eran.

Paula se levantó a hacer la cena en la cocina comunitaria. Aproveché aquel acontecimiento para sacar una botella de vino que había comprado el día anterior e intentar distender el ambiente y relajarnos las dos juntas. En la cocina, ella masticaba con desgana unas endibias mientras leía un artículo científico. Le enseñé la botella de vino con una sonrisa:

—¿Quieres una copita?

—No, muchas gracias, preciosa.

—Ok —respondí.

Volví al cuarto y guardé la botella. No me sentía muy preciosa cuando me llamaba *preciosa*.

De todos modos, decidí no darme por vencida, y cuando regresó al cuarto ataqué de nuevo:

—¿Te apetece ver una película?

—¡Ay, qué graciosa! Es que tengo que rellenar una solicitud en internet.

—Ok —respondí.

Me senté a la mesa con la intención de seguir trabajando en una tesis que no me interesaba ni a mí. Hasta que sin saber cómo se cruzó en mi camino un vídeo de YouTube en el que dos niñas pequeñas suecas con camisas de cuadros, rodeadas de un bosque de árboles altos y finos, cantaban canciones que parecían de iglesia. Me quedé atontada viéndolas hasta que se me hizo muy tarde, sin que, de nuevo, hubiera conseguido avanzar con el índice. Decidí apagar el ordenador y ponerme el pijama, pero el pantalón se me había quedado pegado y me quejé.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Paula no muy interesada.

—Nada, que he ido a depilarme las ingles y todavía tengo cera.

Algo rompió el ambiente. Paula dejó de teclear. Me tumbé en la cama a releer algunos de los textos que nos había suministrado *madame* Brutin. Debía centrarme: acababa septiembre y era una de las últimas clases que tendría con ella. «*Plutôt que de chercher le sens du désespoir (il est évident ou métaphysique), avouons a de sens que du désespoir*
qu'il
n'y
», como había escrito Julia Kristeva. Algo así como que antes de buscar sentido a la desesperación (evidente o metafísica), había que reconocer que no había más sentido que el de la desesperación. Notaba los ojos de Paula sobre mí. Inquisitivos. Penetrantes. Era la primera vez que realmente me miraba con interés.

—¿Me lo enseñas?

—¿Perdona?

Señaló con un dedo entre mis muslos. ¿Quería que le enseñara mi coño depilado?

—¿Por qué quieres verlo?

—Es que quiero ver cómo te lo han dejado. Me gustaría hacerme uno en cuanto saque la plaza y pueda independizarme. Ahora mi madre no me deja.

Narró con pesadumbre cómo cada vez que iba a ducharse su madre entraba para verificar que no se hubiera depilado. Sobraban los comentarios sobre la chifladura de una madre que vigila de qué manera se depila su hija de veintinueve años. Ella me miraba seriamente. Era la primera vez que la veía abordar un tema con tanta intensidad y gravedad.

Accedí. Me bajé los pantalones y las bragas. Solo conservaba un cuadradito de vello delante, muy fino. Paula lo analizó concienzudamente. Se acercó un poco con las gafas puestas.

—Precioso —dijo.

Me subí las bragas y me puse el pantalón del pijama. Ella continuó trabajando en el ordenador sin hacer ningún comentario más. Lección del día: las motivaciones de las personas para hacer las cosas son mucho más sencillas de lo que se podría pensar.

Me tumbé en la cama escuchando el eterno tecleo de Paula. Eso no era lo que podía imaginarme de una vida en Francia. En

realidad, no me imaginaba nada, pero si me hubiese imaginado algo, no habría sido eso. No podía resignarme a estar encerrada en un edificio en la periferia de ninguna parte. Que Alessio hubiera logrado encajar en la vida francesa era un ejemplo de que las cosas podían ser diferentes. Buscaría un nuevo sitio donde vivir. Encontraría la verdadera Francia, esa que veía paseando por el centro. La de la gente culta y los hombres con bigote transportando *baguettes* bajo el brazo. La de *madame* Brutin, *monsieur* Lemaître y Guillaume.

5

En el escaparate de Collard Immobilier anunciaban estudios, habitaciones y casas para alquilar. Pasé un rato largo bajo la lluvia examinando los anuncios, y al entrar en la oficina estaba tan empapada que iba dejando huellas por donde pisara. Una mujer rubia con la raíz del pelo negra echaba ojeadas a un ordenador al mismo tiempo que hablaba por teléfono y tachaba números impresos en folios. Pasó un rato largo hasta que dirigió sus ojos azules hacia mí. Le comenté mi situación y, tras un silencio analítico, extendió ante mí el anuncio de un dúplex amueblado, barato y especial para estudiantes en el Vieux Lille, la mejor zona de la ciudad. Me imaginé allí dentro con una taza de chocolate humeante entre mis manos y, sobre la mesa, los trescientos folios de mi tesis doctoral ya escritos. Por la puerta entraría Guillaume, que vendría dispuesto a darme una buena sesión de cunnilingus. No eran tan difíciles mis deseos.

—Tendrás que pagar una cuota de inscripción para poder optar a la casa.

—Me lo pensaré —le dije.

Me tendió su tarjeta. Se llamaba *madame* Berlane.

Al salir de la oficina, me metí en un *bar-tabac* que había al lado. Pedí una cerveza 1664 y consulté las fotos detenidamente con las mejillas ardiendo de emoción. Aquellos pisos con salones dorados y calor de terciopelo eran como los que había visto los primeros días, cuando espiaba a través de las ventanas mientras paseaba entre el frío y la grisura. Me sentía eufórica. Estaba a un paso de poder encajar y ser una más. Vivir en un piso así supondría no solo adaptarme a mi nueva vida en Lille, sino dar por finiquitado un *leitmotiv* de mi existencia: ocupar un sitio en las casas de los otros. Me perseguía la sensación de haber estado vagabundeando desde

que mis padres se habían divorciado cuando tenía diez años. No había sido un divorcio amistoso. Mis padres se dedicaron a escudriñar en los bolsillos del otro buscando pruebas de infidelidades. Hubo gritos, portazos, varios juicios y problemas con la pensión alimenticia y yo todavía no tenía la edad legal para poder huir de esos pobres seres atolondrados. La consecuencia de todo esto fue una relación distante con mi padre, más relacionada con el olvido que con el rencor, y una relación tensa con mi madre, que había tomado el rol de adolescente a la deriva. Decidí vivir en casa de mis abuelos, más sabios y normales. Pero mi habitación era la que en su día había ocupado mi tío, así que nunca me atreví a quitar sus pósteres de Joy Division y Duran Duran porque en definitiva era su cuarto, y los padres, menos los míos, siempre tienen la esperanza de que los hijos vuelvan a ocupar su antigua habitación, su verdadero lugar en el mundo. Todo esto podía sonar más duro de lo que realmente fue, pues había sido feliz y tenía una familia pequeña, lo que me otorgaba una ligereza existencial que otra gente no tiene. Ahora todo estaba por hacer, ya que mi familia no supondría mi único refugio y los extraños eran mis amigos. Pero sí que quería tener por fin un lugar definitivo donde colgar mi póster de *Al final de la escapada*. Lo malo es que en el folleto que me había proporcionado la inmobiliaria no aparecían ni el número de teléfono ni la dirección, solo fotos. No lo dudé. Pagué la cerveza y fui de nuevo a Collard Immobilier.

El timbre de voz de *madame* Berlane se tornó más grave cuando pagué la cuota de inscripción de la inmobiliaria. También la posición de su cuerpo. La amabilidad adquirió un deje militar. Ligeros detalles que me hicieron entender que ella tenía el poder a partir de ese momento. Escribió con un trazo el número de teléfono y la dirección del dúplex y pasó a otra cosa sin perder más tiempo.

Me marché de la inmobiliaria con una felicidad repentina e inmensa y llamé al propietario. Como nadie respondía al teléfono, me encaminé hacia allá. Las calles eran adoquinadas y, tras las vitrinas de los bistrós, personas con vidas hermosas tomaban café tranquilamente. Un día traspasaría esos cristales y conseguiría ser una de ellas. Llegué a la calle y, aunque no me habían dado el número de puerta, logré distinguir, por las flores en el alféizar, las ventanas del dúplex en un ático. Eran las mismas flores que tenía la

foto del anuncio. No podía creerme que esa fuese a ser mi casa. Los que entraban y salían del portal me miraban extrañados cuando los saludaba con la complicidad con la que se saluda a los vecinos. Pasé largos minutos con la barbilla hacia el cielo, admirando mi nueva casa mientras imaginaba cómo sería mi nueva vida.

Cuando regresé a mi cuarto en la residencia me desvestí, me puse el albornoz y me dirigí al baño común mientras tatareaba una canción. Al abrir la puerta de la ducha sorprendí sin querer a uno de mis compañeros desnudo. Luego preparé unas verduras junto a la mujer árabe del periódico de ofertas de empleo. Más tarde, Mohammed me invitó a una infusión. Nada hacía diferente ese día de los otros allí vividos salvo que tenía una meta. Hasta ahora el tiempo había estado lleno de presente y, de pronto, no era más que otra fase vivida. Y como se supone que ya me marchaba de allí, cada vez que recorría los pasillos o que miraba, a través de la ventana, el árbol que me había acompañado en tantos desayunos sentía algo que me hacía pertenecer a ese lugar más que a cualquier otro.

—Las cosas tienen sentido porque terminan —me dijo mi abuelo cuando mi abuela murió.

—¿Qué *cosas*?

—Bueno, las canciones, las historias, la compañía de los otros… Cuando se acaban es cuando estás seguro de si te han gustado o no.

Estas palabras habrían sonado más trascendentales si mientras las decía no hubiese sostenido entre sus manos un sujetador de copas enormes. Mi abuelo tenía una mercería, y la mayoría de nuestras conversaciones se producían rodeados de fajas, pantis y tangas. La verdad es que nunca había reflexionado sobre el tiempo que viví con él. Su casa era ese sitio donde me quedaba cuando de un día para otro las circunstancias se torcían (los malentendidos con mi madre, la ruptura con Felipe). Pero ese tiempo había terminado y, sí, me había gustado.

6

Durante una semana llamé al número de teléfono del que me había prometido *madame* Berlane que sería mi piso, pero nunca respondieron. Desistí y opté por no obsesionarme y llamar a otros pisos en alquiler. Solo conseguí que me respondiesen dos veces, y nada más hablar conmigo me dijeron que no me lo alquilaban. Finalmente terminé llamando a cualquier número, ya casi sin mirar las condiciones del piso, pero, de nuevo, o no contestaban o me decían directamente que no. En poco tiempo descubrí que la mayoría de los inmuebles en alquiler pertenecían solo a tres propietarios.

Buscar un piso en el que vivir era una manera dolorosa de conocer la ciudad y descubrir sitios mágicos a los que no podía acceder. Pude ver la casa de una pintora, que estaba llena de cuadros. Como no había espacio para nada más, la mujer se había construido un altillo de madera —demasiado cercano al techo— donde había situado su cama. Mientras tanto, ella iba desapareciendo entre lienzos y olor a óleos. Pude merodear por la casa de una pareja de jóvenes amantes de las plantas y los jardines que habían acumulado tantos brotes en latas, frascos, cajas de fresas vacías, tazas desportilladas…, en cualquier recodo de la casa, que me hicieron sentir como una ansiosa distanciada de la sencilla belleza de la vida natural. Irrumpí en la casa de una chica joven amante de Japón. Las estanterías estaban repletas de cómics manga, dormía en un futón, comía con palillos, separaba los espacios con cortinas noren… Esas personas sabían muy bien lo que les gustaba y se especializaban en ello; sabían quiénes eran y cuál era su locura. Después de algunas semanas de búsqueda, algo me quedó claro: la residencia en la que vivía estaba fuera de todo. Ningún camino conducía allí, simplemente existíamos sin formar parte de nada. Pero lo importante era no decaer, había que ser firme. Todo a su

debido tiempo. Poco a poco.

Al fin y al cabo, no podía olvidar para qué había ido a Francia: tenía que hacer la tesis. Aunque dentro de mí sabía que esa no era la meta. La meta era vivir otra vida, empezar de nuevo. Sin embargo, me había marginado en los alrededores otra vez. Tenía que desarrollar el índice, el maldito índice que me había pedido mi director de tesis. Desilusionada por no conseguir alquilar un piso, me recluí en la biblioteca. Pero era mucho más difícil escribir el índice que páginas enteras. Solo debía poner un número y un punto.

1. Introducción

De repente, me di cuenta de algo. Fui a comprobarlo. Busqué otras tesis en las estanterías. Claro, otros utilizan letras. Lo cambié:

A.
Introducción

Me resultaba raro. Salí al pasillo donde estaba Alessio hablando con su amigo el doctorando y fotógrafo de espaldas. Estaba completamente bloqueada:

—Os parecerá una tontería, pero no sé si poner números o letras en el índice.

—No es ninguna tontería —dijo Alessio, que ya tenía el índice y la introducción y había esbozado algunos de los capítulos.

—Yo pongo letras y números. Porque todas las partes tienen subpartes.

Fruncí mucho los ojos tocándome la barbilla, parecía que por una vez iba a entender eso de que todas las partes tenían subpartes.

—Por ejemplo, si pones «1. Introducción», la subparte se puede llamar «1.a». Lo que sea; y la primera subparte de esta subparte, «1.a.1», y la segunda subparte de esta subparte «1.a.2».

—Guau —respondí sorprendida.

Me pregunté cuál sería la parte y cuál la subparte de mi introducción.

—En realidad, esto del índice es muy obvio, te lo hace Word por defecto —intervino un estudiante.

Iba vestido con una chaqueta de pana y lucía barba de tres días. Le dio una calada a su cigarro de liar mientras me miraba con indiferencia.

Regresé a mi mesa. Volví a escribir:

1. Introducción
    1.a. Sobre la hermenéutica

Qué difícil me resultaba pensar en un tema de esa manera. Era demasiado seco, demasiado académico. Pasé directamente a la escritura:

Capítulo 1. Introducción
    La Torre Eiffel es un símbolo incuestionable de Francia…

Ya está, ya había empezado. Me lancé a unir unas frases con otras. Las ideas y lo que había aprendido tomaban forma. Lo más curioso es que nunca había visto la Torre Eiffel físicamente. Nunca había ido a París, solamente conocía el aeropuerto Charles de Gaulle y la estación del Norte. En ese momento me bloqueé de nuevo. ¿Por qué estudiaba algo que nunca había visto en persona? Tenía que saberlo todo sobre la Torre Eiffel, cualquier detalle.

En las búsquedas para la investigación descubrí muchas cosas. Una mujer llamada Erika se había casado en 2010 con la Torre Eiffel tras un cortejo de tres años. Después de la boda ella había pasado a llamarse Erika La Tour Eiffel. Por lo visto se había inspirado en otra tía que se había casado con el Muro de Berlín. Igualmente vi distintos modelos de dildo vibrador con forma de Torre Eiffel, que prometían una verdadera experiencia francesa. La Torre Eiffel era al mismo tiempo demasiado específica y demasiado amplia como objeto de estudio. Quizá tuviera que abordar ese tema desde otra perspectiva. Así que indagué entre las referencias teóricas de mi director de tesis. Debía entender cuáles eran sus bases y hacerlas mías. Googleé su nombre. Google Scholar me remitía a sus libros y artículos, citados cientos de veces por otros investigadores. El libro más citado lo había escrito hacía más de treinta años. Calculé que seguramente lo había escrito incluso antes de la edad que tenía yo en esos momentos. Busqué una foto de él cuando era joven. Encontré una con un encuadre extraño, ligeramente contrapicado. En esa foto, el *monsieur* Lemaître joven se miraba en un espejo. Se veía su espalda, con los hombros ligeramente caídos y el cogote en primer plano, y luego, su reflejo en el espejo. Se contemplaba con frenesí sabiendo que en el futuro

sería él a quien los medios llamarían cada vez que surgiese una cuestión que afectase al patrimonio y la estética de los símbolos de Francia, que sería él quien dirigiría el grupo de investigación que estudiaba *el sentido formal de los valores de la democracia*, que sería él a quien el Gobierno incluiría en el gabinete de sabios sobre las nuevas tecnologías y su influencia en la posverdad artística. ¿Quién le habría hecho esa foto?

No obstante, lo más curioso de *monsieur* Lemaître es que era el claro ejemplo de que no por ser más joven se es más guapo. En nuestro primer encuentro, sus ojos efervescentes se avivaban aún más cuando la discusión lo llevaba a citar referencias de otros autores o textos. Unos ojos plenos de juventud que no tenía de joven. Continué mi investigación sobre él en internet. Encontré su Facebook. La foto de perfil actual era diferente a la de él de joven. Esta vez miraba directamente a la cámara con una sonrisa satisfecha, ni demasiado amplia ni demasiado solícita. Esa sonrisa no era una invitación a sentir cercanía. Tras él se extendía una librería. En las repisas, delante de los libros, algunas esculturas pequeñas y fotos enmarcadas. En una de ellas se atisbaba a Roland Barthes enseñando, con un cigarro en la comisura de la boca y un gesto socarrón. Había resaltado una frase de Christian Metz en su perfil: *Sans machine, on est sûr de ne rien voir d'avance*; es decir, «Sin una máquina, es seguro que, de antemano, no verá nada». ¿Sin máquina? Debajo, todos los cargos que había ocupado a lo largo de su vida: *professeur, directeur du departement, directeur de revue*, etcétera. Muchas de las publicaciones de su muro de Facebook eran visibles. Solía ir a congresos a países exóticos. Había una foto de un congreso en Río de Janeiro en la que aparecía con los pómulos quemados por el sol y una camisa blanca desabrochada. Un profesor brasileño intentaba rendirle pleitesía sudando bajo un traje. Parecían estar en un *rooftop*, y levantaban al cielo unas caipiriñas llenas de hielo picado. En el pie de foto había escrito: «Divertida cena en uno de los lugares más *in* de Río con el gran catedrático Fernando Baptista».

En otra foto aparecía con un fular morado sobre una camisa clara. Estaba en la Universidad de Ho Chi Minh. Sujetaba una tiza en la mano y en la pizarra había dibujado un triángulo. Para llegar

a esa vida había que ser como ese joven que se miraba intensamente. Tenía que ser como él. Dirigí la vista hacia el horizonte, buscando en mi interior otra frase para la introducción de mi tesis doctoral: «Los trescientos veinticuatro metros de altura de la Torre Eiffel la sitúan entre…». De pronto vi una silueta conocida. Sí, no podía ser; sí, era Guillaume. Vestido de negro, encorvado sobre la estantería. Escudriñaba los lomos de los libros con interés. Cogió uno y se puso a leerlo de pie, allí mismo, junto a la estantería. Me quedé mirándolo para incorporar esa imagen a otra de mis fantasías. El cuerpo me pidió pasar a la acción. Me levanté y fingí que yo también estaba buscando libros. Me situé en el pasillo paralelo, lo observé entre los huecos de los volúmenes. Giró la mirada hacia mí y yo la desvié. No sabía si me había visto. Agarré el primer libro que tenía delante, uno titulado *El reino quiróptero: maravillas y secretos de los murciélagos*. Guillaume apareció por el otro lado del pasillo. No dio la impresión de que se hubiera dado cuenta de mi presencia. Me acerqué.

—Hola.

Guillaume se me quedó mirando como si intentara recordar.

—Nos conocimos el otro día en el Pain et Vin.

—Ah…, sí…, es cierto. —Echó una ojeada a mi libro—. ¿Qué haces aquí?

—Hago una tesis.

—¿Sobre qué trabajas?

—Semiótica, estética, filosofía…, es pluridisciplinar… Sobre la Torre Eiffel.

Guillaume parecía no entender nada de lo que le estaba hablando, miró de nuevo el libro que tenía entre mis manos.

—También me gustan los murciélagos —dije.

—¿Qué te gusta de los murciélagos?

—Su mirada —dije intentando atravesar sus ojos somnolientos.

—Qué curioso. No he conocido a nadie a quien le gusten los murciélagos. A la gente le encantan los gatitos, los koalas y los pandas. Por lo visto es un problema porque muchos biólogos no quieren estudiar los animales feos. Si existiesen más estudios sobre los murciélagos se sabría más sobre algunas enfermedades.

Claro, ¿no era eso lo mismo que estaba haciendo yo al querer estudiar la Torre Eiffel? ¿Por qué no escribía sobre Villeneuve

d’Ascq?

—Bueno, tengo que irme. Nos cruzaremos por ahí seguro —dijo.

Fui incapaz de retenerlo y vi alejarse su espalda de lanzador de jabalina. Le cabían varios libros en una mano. ¿Cuándo tendría ocasión de verlo de nuevo?

Regresé cabizbaja y tontamente desfondada hacia la mesa. Me senté y cerré los ojos un momento. Me recreé en su cuello, surcado por una vena que se marcaba cuando hablaba, y en el exacto color de su pelo, a veces negro intenso y por momentos castaño, según la luz que entrara por la ventana del pasillo de la biblioteca. Quería retener cualquier detalle que pudiese utilizar en mis próximas fantasías. Pero algo me hizo regresar repentinamente al árido mundo real: mi ordenador había desaparecido. Tardé un rato en salir del *shock*, en asumir que había un espacio vacío entre los libros, los bolígrafos y el cuaderno de notas. Indagué con angustia a mi alrededor. Observé a todos los doctorandos en Humanidades y Ciencias Sociales que con sus fulares desempolvaban libros de metodologías con la esperanza de que los ayudaran a abordar lo inabordable. No éramos muchos en la biblioteca. Las mesas estaban suficientemente separadas. Pregunté y pregunté. Me respondían extrañados. Pero sabía que, entre ellos, debajo de alguna de esas chaquetas grises o marrones, se escondía un ladrón. Diseccioné sus caras una a una esperando un rasgo, un matiz, que lo delatase. «No sois inocentes», pensé mirándolos con todo el rencor que pude hasta que uno me devolvió una sonrisa cómplice, interesada, ligona.

Así que finalmente tuve que invertir parte del dinero de mi beca en otro ordenador, un ordenador que habría sido mejor de no haber tenido que pagar la cuota de inscripción de Collard Immobilier para un piso que no existía. El dinero de la cuenta iba menguando y en mi tesis todavía no había ninguna parte, ni ninguna subparte.

Pero no era únicamente yo a quien la suerte no acompañaba. También Paula estaba pasando una mala racha. Alguien a quien conocía dentro del departamento donde había inscrito su candidatura para profesora de universidad le había contado que por sorpresa se había presentado a esa plaza un profesor español procedente de la Universidad de Múnich que tenía sesenta y siete JCR. Ese hombre representaba un verdadero hombre del saco, era el

genuino Freddy Krueger de cualquier investigador: alguien desconocido, llegado de otro país, que aterrizaba directamente en la plaza que todo el mundo consideraba como suya… ¡con sesenta y siete
JCR
! En ese momento me enteré de qué significaba
JCR
. La verdad es que antes de saberlo estuve un rato escuchando a Paula llorar mientras murmuraba «sesenta y siete
JCR
, sesenta y siete
JCR
». A veces añadía: «Encima, del primer cuartil», y esta última parte la destrozaba por completo, tan delgadita, con su pijama gris de cuadros y sus gafas. De vez en cuando tenía que quitárselas para secarse las lágrimas. Si alguien, desde fuera, la hubiese visto así, no se habría dado cuenta de la batalla en la que andaba metida. Cuando se relajó me explicó que
JCR
era el factor de calidad más valorado de las revistas científicas. La manera cuantitativa que utilizaban los investigadores para demostrar al mundo que lo que habían pasado tanto tiempo estudiando tenía algún valor. Luego me hizo una especie de fórmula en un papel explicándome cómo se calculaba el factor de impacto de una investigación, dividiendo no sé qué número de artículos por el número de citas. Empecé a hacerme un lío y me entró una mezcla de sensación de aburrimiento con ansiedad solo de pensar que tendría que interesarme por cosas así, por lo que, literalmente, hui al lavabo con el fin de echarme un poco de agua en la cara y despejarme. Lo ocurrido era un perfecto *deus ex machina* trágico para Paula, que tenía toda la narración de su vida y su carrera elaborada: tesis - estancia posdoctoral - puesto en la universidad en la que siempre había estado. Ese final, bastante predecible, equivaldría al casarse y tener hijos de cualquier persona normal. Se quedó paralizada durante días. Tumbada. Se dedicó a ver series en el ordenador y a comer *pizzas* recalentadas del supermercado. Cuando terminaba, dejaba los bordes de las *pizzas*, perfectamente roídos, en un platito al lado de la cama. Se giraba y se ponía a

dormir. Era muy extraño prepararme por las mañanas para ir al seminario de *madame* Brutin sin escuchar el constante teclear de sus dedos enérgicos y recios. Tanto silencio llegó a incomodarme. Hasta que me di cuenta de que no era el silencio lo que me molestaba, ni siquiera estaba molesta. En realidad, sentía pena. Era desmoralizador ver cómo la energía de Paula se escapaba e iba convirtiéndose en lo que yo era: un ser en pijama con la constante intención de meterse de nuevo en la cama.

—Venga, vamos, vístete. Acompáñame —le ordené.

Paula no me preguntó a dónde, simplemente se vistió y salió conmigo. Estaba segura de que le vendría bien dar un paseo. Caminaba arrastrando los pies y sin levantar la mirada del suelo.

Aproveché el paseo para acercarme de nuevo a la inmobiliaria. Otra vez me quedé absorta en las raíces negras de *madame* Berlane. Ella me miró con resignación. No era capaz de soportar mi presencia un día tras otro. Yo seguramente habría desistido si hubiese tenido algo mejor que hacer, pero acudir a la inmobiliaria empezaba a llenar mi vida y era una excusa para no ir a la biblioteca. Sorprendentemente, *madame* Berlane dirigió la uña esmaltada del dedo índice hacia un mapa de Lille que había en la pared.

—Aquí está tu piso y aquí tienes el teléfono del propietario. Es uno de nuestros mejores clientes.

Lo dijo como quien se quita una tirita de golpe para que no duela.

En la pantalla del ordenador apareció una casa con una fachada rosa alargada. Parecía una casa inglesa. Disponía de varias habitaciones, así que tendría que compartirla con otra persona. Podíamos ir a visitarla en media hora. A Paula le pareció bien.

El propietario llegó en un coche gris brillante. Descendió con prisa. Sudaba y no dejaba de sonreír. Iba de traje y parecía que se había excusado un momento de una reunión para ir al baño, por lo que tendría que volver cuanto antes para que sus jefes no se diesen cuenta de su ausencia. La fachada, en efecto, era rosa, con una puerta blanca y un pomo dorado. Todo lo contrario al polvo, los cables, la mancha pegajosa en el suelo de la cocina y el cielo gris que envolvía a la residencia. Al entrar sentí que era más mi casa que ninguna de las casas en las que había vivido. Pero como debía

buscar un compañero de piso, decidí llamar a Alessio para que me diese algún consejo. Él siempre conocía a alguien. Entonces Paula me paró:

—Si no consigo el puesto en la universidad no quiero volver, no voy a soportar el cachondeo de mis compañeros del departamento. Me mudo contigo.

Increíblemente, me pareció buena idea.

Pagamos la fianza y anunciamos en la residencia que dentro de quince días la habitación quedaría libre.

A finales de octubre, guardamos en las maletas los libros, la ropa y los papeles que demuestran que el tiempo pasa: billetes del metro, entradas de conciertos, fotos recortadas de revistas… y, de repente, la habitación se quedó vacía. Descolgué el cartel de *Al final de la escapada*. Lo doblé y también lo metí en la maleta.

Aquella mudanza era distinta a la que hice cuando me mudé del estudio de Felipe en Madrid a casa de mi abuelo. Entonces aproveché que él no estaba para guardar mis cosas rápidamente. Me parecía patético hacer la mudanza supervisada por su mirada penetrante. E incluso habría resultado más patético si me hubiese ayudado a doblar la ropa, a envolver la vajilla y a desempolvar libros. Además, robé su calentador de agua como venganza. Aunque mi abuelo nunca lo utilizó porque prefería calentar el agua en un cazo. Cerré la puerta de ese estudio para siempre. Metí la maleta en el ascensor. Adiós, Felipe. Adiós, alegría de vivir. Sin embargo, aquella nueva mudanza era jubilosa, radiante y estaba llena de esperanza.

En el vestíbulo de la residencia se percibía la calma de media mañana. La mujer de pelo rubio y ojos azules de la conserjería se debatía entre dormirse o no, barbilla al pecho o nuca en la espalda. Cuando me situé ante ella, cambió su posición en el asiento y se echó hacia delante. Observó las maletas, recogió las llaves y me entregó una carta a mi nombre. Me sorprendió mucho haber recibido una carta. La mujer me preguntó si me había gustado la estancia y yo le dije que sí porque me di cuenta, en ese momento, de que no había estado mal. Salí a la calle y apoyé las maletas en el suelo mientras esperaba a Paula. Abrí la carta. El propietario de la casa rosa consideraba que nuestro dosier era poco fiable, así que nos devolvía la fianza. Un lenguaje formal y cordial para decirnos

que nos quedábamos en la calle. Y mientras tanto, el cuarto en el que habíamos dormido esos días estaba vacío y no podíamos volver.

Entré apresurada a hablar con la conserje rubia para intentar recuperar la habitación, pero me informó de que las nuevas inquilinas ya habían llegado y me señaló una furgoneta de la que una chica, ayudada por sus padres, sacaba cajas. Miré a través de los cristales de la puerta y vi a Mohammed paseando por el vestíbulo en zapatillas de andar por casa. Nos saludó calurosamente a través del cristal y me dijo que se iban a juntar todos a comer un cuscús. Estábamos invitadas. Sentí una enorme tristeza y una enorme vergüenza por haber deseado marcharme de allí.

Me encontré de nuevo paseando por Villeneuve
d'Ascq
con una maleta, sin saber a dónde ir y, además, arrastrando a una taciturna Paula.

Alessio nos acogió en su casa. Con los codos apoyados sobre la barra americana, yo observaba cómo él se movía de un lado a otro de la cocina condimentando una ensalada enfurecido.

—¿Cómo os han podido hacer esto? —decía.

Revolvía la ensalada con toda su ira hacia la agencia inmobiliaria por habernos dejado en la calle. Vestía un chándal y, en mitad de mis problemas vitales, me di cuenta de una cosa que siempre estaba ahí pero en la que nunca había pensado: Alessio tenía una polla enorme que bamboleaba plácidamente en su pijama durante sus idas y venidas por la cocina buscando especias e ingredientes. Cenamos intentando encontrar posibles soluciones. Todas me llevaban a Collard Immobilier. Paula no nos escuchaba, simplemente estaba junto a la ventana, con la mirada perdida hacia la calle. Las farolas se movían ligeramente a causa de una tormenta de viento y lluvia.

—¿Tienes conexión wifi? —le preguntó a Alessio.

—Sí, es *noteladoy*, todo junto, sin mayúsculas —respondió mientras abría una botella de vino y lo servía en tres vasos que tenían toda la pinta de haber sido antiguos tarros de mostaza.

Paula agarró el vaso, se sentó en el suelo, entre las maletas, encendió el ordenador y se lo colocó sobre las piernas.

—Vais a perdonarme un momento. Tengo una cosa que hacer.

—¿Qué tienes que hacer?

—Me ha venido a la mente que hay un problema con los datos de un artículo que acabo de escribir y el *deadline* es mañana.

—¿Vas a ponerte a trabajar ahora? —le pregunté muerta de miedo de tener que ponerme a trabajar yo también.

Me situé de espaldas a ella, no quería saber nada de su mundo universitario en ese momento, pero me alegré de escuchar de nuevo su teclear furioso mientras Alessio me contaba algunas historias graciosas para hacerme olvidar que no teníamos ningún cuarto en el que dormir, ni armarios en los que guardar los jerséis. Al terminar la segunda botella de vino, empezamos a hablar de política. Una manera de tener la sensación de hacer algo productivo cuando estás emborrachándote. Solo hubo un momento en el que Paula desconectó del artículo, y fue cuando nos dejamos llevar por esa conexión inmediata que hay entre el alcohol y los vídeos musicales de YouTube. Nos pusimos a bailar el *Maracaibo* de Lu Colombo. Era una de las canciones preferidas de Alessio, sobre todo esa parte en la que decía:

> *Si ma c'era Pedro con la verde luna*
> *L'abbracciava sulle casse,*
> *sulle casse di nitroglicerina* **[1]**

Y los tres cerramos los ojos cantando para imaginar que besábamos a Pedro junto a la nitroglicerina y que estábamos a punto de volar por los aires follando en un sitio muy lejano a Lille. Paula también se levantó y cantamos juntos: «Maracaibooooooo». Los tres levantábamos los brazos en alto. Alessio cantaba muy bien y nosotras gritábamos cada vez que la canción decía *cha* mientras movíamos la cabeza de un lado a otro dejando que nuestras melenas nos diesen latigazos en la cara.

Y en cuanto la canción acabó, Paula reinició el trabajo. Seguimos escuchándola teclear sentada en el suelo en medio de las maletas mientras nosotros abríamos el sofá cama. Entre trompicones, me puse el pijama, me desmaquillé y me eché a dormir. Paula permaneció en la oscuridad, iluminada por la luz azulada del ordenador. Ya debía de llevar yo dos horas durmiendo cuando la sentí meterse en la cama. Entreabrí los ojos y la vi sonreírme.

—He acabado el artículo. Ya está mandado.

—¿Y eso? ¿Cómo te ha dado por trabajar de nuevo?

—He pensado que ahora no los tengo, pero algún día también tendré sesenta y siete

JCR

.

Y se tapó plácidamente con las cuatro mantas que Alessio nos había colocado para que no pasásemos frío. Y dormimos muy bien. Empezaba una nueva etapa.

7

No había ningún cliente en la inmobiliaria. *Madame* Berlane susurraba por teléfono y reía como una niña. Tenía los ojos clavados en una esquina de la oficina. Sabía perfectamente que yo estaba allí, pero no quería mirarme. Hablaba como si estuviese imaginando cada palabra que le llegaba de la persona que estaba al otro lado. Tardó tanto en atenderme que terminé perdiéndome en su ensoñación. Colgó el teléfono, escuchó la historia de la casa rosa y de cómo nos habíamos quedado en la calle y guardó silencio. Tardó mucho rato en responder. Mientras tanto, buscaba papeles y ordenaba bolígrafos. Cuando por fin me miró, lo hizo muy fijamente, del pelo a las deportivas y de las deportivas al pelo. Me hizo sentir que iba mal vestida y que ese había sido siempre el problema.

—Qué le vamos a hacer. Si el propietario considera que el dosier no es fiable, está en todo su derecho.

Grité quejándome, diciéndole que me había quedado en la calle. No me apetecía gritar. Al principio lo hice por obligación, porque Alessio me lo había recomendado el día anterior:

—Ve allí y que se entere de lo que es bueno. No os pueden dejar en la calle así como así.

Empecé a embalarme. Le cogí gusto a lo de gritar. La lluvia golpeaba contra el escaparate. Los clientes que entraban de nuevas a la inmobiliaria huían nada más poner un pie allí dentro. A *madame* Berlane le daba igual que gritase. Su mirada desafiante me hizo recordar los momentos en los que me peleaba en el patio del colegio. Nos acechábamos como dos toros bravos a punto de darse cornadas. Llegué a un punto en el que o utilizaba la violencia o me marchaba. El gesto de terror de Paula, que esperaba espeluznada a mi lado, me hizo decantarme por la segunda opción.

—¿Y piensas que esta mujer nos va a encontrar un piso después de esta escena? —me preguntó una vez que salimos de la agencia inmobiliaria.

Al menos contábamos con la casa de Alessio. Él todavía no había llegado de trabajar. Nos dejó una nota explicando que su director de tesis le había propuesto que cubriera la vacante de un profesor que se había dado de baja por depresión. Paula se acurrucó entre las maletas y encendió el ordenador. El refugio que había improvisado el primer día se había convertido en su lugar de trabajo.

—Estoy más productiva que nunca en mi vida —dijo.

Al rato apareció Alessio, muy excitado tras haber dado sus primeras clases universitarias, y nos dio un abrazo.

—Quedaos en mi casa todo lo que queráis.

Esos días con Alessio me permitieron conocerlo mejor. Tenía tanta energía que podía vivir su vida y la de tres personas más. Era fascinante comprobar cómo se había adaptado a la vida en Francia. No hacía tanto tiempo que habíamos aterrizado aquí y ya se vestía de negro con un fular al cuello, cruzaba mucho las piernas mientras se liaba un cigarro, como hacían los franceses, y decía *chouette* mirando serio hacia el suelo. Y, sin embargo, tenía un punto flaco: el fotógrafo de espaldas. Un tío alto, lánguido, desgarbado, de ojos grandes y verdes y pelo sucio castaño atado en una coletilla; el tipo de persona al que no lavarse le da estilo. Todavía no sabíamos si era gay o no, pero la verdad es que se estaba acercando cada vez más a Alessio o, al menos, dejaba que Alessio se le acercase. Venía muchas noches a cenar y beber vino, y cuando lo hacía Alessio compraba las mejores *delicatessen* que encontraba en el Monoprix y hacía como que las tenía ahí por casualidad. Con ellas preparaba cenas muy ricas durante las que el fotógrafo de espaldas divagaba sobre las obras artísticas de los demás, que siempre terminaban siendo mediocres.

—Los artistas de hoy en día son gente que pone más arte en rellenar el papel de la subvención que en su propia obra —decía.

—¿Por qué fotografías espaldas? —le preguntó Paula.

—Me gusta trabajar por series —respondió mientras se estiraba en el respaldo de la silla y alargaba las largas piernas bajo la mesa.

Como no entendíamos bien a qué se refería, continuó explicando:

—Empecé fotografiando a vagabundos de la calle, pero cuando presenté mi trabajo en la escuela de fotografía, otros cuatro fotógrafos se habían inspirado en el mismo tema. Por eso decidí centrar mi segunda serie en los reflejos y las sombras, para trabajar con imágenes abstractas de la realidad. Sin embargo, cuando presenté mi trabajo, otros tres fotógrafos habían hecho lo mismo.

Sacó un cigarro y se volvió a apoyar sobre la mesa.

—Pero ¿por qué las espaldas? —insistió Paula.

—Una espalda recta, encorvada o torcida dice mucho más de una persona que su propia cara. De su niñez, su futuro, su trabajo. Pero ya estoy agotando este tema, ya no me inspira. Ahora busco otro motivo… y no lo encuentro —contestó apesadumbrado.

Alessio le daba la razón apoyando la mejilla en la mano con la cabeza ladeada, y pestañeaba como si fuese un dibujo animado. El fotógrafo de espaldas seguía fumando, con su larga espalda encorvada sobre la mesa de madera llena de platos sucios.

Por las noches salían. Al fotógrafo de espaldas le gustaban mucho las locuras y Alessio sabía hacerlas. A veces se colaban en el edificio más alto de Lille y llegaban hasta la azotea para ver el paisaje de industria y neblina, o hablaban con músicos vagabundos en la calle y les proponían subir a la casa a tocar. Tocaban hasta que se hacía de día. Alessio bailaba girando sobre sí mismo con los brazos extendidos, y me recordaba más a un derviche que a un joven viviendo los mejores años de su vida. Paula y yo nos fuimos acostumbrando a dormir con ruido. Para Alessio cada noche de juerga con el fotógrafo de espaldas era mágica. Las recordaba al día siguiente con media sonrisa mientras esperaba a que sonara el agua hirviendo en la cafetera; y creía que cada una de esas noches era un paso hacia delante en la más increíble historia de amor jamás contada. Pero esa historia de amor nunca se concretaba. La verdad es que esas maravillosas noches que vivían dejaban indicios inquietantes por las mañanas. Cada vez que Paula y yo nos levantábamos a hacernos el desayuno temíamos con qué íbamos a encontrarnos. Como cuando fuimos a hacernos el café y la encimera de la cocina estaba cubierta de filetes de ternera cruda y cigarros apagados sobre ellos. O cuando entre cartas de póker y restos de puros hallamos una tarjeta de crédito metida en un vaso medio lleno de *whisky*. O cuando nos impactó aquella mañana en que

Alessio dormía en el suelo de baldosas blancas abrazado a un perro enorme que no pertenecía a ninguno de nosotros. No hay nada más pesado que tener un amigo enamorado.

De una manera extraña, todo eso motivaba a Paula a trabajar más, de forma que pasaba horas sentada en el suelo con el ordenador apoyado sobre las piernas. Así que yo no podía quedarme de brazos cruzados. Pero ¿qué podía hacer? *Madame* Berlane poseía la llave de mi futura casa, la que me permitiría llevar una verdadera vida francesa, y me había peleado con ella.

Busqué piso en internet, uno que pudiese compartir con alguien, vistos los precios de los alquileres. Entré en entrecolocataires.com, un sitio de internet para la gente que, como yo, quería compartir piso. Comprobé que había derivado en un sórdido lugar de encuentros. Entre la foto del salón y la del baño de la casa que te interesaba te colaban otra de los pectorales y los abdominales del compañero de piso que tendrías. Había que leer entre líneas y descubrir sus verdaderas intenciones: los que querían una relación, los obsesivos, los maniáticos, los que pretendían que pagases pero que prácticamente no vivieras allí. A Paula parecía no importarle demasiado disponer de un lugar en el que vivir, pero yo estaba determinada a encontrar uno.

Terminé regresando a Collard Immobilier. No me atreví a entrar, avergonzada de mi ataque de ira de la última vez. Permanecí observando a *madame* Berlane desde el otro lado de la calle. La vi atender a los clientes, pasar datos de unas fotocopias a una agenda y hacer llamadas telefónicas. Hubo un momento en el que paró la actividad y miró hacia la lluvia, hacia fuera. Allí estaba yo, impertérrita, observándola bajo una capucha. Hice como que esperaba el autobús, me puse en la cola. Se incorporó, nunca la había visto de pie, siempre sentada detrás de esa mesa en la que se acumulaban rotuladores fluorescentes y dosieres. Me sorprendió ver que vestía minifalda y botas de mosquetero. Se acercó hacia la vitrina del local, pero no porque me hubiese descubierto, sino para colocar nuevas ofertas de pisos.

Pasé mucho tiempo oculta entre la marquesina de la parada y una papelera, intentando encontrar una clave, algo que me ayudase a cambiar mi situación. Cuando no había nadie, *madame* Berlane se arreglaba el pelo y se retocaba el pintalabios. La vi mirar de reojo

hacia la calle, preocupada porque no entraba ningún cliente. Y cuando alguno entraba, simulaba indiferencia.

No me moví del sitio. Me cubrí bien las orejas con el gorro de lana. Estábamos en noviembre. El invierno se echaba encima y el frío me atravesaba como miles de cuchillas y espadas. Llegó un momento en el que apagó el ordenador. Luego fue apagando cada lámpara de la oficina hasta que por fin salió y cerró con llave la puerta de Collard Immobilier, que se quedó vacía. Solo una tenue luz iluminaba los anuncios de unas casas a las que era prácticamente imposible acceder. Una trampa para los ingenuos. Se puso un gorrito rojo y un abrigo largo y se encaminó hacia las calles oscuras. Ya era la hora de marcharse a casa.

Decidí ir tras ella. Yo era la mirada subjetiva, la cámara que se mueve detrás del protagonista en las películas de terror. Ella era el personaje inocente aventurándose en la noche sin saber que una clienta loca la estaba persiguiendo. Cogió su teléfono móvil. Hablaba con alguien, hablaba todo el rato. A veces se escuchaba una risa. ¿Quién sería esa persona con la que tanto hablaba? Y caminó y caminó por calles cercanas al Vieux Lille. Algunas de ellas estaban llenas de gente. A continuación se aventuró por otros barrios más limpios que yo no conocía. Sus calles tenían, cada tres metros, árboles perfectamente podados. Los jardineros habían transformado las frondosas ramas en perfectos cubos que se sucedían unos a otros. Y allí era más difícil seguirla porque el taconear de sus zapatos y los míos eran los únicos sonidos que rebotaban alrededor. Así que tenía que ocultarme detrás de alguna esquina hasta que ella se alejaba lo suficiente como para no darse cuenta de que alguien caminaba tras ella.

Se paró frente a un portal. Era majestuoso, las puertas de madera debían de medir unos tres metros de alto y estaban adornadas con delicados grabados de flores. Los muros del edificio eran blancos, y a través de los enormes ventanales podían verse lámparas de araña y estanterías de nogal con libros de ribetes dorados. Entró y desapareció. Esperé en la calle sin perder de vista las ventanas. Intentaba averiguar algo más sobre *madame* Berlane. Tal vez alguna de aquellas luces se encendiese y la descubriría besándose con quien no debía. Eso sería lo perfecto, así podría chantajearla y conseguir que me diese acceso a un piso. Pero no

veía nada. Al cabo de una hora allí parada empecé a sentirme absurda. Se abrió la puerta. Era ella. La seguí de nuevo. Caminaba más rápido que antes. Entramos en una zona más popular. Después de un rato se metió en un portal con pintadas sobre la puerta metálica. Me detuve un rato. Me ofrecieron droga tres veces. Ella no volvió a salir. ¿A dónde había ido? ¿De quién era esa casa en la que había entrado? Finalmente me marché.

Al día siguiente, tras uno de los seminarios de *madame* Brutin, volví a seguirla e hizo el mismo recorrido. Primero se dirigió al edificio majestuoso y luego al que tenía pintadas en la puerta. Y al día siguiente, también.

Espiar a *madame* Berlane se convirtió en una especie de hábito esos días. Resultaba extraño verla fuera de la oficina, sin balancearse de un lado a otro para recoger fotocopias y sin señalar mapas o contestar al teléfono. Como cuando te cruzas con un policía que ya no está de servicio. La observaba sacar la basura, comprar en la tienda BIO e ir al dentista. Examinando sus basuras descubrí que debía de tener cierto enganche con el *mousse* de chocolate Michel et Agustin. Y cuando regresaba a mi vida me descubría comprando en la misma tienda BIO y comiendo el mismo *mousse* de chocolate. Hasta me compré un gorrito de lana parecido al suyo. Mi odio se iba transformando en admiración. Gracias a ella aprendía a ser francesa.

Seguramente vivía en la segunda casa. No parecía que tuviese pareja o hijos. Sin embargo, sí que la vi salir de la casa un par de veces con un señor muy mayor en una silla de ruedas. Aprovechaba que no lloviese para ir con él a la Citadelle, un fuerte militar que habían transformado en un parque con árboles y zoo. Ella empujaba la silla vestida con unas mallas de colores. Tenía un culo perfecto. Dos bolas duras.

Solían ir hasta la cima de un montículo fuera del zoo desde el que podía contemplarse a los monos saltar de un palo a otro. El tiempo que estaban ahí lo pasaban en silencio. Había intimidad entre ellos. Luego paseaban por un camino de tierra al lado del canal.

Una tarde que hacía un poco de sol, todos los ciudadanos de Lille salieron de sus casas y, a pesar del frío, se lanzaron como locos al parque a hacer un pícnic. Fue entonces cuando escuché que ella

lo llamaba *papá*. Era su padre. Debía de vivir con él. Ese fue mi primer descubrimiento. El segundo consistió en algo que ya podía intuir. *Madame* Berlane tenía una debilidad: el lujo. A veces salía a cenar con unas amigas —todas rubias— a restaurantes donde las copas de vino estaban tan limpias que se confundían con diamantes. Y en cuanto tenía tiempo, salía a pasearse por las calles más limpias y empedradas de Lille, de esas con floristerías y tiendas que exponían los bombones de chocolate como si fuesen joyas. Pero todavía tenía un secreto: ¿cuál era esa primera casa a la que iba siempre, cada día, sobre las seis de la tarde?

Tenía que averiguarlo si quería un buen contrato de alquiler, así que un día la esperé escondida cerca del portal majestuoso al que acudía cada tarde. En cuanto entró, el enorme portón empezó a cerrarse tan lentamente que corrí hacia allá precipitadamente. Casi me atropella un coche. Sin aliento, conseguí poner un pie entre la puerta y el marco. Fue doloroso, la puerta era gigante, ya que se trataba de uno de esos portales por los que entraban carruajes de caballos en el siglo XIX. El vestíbulo interior olía a limpio y las paredes estaban recubiertas de espejos. Era enorme. Alessio, Paula y yo podríamos haber vivido en ese vestíbulo perfectamente con mejor calidad de vida de la que teníamos. No encendí la luz, del mismo modo que los criminales no encienden los faros del coche por la noche. La tenue luz dorada de una farola entraba a través de las ranuras de la descomunal puerta y me permitió ver al fondo un ascensor antiguo. Decidí no cogerlo y subir por la escalera, que olía a nogal recién encerado. Cada escalón crujía levemente como una carabela que te conduce al Nuevo Mundo. Y, de repente, vislumbré una puerta entreabierta de la que salió un olor muy fuerte. Me acerqué poco a poco intentando no hacer ruido, pero la maldita madera del suelo cada vez crujía más. Me aproximé hasta que metí las narices en la ranura que había dejado la puerta. El ambiente era silencioso, pero se escuchaban respiraciones fuertes, más de una. Todo estaba a media luz. Me moví lentamente apoyada en un solo pie, con la ilusión de que eso me hiciese más ligera. Un biombo me impedía distinguir qué ocurría. Y, entonces, la madera crujió del todo. Me di la vuelta rápidamente, como un muñeco autómata. Me estaba dirigiendo a las escaleras, con los movimientos largos de un ladrón, cuando escuché la voz de un hombre:

—*Bonsoir*. —No conseguí ver quién me hablaba—. *Vous êtes la bienvenue* [2].

La puerta se abrió de par en par y, de entre las sombras, surgió un señor de mediana edad que me sonreía. Con el movimiento de la mano me invitaba a entrar. Ya no podía echarme atrás, tenía que averiguar qué sitio era ese. Y allí la vi: *madame* Berlane sentada sobre un tapiz. Era una clase de yoga. Iba a yoga después del trabajo. Nada más sencillo. Se trataba de una academia situada en un piso que antes debió de ser la casa de uno de los propietarios de las minas en las que tantos hombres de Lille se habían ganado la vida hasta que las cerraron en 1990.

Había mujeres de pelo sedoso y pieles relucientes, muy parecidas entre ellas, aunque también vi a un hombre que, a pesar de llevar unos pantalones fluidos y una camiseta de *sport*, tenía cara de comercial de banco. Estaban tumbados en el suelo con las palmas de las manos hacia arriba, e hinchaban y deshinchaban sus barrigas lentamente con respiraciones sonoras. El profesor se dirigió a mí con la sonrisa blanda que deben de tener los hombres que les dan caramelos a los niños a la salida del colegio con la intención de secuestrarlos. Sorprendentemente, para ser profesor de yoga tenía algo de tripa. Sostenía un recipiente dorado y pesado entre las manos donde había un mortero que cuando él lo giraba hacía un sonido suave y constante. Me explicó que utilizaba la vibración de los cuencos tibetanos para guiar las posturas.

—Puedes unirte a nosotros.

Fui a una habitación que utilizaban como vestuario. Sus ropas, colgadas de perchas, eran de telas tan ligeras que se agitaban levemente con cada uno de mis movimientos. Empecé a mirar las marcas de los jerséis, los pantalones y los abrigos: Comptoir des cotonniers, Sessùn, Maje. Me vestí con unos pantalones muy amplios que me tendió el profesor y me dejé puesta mi camiseta de la película *Tiburón*. Cuando llegué a la sala, el profesor ya había colocado mi colchoneta y una manta. Me tumbé boca arriba como mis compañeros, cerré los ojos y respiré poco a poco siguiendo las indicaciones del gurú. Tenía que abrir los ojos a menudo porque no conocía el nombre de las partes del cuerpo que estaba indicando en francés. Nos pusimos de pie, nos tocamos los pies, luego abrimos las piernas, retorcimos la espalda. La mirada de *madame* Berlane se

cruzó durante un leve momento con la mía. La retiré de golpe, luego volví a mirarla. Tenía un gesto de sorpresa y asco. Pero el profesor no nos dejaba parar: la postura de la plancha, la cobra, el perro que mira hacia abajo.

Que mi cuerpo temblara y sufriera tanto fue un alivio porque así no tenía que pensar en el odio de *madame* Berlane. De repente pidió que hiciésemos la postura de la vela y los alumnos se pusieron a hacer el pino. Las piernas de *madame* Berlane se alzaban como dos obeliscos de la victoria. Yo hacía lo que podía. *Madame* Berlane terminó doblándose como un folio por la mitad: sentada, con las piernas rectas, apoyó tranquilamente su pecho contra los muslos al tiempo que reposaba la cabeza sobre las rodillas. Finalmente, volvimos a tumbarnos. El profesor nos pidió que respirásemos un inmenso azul y pensé en el cielo de Madrid. Y por un momento sentí que todo lo que había pasado hasta ahora no tenía importancia. Podía seguir adelante. Nos pidió que dejásemos los odios y los rencores. Estábamos ahí y ahora. La verdad es que por un momento olvidé qué hacía allí. Nos sentamos con las piernas en cruz y el profesor puso las manos en forma de rezo y se inclinó hasta que dio con la frente en el suelo.

—*Namasté* —nos dijo.

—*Namasté* —respondieron con unas voces muy tibias.

En ese momento, *madame* Berlane cruzó sus ojos con los míos. Se sorprendió y luego me sonrió.

—*Namasté* —le dije.

—*Namasté* —respondió.

Recogí rápidamente mi tapiz como pidiendo perdón y fui a cambiarme. En el vestuario, mis compañeras se iban vistiendo en silencio, con movimientos lentos y controlados. Luego salieron pausadamente a una sala donde había una mesa que daba la sensación de pesar dos toneladas. Sobre aquella mesa de madera, que parecía muy antigua, de aire medieval, habían colocado unas tazas de cerámica casi tan finas como el papel de fumar. El profesor con cara de secuestrador de niños fue sirviéndonos poco a poco té en un cuenco y la gente lo sujetaba entre las dos manos como si fuese una ofrenda y bebía a sorbos saboreando cada trago. No había azúcar en ningún sitio. El profesor nos informó de que el fin de semana daría un curso intensivo de comida vegetariana ayurvédica

sin gluten. Dos horas por doscientos euros. Todas asintieron sin rechistar y fueron a pagar directamente. *Madame* Berlane también se inscribió en el curso de comida ayurvédica. Luego se puso su abrigo color camel y un pañuelo de Yves Saint Laurent alrededor del cuello. Antes de marcharse se giró y me dijo:

—Nos vemos mañana en la oficina.

—Hasta mañana —le respondí.

8

Un árbol sin hojas se reflejaba en el escaparate de Collard Immobilier. Sus ramas oscuras se distinguían sobre el cielo gris de Lille, y parecía un rastrillo viejo gigante con las púas desdentadas. Nada más entrar en la oficina *madame* Berlane me saludó con otro *namasté*. De pronto había una corriente de complicidad entre nosotras. Haber hecho yoga con ella había tenido mucho más efecto que si hubiésemos sobrevivido juntas a un accidente aéreo en los Andes y tenido que comernos a otros para poder resistir. *Madame* Berlane hizo una llamada. Señaló el mapa de Lille que tenía a su izquierda. El esmalte de la uña era rosa claro. Se levantó y dejó al descubierto un vestido de oficina ajustado que permitía que se apreciaran sus músculos alargados y flexibles. Se puso el abrigo y el fular alrededor del cuello. Con una mano tintineó las llaves del coche para que la siguiese. Salimos. Ella desapareció y yo la esperé y apareció con un Audi descapotable azul bastante cascado, con el techo echado y una abolladura en todo el lado izquierdo. Ese coche era nuevo para mí. Siempre la había visto caminando y hablando por teléfono.

—Este coche es el viejo. Mi marido me regaló uno nuevo, pero está en el taller. Aun así, este es el preferido de mis hijos porque es descapotable.

Ella no sabía que yo sabía que todo eso era mentira. Que sabía que vivía con su padre, se gastaba el dinero en bolsos de Gucci y le preocupaba que su padre se sintiese solo. En fin, intentaba ocultar que era normal. Escuché con atención las historias en las que me contaba lo atento que era su marido y cómo se iban a ir a Suiza a esquiar por su aniversario porque era allí donde él le había pedido matrimonio. Es fascinante escuchar a la gente mentir.

En ese momento miró a través del retrovisor. Encendió la radio.

Se escuchó música clásica. Me dio la sensación de que quería impresionarme. Eso me apenó. Cada vez apretaba más el acelerador. Nunca había montado en coche en Lille. Ella no podía llegar a imaginarse lo alucinante que me resultaba cruzar la rue Faidherbe en menos de un minuto. Unos obreros colocaban luces de colores a lo largo del cielo. La Navidad estaba a la vuelta de la esquina.

Llegamos a una calle donde los edificios no superaban los tres pisos y las casas se apiñaban unas frente a otras. Había cables gordos, gruesos y negros saltando de un lado a otro. Los exteriores eran de ladrillo y, aunque todas tenían los mismos tonos, que iban del marrón oscuro al marrón claro y del blanco al gris, eran diferentes entre sí. Seguramente habían sido casas individuales en algún momento. Cada fachada albergaba una historia. Unas eran modernistas, y otras, algo haussmannianas. Unas parecían de un barrio de las afueras de Londres, y otras, un edificio moderno de los setenta o un almacén viejo. Se sucedían en una calle que se extendía como una larga bufanda de lanas de jerséis diferentes. Se llamaba rue
d'Artois.
Me pareció un nombre muy francés. Ya estaba en la ruta que me conduciría a una vida francesa.

Madame Berlane aparcó el coche delante de un portal con motivos modernistas. Las ventanas eran largas y estrechas, también las puertas y las fachadas. El punto de unión eran los patios interiores y los garajes que daban a los patios. Pero todas conservaban los tejados inclinados de teja negra.

—Este piso pertenece a una de nuestras mejores clientas. Es una amiga. Le he comentado que eres de confianza.

Abrió y pude comprobar que también el interior de las casas era largo y estrecho. Subimos por unas escaleras muy empinadas en las que solo cabía la mitad del pie en cada escalón. Llegamos a una puerta que necesitaba tres llaves diferentes para abrirse. *Madame* Berlane no dudó ni un momento en decidir qué llave iba en cada cerradura. Estaba claro que no era la primera vez que hacía eso, ni la segunda, ni la tercera. Entornó los ojos y respiró profundamente al entrar en la oscuridad del pasillo: ese lugar significaba algo para ella. Dado que cuidaba de su padre en casa, quizá aquel fuera el

sitio a donde se llevaba a sus amantes. Quizá fuera el lugar donde alguien le bajaba un tanga perfectamente limpio. Llegamos a una sala bastante amplia. Los ventanales eran inmensos. Ella se asomó hacia fuera. Yo observaba su figura a contraluz. Apoyaba todo el peso del cuerpo sobre uno de los tacones, que hacía sombra, una línea larga y agresiva, a lo largo del parqué. Abrió los brazos, se dio la vuelta y se dirigió hacia mí: «Este es vuestro piso». Ese fue el momento mágico del día, y ella lo sabía. La actuación había terminado. Encendió la luz eléctrica general, me enseñó la casa y me contó los pormenores de la calefacción y de los vecinos.

Al llegar a casa de Alessio encontré a Paula sentada en el suelo con las piernas en forma de flor de loto. El espacio del suelo en el que se había sentado el primer día había ido evolucionando. Con el fin de no distraerse, Paula se había construido un techo y paredes con sábanas. Dentro había acumulado libros, cojines, un flexo y distintos cargadores. Intenté hablar con ella, pero me hizo un gesto con la mano para que no la molestase. Escribía con fervor, como si Dios le estuviese transmitiendo un mensaje que debía redactar en directo. Al cabo de diez minutos, terminó. Yo ya estaba metiendo mis cosas en la maleta.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Pues haciendo la mudanza.

Se levantó dando un respingo y nos abrazamos.

—Nunca pensé que fueses a conseguirlo —dijo.

Intenté tomármelo como un agradecimiento.

Cuando terminé de embalar mis cosas, miré alrededor. Paula había sido extraordinariamente rápida, no solo había guardado todo en su maleta, sino que también había desmontado su improvisado despacho. En su lugar había un helecho. Parecía que en esa esquina no hubiera pasado nada, pero ahí se habían escrito algunos de los artículos sobre economía de los vinos que serían más citados en los años venideros.

Arrastraba la maleta por los adoquines que llevaban a mi nueva casa. El invierno había dado una extraña tregua. Unos niños jugaban con las bicis en la calle. Un chico de origen árabe con una visera, que llevaba los calcetines por encima del chándal, fumaba un cigarro mientras miraba el móvil sentado en un banco. Una mujer blanca de unos setenta años, con el pelo rojo y cardado y las

cejas pintadas, limpiaba los cristales de una ventana. Una pareja de *hippies* intentaba meter un sofá por una puerta demasiado estrecha. Todo eso ocurría en silencio, era como el oleaje del mar. Aquel era mi vecindario. Ya era una de ellos.

Cuando llegué al portal, había frente a él un hombre mayor, de piernas tan flacas que parecía que los pantalones se sostenían solos. Aproveché que abría la puerta para pasar. Me miró receloso. Me presenté como la nueva vecina y le expliqué que las llaves las tenía mi compañera de piso, que estaba a punto de llegar. Subí la maleta hasta el primer piso, a mi nueva casa. Me senté en el suelo de moqueta azul. El espacio era estrecho, y habían pintado las paredes de color crema. Unas tuberías que parecían muy antiguas estaban a la vista y atravesaban el techo. Frente a mí, una ventana daba a la calle. El cristal era blanco y verde, con motivos modernistas, y la luz lánguida de la ciudad conseguía atravesarlo y reflejarse en las paredes como si fuese el verde del mar. Algún vecino tocaba el piano y cantaba con mucha pasión, desafinando, y me deleité durante un rato escuchando sus melodías hasta que llegó Paula. Venía en una furgoneta cargada con una nevera y unos colchones que había conseguido a muy buen precio en un tiempo récord. Unos excompañeros chinos y nigerianos de la residencia nos ayudaron a transportarlos. Cuando le dije que estaba preocupada porque no teníamos ni nevera ni colchones, me miro con seguridad y dijo: «Tú no te preocupes, que yo me encargo». Me sorprendió bastante comprobar que Paula había conocido a mucha gente en la residencia y tenía buenas relaciones. Solo la había visto tecleando con fuerza el ordenador y, sin embargo, había tenido una vida ajena y desconocida todo ese tiempo. Quizá fuera eso lo que se sentía en un matrimonio. Al final del día acabamos cocinando en una placa, con dos colchones de plástico en el suelo y todas nuestras pertenencias desordenadas alrededor.

Empezábamos una nueva vida en la ciudad, en el barrio de Moulins, cerca de Wazemmes. La residencia olía a olvido, y la ciudad estaba construida de tal modo que nunca más tuviésemos que pasar por allí. ¿Qué estarían haciendo Mohammed o aquella mujer que leía las ofertas de trabajo en la cocina? Y esta podría haber sido la historia de cómo descubrí que la verdadera felicidad estaba en la residencia, junto a todos aquellos que vivían en los

aledaños de la sociedad, pero no. La residencia estaba fuera de todo. En el momento que entrabas allí, desaparecías.

El piso tenía una habitación pequeña y un gran salón que se podía dividir en dos. Lo echamos a suertes y me tocó el salón. Separamos el espacio con una tela de lunares negros que compramos en Ikea. Aparte de los colchones, las placas para cocinar, los libros y nuestra ropa, allí no había nada más. Por fin podía darle forma a un espacio vacío. Colgué mi póster de *Al final de la escapada*. Se había roto un poco en el traslado, pero arreglé la rotura con celo. Lo ubiqué en una enorme pared blanquecina que había entre la ventana y una chimenea clausurada. Lo había comprado en una tienda de discos antiguos y carteles llenos de polvo de Madrid. Ponía *Al final de la escapada* y no *À bout de souffle*. Me hice la ilusión de que no fuese una réplica sino un cartel real de un cine de la Gran Vía, de esos que tenían frescos en el techo y lámparas de lágrimas de cristal antes de que los cines de Madrid se transformaran en tiendas de ropa *low cost*. Cuando me trasladé de casa de mi abuelo al apartamento de Felipe me lo llevé. Felipe llevaba dos años viviendo en su pequeño apartamento. Aunque no fuera muy grande, era perfecto para nosotros dos. Él componía allí sus canciones, y tenía unas plantas de cintas que caían de las librerías en cascada. Felipe no había estudiado, pero era muy talentoso y trabajaba la madera, así que me había hecho un mueble con espejo donde podía poner mis bisuterías y mis peines. Lo había hecho para mí, para que supiese que allí era bienvenida. Sin embargo, como las paredes ya estaban repletas de cosas, solo había espacio para un cuadro y él ya había colgado uno de *Pulp Fiction*.

Durante el año que vivimos juntos intenté no acumular muchas cosas para que no nos desbordasen. También traté de reorganizar lo que había. Sin embargo, cada vez que movía algo perturbaba mucho a Felipe, que me había advertido que él tenía su forma de organizar las cosas. Quizá tendría que haberme dado cuenta de que nuestra relación iba a acabar el día que discutimos porque se me ocurrió tirar a la basura unos estropajos viejos. Aquella Uma Thurman del póster de *Pulp Fiction*, con su peluca y su cigarro fino, estuvo presente en cada una de nuestras broncas y reconciliaciones.

Y ahora, por fin, mi póster de *Al final de la escapada* tenía el

lugar que necesitaba, una enorme pared blanca solo para él.

Vivíamos en el primer piso de un edificio de tres. El de arriba lo ocupaban una mujer y su hija (era ella quien tocaba el piano y su hija la que desafinaba). En la planta baja vivía un hombre de unos sesenta y cinco años que vestía siempre una bata roja con las solapas de satén azul oscuro. Exhibía una piel muy pálida. Cuando entrábamos por el portal, abría y cerraba la puerta rápidamente. No decía *bonjour* ni *bonsoir*. Una vez se me ocurrió pedirle una taladradora. Desde el quicio intenté mirar hacia el interior. Detrás, ligeramente iluminada, se encontraba su mujer, a la que no había visto antes ni volvería a ver después.

Aprovechamos que casi no había vecinos para hacer una fiesta. No solo de bienvenida, sino también de Navidad. Muchos se marchaban a visitar a sus familias a sus países natales. Yo no, no me apetecía nada volver justo cuando ya tenía una casa francesa de verdad. Además, los billetes se habían encarecido. En realidad, la fiesta la había promovido Alessio desde un principio. En el fondo era su gran excusa para clavarle la estocada final al fotógrafo de espaldas.

El día de la fiesta, Alessio apareció varias horas antes cargado desde su casa con un horno portátil para hacer *petits-fours*. Quería que estuviesen crujientes y calientes. También llevó varias botellas de vino italiano en una mochila y un *pendrive* con música seleccionada, sofisticada pero bailable. Deseaba demostrar que era exclusivo pero divertido, la persona que cualquiera desearía tener a su lado. Invitamos a nuestros antiguos vecinos de la residencia. También extendí la invitación entre los doctorandos de la biblioteca con la esperanza de que la noticia llegara a los oídos de Guillaume.

Los invitados fueron llegando y se formaron dos grupos muy separados entre ellos. Todo el mundo estaba muy serio. El tipo de atmósfera requerida en un congreso de la Asociación Internacional de Estadística. Alessio hacía lo posible por animar la fiesta antes de que llegara el fotógrafo de espaldas. Horneaba *petits-fours* u obligaba a la gente a sostener vasos de plástico llenos de vino en la mano; también fue corriendo a casa de un conocido a por un altavoz para que la música se escuchara más alta. Todo en vano. La cosa no se animaba, todos se sentían cohibidos. Alessio sufría intentando crear ambiente. Tenía pensada incluso la canción que

iba a poner unos segundos antes de que el fotógrafo cruzara la puerta. Pero la realidad era que todo el mundo había comido tantos *petits-fours* que empezaron a sentarse empachados en el suelo mientras hablaban de la gestión municipal en el Nord-Pas-de-Calais. El fotógrafo de espaldas le mandó un mensaje a Alessio para preguntarle por el código del portal. Alessio puso la música que había pensado y nos agarró a Paula y a mí de las manos forzándonos a levantarnos y a bailar. Lo obedecimos. Eso animó algo el ambiente y empezó a verse algún movimiento de caderas inesperado por parte de algún doctorando. Todo era perfecto, justo la imagen que Alessio tenía en la mente de lo que debía ser esa fiesta. Pero el fotógrafo de espaldas abrió la puerta y apareció cogido de la mano de una chica rubia que cada vez que sonreía iluminaba cada uno de nuestros corazones. La fiesta se animó. Paula bailaba con nuestros antiguos compañeros de la residencia con los bracitos encogidos sobre el pecho y los ojos entornados mientras dibujaba media sonrisa: movía la cabeza levemente de un lado a otro a un ritmo mucho más lento que el de la música. Sin embargo, Alessio ya no tenía ganas de bailar. Se recluyó en la cocina y se puso a limpiar. Lo limpió todo, hasta el salón. Cuando la gente se fue, el apartamento relucía más que nunca.

9

«La risa es el sol que ahuyenta el invierno del rostro humano». Después de leer esta frase de Victor Hugo, *madame* Brutin cerró el libro y permaneció en silencio sin mirarnos. Se estaba despidiendo. El fin de su seminario para aprender a pensar en francés llegaba, y empezaba el invierno. Nos animó a que cada uno de nosotros preparásemos una propuesta sobre nuestra tesis para un congreso de jóvenes doctorandos en París. Si éramos seleccionados podríamos participar y hablar con las primeras figuras de la investigación de nuestro ámbito. Y pensé que preparar un texto para ese congreso sería mi oportunidad de abrir una rendija y adentrarme en el mundo francés y darle sentido a lo que estaba haciendo. *Madame* Brutin se giró. La falda, que le llegaba hasta los pies, se movió con ella e inundó el aula de olor a pachulí. Se marchó como un amante con el que has pasado una noche de risas, ternura y complicidad y luego no vuelve a llamarte.

Después de clase, busqué una cafetería. Entré en una con mesas de mármol y madera y con un camarero que estaba empeñado en que pagase la cuenta y me marchase de una puñetera vez. Garabateé en un cuaderno algunas ideas para el congreso, releí los textos que *madame* Brutin nos había entregado y uní esas ideas a otras que había leído en la biblioteca. Así escribí algunos párrafos e intenté enlazarlos. Era muy fácil sentir que decía cosas inteligentes cuando escribía en mi lengua, pero la cosa cambiaba al tener que hacerlo en otra distinta. La gran armadura de mi idioma se iba desmoronando a medida que debía traducir mi texto al francés. La sencillez de mis frases al escribir en otro idioma me enfrentaba a la realidad de lo que de verdad quería decir. ¿Qué quería decir? No lo sabía.

Al otro lado de la cristalera, los decorados navideños relucían

tras la neblina del invierno. A esas alturas, Alessio pasaba muchas tardes en nuestra casa. Se le habían formado unas inmensas ojeras. Parecía que cada día atravesara el Sáhara sin beber agua para llegar allí. Solía presentarse por las tardes, cuando el recuerdo de su fantasía con el fotógrafo de espaldas que había vivido en su cabeza le hacía sentirse muy ridículo. Llegaba vestido con la americana de dar clases y con el bolso maleta donde metía el ordenador y los libros. Después de beberse una botella de vino entera ponía en el ordenador unas canciones superdeprimentes de Luigi Tenco. Y cantaba y cantaba cada vez más alto mientras seguía el compás con sus enormes zapatos negros, que retumbaba en todo el edificio. Seguramente, desde abajo podían escuchar los zapatazos impulsados por el dolor de Alessio. Nunca vinieron a quejarse.

Puede que empezásemos a tener una vida en ese nuevo lugar, y eso me hizo creer que quizá lo de la tesis fuera posible, así que cada mañana me colocaba el gorro de lana e iba a la biblioteca para poder dar un empujón a mis investigaciones sobre la Torre Eiffel y redactar una propuesta decente para el congreso. La biblioteca también me permitía huir de Alessio, la verdad. Cada día pasaba por la recepción y saludaba a las bibliotecarias con un leve *bonjour*, que era más aire saliendo de mi boca que una verdadera palabra. Metía la mochila, el abrigo, la bufanda y los guantes en una taquilla, sacaba el ordenador y subía a la sala de lectura. Leía día tras día libros muy aburridos sin tomar un rumbo fijo y anotaba lo que me resultaba interesante: ideas, conceptos. A veces encontraba algo de verdad fascinante, pero normalmente no estaba vinculado a mi tesis. Y esos días eran muy extraños porque volvía a casa sin saber bien qué había estado haciendo. Día tras día, más lecturas, más notas. Hasta que hablaba con Paula y Alessio y todas esas ideas desconectadas iban tomando sentido. Hablar era importante.

Menos nosotros tres, todo el mundo se había marchado de Lille. Las fiestas navideñas se acercaban y la ciudad se había quedado en barbecho, inquietantemente solitaria, tomando fuerzas para lo que estaba por venir. Nosotros queríamos ahorrar, pero, de paso, también huir de nuestras raíces y regodearnos en nuestra soledad. Las Navidades son un verdadero incordio para la gente que no tiene una familia de anuncio de televisión porque te obligan a pensar en gente que ya no está, en gente con quien no tienes muchas ganas de

hablar y en gente con la que nunca podrás estar a la altura de las circunstancias.

El día 24 de diciembre salí a disfrutar de las pocas horas que la biblioteca estaba abierta y abandoné a Alessio y Paula en la cocina. En un ataque de nostalgia de su tierra, Alessio se había liado a preparar unos *tortellini in brodo*, así que cuando me marché los dejé enrollándose los trozos de pasta y relleno entre los dedos mientras Alessio entonaba canciones deprimentes.

Pasé las horas en la biblioteca contemplando a través de las ventanas las calles mojadas y observando a un hombre calvo que recogía libros y que luego iba tomando nota de la bibliografía en un folio. Lo había visto con esta tarea muchos días, semanas, y siempre hacía lo mismo, nunca pasaba a otra fase de la investigación. Recolectaba bibliografías y se había quedado estancado en una especie de bucle. Quizá llevara años así sin que nadie se fijara. Se despertaba, iba a la biblioteca, apuntaba bibliografía en un papel, regresaba a su casa y vuelta a empezar.

Las paredes y las sillas de la biblioteca eran de color verde menta. Había unas butacas muy cómodas al lado de las ventanas, y en cuanto una quedaba libre alguien iba corriendo a sentarse. Una solía estar ocupada por un vagabundo que cada día leía todos los periódicos, seguramente estuviese mucho mejor informado que los asesores del Gobierno. Los bibliotecarios, bastante antes de la hora habitual —seguramente deseosos de reunirse de una vez con sus familias—, fueron dándonos señales de que debíamos marcharnos.

Cuando salí estaba nevando. Fui a coger el metro. Normalmente volvía andando a casa, pero ese día ya hacía demasiado frío. En el andén no había nadie, y al sentarme en el tren vi que en la otra punta del vagón había un señor vestido de Papá Noel que sostenía un acordeón entre las manos. Parecía que se había caído porque toda la parte lateral del traje rojo y blanco estaba manchada de barro. No llevaba barba de Papá Noel, daba la sensación de haberla perdido, quizá en una pelea. Tenía barba de tres días y pupas en la cara. Las puertas se cerraron y el tren empezó a circular. El señor pulsó un botón de su gorro de Navidad y la cenefa blanca de abajo se iluminó de colores intermitentes. Miró hacia mí. Me sonrió. Era más bien como la sonrisa de alguien que intenta venderte una póliza médica. Empezó a dirigirse hacia mí tocando *We Wish You*

A Merry Christmas. Cada vez se acercaba más y cada vez tocaba más rápido. No había nadie allí más que yo. Ni siquiera un conductor del metro, porque en Lille es automático. Intenté mirar hacia la oscuridad de las ventanas. No me apetecía morir en Navidades asesinada por un Papá Noel con pupas en la cara. Se colocó delante de mí. Yo sentada y él de pie. *We wish you a merry Christmas, we wish you a merry Christmas and a happy new yeaaaaaaaaar*. Dejó de tocar en seco y me miró a los ojos. Saqué la cartera, le di un euro. Él me hizo el gesto de querer algo más. Le enseñé el pequeño bolsito de la cartera para que viese que estaba vacío. El hombre no parecía satisfecho, así que se sentó justo ante mí como meditando. Se sacó un porro de un bolsillo rojo mugriento y lo encendió. Me miraba. Me acercó el porro con la mano. No quise darle una calada, el hombre se enfadó y empezó a insistir.

—¿Qué pasa? ¿No quieres fumar conmigo? ¿Te doy asco?

En ese momento el metro llegó a una parada y salí corriendo. El Papá Noel no hizo ademán de ir detrás de mí. Quizá hubiese exagerado. Quizá fuera solo un Papá Noel con ganas de compartir lo que tenía.

Al salir del metro las calles ya estaban blancas. Paseé mirando el interior de las ventanas al nivel de la calle. En una cenaban tranquilamente, compartían *foie* y vino. Se reían. ¿Por qué no había ido a ver a mi familia? Después de divorciarse de mi madre, mi padre mandó todo *a tomar por culo* y se marchó a montar un garito en Ibiza. Pero el dinero no le daba para tanto y acabó mudándose a Mazarrón, en Murcia. Llevaba toda la vida insistiéndome en que fuese allí para celebrar la Navidad juntos, y quizá aquel habría sido el momento. Mi madre se había ido a Tailandia en un viaje organizado, y por fortuna no tenía que disculparme con ella. Marqué el número de mi abuelo con los dedos helados antes de meterme en la casa. Quería desearle feliz Navidad y contarle alguna de las diez mil excusas que me había inventado para justificar mi ausencia. No me dio tiempo a soltar ninguna:

—Ni se te ocurra venir —dijo con una voz entre joven y escacharrada—. Está todo Madrid lleno de gente con pelucas de colores, de cenas de empresa, de niños con petardos. Me voy a encerrar en casa hasta que termine esta locura.

10

Al final de la rue de Douai había una lavandería con los cristales constantemente empañados. Al abrir la puerta te envolvían una oleada de olor a detergente y el sonido de los tambores de las lavadoras. El local estaba siempre lleno de gente de todo tipo. Los más habituales eran un grupo de señores que venían desde el final de la calle con unas bolsas de cuadros azules y blancos como la mía. Costaban un euro en el bazar y cabía mucha ropa. Sus edades iban de los cuarenta a los sesenta. Podían ser indigentes, un antiguo equipo de fútbol venido a menos o una logia de masones pobres. Aprovechaban el tiempo para sacar una radio, abrir unas latas de cerveza y jugar, en la mesa donde se doblaba la ropa, a un juego extraño que habían fabricado ellos mismos con chapas de botellas. Cuando ya habían lavado y secado todo, desconectaban la radio, guardaban las latas y desaparecían en el horizonte con las bolsas de cuadros blancos y azules colgando del hombro y alguna vez los vi meterse en un bar de la esquina de nombre sugerente: Le Relax. Pensé que como la lavandería estaba siempre hasta arriba y no había mucha tranquilidad, entraría en este bar a tomarme algo y leer bibliografía de mi tesis mientras la ropa daba vueltas en el tambor.

Sus cristales estaban tan empañados por el vapor como los de la lavandería. El interior era de madera y parecía haber sido un antiguo bistró. El propietario, Hubert, tendría unos cincuenta años recién cumplidos. Su cuerpo era tan escuálido que se le marcaba como si tuviese escuadras de hierro dentro del jersey. Llevaba la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. Era muy flaco y una nariz aguileña presidía, bajo unos ojos pequeños y negros, su cara. En la televisión emitían vídeos musicales turcos en los que cantaban hombres con bigote. Empezamos a charlar porque se dio cuenta de que era extranjera. Le dije que era española y me habló de su

querido amigo Manolito del Fuego. Me enseñó una tarjeta de visita en la que aparecía la foto de un hombre de mediana edad, regordete, vestido con un traje y un sombrero negros, que sostenía una guitarra y miraba a cámara con picardía. Detrás de él habían colocado con Photoshop unas llamaradas de fuego. Se ofrecía para tocar flamenco y rumba en todo tipo de celebraciones. Cuanto más me alejaba de mi país, este más se presentaba ante mí como una bofetada absurda. Hubert estaba muy orgulloso de conocer a Manolito del Fuego, y me comentó que de vez en cuando tocaba también allí, en el bar. Me lo dijo muy bajito, como si me estuviese confesando que a veces tenían conciertos privados de Radiohead. Tan buen concepto tenía de Manolito que me trataba, por ser su compatriota, como una extensión de él, y al comentarle que me acababa de mudar y que todavía no tenía muebles en casa se fue corriendo a buscar unas llaves y me hizo seguirlo hacia una puerta que abrió como si fuese la cueva secreta de Alí Babá. Encendió la luz y señaló entusiasmado un montón de sillas de madera.

—No me sirven para nada, puedes llevártelas.

Al día siguiente fui allí con Alessio y Paula y, en un ataque de avaricia, arramblamos con casi todas. Hasta hicimos dos viajes. El enorme salón del piso nuevo se llenó de sillas, que adquirieron funciones diferentes a la de sentarse. Las utilizábamos para todo, también como mesas y estanterías. El salón terminó pareciendo una extraña *performance* teatral.

Ya teníamos lugar donde celebrar la Nochevieja: Le Relax. Y allí tuve la suerte de conocer a Manolito del Fuego. Entró con fuerza, animoso. Hubert se puso muy contento al verlo. Manolito cargaba con su guitarra, y me pregunté en qué tipo de celebraciones debían de contratarlo. Hubert me había hablado tanto de él que me puse algo nerviosa. Lo saludé con un hilo de voz y, al saber que era española, su francés —roto por un grave acento español que avanzaba por su boca sin control— se transformó en un idioma incomprensible, con dejes y palabras franceses. Ya no sabía distinguir a qué lengua pertenecía cada palabra. Decía constantemente *soleil* en lugar de *sol*. Hablaba el idioma de su experiencia. Manolito del Fuego, que vendía en Lille ese sol, ese calor y esa alegría ibéricos tocando canciones de Peret o Manolo Escobar, ya no era español, ni de Lille tampoco, hablaba la lengua

que lo había llevado de un país a otro, de una frontera a otra, la que lo había sumergido en dos realidades de las que ya solo quedaba la suya. Estaba a medias, hundido en su propia experiencia. Me sonrió y me invitó a una cerveza. En dos breves tragos ya se había bebido la suya. Me miró con simpatía, reconociendo a una de los suyos. Pero se equivocaba: ya no había nadie de los suyos, estaba solo.

11

A *madame* Brutin la sustituyó un profesor con chaqueta negra, camisa blanca sin corbata, pelo un poco largo. El flequillo le caía sedoso sobre una cara ya con arrugas y bronceada por el viento, ese tipo de moreno que solo se puede conseguir haciendo vela. Parecía un presentador de televisión más que un profesor. Durante la clase leyó un texto sobre la etnografía experimental en el *marketing* del arte, y se reía para dentro con frases que había entresacado de algunos autores que a nosotros se nos escapaban. Nos abstrajimos mirando a través de las enormes ventanas de la sala. Nadie escuchaba. Pudimos observar cómo un tímido rayo de sol surgió de entre las nubes. Su voz dulce, como la de un niño meloso que intenta convencerte de algo, me llevó a pensar en los brazos fuertes de Guillaume, y esto hizo que esa hora pasara volando. Al terminar, le enseñé el texto que había estado elaborando para el congreso de jóvenes doctorandos en París, propuesto por *madame* Brutin, por si tenía algún consejo que darme.

El profesor con aire de capitán de yate de lujo lo miró por encima y me dijo que tenía que dividir el texto en partes y en subpartes. Sentada en el aula, releí el texto y separé un poco más unos párrafos de otros. Contemplé el artículo alejándolo unos centímetros de mí. Volví a mirar los escritos que nos había proporcionado *madame* Brutin. En uno de los márgenes había apuntado su *e-mail*. Nos lo había dado por si teníamos cualquier duda acerca de la propuesta del congreso. Me decidí a escribirle, aunque no lo hubiera hecho en todo el curso.

Madame Brutin me respondió inmediatamente. No se acordaba de quién era y no estaba en Lille, pero revisaría el texto sin problemas. Después de mandárselo, me propuso que lo examinásemos juntas. Eran demasiadas correcciones y sería más

fácil explicármelo en persona. Me ofreció ir a la fiesta de su sesenta cumpleaños y así podría echarle un vistazo a lo escrito. También había invitado a algunos doctorandos de otros años. Eso sí, tenía que llevarme un saco de dormir. La fiesta era en La Rochelle. Era perfecto, no solo *madame* Brutin revisaría mi artículo, sino que yo asistiría a una verdadera fiesta francesa. Respondí inmediatamente aceptando la invitación. Compré un billete de ida y vuelta de la SNCF
para La Rochelle. Me costó caro, pero no me vendría mal salir durante un fin de semana de ese mundo sostenido por las clases, la inmobiliaria, Le Relax y la lavandería para tomar un poco de aire fresco. Había tan pocas cosas en mi vida… Metí mi ropa más sofisticada y un lápiz de labios rojo dentro de una bolsa. Me despedí de Paula, que estaba sumergida en una conversación por Skype con un compañero de su antiguo departamento. Le contaba que algunos catedráticos iban a jubilarse para gran jolgorio de los profesores asociados y los posdoctorandos como ella, que ya estaban seleccionando en sus mentes qué despacho ocuparían. Pero por cada dos jubilados ofrecían solo una plaza. Un embudo, una ratonera. La lucha era descarnada. Aun así, Paula estaba decidida a ganarla.
Desde el tren se sucedían los lugares arrasados y planos. Se veían naves industriales antiguas, rodeadas de suelos de tierra pedregosa, a las que el musgo les nacía del metal, campos de cosecha y ganado, casas con tejados piramidales y canales de agua.

Cuando llegué a La Rochelle estaba atardeciendo. En la estación, prácticamente desierta, resonaban las notas disonantes de un niño que jugaba con las teclas de un piano que habían puesto para que la gente se entretuviese esperando. En aquel país la gente se entretenía tocando el piano mientras esperaba el siguiente tren.

Las calles empedradas me condujeron al puerto. Desde allí tuve que caminar en línea recta hasta que encontré una calle más pequeña. La casa de *madame* Brutin tenía tres pisos. Los marcos de las ventanas eran de una madera añeja pero recia que destacaba sobre la piedra de la fachada. Había flores de colores vivos colocadas en los alféizares. La puerta estaba entornada. Escuché música y risas. Me quedé un momento allí, en el quicio de la puerta. Respiré hondo y me vinieron a la mente las imágenes que había visto a través de las ventanas al llegar a Lille, las de las vidas de la

gente a través de los cristales, aquellas vidas que tanto deseaba tocar. De repente estaba entrando en una de esas casas, en una de esas vidas: me encontraba a un paso de alcanzar lo que había estado buscando. El típico miedo que produce alcanzar lo que se quiere me impulsaba a darme la vuelta y tomar el tren de regreso a Lille, pero escuché el carraspeo de alguien:

—Perdona, ¿vas a pasar?

Era una mujer de pelo corto, en la cincuentena, que llevaba unas gafas con la montura de colores.

—Sí, disculpe, ¿es la casa de *madame* Brutin?

Ella se rio divertida:

—Es la casa de Christine, sí.

Me sonrió e hizo un gesto con el brazo invitándome a pasar.

Fui caminando tras ella hasta que la perdí de vista. Había bastante gente, aunque me pareció que la fiesta no había comenzado, estaban preparándola. Los invitados ayudaban a hacer la comida y pelaban vegetales mientras bebían y reían. Todavía no sabía que esa era la parte principal de la fiesta, preparar la comida entre todos.

Los invitados se habían dispersado entre la cocina, el salón y el patio, y parecían tener claras las actividades que cada uno debía realizar. Todos eran muy guapos, aunque iban desarreglados y sin peinar, así que me restregué los labios con el reverso de la mano para quitarme el carmín rojo chillón que me había puesto. Sin embargo, no podía cambiarme el vestido negro con minifalda.

No vi a *madame* Brutin. Dejé la mochila en un rincón. Fumaban y hablaban con aire de desidia. Una mujer alta y delgada de ojos claros me saludó dándole una calada a un porro y abriendo una gran sonrisa. Me dio dos besos. Se llamaba Gislene, y debía de tener unos cincuenta años. Era la hermana de *madame* Brutin. No teníamos nada que contarnos, se escabulló de camino a la cocina.

Fueron amables, pero ya se conocían todos porque habían pasado juntos la noche anterior. Y ahí estaba yo, después de hacer un largo viaje, en una fiesta en la que no conocía a nadie excepto a *madame* Brutin, que no me conocía a mí y a la que por fin vislumbré al fondo del patio, junto a una especie de barril que habían llenado de hielos y botellas de champán que se iban descorchando poco a poco. Ella hablaba con unos y otros con su

habitual hiperactividad. Por no ser pesada me alejé y decidí buscarme la vida por ahí, encontrar conversación, pero siempre que me acercaba a alguien se quedaba en silencio. Un hombre mayor con una camisa oscura desabrochada se sentó un momento a mi lado. Tenía los ojos de un azul intenso:

—¿Eres española?

—Sí, ¿cómo lo has sabido?

—Tienes cejas de española.

Me quedé muda recordando la forma de mis cejas en silencio. No sabía que existían las cejas de española.

—Yo estuve en España en los ochenta —continuó—. Me acuerdo de que vi a dos mujeres vestidas de negro sentadas a la puerta de una casa. También vi un burro.

No supe bien cómo responder y me decidí a colaborar en la elaboración de la comida. Necesitaba una misión que me ayudase a sobrevivir.

En la cocina me encontré de nuevo con Gislene, que me miraba como preguntándose qué hacía allí. Me ofreció el cometido de cortar en trocitos muy pequeños un buen ramo de perejil. Muy dispuesta, agarré el ramo con la mano, pero ella me pidió que esperase un momento allí porque tenía que buscarme unas tijeras. Tardaba mucho y yo no sabía qué hacer, así que permanecí inmóvil sujetando el perejil en mitad de la cocina. Mientras tanto, el mundo bullía a mi alrededor: unos se cruzaban con otros, se hablaban, tonteaban entre ellos y cantaban canciones.

Por fin, después de unos diez minutos, Gislene apareció. Me miró sorprendida. Se acordó de golpe de que se le habían olvidado las tijeras y volvió a marcharse. Una vez que las tuve en mi poder, me decidí a cumplir mi misión. Me senté al lado de una chica que parecía simpática y empecé a cortar el perejil en trocitos muy pequeños. La chica me dijo un par de frases del tipo: «¿de dónde vienes?» y «¿quién te ha invitado?». Después de darle la información enmudeció de nuevo. Así que durante casi una hora estuve picando perejil sin parar, sin decir nada. Algunos de los que entraban en la cocina me miraban extrañados pensando quién sería yo. *Madame* Brutin, mientras tanto, hablaba con unos y con otros riendo, desconocedora de mi presencia.

Una cuestión me inquietaba. Había dejado la mochila en una

esquina de la casa y no sabía en qué lugar dormiría. No tenía un sitio para esconderme. Sin embargo, seguí cortando en silencio, como si cortar muy concienzudamente ese perejil fuese a sacarme de allí o hiciera que se crease una burbuja de protección que me alejase de todo. De repente, una voz me hizo dar un respingo: Hola, nos conocemos… Claro que nos conocíamos. Cuando me giré, lo vi. Era Guillaume.

—¿Qué haces aquí?

Por la forma de preguntarlo, parecía que la única persona que no podía estar en un sitio así era yo.

—Me ha invitado *madame* Brutin, soy una de sus alumnas.

«Si supieses la de veces que te he buscado en cada bar, en cada reunión con Alessio y sus amigos…», pensé.

Me preguntó de nuevo mi nombre, y yo me fijé mejor en su cara. A veces era muy guapo, y a veces, feo. Moreno, rasgos duros, mirada dulce. Algo me llamaba la atención de él, que era imposible saber quién era. Podía ser un campesino, podía ser un príncipe. Aunque era el único que me hablaba, me levanté y me fui sin decir nada porque eso es algo que hacen los franceses, no dar explicaciones. Dejé todo el perejil supertriturado en la encimera de la cocina y me adentré en el patio interior, donde unos y otros se miraban con distancia pero se rozaban ligeramente los cuerpos. Cogí una de las botellas de champán del enorme cubo de plástico lleno de hielos deshechos. El mismo señor de antes, el de los ojos azules, que tenía pinta de haber conocido a muchas chicas en su vida, me sonrió y se apoyó en la pared con la intención de mantener una conversación algo más larga conmigo.

—Una vez tuve una profesora de español. Me dijo que vosotros, con un huevo frito y una botella de vino, sois felices, y que eso ya para vosotros es una fiesta. Me encanta esa sencillez.

—La verdad es que sí —respondí con cierta nostalgia a la vez que rellenaba mi copa de champán hasta el final.

La gente reía, pero yo no llegaba a entender las bromas. Me desplazaba de un lado a otro, siempre con la intención de no encontrarme a Guillaume. Tanto que lo había buscado y ahora no quería que me mirase a los ojos y descubriese de golpe el interés que había suscitado en una tía con la que únicamente había compartido un cigarro. Era patético.

Me acerqué a un grupo de gente de mi edad y me senté con ellos. Mientras los jóvenes estaban sentados tranquilamente, los mayores bailaban desatados; entre ellos, *madame* Brutin, que cantaba con unas amigas *être une femme libérée tu sais pas si facile c'est* . No, no era fácil ser una mujer liberada. Era la primera vez que la veía sin el pañuelo en la cabeza. Llevaba un vestido azul oscuro de tela muy ligera, quizá de seda, bastante escotado. Las finas cadenas de oro que caían sobre su pecho descubierto habían aumentado y lanzaban pequeños destellos, como guiños desesperados a todos nosotros. Había algo salvaje en su forma de vestir, también en su mirada y en su pelo. Sin embargo, no llevaba nada que destacase más que lo demás. Quizá simplemente fuera algo que quedaba en ella de lo que debió de ser su vida. Pensé en un documental que me hizo ver Felipe. Trataba sobre la Weather Underground Organization, un movimiento clandestino de jóvenes estadounidenses radicales de los años sesenta y setenta. Pusieron bombas, vivieron en la clandestinidad y follaron todos con todos hasta que aquel tinglado se fue al garete. Unos acabaron en la cárcel y otros terminaron siendo profesores de universidad con enormes gafas de pasta. También cabía la menos excitante opción de que su vida no hubiese sido muy diferente de la de Paula. Hay gente que emana algo salvaje y peligroso que, sin embargo, no tiene nada que ver con ellos mismos. Luego empezaron a bailar una especie de salsa, que me dijeron que se llamaba *zouk*. Un señor con un jersey de cuello vuelto iba pasando de unas a otras moviendo sus caderas como si fuese el personaje de una película expresionista de los años veinte.

Una chica muy guapa y joven vino a buscar champán al cubo de plástico lleno de hielos. Bailaba mientras se rellenaba la copa. Inmediatamente, el hombre de los ojos azules y la tez morena fue a hablar con ella. Empezó a sonar *La lambada*. El último recuerdo que tenía de esa canción era de muy pequeña, cuando vi a mis padres borrachos bailando mientras juntaban sus partes. Me dio mucho asco.

—Uy, mira, el baile prohibido —le dijo el hombre mayor de ojos azules a la chica guapa mientras la sujetaba por la cintura.

Ella, sin responder, se lanzó a bailar. Se miraban a los ojos.

—Estas no saben moverse como nosotros —dijo él.

Ella lo miró sin entender.

—¿A qué te refieres?

—A que ya no se baila así —dijo refiriéndose a *madame* Brutin y sus amigas.

—Ah, ya. ¿Te refieres a que son viejas?

La chica se empezó a reír y él también.

—¿Sabes quién es muy vieja también?

—¿Quién? —le preguntó él lanzando su mirada azul hacia el final del precipicio sonriéndose. Sabía lo que se hacía.

—Tu polla —dijo.

Se giró hacia mí y me sonrió mientras se llenaba de nuevo la copa hasta arriba. Las dos nos la bebimos de un lingotazo, casi a la misma velocidad, y eso nos hizo cómplices para el resto de la noche. Cada vez que nos cruzábamos nos bebíamos lo que teníamos en la mano de un lingotazo.

Los más jóvenes de la fiesta estaban sentados en el suelo al lado de unas botellas de vino fumando porros. Todos tenían un aspecto muy serio, muy profundo. Casi ninguno bailaba. Me aclararon que eran estudiantes de Ciencias Políticas. La conversación de los jóvenes era tan intensa que yo no podía hacer otra cosa que continuar bebiendo champán para no tener que abrir la boca y romper ese murmullo de afirmaciones con mi acento de cristales rotos. La conversación parecía una partida de tenis en la que se reprendían unos a otros y, a cada vuelta, añadían un dato más que yo desconocía o no entendía porque utilizaban muchas siglas. Y la verdad es que tampoco estaba muy concentrada porque intentaba seguir los movimientos de Guillaume, que aparecía y desaparecía como por arte de magia. ¿Y si en una de esas ocasiones que desaparecía no volvía a aparecer más? Pero, cada vez que aparecía, de una manera u otra, nuestras miradas se cruzaban. Sus ojos eran intensos, transmitían algo espeso. Sí, los dos lo sabíamos, algo iba a pasar. Ya me había dado cuenta de que lo de cruzar miradas con alguien de forma seductora, ambivalente, tensa, cómplice en cualquier tipo de ocasión —en una cena con amigos, en una conferencia, haciendo cola para pagar una multa—, era algo muy común, un juego típicamente francés. Uno de mis errores durante

los primeros meses consistió en no llevar lentillas y no ver más allá de cuatro metros de distancia. Me concentraba demasiado en mi copa de vino. Ponerme lentillas hizo que un nuevo mundo de colores y sabores se desplegase ante mí como el plumaje de un pavo real. Allí miran para analizar, para diseccionar, por curiosidad, para amar, para atraer; es una mirada activa que tiene consecuencias. De hecho, ya me había dado cuenta de que muchos textos académicos incidían sobre esta idea de la mirada. ¿Quién mira? ¿Cómo mira? ¿Qué está mirando? *Que soit dans ton regard, non dans la chose regardée*
l'importance
, nos leyó un día *madame* Brutin de un texto de André Gide. Que lo importante sea tu mirada, no la cosa mirada… De eso se trataba.

Al cabo de un rato, Guillaume se acercó y se sentó con nosotros. Lo conocían. Le tenían simpatía. Llenaba la conversación de energía solo con estar allí, sin necesidad de decir nada. Fumaba mientras atendía divertido. Yo era incapaz de seguir la conversación y Guillaume pareció darse cuenta. Desde que vivía en Francia, cada situación se abría ante mí como una muñeca rusa. Todo era demasiado complicado, todo tenía demasiadas capas. Cuando parecía que habías controlado algo, esa situación se abría en canal y de ella salía otra nueva. También eran así las conversaciones. Si hablabas de teatro no valía con decir «Me ha gustado esta obra» o «A mí, esta otra», sino que el diálogo podía derivar de la obra a la gestión territorial de los teatros. Con sus cabelleras echadas hacia un lado, cuestionaron los teatros privados, los teatros públicos, las grandes salas nacionales, los teatros nacionales normales, los teatros municipales, los teatros subvencionados, los teatros dirigidos por unos, los teatros dirigidos por otros, los que un día puso en marcha tal ministro, los que solo producen a los que ganan premios, los que lleva tal *metteur en scène* holandés… Nunca se tenía la suficiente información para poder adaptarse. Aquella sobreabundancia de datos, que eran como grandes murallas, me superaba. No poseía suficientes llaves para abrir tantas puertas. Intentaba decir algo en cuanto alguno de los nombres me sonaba. Guillaume permanecía en silencio con la tranquilidad del que ya lo sabe todo. Continuaron hablando de los nuevos libros, de autores, de dramaturgos incomprendidos. Guillaume y yo no hacíamos nada más que dejar

pasar el tiempo. Él y yo, esperando a que ocurriese algo. Pero necesitábamos a los demás, pues si se marchaban de allí o paraban de hablar tendríamos que enfrentarnos el uno al otro. En determinado momento, la conversación giró hacia las diferencias culturales. Ahí es cuando aproveché para explicar que los españoles tocamos más. No para insinuarnos, sino amigablemente.

—Podemos tocar un poco el brazo, dar un abrazo…, para hacer sentir cercanía a los extraños, pero esto no tiene para nosotros ningún tipo de connotación sexual.

Ilustré esto tocando el brazo de Guillaume. Recio. Justo como lo había imaginado. Perfecto para agarrarme por el culo y apretarme bien fuerte contra él. Evidentemente, con esos pensamientos estaba traicionando todas las ideas de ligereza, amistad e inocencia que quería transmitir a mis contertulios sobre la cercanía física española. Uno de los chicos asintió demostrando que estaba de acuerdo conmigo. Enfadándose con su propia cultura, se dispuso a relatar una experiencia vivida en un viaje en autobús en Pakistán que me arrepentí de no haber escuchado porque estaba más pendiente de mostrar una ostensible indiferencia hacia Guillaume. Él y yo estábamos en una burbuja, y los chicos con los que hablábamos, que se habían dado cuenta, sabían que los necesitábamos para continuar nuestro flirteo.

La fiesta iba transcurriendo más rápidamente de lo esperado. La gente desaparecía, la música seguía alta, las botellas ya estaban vacías y rodaban por el suelo. Unos y otros tropezaban con ellas sin llegar a caerse. Ya solo dos amigos permanecían con nosotros. Fumaban y movían sus cuerpos entre la música y el desfallecimiento. Querían que algo ocurriese entre nosotros, que nos lanzásemos, era un momento de *fraternité*. Pero no hacíamos nada. Permanecíamos uno sentado enfrente del otro, hablando con ellos y poco entre nosotros. Y en cuanto lo hacíamos era como si cayese una bomba nuclear. Uno de ellos se durmió y terminó estampándose contra el suelo mientras el otro nos contaba las idiosincrasias del archivo bibliotecario de la Ópera de Lyon con un ojo medio cerrado. Ya no podían más, así que se marcharon haciendo curvas. Y nos quedamos los dos en silencio. Las únicas dos personas que seguían en pie eran el hombre del cuello alto negro y *madame* Brutin, que le hablaba al oído mientras él se sonreía

imaginando lo que iba a hacer con ella. Medio tambaleándome, me acerqué y le pregunté cuándo podría leer mi artículo. Ella me miró sorprendida. Había olvidado completamente quién era yo y sus recuerdos bailoteaban entre abundantes burbujas de champán. Abrió mucho los ojos, como si se hubiera dado cuenta por fin de a qué me refería, y me prometió que lo haría al día siguiente por la mañana. Yo asentí sin percatarme de que ese día siguiente por la mañana era prácticamente dentro de un par de horas.

—Voy a enseñarte una cosa —me dijo Guillaume poniéndose de pie y dándome la mano.

Subimos las escaleras de la casa. Lo seguí. ¿Adónde me llevaba? ¿A un cuarto? Abrió la puerta de una habitación. Era la buhardilla. Allí estaban todos los que se habían ido marchando paulatinamente de la fiesta. En la buhardilla de la casa habían colocado colchones por todo el suelo y dormían en los sacos de dormir rezumando alcohol. Parecían orugas. Cogidos de la mano, fuimos sorteando cuerpos. Tenía sentimientos contradictorios. No sabía si esa imagen de cuerpos dormidos unos con otros me daba paz o me producía pesadillas. Un hombre dormía boca arriba. Su estómago abultado apuntaba al cielo; parecía la serpiente que se había comido al elefante en *El principito*. Roncaba con mucha fuerza. Dos mujeres se reían tras cada ronquido. Avanzamos hasta llegar a una puerta que daba al exterior. Guillaume la abrió y salimos a una pequeña terraza con flores desde la que se veían los tejados de otros edificios y, muy pequeñito pero presente, entre dos edificios, el mar. Estaba amaneciendo.

—*C'est beau* —dijo.

Le pedí un cigarro.

—¿Por qué huías de mí? —me preguntó.

Hice como que no entendía de qué me hablaba y desvié la mirada de él.

—No huía, solo me apetecía estar en otro sitio.

Guillaume todavía tenía una cerveza en la mano y se la tomaba despacio. Parecía que la camisa, que llevaba abrochada hasta el último botón, le sostuviera la cabeza. Hacía frío pero queríamos estar allí. Me dio un poco de cerveza.

—Es muy bonito este lugar, nunca había estado —dije.

Guillaume asintió y me confesó que le gustaría mudarse allí.

Me acerqué a él, tenía frío. Él me abrazó y miramos al horizonte como si hubiésemos estado juntos cuarenta años y recordásemos todo lo bueno que habíamos dejado a nuestro paso. Juntamos las mejillas y luego, poco a poco, los labios, hasta que finalmente nos besamos poco a poco, durante mucho tiempo. Y de repente nos empezó a dar en la cara aquel sol de enero. Era la primera vez que sentía el calor de un rayo de sol en la cara desde que había llegado a Francia. Nos apartamos de aquel dulce trance y lo miré. Me pareció que tenía mucha barba, como si le hubiese crecido en ese rato que habíamos estado besándonos. Él también me miró. Éramos cómplices. Desde hacía mucho. Para siempre.

Estábamos tan borrachos que no hacíamos más que dar traspiés. Nos acurrucamos en el suelo, abrazados, con los ojos cerrados. No quería abrirlos, los mantuve así rememorando cada momento, cada beso, para que luego no se me olvidase.

Cuando por fin los abrí, él parecía pensativo. Y al darse cuenta de que me había despertado me besó, aunque ahora ligeramente, como si ya estuviésemos acostumbrados a besarnos, y me sugirió ir a buscar unos cruasanes. Accedí, pero antes tenía que hacer una cosa. Busqué a *madame* Brutin para que leyese el artículo. Caminé con cuidado entre los cuerpos envueltos en sacos de dormir. Escudriñaba las caras por si acaso alguna era la suya. En el salón reinaba el silencio, pero en la cocina alguien movía unos platos de un lado a otro. Era Gislene. Le pregunté por *madame* Brutin. Me observó, sorprendida de nuevo de verme allí, y me dijo que desde la noche no la había visto.

—Seguramente tardará en volver —dijo sonriéndose.

El tren de regreso saldría en un par de horas. Guillaume y yo nos marchamos de la casa para comprar unos cruasanes. Él llevaba una cazadora de cuero negra muy vieja con las mangas desgarradas. Éramos trapos caminando entre las almas limpias de la mañana de domingo. A pesar del frío, pero nos sentamos en el suelo de piedra del puerto. Las gaviotas planeaban en el cielo, los barcos se balanceaban suavemente. Guillaume había centrado su atención en el cruasán. Descubrí bastantes cosas de él en esa hora de conversación.

Fumaba todo el rato. Tenía los dientes algo grises del tabaco y también hacía una tesis doctoral. Además, trabajaba en un sitio en

el que le pagaban el salario mínimo. Tenía solo dos chaquetas, las dos de segunda mano, y se lavaba todo el cuerpo con un jabón neutro. No comía chocolate en solidaridad con Latinoamérica, pero sí bebía café, y lo bebía solo y sin azúcar. Y no sé por qué razón, pero todo eso me enamoraba mucho más que si tuviese los dientes blancos y ganase un montón de dinero. Guillaume sentía una enorme culpa por haber nacido privilegiado. Quería ayudar, quería mezclarse con la humanidad. Felipe llevaba tantos adornos… y él, en cambio, no tenía ninguno. Todo el mundo tenía tantos adornos, tantos colores, tanta variedad… y Guillaume era lo contrario. Él era la verdad.

Me preguntó por mi vida, por mi tesis doctoral, por mi pasado. Le pareció muy divertido descubrir que mis abuelos tenían una tienda de bragas en Madrid, una mercería, y que el negocio había ido muy bien durante los años ochenta, en el Madrid de la movida, porque habían ido a Londres y habían traído mucha mercancía —corsés, corpiños o pantis que tenían un dibujo de una mano en cada nalga— y se la habían empezado a vender a las *drag queens*. Todo eso lo examinaban mis abuelos con minuciosidad, querían la mejor calidad. Y cuando en los noventa las mercerías vendían únicamente tanguitas y braguitas de encaje, ellos empezaron a ofrecer unas bragotas muy grandes, de color carne, que se ajustaban al cuerpo y que era lo que muchas en secreto necesitaban. No era fácil conseguir ese material, era incluso más difícil que las plumas y lencerías de las *drag queens*. Había un complot para que las mujeres no llevaran bragas cómodas, así que mis abuelos tenían que surtirse en una pequeña fábrica del País Vasco donde unas mujeres las fabricaban. Cada mes viajaban en coche hasta el taller, situado en Urdaibai, y llenaban el maletero de cajas con bragas y sujetadores para mujeres normales. Luego se tomaban unos *pintxos* y volvían a Madrid. En la actualidad, con la llegada de H&M, Oysho y esas tiendas todo había empezado a decaer porque disponían de más variedad y eran más baratas. La estocada final llegó con Primark. Ahí se encontraban bragotas como las que vendían mis abuelos, que eran todavía su principal reclamo. Ahora resistían gracias a algunas clientas habituales que hacían su compra allí como si donasen dinero a una
ONG

, por el bien del mundo, pero estaba claro que era una época que llegaba a su fin. En un momento u otro la tienda cerraría.

Guillaume me contó que su abuela había tenido una *boutique* en Honfleur. Según decía ella, había llegado a vestir a Coco Chanel, pero él no sabía discernir entre los delirios de grandeza y la verdad cuando su abuela hablaba de su pasado. Eso era un punto de conexión: mis abuelos habían vestido a las mujeres por dentro y la de él, por fuera.

Paseamos agarrados de la cintura. Guillaume se detuvo delante de un puesto en el que vendían ostras. Compró una docena y fuimos a un bar. El camarero, que llevaba unos bigotes que solo había visto en personajes de dibujos animados, nos las abrió y nos las colocó en una bandeja a cambio de que consumiéramos una botella de vino blanco.

—¿El chocolate no lo puedes comer pero las ostras sí?

Guillaume rio, pero luego respondió seriamente:

—Son de economía local.

Bebimos y comimos entre risas y miradas. Revisar con *madame* Brutin lo que había escrito pasó a un segundo plano. Fui directamente a coger el tren. Nos despedimos con un beso porque él todavía tenía cosas que hacer por allí. No le pregunté el qué para que no pareciera que me importaba. Los papeles doblados del artículo resonaban en mi mochila como mi mala conciencia. Sin embargo, me sentía despejada. Los paisajes que antes me habían parecido devastados se perfilaban ahora como los de un horizonte con muchas posibilidades donde nacían fresas salvajes y sauces llorones bajo los que se esconderían los niños a jugar en verano. Había conseguido entrar por una rendija en ese mundo nuevo. Algo de ese mundo ya empezaba a formar parte de mí. Cuando llegué a Lille fui caminando por calles que hacía un par de meses me eran desconocidas. Caminos de un gran río que ya era parte de mi vida y por el que podía dejarme llevar. De repente la gente no me acechaba. No tenía miedo y nada me amenazaba. Mi paz era la paz del mundo. Ya no tenía que encajarme a la fuerza. Al llegar a casa revisé el texto y lo mandé sin la anhelada revisión de *madame* Brutin.

12

Paula tenía algo que celebrar. La semana anterior había tenido lugar el XIII Congreso Internacional de Investigadores sobre Bebidas Espirituosas y Agroeconomía Local en Burdeos, uno de los acontecimientos más importantes del gremio. Allí se habían reunido académicos del mundo entero. Había coreanos, argentinos, franceses, marroquíes… Todos los países mandaron algún representante. A pesar de que no iban a hablar de cosas muy divertidas, el ambiente era festivo y habían aprovechado que se celebraba en Francia para amenizar las comidas con vinos de Burdeos. Poder asistir era muy caro, por lo menos quinientos euros por cabeza, así que las universidades solo podían invertir en enviar a los mejores investigadores. Paula, aunque no había pagado ninguna cuota ni había enviado ninguna presentación, había decidido acudir. Se había enterado de que unos catedráticos de su antigua universidad asistirían, y era la ocasión de que la viesen y se acordaran de ella.

El primer día del congreso consiguió hacerse con una acreditación. También se encontró en el suelo una pulserita azul, como las de los festivales de música, que alguien debía de haber perdido en aquel tumulto. Así pudo acceder a las comidas. Paula no tenía ningún interés en comer, pero necesitaba entrar allí porque sabía que las conversaciones alrededor del vino son las que crean departamentos y grupos de investigación y puestos en las universidades. Asistió a cada una de las conferencias. Escuchó a cada uno de los ponentes y tomó notas de todo lo que dijeron. Cuanto más alto estaban en el escalafón universitario, más despeinados iban los académicos y más arrugadas y coloridas eran sus camisas. Además, no utilizaban powerpoints y caminaban con sus folios por los pasillos sabiendo que se les había concedido el privilegio del aburrimiento. Por el contrario, los jóvenes, repeinados

y trajeados, debían elaborar presentaciones llenas de colores, vídeos y gráficas. Paula era uno de esos jóvenes. Sus presentaciones sobre la cuestión de la agricultura del vino en La Rioja tenían tantos efectos especiales que perfectamente la podría haber contratado George Lucas como parte del equipo de *Star Wars*.

Finalmente, Paula había conseguido lo imposible: que la dejasen presentar una comunicación dentro de un panel especializado. Nadie había aceptado ni revisado aquella comunicación y, aun así, había recibido aplausos al final, incluso por parte de los catedráticos de La Rioja, que en un principio la habían mirado con incredulidad, pero que habían terminado sucumbiendo ante la lucidez de sus resultados.

Teníamos, por lo tanto, que celebrar que Paula estaba de nuevo en el punto de mira, en el ruedo, dispuesta a que algún director de departamento le clavase las banderillas. Paula nos iba a invitar a Alessio y a mí a una cerveza. Yo festejaba secretamente mi pequeña victoria amorosa. Era domingo, el día grande de Le Relax, y allí fuimos.

Le Relax estaba situado en la esquina de un aparcamiento. Los domingos impedían que los coches aparcasen cerca y en su lugar instalaban un mercado, el mercado de Wazemmes, que se llenaba de frutas y aceitunas y calcetines y pollos asados y sopas con especias y gente liberando el móvil y camisas muy baratas y rollos de tela enormes y comida tailandesa vendida por tailandeses y *hippies* con sus hijos a la espalda y coranes y cintas para escuchar el Corán y henna para el pelo y champús y pintalabios y pintaúñas y corbatas… Y, cuando no llovía, Le Relax colocaba una terraza donde la gente tomaba unas cervezas y se comía la fruta, el queso y las aceitunas que acababa de comprar mientras esperaba en las mesas a que se desmontaran los puestos del mercado para arramblar con todo lo que los dueños se habían olvidado de recoger. Al llegar la tarde, en el parquin ya no había nada más que trozos de fruta espachurrados en el asfalto y algunas cajas de madera. Entonces, el interior de Le Relax se llenaba de gente que había pasado la mañana en el mercado y de cuyos bolsos y mochilas solían sobresalir unas perchas o unas acelgas. El ambiente era muy animado. Y al anochecer irrumpían en el bar unos músicos que parecía que viniesen directamente de un bosque encantado. Vestían

de negro, eran tan mayores como David el Gnomo y las barbas blancas les llegaban hasta el ombligo. La gente, ya bastante borracha, dejaba de tambalearse por un momento de un lado a otro para dejarlos pasar y, en dos metros cuadrados, ellos colocaban una guitarra, una batería y dos acordeones de los que surgía un estruendo de felicidad. Y la gente saltaba y se abrazaba y los tomates recolectados con tanto esmero entre los restos del mercado saltaban por los aires al ritmo de la música.

Paula, Alessio y yo nos habituamos a ir todos los domingos. Siempre estaban los mismos. Ese día el viento fresco movía los plásticos que protegían los puestos de comida. Nada más entrar nos encontramos con un tipo al que llamábamos Philipe, aunque no recuerdo que nunca nos dijese su nombre. Debía de tener unos cincuenta años y se ataba en una coleta el pelo largo y canoso. Llevaba unas gafas grandes con una montura gris que en algún momento debió de ser transparente, una bufanda de colores desvaídos y una gabardina negra que le llegaba casi hasta los pies. Nunca se separaba de un maletín que parecía que estaba lleno de libros. Cuando te cruzabas con él pensabas inmediatamente: «Este hombre es un intelectual». Lo contemplábamos a través de nuestros vasos vacíos y manchados de espuma de cerveza. Siempre estaba solo. Nunca sacó nada del maletín. Se juntaba con un grupo y reía cuando todos reían, como si él también participara de los chistes. Philipe era una de las fotos que más me arrepiento de no haber hecho. Otro hombre que también podías encontrarte todos los domingos en Le Relax era un tipo de aspecto eslavo, bajo y redondo, que solía llevar una gorra marinera. La piel tersa de su cara estaba siempre recubierta de una capa de sudor —imagino que el resto del cuerpo también—. Hablaba muy cerca y te escupía contándote la historia de cómo había llegado hasta Francia. Al final del monólogo te daba un abrazo amistoso, sentido, emocionante, como si hubiese contado algo que nadie más hubiese querido escuchar. Si al domingo siguiente volvías a encontrártelo te contaba de nuevo su historia, pero de una manera muy diferente. Si la de la semana anterior había consistido en cómo procedía de un pueblo de Letonia, en la de la siguiente había vivido clandestinamente en Argel hasta que unos amigos lo habían ayudado a escapar. Lo único que sus historias tenían en común era que no se acordaba de ti,

olvidaba que ya te la había narrado hacía siete días de una forma distinta. ¿Se inventaría lo que contaba? ¿Ocultaba algo y se equivocaba siempre intentando esquivar lo que no quería mencionar? ¿Sería verdad? También acudían allí dos mujeres, una madre y su hija, que llegaban dispuestas a tomarse un pastís después de haberse paseado por el centro de la ciudad. Las dos llevaban un vestido estampado de leopardo y todo el mundo las conocía. Hasta el grupo de música había compuesto una canción para ellas. Parecía que en Lille el cielo era demasiado gris como para reparar demasiado tiempo en cualquier cosa y, sin embargo, todo el mundo en Lille hablaba de la gente de Lille.

Yendo hacia el baño, me choqué de bruces con Manolito del Fuego.

—¡Hola, compatriota! ¿Cómo te va por estas tierras galas? —me preguntó.

Había sentado medio culo en un taburete y se quitó un sombrero negro para abanicarse. Me sorprendió que debajo del sombrero no hubiese ninguna calva. Tenía una frondosa melena gris sudada. Se secó la frente con la otra mano. Me miraba con nostalgia, como si estuviese mirando a alguna antigua muchacha de su juventud. La guitarra descansaba a su lado, apoyada sobre el muslo. Parecía que más que tocarla la paseara.

—Bien, bien, ya por fin me estoy integrando.

—¡Me alegro! Pero bueno, ya sabes, uno nunca llega a integrarse del todo.

Me quedé en silencio, visiblemente triste. Manolito del Fuego se dio cuenta y rápidamente rectificó.

—Pero no pasa nada. Tienes dos culturas, dos lenguas. Es como tener dos corazones, amas el doble.

En ese momento, los músicos tocaron la canción de Le Relax, una canción que no podías parar de tatarear cuando estabas dentro del bar pero fuera ya no recordabas. Los hombres del acordeón tocaban cada vez más rápido. Manolito y yo nos juntamos con el resto de la gente, que se abrazaba dando saltos. Unos caían sobre otros, y algunos borrachos empezaron a pegarse. Y en uno de esos momentos de cuerpos sudados y apretujados danzando al unísono, Paula se besó con un chico que llevaba una capucha gris. Eso, aparte de sorprenderme profundamente, me hizo darme cuenta de

que me apetecía mucho ver de nuevo a Guillaume.

Decidí salir a fumarme un cigarro. Parecía extraño ver ese lugar situado en un sitio en concreto. Tras los ventanales empañados estaban los músicos, el tipo eslavo de la gorra, Paula. Ese ya era un poco mi lugar. Alrededor, en los edificios blancos, se encendían las ventanas, y otra gente se preparaba para enfrentarse a sus vidas mientras yo huía de la mía. Apagué el cigarro y me despedí de la gente alzando la mano para que me viesen a través de los cristales. Manolito del Fuego me despidió con una sonrisa cómplice que atestiguaba que sabía más sobre mí que yo misma. Al llegar a casa encendí el ordenador para escribir un *e-mail* a Guillaume. Comprobé que *madame* Brutin me comunicaba que habían seleccionado mi propuesta y se presentaría en el congreso, que se celebraría en París a principios de febrero, dentro de dos semanas.

Paula entró por la puerta.

—¿Qué haces aquí? Te he visto con un chico —pregunté.

—Me apetecía volver a casa.

Se quitó el abrigo en silencio. De repente el ambiente se había tornado incómodo. Decidí cambiar de tema.

—¡Me han aceptado la propuesta que envié para el congreso!

—Pero ¡eso es genial! —dijo Paula con una sonrisa sincera.

Fue corriendo a la nevera y sacó de ella un vino espumoso del Lidl y brindamos. Estábamos resurgiendo.

13

Era mi primer congreso. Lo había organizado la Société Française des Hautes Études en Sciences Esthétiques de… bueno, era un nombre muy largo que se había reducido a las siglas
SFHESETC
. Pronto me di cuenta de que en el mundo académico había otro lenguaje más allá del francés: el de las siglas. Así, no solo el congreso era organizado por la
SFHESETC
, sino que también se celebraba en el
INHA
ante un grupo de profesores de prestigio que pertenecían a la
CNU
. Nunca llegué a entender esas siglas que unos y otros mencionaban con tanta naturalidad, tranquilamente, como quien dice *Paco* o *Pamplona*.

Había mandado una propuesta en la que iba a hablar, cómo no, sobre la Torre Eiffel, y la relacionaría con el capitalismo artístico. Una presentación a grandes rasgos de lo que trataría en mi tesis. Pero debía alargar ese texto para el congreso, ya que lo debía desarrollar durante treinta minutos. Treinta minutos es mucho cuando se tiene poca idea de lo que se va a hablar. Escribí a Guillaume pidiéndole por favor que me revisara el texto final, pero no llegó a responder. Al final fue el dueño de Le Relax, Hubert, con un doctorado en Filosofía, quien en sus momentos libres consiguió repasarlo por encima. Colocaba los folios en la barra al lado del trapo de secar las manchas de cerveza y les clavaba sus ojos pequeños como un jardinero que intenta desbrozar la selva. Escribir en francés era muy extraño. De repente aparecían gerundios y subjuntivos que nunca se utilizaban en el habla coloquial y palabras

y formas gramaticales llegadas de otro siglo.

Hubert tachaba y tachaba en rojo y, poco a poco, un grupo de gente se nos unió, de manera que la traducción de mi texto a un francés de alto nivel pasó a ser una prioridad de Estado. Unos y otros se quedaban en silencio concentrados en alguna esquina del bar, rebuscando hacia atrás en sus mentes alcohólicas. Y cuando alguno daba con una frase que pudiese corresponder a la que yo quería expresar, unos se alegraban y otros daban puñetazos sobre la barra como si les acabaran de meter un gol. Finalmente conseguí una presentación apreciada por la mayoría, no sin antes soportar una discusión acerca de fenomenología descriptiva, de la que resultaba que dos de ellos sabían bastante pero sobre la que no estaban para nada de acuerdo. Uno incluso se marchó, dando tal portazo que las cristaleras temblaron. Los papeles de mi comunicación del congreso se empaparon de cerveza en la barra metálica y fui corriendo al baño para secarlos con el secador de manos.

Una vez que el texto estuvo profundamente corregido lo metí en el bolso y pedí otra cerveza.

—¿No estás contenta con la traducción? —me preguntó Hubert.

—Sí, ¿por qué?

—Estás muy seria.

Me mantuve en silencio mientras él limpiaba un vaso con un paño grisáceo. Lo hacía con mucha fuerza y sin dejar de mirarme a los ojos.

—Es por amor, ¿verdad?

Asentí. No dije nada. Tenía miedo de que lo que sentía saliese a borbotones, sin sentido, como circulaba por mi mente. Temía que escapara en estallidos como artillería napoleónica. Justo cuando pensaba que todo estaba encauzado, Guillaume no respondía mis mensajes. Yo tenía un inmenso sentimiento de ridículo al recordar como hermoso un momento al que otra persona no había dado importancia. Pero la noche que habíamos vivido juntos había sido hermosa… Una vez vi en televisión un documental sobre Rita Hayworth en el que dijo que su relación con Orson Welles había sido el momento más hermoso de su vida. Él respondió a un periodista con unas gafas de montura gruesa y negra que le preguntó sobre esto: «Dios mío, si eso fue lo más hermoso de su

vida, imagínate cómo debió de ser el resto». Pensaba que tras la ruptura con Felipe ya no volvería a sentir dolor, que haber sufrido una vez me habría ayudado a aprender y, de repente, otra vez se hacía el vacío a mi alrededor. Hubert seguía observándome pensativo, como si corriesen por su mente todos los sinsabores, los descensos a los infiernos y las caricias que se habían marchado para siempre.

—Mira, dicen que cuando uno está infectado por una enfermedad debe beberse su propio pis porque es algo de tu cuerpo que te ayuda a luchar contra ese organismo. Pues es lo mismo, para curarse de un desamor uno debe beberse su meado una y otra vez —dijo.

Y se giró y arrojó el trapo sobre la barra metálica. Se oyó un golpe sonoro, como si aquel trapo pesara dos kilos.

Llegó el día del congreso. Seguía sin tener noticias de Guillaume y, al igual que para venir a Lille, tomé el Eurostar, pero esta vez en dirección a París. El hombre que se sentó a mi lado era un inglés que había tomado la decisión de marcharse definitivamente de Bath una vez que su madre había fallecido. Llevaba un corte de pelo a tazón y las palabras le silbaban entre unos dientes mal colocados. Se había despedido del trabajo y empezaba una nueva vida en la que abrazaba la soledad que le había concedido la muerte de la persona más cercana para él. Se iba a la ciudad del amor.

Es verdad, la ciudad del amor. Iba a París a presentar mis pensamientos al mundo y, de repente, todo era un cliché, incluso que el inglés del tren tuviese la dentadura tan mal como dice el cliché que la tienen los ingleses. No obstante, todo en ese viaje parecía poseer un significado. La gente que te encuentras en los primeros viajes no es la misma gente que luego te encuentras en los trabajos o en la sala de espera del médico, cuando lo que en otro momento parecía extraordinario se convierte en cotidiano. En mis posteriores viajes a París ni los asientos parecían tener ya la misma tapicería ni el recorrido era tan largo.

Y al llegar a París respiré. No saber de nuevo cuál era mi camino, ni las calles, ni conocer a alguien parecía un remanso de paz. Ese desconcierto, que en mis primeros días en Lille me hizo sufrir, ahora suponía un hogar al que regresaba.

Paseé sorteando a gente elegante, caminé a toda velocidad por el

parque de Luxemburgo llenándome las botas de arena y me orienté gracias a la Torre Montparnasse, esquivando el cementerio donde descansan Sartre y Simone de Beauvoir. No dejé ningún *ticket* de metro sobre la tumba de Serge Gainsbourg. Había llovido y, aunque hacía fresco, nos envolvía cierta atmósfera de primavera. En cada lugar nuevo me imaginaba algo que Guillaume y yo podríamos haber hecho si hubiésemos estado allí juntos: ir al museo de los autómatas y asistir a un espectáculo de magia; intentar pasar al Panteón y ver la tumba de *madame* Curie, con su ataúd forrado de plomo para impedir el paso de la radiactividad o comer brochetas de ternera y queso en los restaurantes japoneses en los que se reunía el personal de oficina, hombres y mujeres trajeados que no paraban de flirtear.

Esa noche dormí en un hostal en cuya habitación prácticamente solo había sitio para la cama, lo que me obligaba a caminar de lado para hacer cualquier cosa. Desde la tarde hasta la mañana siguiente estuve escuchando los gemidos de distintas parejas. Las embestidas sonoras de ellos. Los gemidos finos de ellas. Es curioso escuchar a la gente follando en otro idioma. ¿Por qué no me respondía Guillaume? Mierda.

El congreso se celebraba en un edificio cercano al Panteón, y me sorprendió estar por una vez en el sitio donde realmente se hacen las cosas. En el mismísimo núcleo. La vida por una vez era en presente. Un pequeño cartel en la puerta anunciaba el acto. Al mismo tiempo había otros dos plenarios anunciados también con carteles del mismo tamaño. Caminé por los pasillos. Algunos alumnos esperaban para entrar en clase sentados en el suelo con los apuntes en las manos y se miraban con la misma languidez con la que recibirían su pensión de jubilación. Iban vestidos con chaquetas y llevaban el pelo revuelto, lo que los convertía en una mezcla entre joven y señor de cincuenta años. De repente escuché un murmullo. A medida que avanzaba, el murmullo se volvía más terrorífico. Venía de una sala grande en la que había algunas mesas de clase en las que posteriormente se serviría algún tipo de piscolabis, ya que las habían recubierto con plásticos. El tungsteno iluminaba las chaquetas y las camisas desabrochadas de los profesores de universidad que habían venido desde distintos lugares de Francia. Se sonreían con ironía, como si todo fuese una gran broma. En una

esquina, dos jóvenes con el mismo aspecto que los del pasillo tomaban nota de los que habíamos llegado. Firmé un papel y me entregaron una bolsa con el logo del congreso y una acreditación que me colgué del cuello. Una mujer pequeña, mayor, con el pelo recogido y unas perlas en las orejas, solicitó nuestra atención. Todos la miraron con terror, pero solo quería instarnos a que nos dirigiésemos al salón plenario. Nos agrupamos en una sala con frescos muy antiguos en las paredes en la que se sucedieron unos discursos monótonos durante los que me dediqué a repasar lo que iba a decir en la sesión de trabajo que me había tocado. Luego hubo un homenaje a un antiguo miembro de la asociación organizadora que había fallecido. Proyectaron la foto de un viejo, y todos nos pusimos de pie para guardar un minuto de silencio por aquel hombre arrugado de gafas y chaqueta al que le habían sacado una foto mientras hablaba con una mano en alto y una boca abierta en la que habría sido perfecto dibujar una polla. Él se había muerto y yo estaba allí. Concluido el minuto de silencio, los asistentes nos dispersamos.

El congreso se distribuía en distintas sesiones que se celebraban al mismo tiempo. Pasé por las aulas de las otras sesiones. No había mucha gente, como seis o siete personas en cada aula, excepto en la sesión en la que me habían incluido, en la que había alrededor de veinte. El profesor más desarreglado de todo el congreso presidía mi sesión, lo que en cierto modo me tranquilizó. Tres alumnas nos sentamos ante un auditorio de profesores y alumnos que nos atendían con exagerado interés. Empecé a leer mi texto y sentí que expulsaba una mierda retenida durante días. En primera fila se había sentado un joven profesor vestido con una chaqueta de pana marrón y una pajarita. Estaba repanchingado en una de esas sillas con tablero para escribir. Su barriga apuntaba al cielo y las rayas de su camisa trazaban por lo menos cuarenta centímetros de recorrido. Movía distraídamente un bolígrafo en la mano. Mientras yo hablaba temblorosa, él me observaba fijamente con unos ojos pequeños, negros y punzantes, dentro de una cabeza tan grande como la de un búfalo y coronada por una mata de pelo rizado. Cuando terminé, se hizo el silencio.

El hombre de la pajarita se incorporó un poco y me dijo:

—Señorita, no he entendido nada de lo que nos ha contado.

Tenía la voz afeminada. Su tono denotaba mucha más indignación que lo que sus palabras decían. El resto de los profesores que se encontraban en la sala, y que se habían dedicado a coquetear entre ellos mientras yo hablaba, lo miraban a él y me miraban a mí y no sabían qué pensar. Se escucharon unas risas.

—Tampoco he entendido nada.

—Yo tampoco.

—No está estructurado. Le faltan partes y subpartes.

El profesor del jersey desgastado acudió a mi rescate:

—¿Qué es lo que quiere decir usted con su investigación?

Intenté mantener la calma. Di una respuesta estructurada que pareció calmarlos tibiamente y el congreso continuó su ritmo. Otra chica presentó una comunicación después de mí y me distraje contemplando su bigote decolorado para no pensar en nada.

Finalizado el coloquio, salimos al vestíbulo, donde unos jóvenes voluntarios de la organización habían colocado vasos de plástico y patatas fritas sobre las mesas recubiertas de plástico. Me dio la sensación de que los profesores bajaban la mirada al pasar por mi lado. Y mientras la gente iba colocándose el abrigo sobre el brazo de manera que no le estorbara en su objetivo de picar algo, hui. Debería haberme quedado para hablar con la gente, pero me fui, escapé de las salas blancas iluminadas con proyecciones de PowerPoint como una fugitiva, bajo la lluvia, sin mirar atrás. ¿Qué sentido tenía quedarme hablando con ellos? Todos estaban gobernados por un gran cerebro común. Y yo parecía Iñaki Urdangarin entrando por primera vez al juzgado en Mallorca, con todo el pueblo insultándome y bajando la cabeza.

Salí a la rue Saint-Jacques cargada con la bolsa para el ordenador que me habían regalado en el congreso. También llevaba un bolígrafo con el nombre del departamento organizador en la mano y la identificación naranja de la

SFHESETC

con mi apellido mal escrito colgada del cuello. No sabía muy bien a dónde iba. En lugar del paisaje lluvioso, veía las caras de esos profesores de cuyo aprecio dependía mi carrera y que no me lo habían dado: la mujer del

CNU

que tenía el pelo largo teñido de rubio y llevaba una cazadora de

cuero; el viejo guapo que sonreía seductor en cualquier momento —aunque le estuviesen explicando un esquema de comunicación institucional ultratedioso— o el profesor viejo de pelos revueltos que había vestido el mismo jersey durante los últimos tres años.

Cada vez llovía más y yo iba sin paraguas. Embargada por un gran sentimiento trágico, deambulé de unas calles a otras sin querer llegar a ningún sitio. Pasé al lado de tiendas de telas árabes, de carnicerías, de gente que fumaba a la puerta de los bares y de supermercados en hora punta. A cada paso, ese mundo académico se iba disolviendo en una ensoñación irreal. Miraba mi reflejo empapado en los escaparates y me regodeaba en mi tragedia.

A mi alrededor, los parisinos funcionaban como una máquina perfecta. Siempre vestidos de negro sobre las calles adoquinadas. Tomaban café apoyados en mesas redondas muy pequeñas al aire libre aunque hiciese mucho frío. Daba mucha rabia no ser uno más. Me senté a observarlos en uno de esos bares que están situados en una esquina y me pedí un café. Crucé mucho las piernas, adopté una postura entre lánguida y violenta como hacen ellos. Pero nada. Un hombre con aspecto serio se acercó y, en cuanto se sentó junto a mí, me dijo en español: «¡Vamos! ¡Vamos a la playa!». Los parisinos, como los perros, huelen el miedo. Dejé unas monedas sobre la mesa. Seguí caminando sin rumbo. Todos iban muy rápido a algún lugar, mientras que yo flotaba entre sacudidas involuntarias. *Excusez-moi, pardon, excusez-moi*…

Pensé en mi familia. Pensé en mi abuelo, que me habría dicho: «Maribel, cariño, no te preocupes». Llevaba tanto tiempo en la calle que necesitaba ir al baño. Pedí entrar al servicio de uno de los bistrós, pero me cortaron el paso porque era solo para consumidores. No tenía nada de dinero, me había dejado lo último en el café. Contemplé con deseo y melancolía ese gran muro que existe en París, un muro hecho de *boutique* y restaurantes que separa con crueldad a los que están dentro de los que están fuera.

Y rápidamente, apretando lo que podía la entrepierna, busqué un lugar donde orinar. Esperé a que pasara una mujer con tacones que paseaba un perro con un pelo tan limpio que flotaba. Por fin pude situarme entre un coche y una furgoneta y me bajé los pantalones. Me salió un chorro mucho más sonoro y abundante de lo que me habría gustado; no terminaba nunca. Cuando la urgencia

estaba pasando a un segundo plano comprendí que Guillaume no quería verme más. Miré hacia el horizonte de la calle y de repente vislumbré algo que había olvidado y nadie olvida al visitar París: la Torre Eiffel. No se la veía entera, pero sí la parte de arriba, entre dos tejados azul oscuro con ventanas. Era la primera vez que la veía en la realidad. Hermosa, recia, indiferente a mis desgracias. Me estaba dejando llevar por ese gusto producido por mear admirando la hermosa vista que París me estaba ofreciendo cuando una voz aguda y extrañamente conocida se dirigió a mí.

—Desde luego, *madame*, tiene usted unas nalgas preciosas.

Era el conferenciante de la pajarita y la cabeza de búfalo, que justo iba caminando por esa calle, también con la identificación naranja del congreso colgando del cuello. Llevaba un abrigo negro que le llegaba hasta las pantorrillas y que le daba prestancia, parecía otro hombre. Pegué un brinco, me guardé el último chorro para dentro y me subí los pantalones sin subirme las bragas primero, lo que resultó muy incómodo. Iba a perder el tren de regreso a Lille.

Me di cuenta de que intentando huir había caminado en círculo y había regresado al mismo lugar del que me había marchado. Había tenido suerte de que no me hubiese visto más gente. Admiré por última vez la Torre Eiffel antes de marcharme. La odié.

14

Me había ido de Lille siendo una heroína y regresaba como un soldado desertor que roba mendrugos por el camino y solo avanza de noche para no ser descubierto. A través de las ventanas de Le Relax vi a unos senegaleses mayores que jugaban al ajedrez. Un francés delgado estaba con ellos, uno de esos que llevan pequeñas gafas redondas y visten pantalones con motivos africanos con la esperanza de que no se den cuenta de que es blanco. Seguramente Hubert debió de verme de lejos, con el paso lento y cabizbaja. Si no hubiese besado a Guillaume, si no hubiese sentido por un momento que era una más yendo a un congreso en París, si simplemente me hubiera quedado igual que antes de que todo eso ocurriese, no habría sentido tanto fracaso. No hay nada peor que conseguir un poco, un poquito, de lo que se desea para darse cuenta de lo que podría ser nuestra vida si no fuésemos nosotros mismos. Al llegar a casa Paula estaba cocinando. Cuando le confesé lo mal que había ido el viaje a París, descorchó una botella de vino y decidió no contarme nada de lo que le había pasado a ella mientras yo había estado fuera. Me abrazó. A la mañana siguiente apareció Alessio con la misma energía y ánimo de cuando lo conocí, antes de que el fotógrafo de espaldas le hiciese sentir que el mundo y el universo eran tristes y malvados.

—Vámonos de aquí. Vamos a dar una vuelta.

Paula y Alessio habían decidido que lo mejor era hacer una excursión que me cambiase las ideas. Lo mismo que hizo Valerie Trierweiler largándose a la India al saber que François Hollande la engañaba. Nuestra huida era en versión barata. Fuimos al centro histórico minero de Lewarde. Cerca de Lille había más de ciento veinte kilómetros de túneles de minas que a partir de los años setenta se habían ido despoblando y abandonando a su suerte. Ahora allí había un museo.

Paula conducía un coche que alguien de nuestra antigua residencia le había dejado. Era un día brumoso. El cielo estaba gris y las nubes parecían trozos de tela de tul colgados de las ramas de los árboles. Sin embargo, aquellos árboles y aquellas nubes salidos de un cuento de hadas ruso quedaban completamente desubicados a causa de los edificios sobrios y desconchados que aparecían en el camino. Todo era industrial, y el único color diferente del gris eran los llamativos colores de los *fast food* o de los *bar-tabac* rojos. Pero esos colores se mimetizaban en el blanco de la niebla a medida que te alejabas. Tantas nubes había que parecía que estaba anocheciendo aunque fueran las diez de la mañana. A veces se veían personas vestidas de colores oscuros saliendo de la bruma. Esa gente vivía ahí, entre los edificios, la niebla y los árboles. La vida nos deja nacer en sitios extraños.

En la entrada del museo había una sala con techos muy altos donde habían reproducido el lugar en que los mineros colgaban, de unas cuerdas que pendían del techo, los pantalones, los cascos y las camisas. Parecían mineros ahorcados. No podía entender por qué Paula y Alessio habían elegido un sitio así para animarme. Tendría que haberme dado cuenta de que era un presagio de lo que vendría más tarde. Un guía joven con pendientes en las orejas nos tendió unos cascos amarillos que nos colocamos diligentemente y nos metieron en uno de los túneles excavados bajo tierra. Las vías estaban oxidadas y había maniquíes vestidos de minero y figuras de caballos de plástico que simulaban estar tirando de carros cargados con carbón también de plástico. Alessio y Paula estaba muy excitados por la visita. Me miraban insistentes con enormes ojos bajo los cascos amarillos, como si quisieran que su mirada terminara por hacerme sentir algo. Al final había un cartel en memoria de los 1099 mineros muertos en Courrières, a causa de una explosión, en 1906. ¡1099 mineros! Paula y Alessio me miraron de nuevo con esos ojos que querían decir: «¿Ves? ¿Por qué estás sufriendo? Podría ser peor, podrías haber muerto en esa explosión. Tienes que alegrarte». Y ¿por qué iba a alegrarme? Es como cuando te dicen que tienes que alegrarte porque en África están peor. No es alegre pensar que otros están peor. Una piedra me nacía desde dentro y no me dejaba tragar nada, ni abrir completamente los ojos, ni pensar en que algo bueno llegaría. Deseé disfrutar la alegría de

los días, como hacen las hojas de los árboles, los perros que pasean con sus dueños o los ludópatas que aún tienen esperanzas de ganar en una nueva máquina tragaperras. Observé a Paula y Alessio con los cascos amarillos, cogiéndome de la mano, haciendo chistes… Querían alegrarme. Era una desagradecida. Ese amor, el desinteresado, es el que merecía la pena. Ellos eran mi nueva familia.

Cuando terminó la visita fuimos a la cafetería. Sofisticada. Parecía más una cafetería de Brooklyn que la de un centro minero. Paredes de ladrillo, barra de madera, algunas plantas, ambiente relajado. Una mujer de pelo muy oscuro y frondoso, seguramente una peluca, y un *piercing* que imitaba un lunar nos aconsejó sobre las mejores cervezas de la zona y ya empecé a sentirme mejor. Es verdad que cambiar de aires es importante. Brindamos, nos reímos y dije:

—En el fondo, todo esto que ha pasado no importa. Lo que importa es que estamos juntos en este viaje.

En ese momento sentí cómo ambos intentaban cambiar de tema. Dirigían la vista hacia otros lados. Paula divagó:

—Qué terrible historia, la de la explosión. ¿Sabéis que unos cuantos mineros sobrevivieron? Se quedaron atrapados dentro sin comida y caminaron por los túneles en completa oscuridad durante días. —Silencio—. Al final encontraron una salida.

—Claro, siempre hay salida para todo —dijo Alessio vehementemente.

—¿Qué ocurre? —pregunté con recelo.

—He echado los papeles a una nueva plaza que ha salido en la Universidad de La Rioja y me han comentado dentro del departamento que hay muchas posibilidades de que me la den —confesó Paula—. Seguramente me marcharé pronto.

Algo así era previsible que ocurriese, pero ese momento era el peor, el peor para imaginarme que una de las patas de mi existencia se marchara.

Paula me cogió la mano y yo se la agarré con fuerza. Miré a Alessio. La verdad es que era la primera vez, desde que se había acabado su *relación* con el fotógrafo de espaldas, que le notaba un brillo en la mirada.

—Me he presentado a la audición de un *talent show* de la

televisión que pasaba por aquí en Lille y me han seleccionado —dijo Alessio.

Eso sí que era una sorpresa. Por lo visto, un día que regresaba de dar clase, sumido en sus pensamientos mientras escuchaba baladas tristes de Luigi Tenco en los cascos, vio una cola en la calle. Reconoció el logotipo del programa de televisión y pensó que le gustaría intentarlo. Tanto había cantado cuando estaba enamorado y tanto había cantado cuando le rompieron el corazón que tenía la garganta en forma. Le pusieron una pegatina con un número en el pecho y, cuando llegó el momento de cantar, dejó ahí todo su dolor y su desgracia y de repente se liberó. Se había acabado aquel sufrimiento, se quedaba atrás, ya era otro momento.

Y allí sentados, tras una mesa brillante con las letras del programa, estaban los miembros del jurado que seleccionaba a la gente de la calle: un hombre bronceado, de cabello tan blanco que parecía borrado con una goma de borrar, el pelo conjuntaba con una camisa también blanquísima perfectamente planchada, pegada a unos buenos pectorales y sobre ella una chaqueta azul brillante solo abrochada con uno de los botones. A su lado, una mujer rubia de pómulos prominentes y labios brillantes. Ambos iban tan maquillados que parecían seres venidos de un mundo donde todo tiene más color y formas más definidas, y ambos, tras la canción de Alessio, se echaron a llorar, así, sin más, como si tuviesen un trastorno límite de personalidad. Las cámaras y las luces los enfocaban. El público aplaudió entusiasmado. Alessio acababa de hacerse un poco famoso. ¿Por qué las cosas buenas que le pasan a la gente que quieres suelen separarlos de ti?

—Qué bien, me alegro mucho por vosotros. Brindemos.

Eso sí que no me lo esperaba… Iba a quedarme sola. Y Guillaume no respondía mis *e-mails*. ¿Cómo había podido ocurrir todo eso durante mi corto viaje a París? Los había dejado un momento solos y ya habían volado libres. Me tomé la deliciosa cerveza servida por la mujer del *piercing* de un golpe y escribí otro mensaje más a Guillaume: «Todo va mal, quiero escapar». Recibí un mensaje de respuesta: «¿Qué ocurre?». Y de repente me di cuenta de que no había escrito a Guillaume sino a Felipe.

Y cuando me fui a la cama por la noche hice lo peor que podía hacer: pensé en el primer beso que me di con Felipe. Veíamos una

película y había puesto la cabeza sobre sus piernas. Era la primera vez que nos tocábamos después de meses de risas, complicidad y miradas encubiertas. Y mientras transcurría la película empezó a acariciarme el pelo y luego el cuello. No quería que eso terminase, pero la película acabó. No me había enterado de nada del argumento, solo había estado pensando en cada caricia que me hacía y en la inmensa felicidad que sentía. Cuando me incorporé nos besamos, y creí que mi vida había llegado a su culmen, a donde debía estar. Pero no. Aquello acabó. Felipe me dejó y, desde entonces, comencé a vivir en una realidad paralela al mundo en la que Felipe y yo seguíamos juntos y él me amaba. Y de pensar en aquel primer beso pasé a imaginar que hacíamos el amor. Era un refugio oscuro, malsano, lo sabía, pero era mi refugio. Me empecé a dormir, y en ese momento la cara de Felipe se empezó a difuminar y ya no era él con quien estaba follando sino con el hombre de la pajarita del congreso, el que me había criticado cruelmente, y me metía un pene pequeño y fino como su voz. Tan fina, dulce y terrible que seguía diciendo: «No he entendido nada, señorita». Y en algún momento ese pene fino se transformó en otro gris y desgastado como la lana con pelotillas del jersey del otro conferenciante, y todo empezó a diluirse en pensamientos extraños en los que yo corría, corría, saltaba huyendo de algo. Pero en medio de aquella pesadilla algo me despertó. Un golpe. Un profundo olor a vino y pis había inundado la casa. La luz de una linterna se movía buscando algo. Alguien que no era Paula estaba en el salón. Había alguien más en casa. Inmovilizada en la cama, no sabía qué hacer. Sonó un cerrojo, como una llave que se movía. Escuché las palabras de una voz de hombre, luego otras más fuertes:

—*Couche-toi! Couche-toi!* **[3]**

No me gritaba a mí. Quien fuera que estuviese en la casa había llegado al cuarto de Paula. Me incorporé de un respingo asustada cuando vi que una silueta oscura, que sujetaba una linterna, se precipitaba fuera del apartamento. Paula gritó. Fui a su cuarto y la vi de pie sobre la cama, vestida con un pijama azul. Llevaba el pelo recogido, tenía la mirada de una niña y se le marcaba una vena en el cuello. Tuvimos que calmarnos para entender lo que había ocurrido.

Un ladrón había entrado en el salón provisto de una linterna

pero no me vio. A continuación fue al cuarto de Paula y empezó a rebuscar entre las cajitas que ella coleccionaba, en los cajones de la ropa interior, entre los apuntes… Paula se había despertado y la deslumbró la luz de la linterna. Asustada, había dado un brinco y se había quedado así, de pie, petrificada sobre el colchón sin apartar la mirada de él y sin decir nada. Fue entonces cuando él gritó:

—*Couche-toi! Couche-toi!*

Pero ella no reaccionó. Se mantuvo de pie como una estatua mirándolo, sin hacer nada más. Su actitud debía de haberlo puesto tan nervioso que huyó, no sin antes esparcir por la casa su olor a vino de supermercado. Corrimos a la ventana por si lo veíamos. Había desaparecido.

Mientras esperábamos que se calentase el hervidor de agua para preparar una infusión, intentamos descubrir cómo había entrado. Comprobamos que habíamos olvidado cerrar la puerta. No se cerraba sola y ninguna de las dos se había acordado de girar alguno de los cinco cerrojos que algún antiguo habitante del piso habría colocado, seguramente tras alguna experiencia como la nuestra. El ladrón solo había tenido que girar el pomo para entrar en nuestra intimidad. Lo peor era el olor que había impregnado toda la casa. Nos enfundamos en nuestros abrigos y abrimos las ventanas. Semanas después del acontecimiento, Paula aún comentaría que cuando abría el cajón de las braguitas salía ese olor a vinacho de tetrabrik. Al final, el tipo solo se había llevado la bolsa que me habían regalado en el congreso de la
SFHESETC
con unos libros de semiótica de la cultura dentro. Los encontramos nada más salir a la calle. Los había tirado en la primera papelera que encontró. En el cuarto de Paula no había encontrado nada más que collares de plástico y algunas conchas medio rotas que trajo de una breve escapada a Boulogne-sur-Mer. No es que hubiese hecho un botín con nosotras, la verdad.

—Pobrecico —dijo Paula.

Llamamos a la policía, que nos aconsejó que cerráramos bien la puerta y que al día siguiente nos pasáramos por comisaría. Esa noche dormimos juntas y, en el fondo, nada era mejor que esa experiencia para olvidar mi fracaso y centrarme en una vida de supervivencia.

Al día siguiente, en la comisaría nos echaron la bronca por no haber cerrado la puerta con llave. No se podía hacer nada, en cierto modo era culpa nuestra. Pero sentíamos miedo porque parecía que nuestra casa ya no era nuestro refugio. Teníamos que hacer algo. Llamamos a *madame* Berlane porque seguramente ella ya debía de saber si los robos en esa zona eran habituales, así que nos podría decir qué medidas podíamos emprender. Nos sorprendió que tomase la iniciativa de venir a vernos. Era agradable saber que a alguien le importaba lo que nos había ocurrido. En cierto modo, tantas idas y venidas a la agencia inmobiliaria habían logrado que nos cogiésemos cariño.

Cuando abrimos los mil cerrojos de la casa que nunca habíamos utilizado hasta ese momento, *madame* Berlane entró bruscamente y comenzó a pasearse entre todas las sillas que teníamos. Nos explicó que le había venido muy bien nuestra llamada porque tenía algo importante que anunciarnos. Miró con cierto desprecio una escalera metálica que usábamos como estantería de libros coronada por un tiesto de geranios ya mustios. Se colocó en medio del salón y se puso a jugar con el tacón de aguja en el parqué, como hizo el primer día que visitamos el piso. Nos miró a los ojos:

—Un abogado parisino ha venido a la oficina… y quiere este piso.

No me lo podía creer, la habíamos llamado para que nos ayudase en el asunto del robo y solo había venido con la intención de echarnos. Tenía la sensación de que la ciudad se daba cuenta de que me estaba adaptando y quería cortarme de raíz, tanto material como existencialmente.

—Aún nos quedan seis meses de contrato para marcharnos —respondí.

Chasqueó la lengua pensando en el plan B que no le apetecía poner en marcha. Nos pidió que la acompañáramos y nos metió en el descapotable. Era la segunda vez que montaba en coche en Lille. Pasamos por delante de Le Relax y sus clientes habituales nos saludaron con la mano y siguieron el coche con la mirada, como quedándose con los detalles de la matrícula por si se tratara de un hipotético secuestro. De nuevo observé las calles desde las ventanillas de aquel Audi descapotable de 1997. Ella volvió a decir, sin acordarse de que ya lo había dicho dos meses antes, la primera

vez que monté en el descapotable, que tenía el coche bueno en el taller y que por eso nos había recogido con el abollado. Puso la radio como para no tener que hablarnos. Sonó una canción de Johnny Hallyday:

> *On a tous quelque chose en nous de Tennessee*
> *Cette volonté de prolonger la nuit.*

Pues yo no estaba segura de tener nada de Tennessee, y menos aún esa voluntad de alargar la noche de la que hablaba la canción.

Las ramas de los árboles que protegían los lados de la calle dejaban entrever algunos rayos de sol. Puede que fuese una señal. Todavía no había llegado el momento de que me echaran.

Madame Berlane aparcó frente a un patio en el que había una casa con una puerta roja. Junto a la puerta esperaba una pareja de mediana edad. Ella llevaba horquillas de colores en el pelo y él caminaba con ayuda de un bastón muy gastado. *Madame* Berlane los saludó brevemente y levantó la mano como si fuese una guía turística con la intención de que siguiésemos sus pasos. Al piso se accedía subiendo unas escaleras. Era pequeño pero acogedor. Tenía una cocina y una habitación. Las cortinas eran blancas, decoradas con motivos rojos de cerezas. Los productos de limpieza estaban sobre la mesa de roble de la cocina y *madame* Berlane se apresuró a guardarlos. En ese momento me di cuenta de lo importante que era aquello para ella. Me la imaginé limpiando la casa, ventilando el espacio y luego poniéndose el traje de agente inmobiliaria y cogiendo el coche abollado para llevar a unos clientes. Nada más y nada menos que nosotras.

Nunca dirigió la mirada a la pareja, solo quería convencernos de que ese piso era mejor que aquel en el que estábamos viviendo —porque, según ella, el nuestro estaba destinado a pertenecer al abogado parisino—. Pero el piso que nos ofrecía era un estudio y nosotras éramos dos. No queríamos cambiarnos a ese piso. Cuando le comunicamos que no pensábamos marcharnos antes del fin del contrato, *madame* Berlane apretó mucho el tacón contra el suelo y puso en marcha un plan

C.

Todavía no sé cómo consiguió que accediésemos a que el abogado parisino guardase todos sus muebles en nuestra casa hasta

que se nos acabase el contrato. Por lo visto el abogado parisino venía a vivir a Lille en unos días y ella le había prometido nuestro piso. Pero no tuvo más remedio que ofrecerle el piso de las cortinas con cerezas hasta que nos fuésemos. Y, hasta entonces, todos sus muebles se quedarían en nuestro salón. Una vez que había conseguido lo que quería, nos invitó a que regresáramos a casa en metro.

Cuando llegó el día de que el abogado parisino trajera sus muebles, nos sorprendió descubrir que no era un señor de traje y corbata sino un chaval de veintitrés años que había llegado a Lille con toda su familia en una furgoneta. Acababa de terminar los estudios de Derecho en París y había conseguido su primer trabajo en Lille. Su padre había conducido la furgoneta de su negocio de tapicerías desde un pueblo de la Bretaña francesa. La había cargado con maletas llenas de ropa, muebles viejos perfectamente envueltos en plástico, una lámpara de pie graduada, un aparato para hacer abdominales y un colchón de dos plazas.

Subieron los muebles entre la abuela, el padre, la madre, un amigo y el propio abogado parisino. El padre tenía una gran barba y cada vez que depositaba alguno de los muebles de su hijo en nuestro salón nos enseñaba la raja del culo. Nosotras observábamos las idas y venidas de la familia sentadas. El abogado parisino atravesaba el salón como un fantasma, paseando entre las sillas. Era delgado y, de una manera curiosa, también anguloso y blando al mismo tiempo. No tenía un gramo de grasa, llevaba la raya del pelo en medio y exhibía unos ojos desorbitados. Buscaba desesperadamente el contacto visual, tanto que no se enteraba de lo que le decías, solo quería mirarte profundamente a los ojos, sostenerse en algo. Aparentaba menos años aún de los que tenía, y tanto *madame* Berlane como su propia familia le habían otorgado a su cuerpo tierno e inmaculado la tarea de ser un despiadado abogado vestido con traje que acude a una oficina con alfombras, muebles de madera oscura y estanterías llenas de libros encuadernados en piel con cenefas doradas; algo a lo que él había accedido sin oponerse y sin hacerse rozaduras.

Una vez subido todo, la abuela, el padre, la madre y el abogado parisino se sentaron en las sillas que quedaban libres. Parecía que estábamos en un campamento de verano y que nos habíamos

colocado en círculo para presentarnos uno a uno evocando al animal con el que nos identificábamos. Nos examinamos en silencio. El abogado parisino contemplaba reflexivo la suciedad del suelo. Les ofrecimos un poco de vino. Todos aceptaron. Era un vino muy malo y apretaron los labios nada más beberlo. Luego nos sonrieron para no parecer maleducados. La madre era una mujer risueña, con ganas de hablar y vivir. Nos contó sus años universitarios. Había estudiado Historia del Arte, como yo, pero ahora trabajaba para una empresa de seguros. Nos preguntó si necesitábamos uno. Se estaba divirtiendo con nosotras, pero el padre tenía hambre y le insistió en que fuesen a comer un filete a un Hippopotamus. Cuando se despidieron, el abogado parisino ya era el dueño del piso, aunque no viviese allí. Lo que tanto me había costado se había esfumado. Dentro de unos meses estaría fuera de esa casa a la que tanto me había costado acceder. Esos muebles envueltos en plástico indicaban que ese ya no era mi lugar.

15

No me apetecía volver a la universidad ni a la biblioteca. Sin embargo, estábamos a mediados de febrero, así que tenía que entregar pronto el índice y las primeras páginas de mi tesis a *monsieur* Lemaître. Decidí ir a leer a Le Relax. Me senté en una esquina y abrí uno de los libros. Preparé mi cuaderno al lado y un bolígrafo con el que tomar notas.

Hubert se precipitó a limpiarme la mesa.

—¿Qué tal fue el congreso?

—No muy bien —dije apresurándome a leer de nuevo para que no me preguntase nada más.

Se marchó extendiendo sus pasos flacos y desgarbados por el suelo de terrazo. Al cabo de un minuto apareció de nuevo con una cerveza 1664 en una mano y un bol con cacahuetes en la otra.

—Invita la casa.

La cerveza y los cacahuetes me ayudaron a concentrarme en un libro de Yuri Lotman que me había prestado Alessio. Me comentó que podía ayudarme. *Madame* Brutin nos había advertido en sus seminarios que un buen investigador era como una gallina que comía un poco de grano y levantaba *a posteriori* la cabeza para poder deglutir. Así tenía que proceder el pensador: leer como la gallina come granos y, después, levantar la cabeza para deglutir lo que ha leído, incorporarlo y empezar a pensar. Así que me dispuse a leer:

> El arte es inseparable de la búsqueda de la verdad. No obstante, es preciso destacar que la *verdad del lenguaje* y la *verdad del mensaje* son conceptos esencialmente distintos.

Había decidido que a cada párrafo que leía yo no comería grano,

sino que le metería un trago a la cerveza y picaría cacahuetes.

> Para captar esta diferencia, imaginémonos, por un lado, enunciados acerca del carácter verdadero o falso de la solución de un problema determinado, acerca de la exactitud lógica de una afirmación determinada…

Lingotazo de cerveza.

> … y por otro, razonamientos acerca de la verdad de la geometría de Lobachevski o de la lógica cuadrivalente…

Se me acabó la cerveza. Pedí otra.

Así seguí durante un rato. Por una vez, creía entender. Hubert me miraba con respeto, como si fuese uno de los suyos. Pero en un determinado momento me levanté, pegué un traspiés de toda la cerveza que había bebido y me caí de bruces contra el suelo. Sentí la superficie fría debajo de mí y las manos de unos cuantos borrachos habituales del bar levantándome. Me incorporé. Me limpié los pantalones durante un rato con las palmas de las manos aunque no estaban sucios. Y al sentarme de nuevo frente al libro de Yuri Lotman me puse a llorar. Hubert se sentó a mi lado y me abrazó.

—En las tesis de Humanidades o Bellas Artes estás muy solo, es una prueba contra ti mismo y contra el mundo —me dijo—. ¿Por qué no cambias el título? El primer año también estuve bloqueado, y cuando lo cambié todo empezó a fluir. Cambiar el título es cambiar de rumbo —reiteró.

«Pero ¿cómo iba a cambiar de rumbo? ¿El rumbo de qué? Para tener un rumbo hay que haber hecho algún camino», pensé sin decirle nada.

Me dispuse de nuevo a estudiar, pero no conseguía avanzar. Repetía las mismas palabras una y otra vez: «La lógica cuadrivalente… la lógica cuadrivalente…». Cuando pasó un rato, Hubert se acercó a mí y me dio un papel con un número de teléfono y un nombre encima: *monsieur* Lepoutre, un psicoanalista. Hubert me propuso que probara, a él le había hecho mucho bien cuando hizo su tesis doctoral. Llamé y justo podía hacerme un hueco al día siguiente a mediodía.

La consulta de *monsieur* Lepoutre estaba en una zona en la que

abundaban las floristerías, las panaderías y la gente blanca. Ese señor era, físicamente, el arquetipo del psicoanalista: viejo, alto y delgado. Después de arreglar unas ciertas diferencias acerca del precio (elevado) de las sesiones, me pidió que entrara a la consulta. Era una habitación bastante grande. En un lateral había un diván forrado con una tela hindú y al lado una mesita de madera con una caja de pañuelos de papel. Miré hacia la papelera, situada debajo de la mesa de nogal de *monsieur* Lepoutre, donde se amontonaban clínex usados y mojados. Lágrimas y lágrimas de gente como yo. Había dos sillas, una enfrente de la otra, situadas a una distancia de tres metros. Me pidió que me sentara. Él también se sentó, y sus pantalones perfectamente planchados se arrugaron levemente. Estábamos sentados cara a cara, a cierta distancia y sin una mesa que nos separase. Entre nosotros dos se extendía un reluciente parqué. Tan lejos nos encontrábamos el uno del otro que cuando me puse a llorar contándole mis penas, *monsieur* Lepoutre se levantó y caminó unos pasos para acercarme un pañuelo. Me sequé las lágrimas mientras observaba la decoración del despacho: cuadros, libros, diplomas; tenía un gusto clásico, sería para cobrar más. No entendía muy bien cómo podía pasar del desgarro de mis emociones a una curiosa superficialidad, sentir la profundidad de la existencia y su superficie al mismo tiempo. Quizá la mente funcione demasiado rápidamente para el cuerpo, quizá por eso engañamos y mentimos, porque es imposible guardar la pureza de un solo acto en la cabeza. Siempre existe la dualidad, lo que es y lo que pudo ser. Felipe. Guillaume.

A continuación, bajo las indicaciones de Lepoutre, me tendí en el diván. Me parecía estar interpretando el papel de la mujer histérica en una obra de teatro sobre Freud. Nada más tumbarme sobre ese colchón duro envuelto por falsas telas hindúes, que no podía evitar acariciar insistentemente con los dedos para intentar adivinar si eran de seda o cien por cien poliéster, Lepoutre me preguntó qué me ocurría. Un temblor repentino me vino a la garganta y las lágrimas me cayeron por los lados mojándome el pelo. Y así estuve un rato, sin decir nada. No podía evitarlo aunque ni siquiera estuviese contando algo triste, aunque supiese que en el fondo Lepoutre estaba dando cabezadas. Me venían todo tipo de ideas a la cabeza. Me daba rabia pertenecer a mi cultura, no poder

quitarme de encima la selección española de fútbol, a Salvador Dalí, la croqueta. Me habría gustado ser judía y bailar sin parar en entierros y bodas. Me habría gustado ser musulmana y tener unos rezos hermosos que me protegieran y diesen sentido al devenir de los días. Me habría gustado ser budista y que esa filosofía me aportase claves de cómo vivir sin aquella culpabilidad tan grande que sentía siempre. No había nacido en Sevilla, con vestidos de lunares, ni en Barcelona, con comida esferificada, sino en el extrarradio de Madrid, así que arrastraba esa sensación de sentirme en casa cuando estaba en cualquier polígono industrial del mundo. Y tras haber pasado la frontera de mi país, mi identidad me daba bofetadas y, al mismo tiempo, sentía rabia si se metían con ella. Cuando me relajé, *monsieur* Lepoutre me dijo dos cosas, bastante obvias, por otro lado: «No puedes hacerlo todo al mismo tiempo. Una cosa detrás de otra, mejor». «Hagas lo que hagas, asegúrate de que te hace feliz».

Mis sesiones con *monsieur* Lepoutre se habían acabado en el mismo momento de empezar, eran demasiado caras.

16

Gracias a los muebles del abogado parisino pudimos disfrutar de una casa amueblada de verdad, aunque fuese por un tiempo mínimo. Disponíamos de una lámpara con la que dar una iluminación más romántica al salón, de un colchón nuevo y de un aparato de abdominales y varios volúmenes de libros de derecho francés. El problema era que al abogado parisino le faltaban amigos y venía de vez en cuando con excusas para pasar el rato. Lo que nos obligaba a volver a dejarlo todo en su posición inicial antes de que llegara. Se sentaba en una de las múltiples sillas y se quedaba en silencio hasta que se ponía a hablar de las zonas de moda del Vieux Lille. Mientras hacíamos la comida o escuchábamos música, él degustaba con placer el vino que le ofrecíamos, un vino muy barato comprado en la tienda de abajo y que producía resaca nada más beberlo. Seguramente no se imaginaba que habíamos estado hurgando entre sus calzoncillos de eslip y que sabíamos que los usaba de algodón con motivos de Spiderman. Y no hacíamos otra cosa que esperar a que saliese por la puerta para colocar de nuevo la lámpara, el colchón y el aparato de abdominales a nuestro gusto.

Tras las malas experiencias con mi investigación, los días posteriores al congreso había decidido recluirme, pero era imposible encontrar algo de paz y silencio para regodearme en mi desgracia si el abogado parisino estaba todo el tiempo rondando, así que debía reiniciar mi vida. Sin embargo, tenía la sensación de que la noticia de mi ignorancia se habría expandido como una nube tóxica por la universidad y habría llegado hasta el despacho de *monsieur* Lemaître. Por otra parte, tampoco quería ver de nuevo al profesor sustituto de *madame* Brutin, el del bronceado de marinero. Quería evitar que tuviese que enfrentarse a mi inútil existencia, así que no asistí a su siguiente seminario. Fui directamente a la

biblioteca. Los investigadores de caras serias y zapatillas desgastadas ocupaban las mismas mesas que hacía por lo menos dos semanas que no pisaba. Regresé a mi tesis doctoral. Era incapaz de concentrarme. Y empezó a crecer en mí otro temor más. Tenía miedo de que, al dedicarme al mundo académico, acabase con el mismo aspecto que otras mujeres que encontraba en las bibliotecas. Todas iban vestidas con un jersey de cuello cisne negro, media melena y gafas. Me paseé por los pasillos tapizados de libros y ojeé algunas solapas como si alguna fuese a darme la clave, una señal ya casi más astral que académica. Y, de repente, paf, se oyó un golpe, y luego un grito que nos obligó a todos los que estábamos allí a escapar de nuestra ensoñación. Escudriñé a través del espacio entre estante y estante para averiguar lo que ocurría. Eran dos de esas mujeres con gafas y cuello vuelto. Una no paraba de insultar a la otra en voz alta, y la otra, la que le había pegado el bofetón, estaba sentada y se agarraba con las manos a la silla. No iba a levantarse. No iba a dejar el asiento libre. La biblioteca estaba muy concurrida en esas fechas. El resto de la gente observaba divertida. No era la primera vez que asistía a escenas de violencia entre académicos en una biblioteca, a decir verdad.

Esos gritos y esos golpes en mitad del silencio me llenaron de satisfacción. Eran el conflicto, la carne, la vida, el mundo físico. Respiré aliviada, recogí mis cosas y me marché.

Fui a Le Relax. Hubert, el camarero filósofo, me preguntó qué tal me había ido con el psicólogo.

—He decidido dejar la tesis, paso a otra cosa.

—Y ¿qué vas a hacer?

—¿Necesitáis una camarera?

—Pero ¿has trabajado alguna vez de camarera?

No, nunca, pero evidentemente le dije que sí. Pensé que el tiempo que había pasado ayudando a mis abuelos en su mercería valdría. Estar de pie detrás de un mostrador, llevar las cuentas, dar cambio, tener en cuenta el *stock*…, todo eso lo había hecho. Sobre todo después de que mi abuela falleciese y mi abuelo se quedara unas semanas como ralentizado.

Esa misma tarde empecé a trabajar en Le Relax. Hubert me explicó, con la misma claridad con la que había sido capaz de explicarnos un día lo que quería decir categoremático en oposición

a sincategoremático, cómo se servían las cervezas, cómo se mezclaba el kir o cómo se utilizaba la cafetera y, sobre todo, me enseñó dónde se guardaban la fregona y los productos de limpieza para las mesas, el suelo, los baños y las ventanas exteriores. Y todo era muy real y concreto. Por fin.

Aun así, el primer día fue terrible. No entendía lo que me pedían. Un hombre mayor y ajado que llevaba puesta una gorra muy sucia me pidió un pastís y, después de tomar el primer trago, lo escupió de nuevo en la copa y se fue sin pagar con indignación en la mirada. Si hay algo que sabía hacer era ir a bares, pero no me había dado cuenta de lo complicado que era estar al otro lado de la barra. Llegó un momento en el que me quité el pequeño delantal que me había puesto por delante de los pantalones. Quería marcharme. Hubert vino hacia mí y me preguntó a dónde iba.

—Me voy, me estoy haciendo un lío, no sé hacer nada.

—Pero ¿cómo vas a saber hacerlo si no te lo he enseñado? —Me miró con comprensión y me dijo algo que iba mucho más allá de lo que necesitaba para trabajar en ese bar—: No puedes saber las cosas así, sin más, por ciencia infusa.

Así que, como el ambiente estaba calmado y solo había un señor medio dormido en la barra, Hubert me enseñó más cosas. Aprendí que el pastís, que consiste en mezclar una bebida tipo Ricard con agua, tenía muchas más variantes de las que podía imaginarme. En unas zonas se servía el agua antes con el vaso congelado y luego un poco de Ricard. En otras se servía primero el Ricard y luego los hielos y un poco de agua. Y en otras partes se echaba una dosis de Ricard por dos de agua y, pasados unos segundos, unos hielos. La verdad es que después de su clase no recordaba cuál era el mejor método, a mí me sabían todos igual, así que los terminé sirviendo un poco al azar, bajo las miradas de reprobación de jóvenes y mayores por mi desconocimiento.

Al principio lo hice todo mal. Pero luego empecé a hacerlo bien, y llegó un momento en el que salía solo. Los clientes me contaban muchas cosas: cómo se cocinaba un *chou farci*, las diferencias entre un motor de gasolina y un motor diésel, lo complicado que es tocar un trombón, la historia sindicalista de los panaderos en Lille. Era impresionante cómo los franceses acumulaban información y la explicaban con detalle. Les gustaban las conversaciones sobre cosas

técnicas. Podían pasarse una hora discutiendo sobre cuál era la mejor manera de lanzarse en parapente. Era como estar de nuevo en una conferencia. Hice lo que me había aconsejado el psicólogo, *monsieur* Lepoutre, y empecé a hacerlo todo poco a poco, una cosa detrás de otra: abrir el bar, cambiar toneles de cerveza, mantener limpios y relucientes los grifos, hacer cuentas… Y mientras parecía que no pasaba nada, algo ocurrió. De mi boca empezaron a salir latiguillos, como decir *du coup* antes de las frases, y también otras expresiones como *en fait, vachement, je suis à la bourre, je dois me dépêcher*[4]… De pronto, estaba hablando francés con fluidez. El francés que hablaban ellos, no el de la academia de idiomas. Ocurrió casi sin darme cuenta. Entre espuma de cervezas, trapos mojados y gritos de borrachos. No era perfecto, pero lo suficientemente bueno para que no me sacasen a relucir sus impresiones sobre la sangría, la playa y la paella cada vez que hablaba.

Y un día salió el sol. Todavía hacía frío pero por fin se veía el sol de tanto en tanto. Los edificios se iluminaron. Parecían fuera de lugar, como si estuviesen hechos para los cielos encapotados y la oscuridad. Dentro de poco llegaría la primavera y en Lille empezarían a celebrarse festivales: el festival de la sopa, el festival del acordeón, el festival de la petanca. En cuanto salía el sol la gente se lanzaba a la calle. Lille dejaba de ser una ciudad deshabitada en la que, a partir de las seis de la tarde, únicamente salía gente rara y sola. Se sentaban en las terrazas. Muchos iban con instrumentos y los tocaban. Parecía que todo el mundo sabía tocar algún instrumento. Quizá fuera eso lo que hacían en invierno cuando Lille se convertía en una ciudad abandonada. En la plaza cercana a la rue

d'Artois,

donde vivíamos, había un supermercado Carrefour y también unos chavales jugaban al fútbol y los vecinos sacaban una silla a la calle los días de buen tiempo. Algunos aprovechaban para arreglar los coches y el hiphop emergía de las ventanas.

La terraza de Le Relax se llenaba hasta los topes. Un día hubo tanto sol que tuve que poner una sombrilla para que unos clientes no se quemaran totalmente. Estaba luchando con la sombrilla para enderezarla cuando escuché una voz conocida:

—Pensaba que estarías ahora mismo en un seminario de una Grande École…

Me di la vuelta, era Guillaume. Estaba montado en una bicicleta y llevaba el pelo revuelto.

—Bueno, aquí estoy, en la universidad de la vida, como dicen.

Se rio. Yo me mantuve seria, pero era forzado porque verlo me había dado alegría.

—¿A qué hora sales?

Salía dentro de un par de horas y él prometió venir a buscarme. Durante esas dos horas trabajé mejor que nunca en mi vida. Fui amable con los clientes, rápida y canté mientras limpiaba las mesas. También aprovechaba cada vez que tenía que hacer un café para ver mi reflejo en la máquina e intentar arreglarme un poco.

Estaba en la barra hablando con un cliente cuando lo vi a través de los ventanales. Había apoyado la bicicleta en la pared y se estaba fumando un cigarro. En ningún momento miró hacia el bar o hacia mí. Me despedí de Hubert, que me dijo adiós con la mano sonriéndose.

—¿Quieres dar una vuelta?

Guillaume se montó en la bici y me hizo un gesto para que montase con él. Empezó a pedalear. No nos dijimos nada. ¿Qué había pasado con mi vida? En cinco minutos estaba montada en la bici agarrada a la cintura de Guillaume con el aire dándome en la cara. Me moría por preguntarle dónde había estado, pero quería parecer indiferente.

—La verdad es que me vendría genial tener una bicicleta ahora que ha llegado el sol —dije.

—No te emociones. No durará mucho.

Preferí pensar que se refería al buen tiempo.

Él pedaleaba por las calles de casas bajas, y enfrente estaban el cielo azul y los cables gordos, gruesos y negros que saltaban de un edificio a otro de la calle.

—¿A dónde vas?

—Se me acaba de ocurrir una cosa… ¿Ves allí ese edificio enorme de vivos colores? Allí empieza Lille Sud. Vamos para allá.

Poco a poco, fuimos acercándonos a un edificio que era como una caja de zapatos gigante azul y morada. Allí empezaba una nueva ciudad. El principal negocio de la zona eran las lápidas. A lo

largo del camino se escuchaba el ruido de las máquinas puliendo el mármol. Pasamos a toda velocidad junto a las puertas del cementerio de Lille Sud, el más grande de la ciudad seguido del cementerio del Este. A pesar de los vivos colores que anunciaba el edificio de la frontera de Lille Sud con el centro de Lille, todo lo demás tenía una pátina blanca por el polvo del mármol de las lápidas.

Nos dirigimos a una casa situada detrás del Coeur Immaculée de Marie, una sobria iglesia de ladrillo. Desembocamos en una calle tranquila y estrecha con casas pequeñas, la rue des Pivoines. Paramos junto a una fachada decorada con tiras de flores de plástico. A través de la ventana, abierta de par en par, se veían unos jarrones enormes, relucientes, con motivos de todos los dragones, dioses y espíritus de la mitología china. Unas niñas de unos siete años nos daban la espalda y bailaban en la calle.

Guillaume se dirigió a la puerta de un garaje y llamó con el puño. Abrió un hombre con coleta de unos cuarenta y pico años que nos invitó a pasar. Dentro no había un garaje, sino un patio interior donde se acumulaban bicicletas rotas, ruedas, cadenas, manillares y pedales. En una esquina había un columpio que parecía hecho a mano con madera, cuerdas y la rueda de algún coche. El hombre entró un momento en la casa a buscar unas herramientas.

—Ahora puedes decidir cómo quieres que sea tu bicicleta. Son muy baratas, las hace con restos que otros tiran.

Cuando el tipo de la coleta regresó, elegí el cuerpo de una bicicleta roja oxidada que había en una esquina y este hizo un gesto afirmativo, una buena elección, como cuando Indiana Jones elige el cáliz de madera y no el de oro y diamantes al final de *Indiana Jones y la última cruzada*. El hombre debía colocarle los pedales, el manillar y la cadena, así que nos invitó a esperar en el salón mientras bebíamos un vino. La casa estaba algo revuelta. Los muebles (la mesa, el aparador, la mesita de delante del sofá) parecían hechos por él mismo. Había juguetes tirados por las esquinas. En la mesa de madera en la que nos sirvió el vino se extendía un caos de lápices de colores y folios con dibujos de algún niño.

—Su hija tiene una enfermedad rara y hace esto después de trabajar para ganar dinero extra —me aclaró Guillaume.

No sabía qué hacer, no quería parecer que le había dado mucha importancia a su ausencia, pero no pude resistirme:

—Te escribí varias veces, necesitaba ayuda con un texto.

Guillaume bebió un trago, parecía que él también había pensado en ello.

—Lo vi ayer. He estado desconectado todo este tiempo. Me fui a un pueblo autogestionado sin dinero ni jerarquías. Tampoco había conexión a internet. —Volvió a darle otro trago al vino—. Quería aislarme de todo para avanzar con la tesis, pero no he sido capaz.

Observé su torso fuerte y sus manos, que podrían haber agarrado sacos de cebada y haberlos tirado a un camión sin ningún problema. Unas manos desaprovechadas. ¿Podría tocarlas? ¿Me tocarían dentro de unas horas? Guillaume continuaba hablando:

—Era incapaz de avanzar en mi texto y, a pesar del aislamiento, de repente descubrí en mi ordenador una carpeta… Hacía tiempo que alguien me había pasado la serie *Lost*. Nunca la había visto y me puse un episodio para airearme. Pero, joder, la he visto entera, me he pasado todo este tiempo encerrado en una cabaña de madera y la he visto entera. En el pueblo en el que estaba la gente se autoabastece, ¿sabes? Viven en autocaravanas en mitad del campo. Hasta esquilan ovejas para hacer su propia lana. Todas las mantas y los jerséis que tienen pican mucho. Ahí estaban todo el día esquilando y cultivando. E incluso algunos, cuando terminaban la jornada, esculpían estatuas. Y otros componían música. Y todos me trataban con mucho respeto porque yo estaba haciendo una tesis. Me dejaban tranquilo. Hasta alguna vez tocaban delicadamente a mi puerta y cuando abría me habían dejado una bandeja con un té. Y yo había estado ahí dentro viendo *Lost*. Salía de allí embotado y ellos pensaban que era por la investigación. Al final la he terminado…, la serie… No he entendido el final. ¿Tú la has visto?

Sí, la había visto. Siempre online, pirateada en sitios como seriesyonkis.com. Recuerdo un montón de anuncios pornográficos que salían despedidos en todas direcciones en cuanto intentaba darle al *pause* o al *play* del vídeo en algún momento. Durante mis años de consumo de series online he visto cosas cuyo recuerdo prefiero que se pierda como lágrimas en la lluvia: anuncios de videojuegos que me prometían no poder pasar ni cinco minutos jugando sin correrme, por ejemplo, protagonizados por una especie

de monstruo con espinas en la espalda follándose a una mujer muy pequeña y frágil atada. No pude ponerme en guardia. No quería ver eso, solo quería distraerme viendo *Downton Abbey*, una serie cuyo público no era precisamente el de alguien buscando correrse al tiempo que juega a un videojuego. Otro anuncio en concreto apareció muchas veces, el de una chica de mirada melancólica con unas jugosas tetas colgando que, al parecer, se llamaba Ana. Bajo la foto se especificaba que vivía a quinientos metros de mi casa. No estaba triste ni alegre, estaba ida, y seguramente nunca imaginó que esa foto que le habían hecho la vería tanta y tanta gente con la intención de comerse una *pizza* mientras veía una serie.

—Llevo ya un par de años con esta tesis sobre los refugiados y no consigo llegar a ningún lado… Quizá debería hacer como tú, dedicarme a algo práctico.

De fondo se escuchaban golpes metálicos. Al cabo de unos minutos apareció el señor de la coleta con mi bici nueva. Estaba muy oxidada, pero él me aseguró que así nunca me la robarían. Y no me la robaron. Además de oxidada, estaba torcida y tenía el sillín algo raído, como si alguien le hubiese metido un bocado —no entiendo en qué situación, mejor no pensarlo—. Pero era rápida y ligera. No era una bici para superficiales, parecía que un filósofo se hubiera encarnado en bici.

El robo de la rueda delantera era muy común. A veces veías a alguien paseando alegremente con una rueda de bici bajo el brazo, no sabías si la acababa de robar o se la habían robado y tenía que cambiarla. Pero la bici que me acababan de fabricar era especial: la única bici de Lille que nadie quería robar. En alguna ocasión la aparqué junto a otras y, al recogerla, se habían llevado el sillín o una de las ruedas de las bicis que estaban al lado, de la mía no se llevaban nada.

Le pagué menos de lo que había ganado ese día trabajando en Le Relax. Nos despedimos e iniciamos el camino de vuelta pasando por en medio del baile de las niñas. Nos vimos reflejados al pasar junto a los escaparates de las marmolerías, rodeamos el edificio azul y morado y llegamos a nuestro barrio. Una vez allí nos sacudimos de encima el polvo de las lápidas.

Circulamos de un lado a otro. No queríamos parar de montar en bici, teníamos mucha energía. Habíamos empezado un gran viaje. A

veces iba detrás de él y observaba su pelo moreno con caracolillos. Se le formaban unos pequeños rizos en la nuca que le llegaban a las solapas de la camisa de cuadros. Cuando me ponía junto a él, veía cómo los músculos se le marcaban bajo los pantalones vaqueros. Llegamos al canal. Pedaleábamos muy rápido. Pero, de repente, nos sorprendió una señal: París. Paré un momento.

—¿Si continuamos pedaleando por aquí llegamos a París?

—Sí —me respondió sin interés.

Me acordé de la Torre Eiffel y de la tesis doctoral.

—Querría ir a París.

Estaba tan entusiasmada que habría tenido fuerzas para pedalear hasta Marsella. Guillaume me miró horrorizado.

—En realidad, pedí la beca para ir a París, pero me la dieron para venir a Lille. La única vez que he ido no tuve una buena experiencia. Me gustaría cambiar eso. ¿Conoces París? —le pregunté.

—Sí —contestó como si le hubiese recordado a un padre que lo había abandonado de niño—. Viví allí durante mis estudios universitarios y luego vine aquí a hacer la tesis doctoral. ¿Quieres saber la verdad?

Estuve a punto de decir que mejor no.

—Pues la verdad es que París es como la heroína. Cuando estás dentro crees que no hay nada mejor que estar allí porque todo el mundo está convencido de que es el centro del mundo. Y de alguna manera, sientes que es el centro del mundo. No puedes marcharte aunque sufras, y allí sufres mucho. Los momentos buenos son muy buenos, como si estallaras. No eres tú, es la vida, es la conjunción con el cosmos, todo tiene sentido; pero los malos, que son la mayoría, son muy malos. No hay paz. Y hay que desengancharse y, cuando sales, te das cuenta de que no es el centro del mundo. —Silencio—. Pero es verdad que los momentos felices ya no lo son tanto.

Esto era como cuando descubrí que los Reyes Magos no existían. Quería ponerme de nuevo a pedalear, hacer como que no había escuchado nada, pero él continuó:

—Tanta gente quiere vivir en París, vivir el sueño de la ciudad mítica de cualquier siglo, de cualquier momento, que ya casi nadie cabe en París. Los precios son excesivos y el ambiente, cargado.

Mucha de la gente a la que ves en la calle tan bien vestida y con aspecto de pasárselo siempre genial vive, en realidad, prácticamente en zulos, compartiendo la cocina y el baño y usando el salón como habitación. Así que cuando te cuentan que Picasso empezó viviendo en una buhardilla en Montmartre llegas a pensar: «Qué suerte, y encima podía vivir él solo y en el centro». ¿Tienes hambre?

El sol se ponía y el atardecer era largo, las naves industriales y los árboles se reflejaban en el agua del canal.

—Siempre tenía mucha prisa cuando vivía en París, siempre estaba muy ocupado. Un día me tropecé con un vagabundo tirado en mitad de la calle que dormía sobre una salida de aire para tener calor y no congelarse. Como ocupaba sitio, estiré la pierna y pasé por encima de él para continuar andando. Ya no recuerdo a dónde iba ese día, pero me di cuenta de hasta dónde podía llegar la deshumanización. Di por supuesto que estaba dormido, me pareció normal verlo ahí tirado y caminar por encima de él.

Había algo en el pasado de Guillaume más fuerte que él y yo, y eso me dio mucha pena. Guillaume estaba cambiando de ruta, pedaleábamos por las calles solitarias de Lille. El viento nos daba en la cara. Me acordé de cuando vi esas calles por primera vez y me perdía por ellas. Empezó a llover. Por eso, en cuanto llegamos a Wazemmes, nos refugiamos en Le Pacha Kebab. Daban un partido en la televisión y varios hombres comían sus sándwiches en silencio escrutándolo. Por sus expresiones no podía discernir si el partido iba bien o mal. Nos sentamos en dos sillas de plástico que había a la puerta, protegidos de la lluvia por un pequeño toldo. Guillaume trajo dos sándwiches y dos Fantas de limón. Coloqué la pierna sobre sus muslos y él me acarició la pantorrilla. Comimos en silencio, con el sonido del partido y la tormenta de fondo. Pero el tomate, la lechuga, los trozos de carne, la salsa, resbalaban por los lados. Imposible mantener un aire sexi comiendo un kebab.

—Me encanta esta salsa —dijo Guillaume—, es lo único que echo de menos cuando no estoy en Francia. Todo se puede encontrar en el extranjero: el champán, el queso comté, hasta los *chouquettes*, pero esto no. Para mí es lo único genuinamente francés.

—¿Ah, sí? ¿Cómo se llama?

—Salsa samurái.

Un chorretón rosado con aspecto industrial se me escurría por el dedo.

—Pero ¿es japonesa?

—No.

—¿Por qué la llaman samurái?

—No sé, a lo mejor esconde un gran sentido del honor, de la justicia…

Nos reímos.

—Entonces esta salsa es un poco como tú —repliqué.

—En realidad creo que es más bien como tú —respondió con seriedad—: los samuráis no tenían hogar y viajaban para instruirse.

Esta frase acababa de darle un poco de sentido a la sinrazón en la que me encontraba. Además, por fin, había conocido algo verdaderamente francés: la salsa samurái. Hasta que descubrí que esta salsa no era francesa, sino belga. Una buena metáfora de la Francia que se había abierto ante mí: la de las fronteras diluidas, las periferias, la que no es de ningún lugar.

Pasamos el resto de la tarde en Le Relax. Mientras Hubert cerraba el bar, nosotros bebíamos de una botella de calvados ilegal que había elaborado el jardinero de la madre de Hubert en un garaje de Normandía. Cuando no bebíamos, nos mirábamos a los ojos y nos inundaba ese vacío total de cuando alguien te gusta mucho pero te das cuenta de que es otra persona a la que no conoces, en realidad. Y no sabes cómo suplirlo, así que esos vacíos se rellenan de besos apasionados, de bailes en los que te elevan por los aires, de ir al baño y mirarte al espejo y darte cuenta de que sigues siendo un cuerpo y estás ahí y se te ha corrido la sombra de ojos.

Nos despedimos de Hubert y salimos a la calle. Algo curioso era que los franceses se sonreían cuando veían a otros demostrarse amor. La gente nos iba haciendo comentarios. Desde un barrendero con el que nos cruzamos por la calle hasta una señora que esperaba el autobús: *Ça va les amoureux?* [5]. Regresamos a mi casa dando bandazos con las bicis. Me dejé la piel de los nudillos contra el retrovisor de un coche aparcado, pero no sentía más que felicidad.

Al día siguiente llegué una hora y media tarde al trabajo. Me había quedado dormida sobre el pecho de Guillaume mientras él me rodeaba con el brazo. Parecía que nos estuviesen haciendo una fotografía. Algo teníamos que sentir el uno por el otro cuando nos

habíamos dormido en esa postura tan bella y tan incómoda. Y sin embargo, no había tenido un sueño plácido. Esa noche soñé que me regalaban un caballo y que se me había muerto y de repente se lo llevaba el río.

Al llegar al trabajo Hubert no me reprochó nada. Compartía esa regla no escrita que hay en Francia y que no me habían contado: una historia de amor te exculpaba de cualquier cosa. Era un momento único e irrepetible. Lo realmente importante que debía ser respetado. Mientras servía un café o una cerveza no podía dejar de pensar en cada beso, en su olor, en el tacto suave de su pene. Los clientes me sonreían como si pudiesen adivinar en mi mirada y en mi piel que había juntado mi cuerpo con otro. Y ahí es cuando ocurrió algo que me sacó de mi ensueño y me llevó de vuelta a la realidad. Un reflejo blanco que nos deslumbró a todos. De repente entró en el bar *monsieur* Lemaître con su fular, que brillaba como un lago helado, su chaqueta blanca, los pelos alocados como algodón de azúcar a los dos lados de la cabeza y la calva en la coronilla. Iba arrastrando una pequeña maleta. Se sentó y sacó un ordenador de ella. Lo abrió y se puso a trabajar. Me quedé observándolo. Hubert se colocó a mi lado y me dijo con entusiasmo:

—¿Has visto? Ha entrado en el bar *monsieur* Lemaître. Tuve la ocasión de escucharlo en un par de conferencias. Es brillante.

—Sí. —Silencio—. Es mi director de tesis.

Hubert me miró emocionado.

—¿Cómo no me lo has dicho antes? Qué maravilla. Vete, corre, vete a ver qué quiere.

Como mi jefe me lo pedía, fui a servirle, pero los cinco pasos que separaban la barra de la mesa en la que se había sentado *monsieur* Lemaître representaron para mí lo más parecido a caminar por el corredor de la muerte.

—Buenos días.

Pensaba que no me reconocería, y eso sería como si nada de lo de la tesis hubiese ocurrido. No había abandonado nada porque no había ocurrido. *Monsieur* Lemaître alzó sus ojos directos, marrones pero claros, casi amarillos.

—¿Qué hace usted aquí?

Desgraciadamente, sí se acordaba.

—Bueno, estoy trabajando de camarera.

—¿Y la tesis? ¿Tiene tiempo para trabajar en ella?

—La he dejado.

—Y ¿por qué? Eso debería habérmelo comunicado.

—No era lo mío.

—Pero si había empezado usted muy bien.

—Ah, ¿sí?

Joder.

—Sí.

—Pero estaba muy atascada, no sabía cómo avanzar.

—Eso es normal, no es fácil hacer una tesis doctoral.

Silencio.

—¿Qué quiere que le sirva?

—Un café.

Se lo llevé inmediatamente, quería seguir hablando con él.

—Me fue muy mal en el congreso de París —le confesé.

—Y ¿a quién le fue bien? Mire, no sé qué hicimos mis compañeros y yo en el pasado para que todo sea así de aburrido en el presente.

¿Así que no estaban todos de acuerdo? *Monsieur* Lemaître se puso a trabajar. Yo lo observaba mientras secaba los grifos de cerveza. Estaba allí y estaba fuera. Estaba en el mundo de su mente.

Pude ver desde dentro del bar que había empezado a llover. Eran días extraños en los que se intercalaban fuertes golpes de sol con lluvias torrenciales que llegaban sin avisar como bombardeos de guerra. El tiempo nos anunciaba que dentro de poco llegaría de verdad la primavera. De repente, uno de los clientes miró hacia fuera y dijo asombrado:

—Toda la vida preguntándome dónde acabaría y es aquí.

No sabía a qué se refería. Me giré y descubrí un enorme arcoíris que, asombrosamente, terminaba a unos cuantos metros de nosotros.

—Pensaba que era físicamente imposible que terminasen —dijo otro.

—Y ha terminado en un parquin.

Se echaron a reír. Y sí, ahí había acabado el arcoíris, entre unos coches y unos cubos de basura, sin un tesoro ni monedas de oro.

Monsieur Lemaître no se percató del arcoíris, estaba centrado en lo suyo. Al cabo de una hora recogió sus cosas.

—Es una pena —me dijo.

No dejó propina. Se marchaba otra vez de mi vida y con él, de nuevo, se iba algo de mí. La tesis era mi caballo muerto que se llevaba el río.

Y como la vida es así, la felicidad plena se había esfumado. Había durado hasta hacía unos minutos, cuando recordaba cómo había puesto las piernas sobre los muslos de Guillaume mientras nos comíamos el kebab con salsa samurái. De nuevo, la felicidad desaparecía por la maldita tesis.

17

Hacía un par de horas que Alessio había llegado a Le Relax con dos bandejas de platos que había cocinado durante toda la tarde. Pidió unas cuantas botellas de vino. Se emocionó al ver que Hubert y yo habíamos colocado guirnaldas de colores en su honor. Dentro de un par de días se marchaba al *talent show* y queríamos celebrarlo. Mientras lo observaba quitar el papel Albal de las quiches horneadas en su casa, me pregunté cómo sería su vida cuando fuese famoso y conociese a gente verdaderamente interesante, no como los que lo rodeábamos en ese momento, que esperábamos hambrientos a devorar las quiches y sedientos a engullir las botellas de vino.

Se había hecho un tatuaje que le cubría el hombro y parte del brazo. Quería parecer un chico malo para el concurso de la tele. Pero por muchos adornos que se colgase no podía quitarse de los ojos ese reflejo de los flexos de biblioteca que había ido acumulando durante años. El abogado parisino admiraba cada detalle de ese tatuaje en el que se mezclaba la imagen de un dragón con un barco, una brújula y un ojo. Alessio intentaba marcar unos músculos casi inexistentes mientras el abogado parisino le preguntaba excitado por los detalles de su futura participación en el *talent show*.

Desde que había trasladado sus muebles a nuestra casa, el abogado seguía con la costumbre de venir a vernos. Al inicio claramente para vigilar que no estuviéramos utilizando sus cosas (lo que sí estábamos haciendo). Pero un día vino a tomar un café, otro día, un vino, y otro terminó haciéndonos la cena. A veces, incluso, revisaba allí asuntos de su trabajo. Se encontraba tranquilo. Su presencia en nuestro día a día había surgido de manera natural, era una de esas amistades que surgen como una brisa que te despeja

pero que sabes que es frágil y que como ha venido se marchará. De momento, su presencia era agradable y no nos presionaba para que nos fuésemos de la casa. Todavía no había puesto una fecha para la mudanza. Nosotras tendríamos que haber estado buscando otro sitio donde vivir y él empezando a hacer las gestiones para mudarse, pero ninguno lo hacía porque estábamos bien. Éramos felices así, aunque sabíamos que aquella situación tendría que terminar tarde o temprano. Si *madame* Berlane hubiese visto al abogado parisino pasar tanto tiempo con nosotras seguramente se habría llevado una gran decepción, él no podía rebajarse a pasar tiempo con nosotras.

Alessio se había estado preparando para participar en el concurso de la tele como se había preparado toda su vida para los exámenes del colegio y la universidad: cursos de canto intensivo, un nuevo corte de pelo y un ligero bronceado dorado. Parecía más definido, y se le había quedado cara de pose, la que solo sale bien si se ladea ligeramente la mirada y se deja ver el pómulo bueno. El resto de los humanos nos deformamos entre carcajadas, lágrimas y papadas. Volvió a ofrecerme el salón de su casa en el caso de que lo necesitase, la habitación se la había realquilado al fotógrafo de espaldas durante el tiempo que permaneciese en el *talent show*. Había una historia ahí, pero no la quería contar. Seguramente sintiera miedo de hacerse ilusiones que no eran más que fantasías, como la vez anterior.

Cantamos, bailamos y fumamos en Le Relax. El fotógrafo de espaldas permaneció, sin embargo, sentado en una esquina en silencio, aunque alguna vez lo descubrí siguiendo a Alessio con la mirada mientras este daba botes, demostrándole que su presencia ya no le importaba y que era feliz.

Y entonces fue cuando apareció por la puerta Manolito del Fuego. Había conseguido contactar con él a través de Hubert. Vino cargado con la guitarra y un altavoz. No se quitó en ningún momento el sombrero y le caían chorretones de sudor por las sienes. Fue directamente a una esquina del bar, donde habían colocado un pequeño escenario en el que solo cabía una persona. Sigilosamente, y sin interrumpir en ningún momento, fue instalando los cables, el micrófono y el amplificador. Sentó medio culo en un taburete, apoyó una pierna en el reposapiés y sobre el muslo doblado colocó la guitarra. Sonaron los acordes de un tango y

empezó a cantar:

Fumar es un placer
genial, sensual.
Fumando espero
al hombre a quien yo quiero,
tras los cristales
de alegres ventanales.

Su voz era grave y dulce. Por un rato me quedé quieta, inmovilizada. Esa era la canción que solían cantar mis abuelos cuando se tomaban dos copas de vino. Solo conocían esos versos, nada más, y se habían pasado toda la vida cantándolos con mucha intensidad en cuanto estaban algo borrachos. Nunca les dio por aprenderla entera. La canción hablaba de amor y de fumar, dos cosas que les encantaban. Intentaba aferrarme a su recuerdo porque me hacía sentir que pertenecía a algo.

Salí fuera a llamar a mi familia, llevaba mucho tiempo sin dar noticias, pero en ese momento vi aparecer a Guillaume.

—Vaya fiesta tenéis montada.

Miré a través de los cristales y vi a Manolito del Fuego. Había bajado del pequeño escenario y estaba en medio de la gente tocando una rumba. Seguía sudando sin parar por debajo del sombrero negro de fieltro, pero era mucho más ágil de lo que pudiera parecer en un principio. Daba pequeños saltitos y traspiés y movía ligeramente las caderas. Se había aprendido el movimiento del ventilador de Peret y de vez en cuando lo hacía, provocando el entusiasmo de los pocos que estaban en el bar.

—Venía a despedirme. Estaré una semana fuera.

Me agarró por la nuca y me dio un beso. No hice nada. No me dio más explicaciones. Lo vi alejarse y montar en su coche. Cuando entré de nuevo a Le Relax la gente estaba sudando y Manolito del Fuego cantaba a grito pelado:

Ay, quiero estar bajo la luz de tu mirada,
ay, mañana, tarde, noche y madrugada,
eternamente a solas tú y yo…

Los asistentes a la fiesta prometimos que quedaríamos cada miércoles. Nos reuniríamos en Le Relax para ver la gala y votar a

Alessio. Íbamos a ser su club de fanes, de esos que salen con camisetas blancas con la cara de su amigo estampada. Y, después de la fiesta, Alessio se fue y con él la suerte, la alegría, el apoyo.
Desde el día siguiente a la fiesta de despedida de Alessio, Paula se encerró en casa. Pasó días en pijama, prácticamente sin ducharse, preparando la oposición para la plaza de la Universidad de La Rioja. No comía, solo tecleaba en el ordenador, revisaba fuentes, llamaba a gente de departamentos para contrastar informaciones. Tenía el pelo recogido en una coleta cada día más grasa. De vez en cuando le hacía algo de comer y se lo dejaba en la puerta de su cuarto sin llamar, como si estuviese en una mazmorra. Hasta que un día escuché el sonido de la ducha y el murmullo alegre de alguien tatareando. Y después, el secador de pelo. La casa se inundó de olores a cremas. Paula nos convocó al abogado parisino y a mí en el salón. No sabíamos qué quería.

Al cabo de una hora salió vestida de mujer que asiste a un simposio. Se había puesto una chaqueta negra, la camisa blanca planchada y los pantalones de pitillo, y había rematado el conjunto con unas zapatillas que utilizaba para todo. Casi al mismo tiempo que ella salía, llamó a la puerta un motorista que traía tres cajas de *pizza*. Lo tenía todo planeado, nos iba a embaucar para utilizarnos como falsos miembros del jurado de una plaza. Nos puso delante una caja de *pizza* y una cerveza a cada uno. Nos sentó de frente mirando hacia ella, como en la última cena. Pidió silencio. Estaba de pie, muy recta, y se paseó de un lado a otro del salón hablándonos como si fuésemos catedráticos de Economía y Agricultura del Vino. Nosotros asentíamos y nos reíamos ante los ligeros chistes que concienzudamente había preparado y que no tenían mucha gracia. En realidad, me reía yo, porque el abogado parisino estaba feliz con su *pizza* y la cerveza pasando el rato.

Luego me invitó a que le hiciese unas preguntas. Le hice unas muy simples y ella me respondió con respuestas muy complicadas. Habló sobre ajustes entre oferta y demanda, sobre porcentajes y estrategias de la Organización Común del Mercado del Vino, de hectolitros por hectárea. Una realidad amenazante se desprendía entre líneas: no había vino para todos. En realidad, Paula prácticamente no bebía. De todo eso no le interesaban más que los porcentajes, las fórmulas, las fuerzas de la microeconomía en un

mundo global. En eso pensaba cuando estaba ahí encerrada y escribía recta como si tocara el piano, iluminada por la pantalla del ordenador, con sus gafitas y un cuaderno al lado donde apuntaba números y citas mientras yo bajaba al bar. Ese *alien* que salía de ella cuando hablaba se mostraba rotundo, sólido y aplastante, no era ella, sino una realidad externa que ocupaba mucho de su cuerpo. Y era hermoso ver a alguien que invertía tanto tiempo pensando en algo que no fuera ella misma. Y cuando terminó, se sentó con una gran sonrisa. Lo llevaba bien preparado. Se puso algo de cerveza en el vaso pero fue incapaz de comerse la *pizza*, así que nos la zampamos entre el abogado parisino y yo con la paz que te da saber que no tienes que enfrentarte a lo que tu amiga tiene que enfrentarse.

Era todavía de madrugada cuando me despertó el sonido de su maleta arrastrándose por el salón. Luego oí el agua hirviendo del café subiendo por la cafetera y, finalmente, la puerta que se abría. Me levanté de golpe. De la prisa me resbalé con la parte de la cortina que daba con el suelo y casi me caigo. Paula vino corriendo hacia mí y me cogió entre sus brazos. Nos pusimos a reír y nos abrazamos.

—Buen viaje —dije.

—Te llamaré para contarte qué tal ha ido.

Abrió la puerta y, antes de cerrarla, dijo:

—Adiós, preciosa.

Y se marchó. Escuché la maleta dando golpes contra los escalones. Salió a la calle. Miré hacia el apartamento lleno de sillas y de los muebles del abogado parisino. Me tomé lo que quedaba en la cafetera que había preparado Paula. Fui a su cuarto. Ya no quedaba nada. Sobre su cama había un regalo que había envuelto, aunque fuera primavera, con un papel de motivos navideños. Se trataba de una foto de nosotras dos. Nos la habíamos hecho el día en que nos mudamos al piso. Una sujetaba una escobilla del váter en una mano, la otra, una espumadera. Las habíamos comprado aquel mismo día y simbolizaban que tomábamos posesión de ese lugar. La foto no tenía gracia, pero las dos guardábamos un buen recuerdo de ese día. Puse otra cafetera y cuando el café dejó de bullir percibí de nuevo el silencio que sentí en la residencia el primer día que llegué. Qué silenciosas son las mañanas en Francia.

Me metí bajo el nórdico de mi cama de nuevo y llamé a Guillaume. No respondió. Según mis cuentas, ya debía de estar de vuelta en Lille. Ese día libraba de mi trabajo de camarera en Le Relax y, en mis fantasías, había planeado que él y yo nos fuésemos a Dunquerque a pasear un rato al lado del mar, comer unos mejillones con patatas fritas, rozarnos las manos en algún descuido y sentir electricidad. Y decidir coger un tren a donde fuese que nos llevase. Y seguramente acabar en Bélgica, en algún bar de borrachos de Lieja, donde la gente habla tan alto como en España. Y desde ahí continué mentalmente nuestro viaje. Daría igual lo que dejásemos atrás porque estábamos los dos juntos. Viajaríamos días y días. Tendríamos que ir robando en tiendas y bancos. Incluso les robaríamos algunas monedas a las ancianas para continuar nuestro viaje romántico. Todo eso lo había imaginado con tanta fuerza que sentía que ya se lo había propuesto y que, aunque no se lo hubiese propuesto, no podía haber otra cosa en su cabeza que algo así porque estábamos conectados. Así que cuando me mandó un mensaje diciéndome que ese día estaba ocupado y que no podía verme fue como si un castillo se desmoronase derruido por un rayo fulminante. Qué decepción tan grande.

Se había marchado Alessio, se había marchado Paula. En un par de meses seguramente tendría que abandonar el piso, estaba alargando la situación gracias a mi nueva relación de amistad con el abogado parisino. Guillaume no daba señales de vida. Yo ya no hacía la tesis. Todo se había terminado, no había encajado.

«Es solo un día libre», pensé intentando no ponerme demasiado melodramática. Escribí a Hubert informándolo de que iba a ir a trabajar ese día. «Rotundamente no», me respondió. Me había envuelto de nuevo ese sentimiento que me atosigaba cuando llegué a Lille. Tenía que volver a empezar con todo. Escribí a Guillaume en un arrebato: «Vete a la mierda, nunca estás cuando te necesito». Me arreglé, me puse la chaqueta y salí a la calle.

Caminé rápidamente mirando con envidia a todos esos que tenían una vida de verdad. A los que iban amargados, tristes o felices, pero tenían una vida de verdad. Pertenecían todos a un mismo ambiente. Tenían un pasado y un presente. No paraba de tener esa sensación de estar encajándome a la fuerza, con calzador. Era un pie demasiado grande intentando ponerse el zapato de

cristal. Era una de las plebeyas del baile.

Aunque el clima iba volviéndose paulatinamente más agradable que el de hacía unos meses, ese día llovía más de lo que francemeteo.com había prometido, así que me metí en el que había sido mi refugio durante meses: la biblioteca. Ahí estaba el vagabundo que leía periódicos. Cruzamos las miradas y me hizo un gesto como saludándome. También vi al fondo al hombre que recolectaba bibliografías. Y finalmente, tropecé con la mirada de una chica joven y pelirroja, la bibliotecaria, que en cuanto le di los buenos días se levantó de un brinco y me sonrió. Intenté recordar si aún tenía que devolver algún libro:

—Por fin estás aquí.

La miré extrañada.

—Sí, nos preguntábamos si te había pasado algo.

Y se giró hacia dos compañeros que estaban detrás del ordenador, un gordito con una camisa de cuadros y una mujer de pelo gris y gafas. Me sonrieron y asintieron y siguieron trabajando detrás de los ordenadores.

—No me ha pasado nada. Es que he dejado la tesis.

Era curioso que me recordaran unas personas de las que prácticamente no me había percatado.

Los tres me miraron apenados. Les sonreí y me fui un rato a leer en una de las butaquitas cómodas de color verde que solíamos turnarnos el mendigo y yo. Me dediqué a leer un libro de Gaston Bachelard en el que decía que la casa es, más que el paisaje, un espacio del alma. Pensé en mi casa llena de sillas y muebles envueltos en plástico que no me pertenecían. Permanecí allí un buen rato, hasta que empezaron a recoger los libros para insinuarnos que la biblioteca iba a cerrar. Y me di cuenta de que justo en los momentos en los que buscaba un rumbo para mi tesis, en los que sentía que no pertenecía a nada, sí estaba formando parte de algo. Por primera vez en toda esa aventura regresé a casa con la sensación de haber estado donde tenía que estar, independientemente de Guillaume, Paula, Alessio o del trabajo que hiciese. Me acerqué a comprarme un kebab y me lo fui comiendo por la calle. Y al regresar a casa lo vi allí, en la calle, sentado en el escalón que separaba la puerta del portal con la mochila al lado, tatuajes en los brazos y en las manos, pendientes de aro en las

orejas. Era Felipe.

18

Así, sin más, la peor de mis torturas estaba en el salón de mi casa. Felipe se había sentado en una de las múltiples sillas con la pierna, larga y delgada, apoyada sobre la rodilla. Se me hacía insoportable mirar su nariz aguileña y sus ojos negros y violentos, la tez morena, el pelo castaño claro revuelto como si acabara de pelearse con alguien. Era como Dylan de *Sensación de vivir* en versión mediterránea. Se me hacía insoportable pensar que era la misma persona que me había pedido que pagáramos a medias las cervezas el día que me dejó y luego se fue dando brinquitos por la plaza de Cascorro. Él era la prueba de que el mundo era malo. Movía con calma el pie haciendo círculos. Me molestaba que hubiese hecho esa entrada triunfal en mi vida y estuviese tan tranquilo. Calenté el agua para hacer una tisana mientras pensaba lo que quería preguntarle. Eran tantas cosas que tenía que seleccionarlas para no parecer del

MI

5. Quería preguntarle por qué me había echado de su vida. Por qué me había hecho sentir terriblemente sola. Quería preguntarle por qué me había resultado imposible comer durante días después de que me abandonara. Por qué me había quitado toda la ingenuidad de golpe y había conseguido que viera el lado más cruel y práctico de la humanidad. Por qué cuando lo estaba olvidando volvía a aparecer.

—¿Prefieres té o manzanilla? —pregunté.

—Preferiría una cerveza.

—No hay.

Sí que había. Siempre había cerveza en mi nevera.

Le puse una bolsita de té de una caja muy barata.

—¿Qué haces aquí? —me atreví a decir al final mientras le

entregaba la taza de té.

—Tú me escribiste. Y además en francés. Decías que estabas mal —entonó con una voz tan grave y profunda que habría servido para doblar a Clint Eastwood.

Mierda, otra vez me equivoqué. El mensaje era para Guillaume, no para Felipe.

—Eso es algo que he hecho muchas veces y nunca me hiciste ni puto caso. ¿Por qué ahora?

—No sé.

Y nos quedamos los dos en silencio un rato. No me miraba, estaba sumido en sus pensamientos. Se escuchaba la cucharilla dando vueltas en la taza.

Lo malo de cuando ves en el extranjero a alguien con quien no te llevabas muy bien es que esa persona se convierte inesperadamente en un viejo amigo, un testigo de tu vida y tu pasado. Felipe, de pronto, era un confidente, la primera persona de mi vida anterior a la que veía desde que me había marchado. No tenía que hacer una puesta en escena ante él ni realizar alguna extravagancia en cinco minutos que diese una idea de lo que yo era. Lo despreciase o no, podía relajarme en ese sentido. Había buscado un lugar donde vivir, había conocido gente y había aprendido a expresarme en otro idioma, pero tenía una gran nostalgia de lo que había dejado atrás. Y, sin embargo, lo había ido olvidando todo.

—El otro día me crucé con tu abuelo —dijo—. Está muy orgulloso de ti, me dijo que eras la primera persona de la familia que vive en el extranjero.

Eso era un golpe bajo. Que él hubiese visto a mi abuelo y yo no era como una profanación.

—¿Cómo estaba?

—Estaba bien, feliz, aunque me dijo que ya no veía muy bien. Es un hombre muy gracioso, de las personas más graciosas que he conocido.

Sí, era cierto, mi abuelo era gracioso, aunque en realidad tenía muy mala leche, pero cuando transmitía esa mala leche era gracioso. Todo el mundo quería agradarle. Aunque se mostrase desagradable, había algo en su voz, en sus ojos claros, en su cuerpo delgado y en su bigote que resultaba atractivo para los demás. Pero se estaba quedando ciego. Y aunque era comunista convencido, le

gustaba el dinero y lo último que había hecho era comprarse un Mercedes gris brillante con sus ahorros, un Mercedes que ya no podía conducir y que me decía que cada vez que lo veía era como un destello plateado. Pocas palabras declaraba al mundo tan hermosas como las que tenía para describir su Mercedes. En los últimos tiempos, antes de marcharme, estaba muy preocupado por la bolsa. La tienda de bragas iba en declive, por el Primark, pero sobre todo por la muerte de mi abuela hacía tres años. Desde entonces había invertido en acciones y todas las mañanas hablaba con gente por teléfono para que vendiesen o comprasen. Era como un bróker neoyorquino con camisa de rayas de hombre mayor español. La última tarde antes de marcharme fui a visitarlo y me dijo, poniéndome un periódico delante de los ojos:

—Maribel, bonita, léeme cómo está el IBEX 35.

Y así estuve un rato, leyéndole las subidas y bajadas de las acciones, hasta que se puso el sol mientras él resoplaba indignado por la situación política. Desde luego, sacar a mi abuelo a relucir había sido un golpe bajo. Me había desmontado por completo y había logrado que mi vida antes de marcharme pareciese lo único real. Quizá no hubiese estado tan sola en Madrid como había pensado.

—Lo he echado de menos —me dijo.

Tenía una mirada directa. Como si me desafiase en un duelo.

—Yo también, mucho.

Había algo inmoral en todo aquello. Felipe había conseguido situarse al lado de mi abuelo en la esfera del cariño. Sin embargo, a mi abuelo lo quería y a Felipe lo odiaba.

Me levanté y fui al frigorífico para coger unas cervezas.

—Me acabo de acordar de que sí tenía —le dije sirviéndole una bien fresquita en un vaso.

Él se repanchingó todavía más. Y estuvimos bebiendo y recordando cosas del pasado, solo las buenas, como cuando nos fuimos a la feria de un pueblo cerca de Guadalajara y tuve tan buena puntería que gané tres muñecas chochonas gigantes que ocupaban toda la parte de atrás del coche. No sabíamos dónde las íbamos a colocar en el estudio en el que vivíamos. El mismo del que tuve que irme de un día para otro. Tuve que volver a mudarme con mi abuelo. Lo viví como una derrota en todos los sentidos.

Felipe se levantó y dando dos pasos se sentó a mi lado y empezó a acariciarme la nuca como cuando nos besamos por primera vez. Todos los recuerdos bellos que había intentado reprimir en los últimos tiempos estallaron de golpe. Cuando una vez me trajo un ramo de flores salvajes que había cortado en el campo, cuando nos colamos en una habitación de un hotel de cinco estrellas para hacer el amor, cuando me angustiaba por las noches por el futuro, por el mundo, por todo y nada y él me abrazaba para que me tranquilizara. Juntamos nuestras frentes, nos miramos.

—Vuelve a casa, vuelve conmigo —dijo acariciándome el pelo.

—No, no puedo hacer eso —respondí.

Y nos besamos. Esos labios eran mi hogar.

19

Un wasap me despertó. Aquel día Paula se examinaba frente a un grupo de académicos para conseguir su plaza soñada de profesora universitaria en España. Era la batalla final, su batalla de Amiens. No desayuné con Felipe, no quería llegar tarde al trabajo otra vez. Además, se iba a quedar unos días en mi casa, tenía la determinación de convencerme para que volviese y no parecía tener prisa, estaba en el paro o, como él decía, entre dos proyectos.

Hubert y yo abrimos Le Relax en silencio mientras escuchábamos, según nuestro ritual, las noticias en la radio. Una especie de *ballet* que hacíamos cada mañana. Yo también me encontraba entre dos proyectos o, más bien, entre dos mundos: el de Felipe y el presente de mi día a día en mi nueva ciudad y mi nueva vida. No quería elegir entre ninguno de los dos. Quería que las cosas continuasen así para siempre.

Mientras ordenaba el bar descubrí en una esquina el micrófono y el sombrero de Manolito del Fuego. No había venido a buscarlos desde la fiesta de Alessio, hacía varias semanas. Hubert lo llamó, pero el contestador saltaba rápidamente. Entonces buscó una de las antiguas tarjetas de Manolito del Fuego. Localizó una dirección, cogió el sombrero y el micrófono y fue para allá.

Hubert llegó a la casa al mismo tiempo que la policía, alertada porque había un perro que hacía días que no dejaba de ladrar, aullar y gemir. Manolito del Fuego estaba tumbado en mitad del salón, los pelos largos, grises y estropajosos le enmarcaban la cabeza como una corona. Su perro estaba tumbado a su lado y lo miraba atentamente. El ataque al corazón debió de darle justo cuando regresó de la fiesta de despedida de Alessio porque llevaba la misma ropa y la camisa todavía tenía un lamparón de vino de una de las veces que brindamos demasiado fuerte al desearle todo lo mejor a Alessio. Por lo menos su última noche había sido una

fiesta en la que consiguió hacernos creer que no había más mundo que el de las guitarras y la diversión.

A Hubert lo sorprendió descubrir que Manolito del Fuego vivía en un piso muy lujoso de altas paredes y maderas relucientes, con un minibar que era una bola del mundo sepia que se abría por la mitad. No había podido evitar decepcionarse al descubrir que Manolito del Fuego era rico. Cuando lo conoció le dio la sensación de haber encontrado una especie de alma gemela del otro lado de la frontera y, sin embargo, no era quien él imaginaba. Los días posteriores al descubrimiento del cadáver de Manolito la policía buscó a sus familiares. No consiguió encontrar a nadie en los registros. En su casa no encontramos ninguna foto, ningún libro de familia, nada, ni siquiera en el teléfono móvil. Lo que sí descubrieron era que Manolito era dueño de varios pisos en el Vieux Lille y amasaba bastante dinero en sus cuentas. Quisimos hacerle entender a la policía que nosotros éramos un poco como su familia. También lo intentamos con el notario y, finalmente, con los del banco, pero no coló. Ni siquiera nos dejaron dispersar sus cenizas en ningún lugar. El Estado francés se quedó con sus riquezas y nosotros con un palmo de narices.

Revisamos las fotos de la fiesta de Alessio para guardar algún recuerdo de él, pero todo eran selfis entre nosotros, no teníamos fotos de Manolito, solo alguna en la que se lo veía borroso al fondo. El único recuerdo claro que conservábamos era su tarjeta de visita, así que Hubert la pegó en una cartulina negra y la enmarcó con un marco dorado muy barroco que colgó encima de la caja registradora. Eso era lo que permanecía de la memoria de Manolito del Fuego.

Y me di cuenta de que, de todas las personas que conocía, la que tenía más posibilidades de evaporarse entre en el espacio y el tiempo como había hecho Manolito del Fuego era yo. Me lo había advertido él mismo: «Nunca llegarás a adaptarte del todo». Quizá que hubiese regresado Felipe era una señal. Tenía que volver a mi origen. Sí, era verdad, Felipe se había marchado, pero ahora había vuelto. Él lograba que yo no desapareciese como Manolito del Fuego. Por eso le confesé a Hubert que mi amor del pasado había venido a rescatarme. Tendría que ir buscando otra camarera. Hubert no replicó, solo asintió con la cabeza. Al cabo de un rato lo

vi agachado, luchando con la goma que había que conectar del grifo de cerveza al tonel de metal. Nunca había tenido problemas para engancharlo.

—Así que te vas. ¿Y la tesis?

—Bueno, ya te dije que la dejaba.

—Es el típico bache. Todos lo hemos sufrido.

Finalmente consiguió enganchar la goma apretando con mucha fuerza.

Se incorporó y se quedó parado, algo inusual en él, y sin decir nada, algo incluso más extraño. Me miró como si mirase a una candidata del Front National.

—Y, de todas formas, ¿de qué sirve pasarme años estudiando la heurística de la paradoja del capitalismo artístico y la Torre Eiffel? A nadie le importa una mierda. ¿De qué sirve pasar tanto tiempo de soledad y sufrimientos para hacer algo que no le interesa a nadie? Me siento ridícula cuando le digo a la gente lo que hago —me excusé.

Hubert movía negativamente la cabeza de un lado a otro. Se colocó las manos en las mejillas y empezó a darse golpecitos como si quisiera despertarse de una pesadilla.

—¿Tú crees que le importaba una mierda a Gilles Deleuze lo que pensaran sus amigos cuando estudiaba la lógica de la sensación en Francis Bacon? ¿Qué sentido tenía que Walter Benjamin estudiara el concepto de la crítica de arte en el Romanticismo alemán? ¿O que Bajtín pasara años estudiando la cultura popular en la obra de Rabelais?

En un momento Hubert había sacado a relucir algunos de sus *rock stars* del pensamiento. Tenía hasta sus retratos colgados en las paredes de su casa. El primero se había suicidado tirándose por la ventana. Al segundo, unos historiadores decían que le habían metido un tiro en plena guerra cuando intentaba huir con sus textos guardados en una maletilla, otros decían que había muerto por sobredosis de morfina. Al tercero lo desterraron a Kazajistán, donde pudo trabajar de contable en un pueblo y en su tiempo libre escribir muchos ensayos importantes. Años más tarde le amputaron una pierna, lo que lo ayudó a ser todavía más prolífico.

Para Hubert, hacer una tesis en Letras tenía algo de antisistema, de hacer todo lo contrario a lo que la sociedad te pedía. Que yo la

dejase lo convertía cada vez más en un náufrago solitario.

—No siento que sea como esa gente. Esos que trabajan en los departamentos universitarios y asisten a congresos —confesé—. No es que no pueda, es que no soy como ellos.

—Nadie es tan tonto como para no poder entrar en la universidad. Ni tan listo como para no poder quedarse fuera —dijo.

Silencio. Hubert me miraba con el mismo tedio con el que mira el viejo técnico de sonido de una sala de conciertos a un grupo de jóvenes traperos.

—Tienes la oportunidad de que te dirija *monsieur* Lemaître, no la desaproveches.

No volvimos a hablar durante el resto de la jornada. Era un silencio tenso. Los clientes se tomaban un café y se marchaban corriendo. Por eso cuando un coche muy viejo paró enfrente de Le Relax, el sonido del motor retumbó armando un gran estruendo. Se trataba de Guillaume en un Renault 4, que era como la versión de mi bici en coche. Estaba abollado y descolorido, pero por dentro conservaba la maquinaria en perfecto estado. Ya había llegado la hora de marcharme y no me había dado cuenta, me había ido dejando llevar todo el día como una hoja en el agua, sirviendo bebidas mecánicamente mientras Hubert seguía mis movimientos observándome de reojo.

Coloqué todo rápidamente antes de salir y se me rompieron un par de vasos. Hubert se dio por vencido y me hizo un gesto para que me marchase, ya lo recogía él.

Salí del bar revolviéndome el pelo para marcar la diferencia entre esa mujer de detrás de la barra y la que sale al mundo a vivir. Guillaume me contemplaba con una sonrisa en la cara. Tenía el volante agarrado con una mano y se echaba el pelo para atrás con la otra, le había dado el sol en la cara. Sus ojos eran limpios, nítidos y reales y me estremecía mirárselos.

—¿Tienes tiempo para dar una vuelta? Tengo una sorpresa para ti —me dijo.

Dudé. Esa situación me descolocaba.

—El otro día cuando dimos el paseo en bici me dijiste que querías conocer más cosas sobre mí, así que he pensado que podríamos dar una vuelta y te enseño algo. —Abrió la puerta del copiloto para que montase. Me miró a los ojos, me cogió la cara con

las dos manos y me besó—. Perdóname por no haber dado señales de vida el otro día. Te debo una explicación.

—No hace falta que me expliques nada.

—Sí, sí hace falta.

Guillaume tatareaba con la música mientras conducía. Llevaba puesta

FIP

Radio y se escuchaba una canción de Charles Aznavour. Salimos de la ciudad.

—¿Adónde vamos? ¿Al mar?

Cualquier persona que ha vivido en Madrid toda su vida quiere siempre ver el mar. Y el mar de Dunquerque no estaba lejos de Lille, más o menos a media hora en tren. Es un mar que no huele a sal. Es inamovible, plano y blanco. Cuando hay niebla es incluso más blanco. No se trata del color azul y blanco de un pueblo griego, sino del blanco de una camiseta que has lavado muchas veces en la lavandería sin cuidado. A lo largo de la playa hay búnkeres de la Segunda Guerra Mundial donde hace décadas esperaron escondidos y en tensión unos soldados que vieron este mismo paisaje y también se preguntaron cómo podía no ser bello un horizonte donde el cielo y el mar se unen. Ese lugar me encantaba.

—Es una sorpresa —me respondió.

Había pasado el día con un gran peso y se había eliminado en ese mundo nuevo, con ese hombre nuevo. Al cabo de una hora fuimos adentrándonos en lugares más campestres. Los caminos por los que circulábamos eran estrechos y en los bordes había matorrales con moras y unos niños las recogían con las manos y se las comían, tenían los mofletes llenos de manchas azules.

Guillaume paró junto a un lago con cisnes y un sauce llorón que mojaba tímidamente sus hojas en las aguas. Había barcas de madera con flores amarradas a la orilla. También se veía un molino de madera con hiedra subiendo por el ladrillo antiguo de las paredes. Me cogió de la mano. Nos sentamos en una de las barcas. Guillaume había preparado un pícnic.

—Aquí pasé la infancia hasta que a mi padre lo trasladaron a Lille. Es inspector de la Éducation Nationale —me dijo.

Saqué una foto con la intención de retratar unas delicadas luces doradas, colocadas en la fachada de una casa oscura de hace siglos,

que se reflejaban en un suelo en el que habían caído pétalos de flores. Todo salió movido, no me quedaba otra alternativa que confiar en mi memoria para recordar ese paisaje. Me pregunté si podría haberme adaptado a vivir en un sitio tan bonito como ese, si habría llegado a comprender a sus habitantes. Siempre he tenido curiosidad por lo que siente esa gente que ha crecido en un sitio hermoso. Gente que aprendió a caminar en un lugar donde cinco montañas verdes se deslizan hacia la casa de uno, donde la mirada a través de la ventana de marcos de madera llega a bosques desconocidos por los que los humanos todavía no han caminado, o esas personas que sienten el olor del mar desde la infancia. La vida tiene más sentido cuando te rodea la belleza, cuando aprendes que no hay que darle demasiada importancia a las cosas porque esa hermosura le otorga sentido a todo. En mis días de biblioteca había leído que según Schiller la belleza era una necesidad trascendental para un sujeto completo y libre. Él abogaba por una sociedad que culminara en un estado estético. ¿Se necesita la belleza para ser feliz? En mi caso, la belleza me causaba terror. Envidia. Rencor. La belleza no era lo mío. Ese sitio no era lo mío. Schiller me habría dicho que todo eso era fruto de mi cerrazón mental, que a través de lo estético me abriría a otras comunidades, a otras formas de sentir… A mí me parecía una forma de justificar que te has dejado una pasta en un juego de café de cerámica de Limoges. Prefería el desgarro de lo feo. Alrededor de la urbanización donde yo crecí solo había descampados. El clima era seco, los inviernos eran muy fríos y los veranos, calurosos. Había bloques de edificios y coches supuestamente utilizados por gente, pero siempre daba la sensación de que el vecindario estaba vacío. Todo estaba aún a medio construir. Algunas casas estaban en venta, otras eran aún edificios piloto. Viví la infancia en pleno *boom* inmobiliario. Había mucho yeso en esa zona y una fábrica de yeso y la arena se mezclaba con piedras de yeso que brillan como el cristal pero que se deshacían fácilmente y los niños escribíamos con ellas nuestros nombres en el suelo o pintábamos pollas. Yo también las pintaba porque los niños de mi bloque las pintaban y se reían, aunque no sabía muy bien lo que ese dibujo significaba. Luego volvía a casa llena del polvo de los descampados y el yeso. Me encantaban esos descampados. Cualquier cosa que estuviera dentro de las cuatro paredes de mi

casa era perder el tiempo. Cuanto más lejos de mis padres, mejor. En la preadolescencia, lo más bajo se conformaba en mi mente como un paraíso. Tumbada en la cama de mi cuarto, me imaginaba lo que ocurría en esos descampados —y ocurrían muchas cosas—. Pensaba en toda esa vida al otro lado de las ventanas, en las historias oscuras, en vestir botas de plataforma, pintarme los ojos y alternar con chicos en moto. Y así, tumbada en la cama, mirando al techo mientras imaginaba ese paraíso de los descampados, finalmente me dormía. Me pregunté qué habría ocurrido si hubiese vivido mi infancia junto a cisnes y frambuesas. Y eso me alejaba profundamente de Guillaume. Nos bebimos el vino, nos reímos. Era curioso ver que un chico tan austero hubiese vivido en un lugar tan barrocamente bucólico.

—Perdona que haya estado ausente esta semana. He decidido dedicar menos horas a la tesis doctoral y pasar a la acción. He estado haciendo trabajo de campo con algunos refugiados. Tengo que saber bien de lo que hablo antes de ponerme a escribir.

Eso me molestó, sus ausencias me ayudaban a justificar que yo me hubiese liado con Felipe, habría preferido que se hubieran debido a otro motivo más vulgar.

Lo abracé, le toqué el pelo, nos besamos. Quería sentir por un momento en qué habría consistido mi otra vida, la vida en la que Guillaume y yo habríamos envasado mermeladas y habríamos tenido una cocina de madera y una mesa con un mantel de cuadros Vichy.

—Y normalmente voy lento en las relaciones. Quiero conocer a la persona antes de comprometerme —confesó—. Pero tú me gustas muchísimo y no voy a esperar más para conocerte si eso es lo que quieres —me dijo—. ¿Te apetece que continuemos el viaje? Llamas a Hubert, le pides unos días y vamos dando vueltas por donde queramos.

Sí, ese era mi sueño. Había sido mi sueño hasta hacía dos días. Saqué unas cuantas fotos más con el móvil mientras reflexionaba sobre el plan que me había propuesto Guillaume. Luego vi un mensaje de Felipe: «¿Dónde estás? He preparado algo para que cenemos juntos».

—No voy a poder. —Unas libélulas se acercaron a nosotros y resplandecieron dando vueltas a nuestro alrededor—. De hecho,

bueno, he vuelto con mi exnovio.

A Guillaume no le gustó esa información.

—Y ¿por qué has venido conmigo entonces? ¿Por qué me has besado?

—No lo sé —confesé.

Guillaume no insistió más y empezó a recoger en silencio.

—Ok, si es así, es así.

Y regresamos en el coche sin decir una palabra. Le toqué la pierna como sintiendo que así le explicaba todo. Era una cobarde. Y él no me quitó la mano, pero ya no sentí nada de esa electricidad de la noche que pasamos juntos cuando todavía era inocente, antes de que la mancha oscura cayera sobre mí.

—Déjame unos días, para que me aclare un poco —le dije junto al portal de mi casa.

Él asintió. Nos besamos en la mejilla, pero fue un beso muy tibio, habría sido más apasionado besar un filete de pollo del frigorífico.

Cuando abrí la puerta de mi apartamento, Felipe estaba tumbado en una *chaise longue* del abogado parisino que había estado recubierta de plásticos todo el tiempo. Felipe había arrancado los plásticos y los había dejado por el suelo. Me lo encontré viendo una serie con el ordenador sobre la tripa. La lámpara antigua que apenas me había atrevido a encender lo iluminaba. Había hecho la cena. Un plato y una copa relucientes me esperaban a mi llegada. Su copa había estado llena de vino y su plato tenía restos de comida.

—Perdona —dije—, he tenido que quedarme hasta tarde en el trabajo.

No entiendo por qué mentí, por qué no le dije que me había ido con Guillaume. Felipe no podía pretender que detuviese mi vida porque había llegado él. Era normal que hubiese tenido otros romances. Que viniese Felipe a buscarme había sido el final de película de Jennifer Aniston que había deseado, pero había llegado en mal momento. ¿Hay mal momento para un final de comedia romántica de Jennifer Aniston?

—No pasa nada. —Me miró con unas enormes ojeras de haber estado viendo series todo el día—. Por cierto, ha venido un tipo esta tarde.

—¿Quién?

No podía ser Guillaume, acababa de estar con él.

—Un chaval con pinta de empollón. No entendía qué me decía. Quería entrar en la casa. Ha mirado dentro y se ha enervado. Hablaba muy rápido. Es que, joder, no se entiende nada del francés. Le he dicho que se fuese. Pero no se iba, y al final lo he tenido que empujar y mandarlo a la calle. Se ha puesto como un loco. Ha intentado darme un puñetazo, el pobre. He tenido que defenderme, le he pegado y se ha marchado con la nariz sangrando.

—¿Tenía el pelo peinado con la raya en medio? ¿Muy flaco? —pregunté temerosa.

—Sí, justo. Era así.

Estaba claro, había sido el abogado parisino, que había visto cómo un hombre desconocido y en pijama que apestaba a marihuana disfrutaba de muebles que evidentemente tenían un valor simbólico. Probablemente los últimos muebles de una familia burguesa en decadencia.

—Ay, Dios mío.

Me asomé a la ventana presagiando que lo peor estaba por venir. Y allí la vi. Era *madame* Berlane llegando con su coche descapotable abollado. Se bajó. Junto a ella, el abogado parisino. Llamó varias veces a mi teléfono. No respondí. Miró hacia un lado y otro de la calle. La coleta se le quedó tambaleando un rato en el aire. Rápidamente sacó una llave del bolso y la introdujo en la cerradura. Entró en el portal. *Madame* Berlane subió enfurecida por las escaleras. Abrí la puerta. Pasó dentro de la casa sin preguntar. Miró alrededor: Felipe, tumbado y en pijama, con pinta de haber estado en posición horizontal desde la mañana; los plásticos que habían envuelto los muebles, desgarrados y tirados por el suelo; los restos de los platos sucios de la comida sobre una silla. Detrás de *madame* Berlane esperaba el abogado parisino con tiritas en la nariz. Tenía las manos apretadas sobre el estómago.

—Has abusado de nuestra confianza.

—Puedo explicarlo, de verdad. Siento lo que ha pasado.

Pero no me dejaron hablar.

—Tu amigo ha agredido a uno de mis mejores clientes.

Ante eso no podía responder nada: era verdad, Felipe le había pegado.

—Tienes de plazo hasta el final de la semana para irte. Te hemos dado suficiente tiempo para buscar piso —afirmó tajante mientras me daba la espalda.

No pude responder. *Madame* Berlane y el abogado parisino se marcharon.

En un momento había perdido lo que tanto me había costado conseguir. Se había derrumbado mi reino. Cuando me giré, Felipe seguía tumbado. Había vuelto algo la cabeza hacia nosotros, pero el ordenador portátil todavía reposaba sobre su barriga. No se había dado cuenta de lo que había pasado, y tampoco podía entender lo que significaba para mí, era solo un piso.

Felipe se disculpó, no tenía ni idea de nuestra relación con el abogado, solo había visto a un hombre extraño que quería entrar por la puerta y lo había impedido.

—¿Y qué más da? Si vas a regresar a Madrid igualmente. Para trabajar de camarera, también lo puedes hacer en Madrid —me dijo cuando se lo expliqué.

A veces está bien escuchar la realidad de golpe. En todo su ridículo esplendor.

No podía dejar tirado a Hubert, así que, aunque tuviese que marcharme antes del piso, me aguantaría y trabajaría hasta final de mes. El fotógrafo de espaldas me ofreció alojarme en el salón del piso de Alessio, ya conocía cómo funcionaba todo allí. Los días siguientes, Felipe me ayudó a recoger, a tirar las cosas que ya no me hacían falta, a meter todo lo que tenía en una maleta de vuelta a España. Devolvimos a Le Relax las sillas que Hubert nos había prestado.

Limpié todo dentro de la casa. Ya no quedaba nada aparte de los muebles del abogado parisino, rodeados de bolas de polvo, y una escoba apoyada en la pared. Al final ese salón que habíamos ido llenando de cosas parecía la espina de un pescado al que le faltaba la carne.

Di una última vuelta por el apartamento una vez vacío. Recordé las fiestas, recordé a Alessio cantando triste en una esquina, recordé a Paula cocinándose algún plato muy rápidamente para ponerse de nuevo a trabajar. Abrí el armario de la habitación de Paula, en una de las baldas de arriba había una caja de zapatos. Pensé que sería algo que había olvidado. Pegué un salto y conseguí acercarla. Pegué

otro salto y la tiré al suelo. La caja de zapatos estaba llena de fotos reveladas, que se desparramaron. En ellas aparecían unos jóvenes de nuestra edad, otros jóvenes tardíos. Eran fotos de hacía por lo menos quince o veinte años, la tapa de la caja de cartón había acumulado polvo todo ese tiempo. En las fotos aparecían otros chicos, pero parecíamos nosotros: las mismas caras, la misma preocupación y ansiedad por un futuro al que no quieres llegar; las mismas sonrisas y los mismos abrazos. Y entre ellas, la foto de una pareja, una chica rubia y lánguida que sonreía con los ojos entornados mientras un chico la besaba en la mejilla. Estaba enamorada. La escudriñé con atención, esa cara me sonaba. Claro, era *madame* Berlane. Debía de tener unos diecinueve años. Por eso protegía tanto esa casa. También debió de amar y sufrir allí. Cogí la foto y me la guardé en el bolsillo, sería un buen recuerdo. Metí el resto en la caja y la devolví al armario.

Dejé las llaves sobre la cocina y cerré la puerta de un golpe. Ya no podría abrirla nunca más. Felipe me cogió de la mano, en muy pocas ocasiones me había cogido de la mano.

—Siento mucho lo que pasó entre nosotros —me dijo—. Cometí un grave error.

Lo miré, me sonrió. Había venido a sacarme de todo ese sinsentido en el que me había metido. Era lo único real, todo lo demás era un cuento en el que me había empeñado.

Regresé a Le Relax con la intención de ordenar las sillas porque las habíamos dejado en medio del bar de cualquier manera. Felipe se marchó a dar una vuelta por el barrio. Al entrar por la puerta descubrí a Guillaume tomándose un café.

—Hola.

—Hola.

El ambiente era tenso y no me atrevía a enfrentarme a la situación. Empecé a guardar las sillas en el trastero.

—Me gustaría que hablásemos —me dijo.

Seguí llevando las sillas al cuarto sin responder, intentaba ganar tiempo para elaborar una explicación. No la tenía. Me movía el miedo a perderme en el espacio y el tiempo como Manolito del Fuego.

—Si te molesta que esté aquí, me marcho.

—No, no —respondí.

Apilaba las sillas rápidamente, sin poner mucha atención, y terminaron abalanzándose sobre mí. Guillaume corrió a ayudarme. Una silla con un clavo saliente lo hirió en la mano.

—Lo siento mucho —le dije.

Guillaume no dijo nada y me acompañó detrás de la barra, donde Hubert guardaba el botiquín.

—Espero que estés vacunado de la antitetánica —le dije mientras le limpiaba la herida.

—Me ha dicho Hubert que te marchas a España —soltó de sopetón—. ¿Estás segura de querer irte?

En ese momento entró Felipe por la puerta. Me dio un beso y saludó alegremente a Guillaume. Este se puso la chaqueta y pagó el café.

—Se te echará de menos —me dijo Guillaume con cara inexpresiva.

Recogí las sillas y las coloqué una por una. Mientras lo hacía recibí un wasap. Era Paula: «Ya está, lo he conseguido. ¡Tengo mi plaza! ¡Tenemos que celebrarlo!».

20

Para celebrar que Paula había conseguido finalmente la plaza en la universidad, decidí reunirme con ella en Marsella y pasar allí un par de días de vacaciones antes de despedirnos y seguir cada una su camino. Yo tenía que despejarme de lo ocurrido con Guillaume y Felipe.

—Qué pesada con tus historias de amor, ¡vamos a hacer algo divertido! —me dijo cuando la llamé para felicitarla por la plaza y decidimos hacer ese viaje.

Felipe me esperaría en Lille y luego me ayudaría a llevar las maletas en mi vuelta a España.

Tardé seis horas y media en atravesar Francia gracias a los TGV. Hacía siglos que no veía las montañas, los matorrales, la luz aplastante del sol sobre la tierra seca moteada con algunas flores. El paisaje de Marsella era lo opuesto al de Lille. Se parecía a los paisajes que había visto a lo largo de mi vida, al escenario de mi vida antes de marcharme de España, y eso me emocionó y me aburrió al mismo tiempo. Ya empezaba a pertenecer a las tinieblas, al mundo de los cielos encapotados. La última parte del trayecto me entretuve escuchando la conversación de un par de jóvenes que se habían colado en el tren e intentaban librarse de la multa de los revisores. Hablaban francés, pero era un francés diferente al que había aprendido en el norte. Había otros sonidos, una música ligeramente diferente. Me costaba entender algunas palabras. Me entró terror de tener que aprender nuevas palabras y una duda latente se creó: ¿y si durante todo ese tiempo había estado aprendiendo solo el dialecto del norte, el *ch'ti*?

Paula había llegado hacía una hora. Al salir de la estación de Marseille Saint Charles, recalé en una explanada donde el sol me pegaba en la cara, así que me tapé con los brazos para protegerme del reflejo hasta que vi la figura de mi amiga, al pie de las numerosas escaleras blancas que conectan la estación con la ciudad. A ambos lados de las escaleras había algunas palmeras; en el centro, unas lámparas de un ligero color menta. Estas, a su vez, con cuatro lamparitas cada una que parecían, más que lámparas, pendientes de una princesa rusa, delicados, con circunferencias de encaje, con un alto relieve de peces enfadados a sus pies. Paula llevaba el pelo suelto y brillante como el charol y agarraba una botella de champán en la mano. Bajé corriendo, y la maleta de ruedas fue dando golpes en cada escalón. Ella apoyó su enorme mochila en el suelo y corrió hacia mí con los mofletes enrojecidos de la emoción. Nos dimos un abrazo fuerte.

—¡Es mía, la plaza es mía!

Descorchó la botella de champán, que estaba fría, y el sonido retumbó tanto que un señor mayor que iba con bastón se tropezó y casi se cae de bruces por nuestra culpa. Nos insultó: *Cagoles!*, pero no entendimos qué había dicho. Se sabía por el tono de voz y la mirada que no era bueno, pero fue un alivio no haberlo entendido. Debía de ser un insulto del sur. Dimos saltos y la espuma del champán salió despedida a borbotones. Nos fuimos pasando la botella para que no se nos escapase mientras caminábamos a toda velocidad de la emoción sin saber muy bien adónde íbamos.

Nos alojaríamos en casa de una amiga de Hubert que justo se iba a ausentar esos días y nos dejaba su habitación por un precio módico. Hubert quería que recapacitase y había insistido en que saliese unos días de Lille. Me iría bien ver otras cosas y a otra gente. Tenía que despejarme.

Llegamos a la casa, que era enorme, preciosa, con palabras pintadas por las paredes. Del techo colgaban trajes de bailarina y conchas marinas, y el sol de Marsella iluminaba las telas del salón, unas telas traslúcidas que reposaban como en el fondo del mar. A la amiga de Hubert no la conocimos, nos entregó las llaves un compañero de piso rubio de pelo muy corto. Allí vivían otras tres personas, pero daba la sensación de que más gente pululaba por los pasillos y las habitaciones. Silenciosos como ninjas. Todos eran

rubios de pelo corto y vestían con pantalones de tela fina donde bamboleaban sus pililas. Eran trapecistas. Estudiaban en la misma escuela de circo. Paula me miró con sorpresa. Luego, mientras deshacíamos los equipajes, me confesó que no sabía que hubiese escuelas donde se pudiese «estudiar circo».

Ese día, por la noche, después de haber dado una vuelta por el puerto y haber subido y bajado muchas cuestas de Marsella, volvimos a la casa, y los trapecistas nos invitaron a tomar un vino. En el salón tenían una mesa muy baja y había que estar sentado en el suelo. Delante de mí se sentó uno de ellos. Se acurrucó muy a gusto, con una pierna por debajo de otra que tenía doblada, y sobre esta se apoyaba él, que hablaba en voz bajita mientras se acariciaba con la punta de los dedos el muslo sin parar. Ponía morritos entre palabra y palabra y, de vez en cuando, dejaba volar la mirada hacia alguna esquina del cuarto mientras se mecía lentamente. Parecía que estaban acostumbrados a albergar a gente en la casa porque no los incomodaba tener a dos extrañas ahí sentadas. No eran como esa gente que nunca ha invitado a nadie a su guarida y cuando lo hace la pulen y lo limpian todo y se preparan como si fuese un examen. Se lo comenté a uno de ellos.

—Mi abuela era polaca y siempre decía «El huésped en casa, Dios en casa». —Y luego, como si hubiese confesado algo muy grave, añadió—: Pero yo no soy religioso.

—Claro, claro —asintió el resto de los rubios trapecistas vehementemente.

También había una chica, que sacó a relucir en varias ocasiones de la conversación que era de Córcega. No entendí muy bien por qué. Tenía unos brazos enormes y musculosos y no paraba de liarse porros. Pero no era como los porreros de Madrid, lentos, con media sonrisa en el paraíso, sino dinámica, sagaz, con un punto de agresividad. Sin embargo, no se dirigía contra nosotras o ellos, sino que se trataba de la agresividad de la persona que ha tenido que luchar mucho sola. Seguro que los recogía con sus enormes brazos a todos cuando caían haciendo alguna acrobacia en el aire. Les pregunté por qué hacían circo, dónde pensaban trabajar.

—No pienso en eso —me contestó el chico rubio de enfrente—. Formarse pensando en qué trabajo vas a hacer no tiene sentido.

Paula lo escuchaba incrédula mientras el trapecista continuaba

hablando:

—Cuando la familia no marcha, cuando los amores no marchan, cuando las amistades traicionan…, entonces, el capitalismo te dice que puede darte algo que nadie te quitará, algo que solo depende de ti: tu trabajo. Y así acabas de nuevo atrapado en otra cadena de desengaños. Yo antes tenía un trabajo de informático y me echaron. Ya no quiero luchar por ese trabajo que se nos vende como el nirvana de cualquier religión… Luego, nada existe, todos los que han alcanzado ese supuesto cielo han manchado su sombra.

Permanecimos callados como pensando «¿Y de qué vas a vivir?», pero nadie quiso romper ese momento de romanticismo, y entre calada y calada de porro empezaron a hablar de las artes circenses, de técnicas chinas, alemanas y francesas. Paula se mostraba muy interesada, y había bebido, cosa que no solía hacer. Y de pronto, justo en el momento en el que yo, que me estaba quedando dormida, estaba a punto de dar un cabezazo, Paula se levantó dando tumbos y, para mi sorpresa, dio un salto e hizo el pino. Sus piernas daban contra las conchas y telas que habían colgado en el techo. Aplaudimos y cayó al suelo riéndose. Entonces los rubios y la chica de Córcega se pusieron también de pie e hicieron el pino. Paula se unió a ellos. Y luego la chica hizo el pino sosteniéndose solo con una mano y Paula lo quiso probar también. Y tras tres intentos, lo consiguió. Todos estaban muy sorprendidos y se reían. Intenté sumarme al jolgorio y, como no sé hacer el pino, me forcé a dar una voltereta sobre una alfombra muy vieja. Pero se me revolvió el estómago, así que me fui al servicio a vomitar y luego a dormir.

Al día siguiente quisimos visitar la playa y los trapecistas nos aconsejaron ir a ver las *calanques*, unas calas entre rocas que había dentro de un parque natural. Para llegar hasta allí tuvimos que coger tres autobuses: el 83, el 19 y el 20. Era un día luminoso, era imposible no ser feliz. Se jugaba un partido de fútbol importante entre el Olympique de Marsella y el Nantes y en las calles los aficionados daban botes, cantaban, bailaban. Aunque habíamos planeado llegar por la mañana temprano a las *calanques*, todo se retrasó. Cuando nos levantamos, vimos que alguien había comprado pan y cruasanes y sobre un mantel de cuadros había mantequilla y mermeladas. Las mermeladas las hacían ellos. La mantequilla se la

compraban a un quesero de confianza. El pan y los cruasanes los horneaba un pastelero que lo batía todo a mano. Y me dieron mucho asco por tener todo eso, por haber elegido eso. Me dieron asco porque yo me daba asco por no darle importancia a esas cosas. Nos comentaron lo paradisíaca que sería esa excursión. Nos aconsejaron que hiciéramos un pícnic cuando llegásemos a una de las calas y que admirásemos el mar azul y las rocas blancas, las mismas donde hacía dos mil seiscientos años los marineros griegos Protis y Simos habían arribado con más ganas de conquistar a una mujer que de fundar una ciudad.

Cuando por fin llegamos al inicio de la ruta que conducía a las calas, nos encontramos con algunos grupos que regresaban de allí con sus gorras de colores. Agarraban con fuerza sus bastones de senderismo con cara de preocupación. No era el aspecto que suele tener la gente que regresa de dar un paseo por un sitio que promete parecerse al paraíso.

—Qué pronto regresan, ¿no? —me dijo Paula.

—Seguramente hayan madrugado mucho y ahora vuelven a casa a cenar —dije.

Eso es algo que nos pasa a los españoles, que como cenamos muy tarde pensamos que el resto del mundo cena exageradamente pronto. Incluso aunque vivamos en esos países. Los estereotipos no se curan viajando.

Empezamos a andar por la tierra blanquecina. El camino se adentraba entre montañas y piedras mientras una suave brisa nos acariciaba el rostro y las montañas se estrechaban cada vez más en nuestro camino. A nuestro lado se sucedían los precipicios y acantilados y de fondo la presencia del mar Mediterráneo, en una primavera que a pesar de hallarnos a finales de marzo ya casi era verano, sublimaba definitivamente el paisaje. Un golpe de viento hizo que nuestro pelo se agitara y nos diese latigazos, algunos dolorosos, en la cara y los ojos. El viento arreciaba por segundos, pero como dos buenas turistas seguíamos hacia nuestro destino con ilusión, transitando las sendas que la comarca de Marsella nos había señalado. Justo cuando el camino giraba, otro golpe de viento nos sorprendió y nos levantó unos milímetros del suelo. Un grupo de turistas vestidos de colores a los que el viento también había levantado gritaban divertidos:

—¡Yuju!

Inesperadamente, el aire amainó y nos relajamos, hasta que llegó otro golpe de viento mucho más fuerte y vimos cómo una pareja sujetaba cada uno de una mano a su hijo para que no se lo llevara la ventisca al mismo tiempo que se morían de la risa. Las gafas de Paula salieron volando y tuve que dejarla sujetándose a unas rocas, porque no veía nada, mientras yo intentaba recuperarlas. Y el viento no dejaba de soplar. Las gafas estaban solo a dos metros, pero se iban alejando poco a poco y se acercaban a un acantilado que daba a una paradisíaca cala donde un barquito blanco bamboleaba. Me concentré mucho apretando los pies contra el suelo para pesar lo máximo posible, cosa que no funcionó. El viento era demasiado violento, así que terminé por tumbarme con la tripa sobre el camino de arena fina y fui arrastrándome por el suelo hasta que conseguí atrapar las gafas de Paula con la punta de los dedos. Paula, como no llevaba las gafas, no había podido ser testigo de mi heroicidad, pero sentí cómo unos turistas que se refugiaban de la corriente tras una roca se estaban riendo de mí. Y cuando me arrastré de nuevo hacia las rocas donde se sujetaba Paula y le conté lo que había tenido que hacer, ella también se rio. Mientras tanto, yo me dejaba las uñas agarrándome a una roca para no salir volando y contenía las lágrimas. La coleta que me había hecho se deshizo y el pelo volvió a pegarme en los ojos. ¿Por qué era la única que no le veía mucha gracia a salir despedida por los aires? ¿Y si durante el tiempo en el que habíamos estado tomando vinos con los trapecistas habían anunciado el apocalipsis en los medios de comunicación y, como no nos habíamos conectado a nada, no lo sabíamos? ¿Y si todos los que se habían congregado allí eran suicidas felices y nos habíamos preparado unos sándwiches para dirigirnos alegremente hacia el fin?

Paula se guardó las gafas en el bolsillo para que no se le volasen y me dijo:

—Vamos.

—¿Adónde? —respondí aterrada.

—A buscar un sitio para hacer el pícnic.

—Pero ¿qué dices? Vámonos de aquí.

—Va a ser peor volver por donde hemos venido. Lo mejor es que busquemos algún refugio donde descansar, comer… y a ser posible

con vistas al mar.

Se puso a caminar delante de mí con los brazos separados del cuerpo, como si fuese el muñeco blanco del final de la película *Cazafantasmas*.

—Espera, que no ves nada.

Avanzamos cogidas de la mano aprovechando que el viento parecía aplacarse algo y, al final, encontré el sitio perfecto. Un pequeño terreno tras una gran roca que nos podía resguardar. Cuando llegamos, allí había también una pareja de turistas de mediana edad que nos hicieron un hueco. Sacamos las cosas de comer con la espalda pegada a la roca y mirando al mar. La pareja había llevado una botella de vino y nos la ofrecieron. Nada más pegar un trago, solté un suspiro de alivio tan sonoro que provocó una carcajada. La mujer nos explicó que éramos víctimas del mistral, un viento que corre veloz, sin barreras, desde los campos sin obstáculos del valle del Ródano hasta Marsella, donde se introduce entre desfiladeros y acantilados como si estuviese montado en una montaña rusa.

—Hay que consultar en la web del ayuntamiento para comprobar que se puede venir aquí.

Y así, agachadas y protegidas por unas enormes rocas, nos tomamos el pícnic y dejamos volar nuestra mirada por un mar azul, todo lo azul que no eran ni los ojos de Paula ni los míos, mientras descansábamos del chute de adrenalina.

—Qué bien se está aquí —dijo Paula.

Sus palabras sonaron más trascendentales de lo que podría haber pensado. Tenía una fuerza y una determinación que no le había visto antes.

—Bueno, no me has contado qué piensas hacer ahora —comenté.

—¿Sabes qué es lo peor de las oposiciones? Que es superdifícil sacarlas y, cuando consigues pasarlas, es increíble, como un gran premio, más que si hubieses ganado la lotería, porque te ha costado mucho esfuerzo. Pero no has conseguido dinero, solo has conseguido un trabajo, y luego tienes que ponerte a trabajar.

Nos reímos. Los dos turistas recogieron sus cosas dispuestos a continuar su excursión. Nos ofrecieron lo que les sobraba: salchichón, queso, tomatitos cherry. No nos negamos.

—Ahora en serio. Voy a dimitir. Voy a dejarlo —dijo Paula comiéndose uno de los tomatitos.

—Pero ¿qué dices? —respondí aterrada.

Durante meses la había visto despertarse sin remolonear y saltar de la cama para ponerse inmediatamente a hacer fórmulas y a rellenar tablas de Excel. La había visto pasar noches enteras leyendo hasta la madrugada un libro sobre *Agricultural Economics*. ¿Cómo iba a dejarlo? No tenía sentido.

—Pero no puedes abandonar ahora, después de tanto esfuerzo.

—No abandono. Simplemente voy a hacer otra cosa.

Dirigimos la vista al mar de nuevo. A pesar del terrorífico viento, el paisaje trasladaba una sensación de calma.

Por lo visto, en el departamento en el que Paula había sacado su plaza había un catedrático de ojos saltones que caminaba por los pasillos con un bastón. Este académico había sido dueño y señor de ese lugar durante años. Decidía quién entraba, quién se quedaba y cuáles serían las líneas de investigación. Pero sus súbditos no podían rendirle bien pleitesía porque nunca se sabía exactamente qué era lo que quería. Cambiaba de opinión a cada momento. Cuanto mayor era su poder, más caprichosos eran sus deseos. El sonido de su bastón por los pasillos del viejo Departamento de Economía anunciaba que alguna situación absurda estaba a punto de ocurrir. Si no hacían caso de lo que decía se enfadaba, y si se plegaban a lo que quería, le parecían demasiado serviciales. Paula fue la primera decisión que tomaron los miembros del departamento una vez que el viejo profesor había empezado a perder poder con la entrada de tres nuevos catedráticos. Pero no habían podido deshacerse de él completamente. Esto quería decir que, aunque ya no ejercía una influencia total sobre las decisiones, podía seguir pululando por allí. Además, le habían acondicionado una mesa en el cuarto de las fotocopias, justo al lado del nuevo y flamante despacho de Paula. Así, el primer día que pudo ocupar el despacho, Paula escuchó el golpeteo del bastón por el pasillo. Cuando dirigió la mirada hacia su puerta entreabierta vio los ojos desorbitados, algo verdosos, del catedrático, que llevaba el pelo teñido de negro y cuya papada relucía sobre una camisa superplanchada. No saludó. Fue directamente a su nuevo *despacho*, y Paula escuchó cómo se le caía el bastón e insultaba a todo el

mundo. No supo si debía echarle una mano o no.

A lo largo del día lo escuchó dialogar por teléfono con organizadores de congresos, con editoriales para coordinar una nueva publicación del departamento y con algunos doctorandos que buscaban orientación. En un momento que tuvo que hacer unas fotocopias aprovechó para observarlo de reojo mientras estudiaba, repasaba y leía las nuevas investigaciones. Estaba tan apegado a la institución académica como ella y, en realidad, era cruel, muy cruel, que ese mundo lo estuviera expulsando cuando se encontraba en su mejor momento intelectual y había llegado al culmen de lo que podía aportar. Era entonces cuando lo reemplazaban sin miramientos. No obstante, lo peor no era eso, lo peor era haber regresado a casa de sus padres, que todavía vigilaban que trabajase e hiciese todo correctamente aunque ya fuese profesora titular.

—¿Puedo hacerte una confesión? —me dijo.

—Sí, claro.

—Bueno, todavía soy virgen.

—Pero ¿cómo es posible?

—En realidad no es tan difícil. Entre el estudio, el trabajo y los momentos de descanso, pues, no sé, una cosa lleva a la otra y al final sigues siendo virgen.

En el horizonte un barquito de vela luchaba contra el mistral.

—Tengo ganas de conocer otros mundos.

—Pues me parece muy bien lo de que dejes el trabajo, la verdad —le dije.

—No tenía ni idea de que se podía estudiar circo… —respondió reflexiva.

Dejé a Paula en Marsella tan decidida a empezar otra vida como cuando había decidido sacar una plaza de universidad. Tenía el mundo en sus manos, podía hacer lo que quisiera. Nos abrazamos.

—Muchas gracias por todo —dijo.

En el
TGV
, camino de Lille, me concentré en la ventanilla: nubes, explanadas, naves industriales. No sabía si ese lugar era bonito o inmensamente triste, pero ya era familiar. Cuando llegué a Lille respiré feliz. Un tío, sentado en el suelo con un abrigo enorme de color verde militar, me gritó insultándome mientras sostenía una cerveza de

lata de cincuenta centilitros en la mano. Y por primera vez tuve la certeza de que estaba a nada, a una milésima, de comprender Francia, de ser casi una más. Justo cuando iba a marcharme.

En el piso, me encontré con Felipe y el fotógrafo fumando y admirando unas fotografías del viaje que este había hecho a Vietnam. En casi todas aparecía al lado de una moto, con un sombrero cónico asiático coronando su larguirucho cuerpo y delante de unos campos de arroz donde hombres y mujeres vietnamitas trabajaban agachados arduamente. Felipe también había recorrido en moto el sudeste asiático. Encima de la mesa había dos platos con trozos de pasta y cigarros apagados en la salsa de tomate. Parecía que durante los dos días que habían estado juntos habían hecho buenas migas chapurreando en inglés. Los saludé sin acercarme. Felipe me miró sorprendido.

—Tengo una cosa urgente que hacer —le expliqué justificándome por no mostrarme lo efusiva y cariñosa que quizá él esperase.

Me desprendí de la mochila y me senté en el suelo, entre el sofá y la ventana, donde había visto a Paula sentarse a redactar sus artículos. Saqué mi ordenador de la maleta, abrí un documento de Word y empecé a escribir:

ÍNDICE
1. Introducción
    1.a. La plasticidad estructural entre semiótica, filosofía etnográfica y economía
    1.b. Metodología
    1.c. Objetivos

Y así seguí hasta que me di cuenta de que Felipe llevaba un rato sentado delante de mí en el suelo.

—Si nos hubieses avisado de la hora a la que llegabas, te habríamos hecho la cena.

—No pasa nada.

Seguí escribiendo.

2. El capitalismo artístico: ¿una autocontradicción lógica o simple *unweld*?
    2.a. La Torre Eiffel y la Revolución Industrial: una cuestión de pragmática

2.b. La transcodificación en Yuri Lotman, Gaston Bachelard y Joseph Schumpeter

2.c. …

—No vuelves a España conmigo, ¿no? —me preguntó directamente.

No dije nada, que era lo mismo que explicarle que no, que me quedaba allí, donde nadie me esperaba. Me levanté para prepararme algo de cenar. El fotógrafo de espaldas se fue a su cuarto previendo una soberana bronca.

—Lo he estado pensando bien… —en realidad no, era un impulso, pero no podía decirle eso— y no voy a marcharme. Voy a quedarme a hacer la tesis.

—Pero ¿qué tesis?

—*Heurística de la paradoja del capitalismo artístico y la Torre Eiffel* —le dije con orgullo.

—¿Qué?

Felipe no entendía nada. No se lo iba a echar en cara, yo tampoco lo entendía muy bien.

—Si ni siquiera la has empezado —dijo.

Sabía que en el fondo me quería decir «Pero si no tienes ni idea de qué va tu tesis».

—Sí la he empezado, tengo notas… y la tengo en la cabeza… Me he dado cuenta… La tengo en la cabeza todo el rato, todo el rato pienso en ella. Además, ¡por fin he sido capaz de hacer el índice!

Pude observar que Felipe no compartía mi entusiasmo por la hazaña que acababa de acometer.

—Como tardes lo mismo en escribir cada página de las cuatrocientas que tienes que escribir que lo que has tardado en hacer el índice, no la vas a terminar nunca.

—El índice es lo más difícil —dije cortando una cebolla para mi cena con demasiado ímpetu.

¿Qué me había atraído de Felipe? En primer lugar, sus tatuajes y sus pendientes. Parecía el más duro de las calles. Luego me enganchó el rechazo, alguien que me rechazaba era valioso, y si lo volvía a conseguir, entonces la valiosa era yo. Finalmente, el miedo y la seguridad. Mi vida no tenía nada estable y eso me hacía sufrir. Sin embargo, había llegado el momento en que Felipe ya no era mi refugio. Felipe era esa habitación familiar que me daba confort y de

la que quería salir corriendo cuando era adolescente.

Era yo quien tenía algo que agradecerle a Paula y no ella a mí. Paula me había enseñado que podía lanzarme al vacío y dirigirme hacia un mundo que no me correspondía.

Al día siguiente Felipe se marchó temprano. Nos despedimos con un beso en la mejilla. Deseé de corazón que todo le fuese bien en la vida, que es lo peor que puede desear alguien al otro en una ruptura, porque quiere decir que ya no le importa nada.

21

A partir de ese momento tenía dos tareas principales: encontrar otro piso en el que vivir y volver a contactar con *monsieur* Lemaître.

Como no podía volver a Collard Immobilier, busqué piso de nuevo en entrecolocataires.com. Un hombre ofrecía una habitación en una zona tranquila a un precio módico. Se llamaba Olivier, y era uno de los pocos que no se había hecho una foto sin camiseta como presentación. Él necesitaba urgentemente una compañera de piso y yo un sitio donde vivir. Olivier debía de haber cumplido hacía poco los cincuenta años, estaba calvo y era muy limpio. Su piel tersa brillaba, los pocos pelos que le quedaban por detrás de la cabeza, también. Trabajaba en una empresa de gestión de agua. Se acababa de divorciar y tenía dos hijos. También se consideraba artista, una parte de él que su exmujer había conseguido aniquilar durante sus veinte años de relación. Utilizaba cerámicas rotas y yesos para decorar muebles. La mesa del salón era una gran bobina de obra recubierta de yeso y pedazos de cerámica formando un mosaico. Había utilizado la misma técnica para las mesillas de noche, la encimera de la cocina y el marco del espejo del baño. Incluso para hacer una cenefa que recorría todo lo largo del pasillo. Sin embargo, el resto de los muebles eran funcionales, de Ikea. Los más famosos de la marca estaban allí: sofá Ektorp, cómoda Malm, estantería Billy. La casa se hallaba en un proceso de transición, estaba pasando de ser la que tenía todo el mundo a ser la suya: única e intransferible. Su vida parecía estar sufriendo el mismo proceso desastroso. Hicimos un trato extraordinariamente rápido, le pagaría en negro. Podía mudarme al día siguiente.

Aunque algo alejado del centro, el apartamento era grande y luminoso. El día de la mudanza fue soleado y agradable. Hay que tener en cuenta que, aunque estábamos a principios de abril, en Lille la primavera no llega de golpe, sino que durante un tiempo el

cielo abre las puertas y las vuelve a cerrar. Con la ayuda del fotógrafo de espaldas metí todas mis pertenencias en la enorme bolsa de cuadros azules y blancos, y la cargué, junto con la mochila y una maleta, en su coche. Como nunca había tenido una habitación realmente mía me había acostumbrado a no acumular mucho. Mi existencia era ligera, casi sin nada. Mucha gente decía que era lo más ecológico y lo mejor para la mente: el minimalismo. Sin embargo, a mí me parecía que era como seguir desapareciendo. Circulamos entre coches y camiones hasta que llegamos a un camino rodeado de árboles frondosos donde los jóvenes resplandecían sobre sus bicicletas. Me mudaba a un barrio cercano, situado entre Lille y Roubaix. Estaba construido de tal manera que los coches no pudieran pasar por dentro. En el centro se extendía un parque enorme. Iba a vivir en un edificio alto. Cerca del portal del que sería mi nuevo hogar había una moto atada a un poste. Estaba completamente calcinada. Solo se habían salvado unos hilos de hierro negros que formaban un encaje. El fotógrafo de espaldas aparcó justo enfrente y, tras ayudarme a sacar la maleta, la mochila y la bolsa de cuadros azules y blancos del maletero, cogió su cámara de fotos de la guantera y se la colgó al cuello. Me hizo esperar quince minutos a que hubiera la luz apropiada para echar una foto a ese amasijo de hierros y neumáticos calcinados. Los chicos del barrio pedaleaban a toda velocidad cuando pasaban por nuestro lado. En cuanto nos descubrían, tomaban velocidad y, al llegar a nuestra altura, hacían el caballito. Pasaron más bicis circulando solo sobre la rueda trasera que sobre las dos. El fotógrafo de espaldas se dedicó un buen rato a enfocar la moto calcinada. Buscaba el ángulo perfecto, la perfecta obturación, el perfecto diafragma. Entonces un chico regordete de unos doce años se acercó a nosotros con la bici haciendo el caballito y paró. Se fijó en él y luego en la moto carbonizada.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Una foto.

—¿Por qué?

—Porque es hermoso.

El niño nos miró con cara de asco.

—¿Eso te parece hermoso?

El fotógrafo de espaldas y yo permanecimos en silencio ante la

mirada lúcida del niño. Avergonzados. ¿Era eso hermoso? ¿Era hermosa la Torre Eiffel? Cuando la construyeron a muchos no les gustó: *visité la Tour énorme, / Le mât de fer aux durs agrès. / Inachevé, confus, difforme, / Le monstre est hideux, vu de près / J'ai* [6]. Ese fue el poema que el escritor François Coppée había compuesto en su honor, y ya lo había incluido en las pocas notas escritas de mi tesis.

La habitación de mi nuevo hogar se abría a un ventanal con vistas a un patio de colegio donde los niños que iban a la guardería reían de alegría; todo eran señales de un feliz comenzar. Así empecé una nueva vida y a conocer mejor a Olivier, mi nuevo compañero de piso, que, aunque tenía dos hijos, no los veía nunca. Tampoco tenía muchos amigos, por no decir que no tenía ninguno. Sin embargo, hablaba mucho por teléfono.

No obstante, había otro frente importante que debía atacar: *monsieur* Lemaître. Si quería retomar mi tesis, debía hacer lo posible por convencerlo de que continuase dirigiéndola, aunque la última vez que lo había visto parecía muy decepcionado. Le escribí, y contra todo pronóstico me dio cita para el día siguiente porque justamente se encontraba en Lille.

No quería tener algún percance en el camino y hacer esperar a *monsieur* Lemaître, así que llegué a la universidad bastante pronto y fui a la biblioteca a hacer tiempo. Me puse un rato a leer un libro sobre la etnología del espacio turístico y la Torre Eiffel. Vi a Guillaume sentado en una mesa también leyendo y tomando notas en su ordenador. Dediqué un rato a observarlo. Esperaba que en algún momento levantara la mirada y me descubriese a mí también, pero no lo hacía, qué capacidad de concentración. Tendría que haberme levantado a decirle algo, pero no lo hice, permanecí contemplándolo como si admirara un paisaje. Me acordé del vello de su pecho y del perfil de su cara cuando dormía y lo miraba sin poder creerme que estaba con él en una cama. La camisa de cuadros que vestía en ese momento había estado tirada en el suelo de mi cuarto hacía solo unas semanas. Unas doctorandas lo saludaron y se sentaron a su lado. Guillaume miraba a una de ellas, que tenía un moño despeinado, como me había mirado a mí el día de la fiesta de

madame Brutin: ingenuo, dispuesto a abrirse, a un paso de desvelar las claves del misterio que emanaba. Se sonreían. Se susurraban suavemente y emitían un sonido desagradable de saliva y aire entrecortado que impedía que me concentrase en la lectura. Me levanté y me marché a la cita con *monsieur* Lemaître. Intenté hacerlo ruidosamente para llamar su atención. Pero no se volvió hacia mí. ¿Y si me había visto desde el principio?

Había quedado con *monsieur* Lemaître en el pasillo donde se encontraba el Departamento de Artes, Comunicación y Nuevas Tecnologías, un departamento enfrentado a muerte con el de Medios Clásicos de Expresión y Tecnologías de la Información. Contaban las leyendas que los dos jefes de departamento se habían peleado un día a puñetazos, y desde entonces habían colocado un biombo en la secretaría de la universidad para poder separar los espacios si alguna vez volvían a coincidir. Lemaître exhibía el pelo más revuelto que de costumbre y el fular enlazado con un enorme nudo. Su cara denotaba tanta incredulidad al verme que le faltó tener una ceja levantada y un monóculo en el otro ojo.

—Bueno, vamos a ver dónde podemos hablar.

Caminó delante de mí y lo seguí. Observaba cómo la gabardina caqui ondeaba delante de la maletilla de ruedas que arrastraba por todas partes. Llegamos a una habitación abarrotada de libros colocados en pilares junto a las paredes. Había una pequeña mesa y dos sillas muy bajitas, y los dos nos sentamos ahí. Uno frente al otro, con las rodillas dando casi contra el pecho. Yo llevaba una carpetilla de plástico con el índice y unas páginas sobre la tesis. Las manos me sudaban tanto que la carpetilla estaba siempre a punto de escurrírseme. Cada dos por tres se abría la puerta de ese despacho y aparecía otro profesor con otro doctorando buscando un sitio donde poder hablar.

Saqué de la carpetilla de plástico azul muy brillante el índice y la introducción. *Monsieur* Lemaître observó las páginas sonriéndose. Lo leyó todo muy rápido, tardó unos míseros minutos para leer lo que me había supuesto meses de sufrimiento. Luego se apoyó sobre el respaldo mirándome en silencio hasta que se pronunció:

—No está nada mal, ya hay algo sobre lo que empezar a trabajar.

Bien, pensé. Y me lancé a esbozar las ideas para continuar la tesis. Hasta que levantó la mano como indicándome que parara de hablar.

—Lo siento. Aunque el tema pueda ser sugerente, no me interesa dirigir su tesis. Es usted muy inconstante.

Aunque me hubiese preparado para un rechazo, por mucho que lo hubiese visualizado en mi mente, aquello fue como sentir que alguien me clavaba lentamente un puñal en la garganta.

—Deme una oportunidad. Haré lo que pueda, de verdad, deseo esto con toda mi alma.

—No puede ser. Lo siento.

Monsieur Lemaître comenzó a levantarse. Solo me quedaba utilizar el recurso final.

—No soy inconstante… Es que estaba… enamorada.

Monsieur Lemaître se apoyó de nuevo en el respaldo de la silla e inclinó la cabeza con atención. Se desanudó levemente el fular de pavos reales.

—Me dejaron. Me abandonaron. Y perdí la noción de todo —continué, añadiéndole bastante drama.

Monsieur Lemaître me sonrió comprensivo. Se incorporó hacia mí volviendo a leer el índice. Me observó y dijo:

—Como decía Camus, «No conozco más que un deber y es el de amar». Entiendo lo que siente. Mi segunda exmujer, Bérénice, parecía la Ofelia de *Hamlet*, constantemente rodeada de flores en el arroyo. —Paró un momento. Me imaginé a *monsieur* Lemaître acariciándole el pelo, quitándole los pétalos de las flores con cuidado para que no se despertase—. Me dejó mientras trabajaba en la redacción de mi
HDR
, una especie de tesis que hay que hacer aquí para ser catedrático, y durante meses fui incapaz de juntar una palabra con otra. Al final perdí el puesto al que aspiraba. Tardé años en acceder a él. —Se colocó los dedos en los ojos como intentando contener las lágrimas, pero no llegué a entender si por lo Bérénice o por lo del puesto—. Mire, veo que tiene usted muchas ganas, pero las ganas se pasan y en ese momento hay que ser constante.

—Voy a ser constante.

—El trabajo que desempeña en el bar es muy cansado. Las

personas que consiguen hacer las dos cosas poseen una gran fuerza de voluntad, no atesoran tantas dudas ni se enamoran tanto como usted.

Sí que era cansado. Tenía los pies mucho más gruesos que antes. Era la primera vez que pasaba tantas horas de pie en mi vida desde que aprendí a andar y me dedicaba a correr por todas partes atormentando a mis padres.

—Además, usted está ahora ocupando el lugar de otra persona que realmente está interesada; en concreto, un alumno de Shanghái con un proyecto muy interesante sobre *video mapping*.

—Voy a ser constante… Es que… me enamoré de dos hombres al mismo tiempo.

François Lemaître se detuvo a recapacitar un momento. Una cierta calma melancólica rodeó ese momento.

—Mire, si consigue una financiación, una beca, algo que le permita no tener un trabajo a tiempo completo y poder dedicar unas cuantas horas al día, aceptaré.

—Sí, de acuerdo. ¡Lo voy a encontrar!

Nos dimos la mano y él se marchó corriendo a coger el tren hacia París con un viento en contra que chocaba con su pelo, su gabardina y sus recuerdos de Bérénice.

Bueno, ahí se abría una puerta, una posibilidad, pero ¿dónde encontraría lo que él me pedía?

Aproveché el viaje a la universidad para ir de nuevo a la biblioteca y coger prestados algunos libros para leer en los ratos muertos en Le Relax y, de paso, comprobar si todavía estaba Guillaume por ahí. Pero había desaparecido.

Cuando llegué a casa, Olivier estaba recostado en el sofá hablando muy bajito por teléfono. En su mano sostenía un *whisky*. Era la versión andrajosa del Don Draper de *Mad Men*. No quise interrumpir su conversación, así que caminé con sigilo hacia mi cuarto saludándolo tibiamente con la mano. Sentí que Olivier me echaba una ojeada de soslayo y que su voz era un murmullo empalagoso que me perseguía. Cerré la puerta dándole dos vueltas a la llave. Él seguía hablando.

Encendí el ordenador y busqué en Google cómo conseguir financiación para hacer una tesis doctoral en Francia. Existía mucha información, pero ninguna clara, ninguna sobre estudios de artes,

ninguna en la que no se hubiese pasado la fecha límite.

Parecía que *monsieur* Lemaître me hubiese ofrecido una solución difícil de conseguir, ¿quién podía ayudarme? Paula solo conocía las financiaciones en España, no en Francia. Hubert, desencantado por la endogamia universitaria, había decidido que la lectura sería su universidad, así que no tenía ningún conocimiento de «la institución», como él decía. Alessio estaba en el *talent show*, que pronto emitiría su primer programa, por cierto. Solo me quedaba llamar a Guillaume. No era ninguna excusa para volver a verlo, no, de verdad que no, solo lo llamaba por necesidad. No contestó.

Leí durante un rato el libro que había cogido en la biblioteca sobre la etnología del espacio turístico y la Torre Eiffel. Y cuando me levanté para ir al baño volví a escuchar el murmullo constante de Olivier hablando por teléfono. Sentada en el váter, intenté aguzar el oído. Me levanté, entorné la puerta silenciosamente. De los murmullos empezaron a surgir algunas palabras: encular, chupar, tetas gordas. Olivier estaba enfrascado en una conversación con un teléfono erótico. No me sorprendió tanto lo que decía, que correspondía exactamente a las casposas fantasías sexuales de cualquier hombre que solo puede tener relaciones con gente a la que paga, como que todavía hubiese gente que llamara a teléfonos eróticos. Susurraba durante horas a ese teléfono, quizá por eso necesitara el dinero de la habitación. Cerré la puerta de mi cuarto con dos vueltas de cerrojo.

Al cabo de un rato, Olivier me llamó. Cuando abrí estaba apoyado en la pared del pasillo.

—¿Has cenado algo? —dijo mientras me miraba el cuerpo.

—No tengo hambre, gracias.

Esperé leyendo hasta que cesaron sus murmullos. Fui sigilosamente hacia la cocina. No encendí la luz. Abrí la puerta del frigorífico con mucho cuidado y me hice un sándwich para no tener que cocinar y llamar su atención. De repente algo iluminó la estancia, algo que venía de fuera. Miré por la ventana. A los pies del edificio había un parquin, y alguien había prendido fuego a un coche. Las llamas eran amarillas y naranjas y desprendían una humareda negra que era casi más alta que el edificio. Su contemplación me extasió mientras comía plácidamente el

sándwich. Los propietarios de los coches aparcados junto al que ardía fueron corriendo a moverlos de lugar. ¡Pum! Algo explotó. Aunque no era el coche, era un neumático. ¡Pum! Otro neumático. Empecé a hacer tiempo para ver cómo el coche saltaba por los aires. De repente vi en el reflejo de la ventana que detrás de mí estaba Olivier parado, observándome. Me giré sobresaltada, y en ese momento su cara cambió, me sonrió y adoptó un tono paternal:

—No te preocupes. No va a estallar. Solo explotan los neumáticos cuando se calientan.

—¿Cómo lo sabes?

Me aterró que me hubiera leído la mente.

—Ya he visto varios. Todos esperamos a lo mismo, pero no ocurre. Los bomberos suelen llegar pronto.

—Menuda putada que te quemen el coche.

Intenté ir hacia mi cuarto, pero Olivier no se movía de la puerta.

—Es solo un espectáculo que se ofrece a los vecinos. En realidad, siempre queman los coches en los mismos sitios del parquin. Si aparcas tu coche ahí es porque eres forastero o quieres cobrar el seguro.

—¿Es legítimo hacérselo a los que no son del barrio?

Le hice un gesto para que se apartara. Me clavó las pupilas.

—No digo eso. Solo que a veces hay que entender las cosas. Si tienes que cambiar de coche, viene bien.

Los vecinos que habían acudido corriendo a cambiar sus coches de sitio para que no se quemasen iban en pijama y pantuflas, desaforados.

Al final Olivier se echó a un lado y caminé rápidamente a mi cuarto y cerré la puerta.

Al día siguiente, esperé a que Olivier se hubiese ido al trabajo para levantarme y ducharme. Poco después, Guillaume respondió a mi llamada. El hecho de que solo le preguntase por algo técnico relajó la conversación. Estaba dándome tantos datos que lo invité a tomar algo en la *roulotte*-cafetería de un circo que estaba pasando por la ciudad. Desde que Paula y yo habíamos estado con los trapecistas me fijaba en los circos. Era uno de esos lugares bucólicos que montan los franceses, con algodones de azúcar y mesas de madera protegidas del sol por las ramas de los árboles. Quería llevarlo a un sitio hermoso y compensarlo por la última vez que nos habíamos

visto. Sin embargo, se me olvidaba que estaba en Lille, y el frío apareció dando un portazo a mis fantasías. Cuando llegué al lugar de la cita hacía fresco y viento y las bombillas colocadas para dar la bienvenida al circo se movían de un lado a otro agitadas por las ráfagas. La *roulotte* estaba cerrada y tampoco había función. Era el sitio más desolador que hubiese podido encontrar para quedar. Guillaume apareció montado en bici con una bufanda que le tapaba la cara.

—Deberíamos refugiarnos, parece que va a caer una tempestad.

Nos resguardamos en un

PMU

, un sitio de apuestas donde servían cafés, cervezas y vino tinto, nada más. La mayoría de los parroquianos eran hombres de mediana edad con cazadoras de cuero desgastadas y pieles grisáceas que seguían con inquietud una carrera de caballos en la televisión. Allí me escribió sobre una servilleta los nombres de algunos organismos que podían ofrecer algún contrato como el que buscaba y me la entregó. Aun así, su cara encerraba cierto gesto cínico.

—En realidad, lo que quieres hacer es complicado porque la tesis doctoral en Francia no empieza con la matrícula de la universidad, empieza en el liceo, en el lugar donde tus padres te inscribieron y en las elecciones que te obligaron a hacer: elegir alemán o español en los idiomas, por ejemplo. El máster que hiciste, los profesores que tuviste… No puedes llegar de repente y querer hacer una tesis en Francia. Va a ser muy difícil que vayas a ser una más. Lo sé de buena tinta. Trabajo con inmigrantes.

Enmudecí. En la carrera, unos caballos llegaban primero, otros, segundos, y uno se cayó y no pudo siquiera alcanzar la meta.

—No, no es verdad, puedo encontrar financiación —dije con tozudez.

Guillaume se colocó la bufanda.

—¿Te vas? —le pregunté asustada.

—Sí, claro. ¿Por qué tendría que quedarme?

—Porque no quiero ir a mi casa todavía. Mi compañero de piso es un cincuentón que se dedica el día entero a llamar a un teléfono erótico. Me da mucho asco.

—Ya nadie llama a teléfonos eróticos. El porno en internet es gratis.

—Lo puedes comprobar tú mismo.

—De acuerdo, quiero comprobarlo.

Me abracé a su espalda yendo en bici hasta mi casa. Guillaume se echó hacia delante, luego hacia atrás; estaba incómodo. Entendí que prefería que me agarrase al sillín.

En mi nuevo hogar nos encontramos con Olivier sentado en el sillón, pero al verme pasar con Guillaume pareció contrariado y apagó el teléfono. Se saludaron dándose la mano y hablaron durante un rato de gestión de aguas. Olivier había derivado la conversación a ese terreno para que Guillaume se sintiera más niño. Él era el hombre. Invité a Guillaume a mi cuarto. Nos sentamos en el suelo poniendo la oreja en la puerta. Una vez ahí metidos, Olivier no podría resistir tanto tiempo sin llamar. Estuvimos un rato en silencio mirándonos. Al final se empezó a escuchar un murmullo. Entorné la puerta. Guillaume puso la oreja.

—Es verdad. Además, es muy guarro, el tío.

—Te lo dije —le restregué triunfante.

—Pensaba que ya no existían esos teléfonos. Quizá habla con alguien. O solo.

—No lo sé.

Guillaume y yo estábamos demasiado cerca. No pude más y lo besé. Él movió los labios, aunque suavemente. Luego se alejó y me miró. Parecía enfadado. Pensaba que iba a rechazarme y, sin embargo, me rodeó con los brazos y nos besamos de nuevo. El cuello, la cara, las manos. El problema es que teníamos de hilo musical la conversación de Olivier. A la tercera vez que este dijo a la persona con quien hablara que la iba a encular con toda su polla gorda y sucia, Guillaume se retiró.

—Qué asco. No puedes quedarte aquí —me dijo.

—No tengo adónde ir. No quiero volver a dormir en el salón de Alessio.

—Vente a mi casa. Hasta que encuentres algo… Como amigos.

Quizá irme a vivir con Guillaume tan repentinamente no fuera la mejor idea, pero la alternativa consistía en quedarme con Olivier. Sería temporal, hasta que encontrara otro cuarto. Y en ese momento hice las maletas, que prácticamente no había deshecho, y me marché. Guillaume cargó la bolsa de cuadros blancos y azules y la mochila al hombro, y yo la maleta de ruedas.

—Adiós, Olivier.

No respondió. No debía de ser la primera vez que le ocurría.

Ni siquiera había deshecho el equipaje y ya me estaba mudando otra vez.

Guillaume vivía en Wazemmes, en un pequeño apartamento situado en el primer piso de uno de esos edificios que admiraba cuando paseaba por las calles durante mis primeros días en Lille. Me dejó un buen rato esperando en el descansillo. Lo escuché ordenándolo, moviéndose rápidamente de un lado a otro detrás de la puerta. Luego me hizo pasar. El apartamento estaba abarrotado de cosas, libros y raquetas. Había un ordenador muy viejo con un monitor con pantalla de tubo catódico. Me pregunté cómo estaría el apartamento antes de que lo hubiese ordenado.

—Todavía funciona —dijo sobre el ordenador viejo—. Solo lo utilizo para escribir la tesis. Como el acceso a internet es lento no me dan ganas de conectarme. Puedes dormir en mi cuarto, yo dormiré en el salón.

Le di un abrazo.

—Muchas gracias.

22

Era la segunda vez que iba a viajar a París. Tenía que animar a Alessio. Había sido el primer expulsado del concurso. El jurado consideró que no transmitía lo suficiente, aunque se hubiese lanzado a cantar *a cappella* una canción de Whitney Houston con lágrimas en los ojos. No tuvo opción de salvarse, parecía que la decisión estuviese tomada incluso antes de su actuación, sobre todo por parte de uno de los miembros del jurado, de cejas frondosas y perfectamente depiladas, que vestía un traje de chaqueta entallado y reluciente. También brillaba su odio hacia Alessio, como si el pobre hubiese matado a toda su familia y aquel fuese el momento de vengarse. En Le Relax se hizo el silencio, no nos lo esperábamos. Ver la gala del programa era una buena excusa para juntarnos los miércoles a emborracharnos y disfrutar de tener un amigo famoso. Pero ahora era solo medio famoso, la mitad de la mitad de un famoso medio de la televisión. Saldría dos días en los medios de comunicación y, a no ser que hiciese algo muy estridente, como tener un accidente de tráfico mientras se la chupaba a otro más famoso que él, tendría que volver a dar clases. Y los alumnos se entretendrían mirando el vídeo en el que lo expulsaban del concurso en pleno estado de desesperación mientras cantaba a grito pelado: *walk away from meeeeeeeeeeee. I have nothing, nothing, nothing*
Don't
… con los brazos en alto. Desde luego, nunca creí que Alessio fuese a ser el primer concursante expulsado. El fotógrafo de espaldas también se quedó de piedra. Después de la retransmisión del programa, permaneció un rato en absoluto silencio bebiendo el calvados ilegal que ofrecía Hubert a los amigos, hasta que se incorporó y me habló, con decisión, entre balbuceos de borracho:

—Tenemos que ir a París. Tiene que vernos cuando salga de allí. Saber que tiene el apoyo de sus amigos.

No nos lo pensamos ni cinco minutos, no teníamos nada que hacer. Iríamos en BlaBlaCar. Nos citamos a través de la aplicación de internet con una chica llamada Audrey, que tenía una puntuación de 4,9 sobre 5. Entre los requisitos para viajar con ella se especificaba que en el coche no se fumaba y que hablaba mucho cuando se sentía cómoda. Audrey nos recogería a las siete de la mañana en el aparcamiento de un Auchan.

Había mucha niebla y nadie más que nosotros y un camión de transporte con las puertas de atrás abiertas. Unos hombres con carretillas de carga transportaban cajas de cartón hacia una puerta abierta en una nave cuadrada y gris. Del interior salía una luz dorada que, en contraste con la luz azulada de la mañana, de la niebla y de Lille, parecía la luz al final del túnel. Hacía más frío del esperado para estar a principios de abril, y encogíamos los hombros hacia el pecho como si eso nos fuese a cobijar. Audrey pegó un frenazo delante de nosotros y bajó del coche con dinamismo. Era nerviosa y joven, y tenía las caderas anchas y el torso muy fino. Llevaba una cazadora de cuero reluciente ajustada y poseía una voz grave. Era de esa gente que hace rugir el motor del coche cuando cruzan los peatones para que se asusten. Abrió el maletero y metió nuestras mochilas con vigor. El interior estaba impoluto. Olía tanto a pino que parecía que hubiesen concentrado el bosque de las Ardenas allí dentro.

Antes de que pudiéramos ajustarnos los cinturones ya estaba acelerando hacia las llanuras que unían Lille con París. Yo no hacía otra cosa que apretar fuertemente los pies contra el suelo como si tuviese pedales y pudiese frenar. Era de esos momentos en los que te das cuenta de que estás en el filo de la navaja. Finalmente, lo acepté y me dejé llevar por el paisaje. Las dos horas y cuarenta minutos que debía durar el viaje se tradujeron en una hora y media gracias a la conducción frenética de Audrey, que por lo visto tenía instalado un inhibidor de radares. Le pregunté si eso era legal. Ella no respondió. Aunque había previsto tomarme un café en alguna gasolinera en mitad del camino, solo pude ver las gasolineras en destellos fugaces. En la radio sonaba un programa de conversaciones y confesiones íntimas de los que escuchan los

camioneros cuando hacen largos recorridos a través de Europa transportando sillas mecedoras de Polonia a Atenas, para mantenerse despiertos y tener compañía. Los temas eran variados: ¿Has tenido una experiencia paranormal? ¿Te han timado alguna vez? ¿Cuál fue tu mejor celebración navideña? ¿Y las mejores vacaciones? Los oyentes llamaban y contaban sus experiencias, que eran comentadas por el presentador y por un humorista bastante hiriente. El tema de ese momento era los amores imposibles. El presentador recitó con voz grave y engolada una introducción del tema. Un camionero llamó sollozando y narró la terrible historia de un amor de su pasado que se le aparecía en sueños cuando dormía con su esposa al lado. El fotógrafo de espaldas estaba totalmente enganchado. Solo me dirigió la palabra para comunicarme que por fin había podido contactar con Alessio y había quedado con él.

Amores imposibles. La historia con Guillaume parecía una de esas. Me levantaba muy temprano para ir a trabajar a Le Relax. Después de toda la jornada de pie, me sentaba a escribir la tesis, pero estaba tan cansada que tenía que revisar una y otra vez lo que había estado escribiendo los días anteriores en estado de somnolencia. Guillaume llegaba muy tarde por las noches. Se había centrado en su trabajo de campo y ahora colaboraba con una organización de acogida. Eso había hecho que se diera cuenta de todos los problemas del mundo, por lo que también se había ofrecido a colaborar con el Samu Social. Además, trabajaba como recepcionista en una clínica dental para pagar el apartamento —al menos, mi presencia había aligerado el alquiler—. Su tesis iba siendo arrinconada rápidamente por la urgencia de la realidad y la vida. Los pocos momentos que coincidíamos aprovechábamos para besarnos. Y pasábamos tanto tiempo sin estar juntos que siempre tenía la intensidad y el extrañamiento de besar a un desconocido. Siempre era la primera vez, con Guillaume.

Audrey paró de golpe, habíamos llegado. Nos apeamos en una calle amplia con edificios altos y gente muy bien vestida por la que los coches circulaban a toda velocidad y nos metimos en un *bar-tabac* regentado por una pareja asiática a esperar a que Alessio saliese de algunas entrevistas.

Al cabo de un rato, Alessio apareció, vestido con una torera de pelillos que le llegaba a la cintura y con maquillaje. Todo el mundo

se dio cuenta de que era alguien de la tele sin ni siquiera saber que había salido en la tele. El fotógrafo de espaldas se adelantó a mí y lo abrazó. Se había preparado un discurso para tranquilizarlo y explicarle que valía mucho fuera cual fuese la opinión del jurado. Sin embargo, Alessio estaba exultante.

—Te admiro —le dije.

—¿Por qué?

Yo no quería responder, pero él insistió.

—Por llevar tan bien que te hayan echado del concurso.

—Pero ¿qué dices?, es lo mejor que podía suceder. El primer expulsado siempre es invitado a los platós para comentar los acontecimientos. Y además, tengo más tiempo para preparar mi disco.

No tuvimos margen para hablar más porque una mujer rubia con un cuaderno en la mano y un teléfono móvil en la otra apareció, apresurada, e instó a Alessio a que se montara en un Peugeot negro reluciente. Nuestro amigo nos abrazó y nos dio la dirección de una fiesta que se celebraba esa noche. El coche aceleró y desapareció.

El fotógrafo de espaldas y yo paseamos por París ese día. Él intentaba de todas las maneras posibles frenar mis instintos turísticos. Me impidió comer una *raclette* en el Quartier Latin, donde hombres muy simpáticos nos apremiaban a que entrásemos en los restaurantes con los menús en las manos. Me hacía salir corriendo de allí como si estuviésemos en un episodio de *The Walking Dead*.

—Nunca entres a un restaurante en el que los propios camareros te digan que entres.

Evidentemente, yo quería ver la Torre Eiffel. Le expliqué que era importante porque estaba haciendo mi tesis sobre ella y me dejó verla de lejos. Me amenazó diciéndome que ni se me ocurriera querer ir allí, mucho menos subirme a ella. La miré desde lejos cinco minutos mientras él tocaba con el dedo la pantalla de su móvil. Ahí estaba, era como encaje entrando en el cielo, penetrándolo. Era hermosa, y él mismo no podía evitar sonreírse mientras me miraba admirarla.

—¿Por qué haces la tesis sobre la Torre Eiffel? —me preguntó el fotógrafo de espaldas.

Otra vez esa maldita pregunta.

—No sé, quizá fuera lo primero que me venía a la mente cuando pensaba en Francia.

Por unos momentos nos dejamos cautivar por el paisaje: el agua brillante del Sena, los edificios limpios y resistentes a guerras, crisis y miles de huelgas, esa torre oscura alargando el cuello dispuesta a que no perdiésemos el rumbo. Pero el fotógrafo de espaldas no podía salir de su personaje, tenía que renegar de todo.

—¿Podemos irnos ya?

Lo mismo ocurrió cuando llegamos al cementerio del Père Lachaise y yo fui corriendo a buscar la tumba de Jim Morrison en el mapa.

—No, por favor, no —me decía todo el rato.

Es divertido ver cómo los franceses intentan por todos los medios que no te ridiculices haciendo cosas de turista. Sin embargo, cuando nos topamos de bruces con la tumba de Chopin, se quedó extasiado. Me contó que el cuerpo estaba allí, pero el corazón no, el corazón se lo habían llevado a Polonia, que es adonde él consideraba que pertenecía. Una historia poética para contarla, pero bastante comprometida para la persona a la que se le pide llevar a cabo los deseos del difunto. ¿Quién se había llevado el corazón hasta Polonia? ¿Qué había hecho con él? Me imaginaba a Chopin, moribundo, agarrando de la camisa con chorreras que seguramente llevaría quien lo acompañara en el lecho de muerte y diciéndole: «Ahora mi cuerpo lo dejas en París. Arréglatelas para enterrarme en Père Lachaise, en un sitio céntrico, justo donde acabe un camino para que todo el mundo se tope de bruces con mi tumba y me pueda recordar. Pero no solo eso, sino que, una vez muerto, vas a abrirme el cuerpo y vas a sacarme el corazón. A ver cómo lo haces sin que te metan en la cárcel; espero que tengas la suficiente fuerza y los instrumentos quirúrgicos adecuados. Una vez hecho eso, lo vas a meter en un tarrito, porque en esta época no hay neveras portátiles, y, al mismo tiempo que mi corazón se va pudriendo más rápido de lo que esperabas, te vas a ir hasta Polonia. Y una vez allí, a ver cómo consigues que te den permiso para enterrar mi corazón. Muchas gracias. No sé cómo te lo voy a agradecer porque ya estaré muerto».

Las muertes son engorrosas, no deberían existir, y la gente que quiere ser recordada tras su muerte es muy pesada. Père Lachaise

era un buen ejemplo de ello. El fotógrafo de espaldas pareció indignado cuando le comenté lo que pensaba.

—No dejaron pudrirse el corazón, lo conservaron en un tarro lleno de coñac —aclaró con desprecio.

Yo no entendía nada. Para él era hermoso. El cuerpo en un lado, el corazón, en otro. Quizá él fuera el cuerpo, quizá Alessio, su corazón. Estaba en un plan muy intenso. Y me di cuenta de que tal vez fuera yo quien estuviera dejándome llevar por ese sentimiento práctico español que a veces impide cualquier tipo de hermosura. Puede que estuviese convirtiéndome en una de esos que pintan las paredes de algún color sufrido y quieren tener muebles y sofás grises o marrones para evitar que se manchen. De nuevo recordé la frase de Gaston Bachelard: «La casa es, más que el paisaje, un espacio del alma».

Se sentó a los pies de un mausoleo gótico. En silencio, con la mirada perdida.

—¿Qué te ocurre?

—Estoy hecho un lío.

Era uno de esos momentos en los que sabes que no tienes que insistir, y esperé en silencio a que me contase algo más y reconociese que amaba a Alessio en secreto. Sin embargo, no quería hablar y permanecimos los dos sentados en un bordillo, rodeados de lápidas. Él tenía sus ojos verdes perdidos y yo intentaba mirar lo que él miraba, pero no había nada. Estaba como hipnotizado. Aburrida por el eterno silencio del fotógrafo de espaldas, me dispuse a seguir con la vista el rastro de una mujer con un vestido amarillo que caminaba entre los nichos y mausoleos dirigiendo la vista a un lado y a otro. No nos vio porque estábamos sentados y nos tapaban unas flores de plástico. La mujer paró a los pies de una tumba con una estatua en alto relieve de cobre de un señor con un traje y abrigo. Era muy realista, parecía que fuese un hombre de verdad que se había caído y se había quedado ahí tendido. La mujer se tumbó encima de esa figura y empezó a frotarse con ella y estuvo así un rato. Mientras tanto, el fotógrafo de espaldas, sumido en sus pensamientos, no se daba cuenta de lo que ocurría. Cuando ella se levantó, cruzó la mirada con la mía y me guiñó el ojo con complicidad.

El fotógrafo de espaldas se levantó. Teníamos que irnos,

llegábamos tarde, y exploré la tumba donde había estado la mujer frotándose. La entrepierna de la estatua tenía una protuberancia abultada y la mujer no era la primera que se restregaba ahí, porque, mientras que toda la tumba estaba verdosa, dos únicas zonas relucían doradas como un sol mediterráneo: un exagerado pene bajo el pantalón y los labios.

Alessio no nos había convocado en ningún bar, sino en la place d'Italie.

Justo cuando empezaba a anochecer. Allí encontramos a un grupo de gente silencioso pero alegre. Alessio, con un torrente de energía, nos abrazó y gritamos de alegría. Por fin podíamos hablar con él, pero el grupo nos miró con cara de cabreo y nos llamó la atención, teníamos que hablar bajo. Ese mismo grupo se dividió en cuatro minigrupos. Unos cuantos sacaron unas lámparas frontales de las que se utilizan en espeleología y se las colocaron en la cabeza. Un chico abrió la tapa de una alcantarilla y bajó al túnel oscuro apoyándose en unos hierros sujetos a la pared en forma de escalera. Miré con terror a Alessio, quien me dijo que no me preocupara, iba a ser una experiencia inolvidable. Y nos metimos alegremente allí, en un lugar donde el destino era muy oscuro, literalmente. Caminamos por túneles estrechos llenos de barro. En ocasiones teníamos que desfilar pegados a los laterales del camino porque había agua. Afortunadamente no olía a pis. Alguna gente venía ya equipada con botas de agua, y en ninguno de los túneles por los que nos adentrábamos se veía el final. Una chica me cogió de la mano muy fuerte y oí a otro suplicando que no nos encontrásemos con algún adicto al crac que nos atacara. ¿Por qué me había metido ahí voluntariamente? El ambiente era fresco pero húmedo y se apoderaba de las fosas nasales, las mejillas y la frente, y al principio me dio la sensación de no poder respirar. Finalmente llegamos a una sala donde convergimos los diferentes grupos. Resultaba que habían organizado la gran fiesta en una de las salas de las catacumbas. Habían colocado altavoces y rayos de luces de colores iluminando ese estruendo. Alessio se puso a dar botes con su chaquetilla de pelo. La gente estaba desaforada, daba saltos, gritaba. Un chico se revolcaba por el suelo y una chica se quitó la camiseta y nos enseñó dos tetas que bamboleaban como dos balsas de aceite. Alessio me cogió de las manos al verme cohibida y

empezó a bailotear al ritmo de la música y yo no tuve otra opción que seguirlo hasta que me metí en el ambiente.

El fotógrafo de espaldas, mientras tanto, bebía una cerveza en una esquina centrado en la pista de baile. Unos sudaban, otros se besaban y yo movía los brazos en el aire mientras Alessio gritaba «aaah, aaaaaah». Y una chica con una máscara, que llevaba una coleta alta y una chaqueta de colores, empezó a agitar los brazos como yo. Estuvimos un rato así, imitando el balanceo de cada una, y terminamos riéndonos tanto que nos sujetábamos la tripa para que no doliese. Se arrancó la máscara, dejando al aire una cara un poco redonda y unos ojos rasgados.

—Es la primera vez que vienes aquí —afirmó.

Asentí y me cogió de la mano.

—Mira, voy a enseñarte una cosa —dijo.

Y caminamos las dos entre la gente al ritmo de la música tecno. Alessio nos despidió girando la cabeza de un lado a otro.

Me introduje con la chica en un túnel y estuvimos caminando un rato hasta que se detuvo e iluminó la pared con una linterna. Allí había calaveras y huesos humanos. Grité y ella soltó una carcajada.

—No te preocupes, no ha habido ningún asesinato, son huesos de por lo menos el siglo XVIII. Los trajeron de distintos cementerios de París para luchar contra las enfermedades. Hay millones, muchos de estos túneles están repletos de huesos humanos. Excavaron cientos de kilómetros de túneles bajo París. Dicen que aquí se montaban misas negras.

Se puso la linterna bajo la barbilla apuntando hacia arriba para dar miedo, como en los campamentos cuando éramos pequeñas.

—Vete a la mierda —dije.

—Perdona, perdona, pensaba que era interesante.

Me sonrió.

—Sí, sí lo es.

Sonreí también.

Volvimos a la sala del baile y estuvimos dando brincos hasta que no podíamos más y nos sentamos apoyadas en una de las paredes húmedas. Me preguntó a qué me dedicaba:

—Pues estoy haciendo una tesis doctoral.

—¿Sobre qué?

Respiré hondo.

—Heurística de la paradoja del capitalismo artístico y la Torre Eiffel.

Me quedé en silencio esperando a que me pusiese cara rara, pero no.

—¿En serio? ¡No me lo puedo creer! Yo soy profesora titular y pertenezco a un grupo de investigación que estudia los monumentos del patrimonio francés y los símbolos de Francia…

—Qué casualidad.

A lo mejor podía ayudarme a resolver dudas de mi tesis.

—Pues, ¿sabes?, estábamos buscando a alguien que supiese de ellos para contratarlo en un proyecto… —dijo mientras me pasaba un porro.

No me lo podía creer, ¿sería posible que en ese lugar encontrara el contacto que me ayudara a salir del atolladero?

—Interesante —respondí fingiendo calma—. ¿Me disculpas un momento? Tengo que ir al servicio.

Necesitaba ponerme de pie, despejarme, gritar de felicidad y también orinar.

—¿Me esperas? —pregunté.

—Sí —dijo.

Y me metí en uno de los túneles rauda y veloz. Quería bailar, quería saltar, quería abrazar. Iba iluminando el camino con el móvil y me di cuenta de que había más gente por allí: una pareja follando y otros dos poniéndose unas rayas, así que me alejé un poco más para orinar a gusto. Qué felicidad. De repente, se apagó la música, se oscureció todo, solo sonaban unos murmullos. Empecé a acercarme hacia el pasillo en el que estaba con la chica, pero allí no había nadie. No se escuchaba nada. Saqué el móvil, era difícil orientarme sin la música de fondo. Me había parecido que estaba siguiendo el mismo camino que había hecho a la ida, pero no, en un determinado momento dejé de cruzarme con gente. Por mucho que intentaba regresar al punto de origen no lo conseguía, y cada vez estaba más oscuro y tenía menos batería en el móvil. El ambiente me parecía cada vez más húmedo. Paré. Apagué el móvil. Necesitaba tranquilizarme. Escuché unos pasitos de rata cerca de mí, así que, para ahuyentarla, di unos zapatazos que retumbaron en esa oscuridad. Una oscuridad profunda, el vacío absoluto, la más grande que había visto, no como cuando tu casa está a oscuras y

siempre entra algo de luz de alguna farola de la calle. Tuve que tocarme una mejilla para sentir que no había desaparecido. Debía volver y encontrar a la profesora titular como fuese. ¿Cómo se llamaba? Ella tenía entre sus manos mi futuro. Escuché unas respiraciones. Me quedé paralizada intentando dilucidar a qué o a quién pertenecían. Eran respiraciones fuertes, rápidas. Estuve en rato callada sin moverme hasta que me di cuenta de que debía enfrentarme a ello. Encendí la luz del móvil e iluminé hacia el lugar de donde procedía el sonido. Y ahí fue cuando vi la coletilla castaña del fotógrafo de espaldas tras la cabecilla de pera de Alessio. Sí, estaba claro, estaban follando. Me miraron aterrados. Apagué el móvil y me alejé a toda velocidad. Escuché a Alessio a lo lejos gritando:

—Maribel, Maribel. Ten cuidado, Maribel.

Seguí caminando por el pasillo. Giré, fui a otro pasillo. Escuché una carcajada lejana, me di la vuelta y me dirigí hasta el fondo, donde había empezado, y continué por otro pasillo. Se escuchó de nuevo una música, mucho más lejana. Empecé a acercarme a ella y, de nuevo, dejó de sonar. ¿O quizá me había alejado tanto que ya no la escuchaba? Caminé en la oscuridad, guiándome con la mano sobre los ladrillos húmedos porque no quería gastar más batería del móvil. Anduve y anduve y sentí que se me mojaban los pies, luego las pantorrillas. Me estaba metiendo en el agua. Giré. Debía encontrar la fiesta de nuevo… y a la profesora titular. El milagro se había producido y yo me había alejado hacia un túnel oscuro y no había vuelto a aparecer. ¿Qué pensaría de mí? ¿Que me caía mal?, ¿que me estaba riendo de ella? Cualquier cosa mala, cualquier cosa que impediría que terminase la tesis. Me borrarían del mundo académico. Era urgente encontrarla. Caminé rápidamente haciendo el trayecto de vuelta en la oscuridad, dejándome la piel de los dedos en los ladrillos de la pared que me servía de guía. Y paré exhausta. No sé cuánto tiempo estuve ahí. Quería llorar, pero eso me haría perder energía.

Encontrar la fiesta ya no era importante, lo urgente era salir de allí. ¿Y si no salía nunca? ¿Y si me quedaba en los subsuelos de Francia como unos huesos más? Y me acordé de los mineros de Lille, los del desastre de Courrières, que habían estado encerrados durante días dando vueltas por los túneles. Tranquilidad. Si ellos

salieron con vida, yo también podía, alguna salida habría. Encendí el móvil y caminé y caminé hasta que noté en la pared unas escaleras semejantes a las que había bajado al principio. Las iluminé. Subí por ellas a oscuras porque no conseguía sostener el móvil sin caerme. Luego empujé con mucha fuerza la tapa de una alcantarilla, estaba muy dura. Me resbaló un pie, a punto estuve de caerme al vacío. Finalmente empujé con mucha rabia y conseguí desplazarla algo. Fui dando minigolpes hasta que alguien comenzó a dar golpes del otro lado. Entre los dos abrimos la alcantarilla y una mano me ayudó subir. Todo deslumbraba. Se estaba haciendo de día. Cuando dejé de ver borroso, comprobé que quien me había ayudado a subir era un gendarme.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien.

—¿Necesita ayuda?

—No. Estoy bien, muchas gracias.

Anduve mirando el móvil. Quería llamar a Alessio o al fotógrafo de espaldas, tenían que ayudarme a encontrar a la profesora titular. Pero el gendarme fue hacia mí.

—¿Adónde va? Está prohibido bajar a las alcantarillas —dijo sacando una libretilla—. La multa son sesenta euros.

La verdad es que muy legal no parecía la fiesta. Pagué. Recibí una llamada. Era Alessio:

—¿Estás bien?

—Sí, sí, me he perdido. Me he pegado un buen susto —respondí.

Alessio soltó una carcajada.

—¿Estás contento? —le pregunté.

—Mucho —respondió sin parar de reír.

—¿Qué ha pasado? De repente se apagaron la música y las luces.

—Sí, se suele apagar todo cuando la sala va quedándose sin oxígeno, entonces todo el mundo sale a los túneles cercanos hasta que los niveles se recuperan.

—Alessio, estoy desesperada, necesito encontrar a la chica con la que estaba bailando. ¿Dónde está la gente de la fiesta?

—Mándame una localización y pasamos a buscarte.

Estaba amaneciendo. Yo tenía los pantalones cubiertos de barro y la gente que iba temprano al trabajo me miraba extrañada. Me compré un cruasán y me lo comí contemplando la Torre Eiffel

mientras esperaba la llegada de Alessio. Fue la primera vez que pude admirarla tranquilamente. Quedaba un poco lejos, del otro lado del Sena. Tan ligera y tan pesada. No encajaba del todo en el paisaje, pero era eso lo que la hacía hermosa. No podría haber estado en ningún otro lugar. Aunque quizá ese no fuera su sitio. A unos metros de mí, un grupo de jóvenes despreocupados se desparramaban tumbados sobre una superficie de cemento cuadrada en los muelles del Sena. Un chico lánguido con gafas negras se sentaba de broma sobre una chica de pelo rizado rubio que se reía a carcajadas. Todas esas emociones eran tan frágiles…, parecía que se iban a romper. De fondo, los *bateaux-mouches* comenzaban su recorrido constante de arriba abajo cargados de turistas que hacían fotos a los chicos protegidos por su barrera de agua.

Al cabo de veinte minutos aparecieron Alessio y el fotógrafo de espaldas montados en unas bicicletas. Estaban radiantes.

—Venga, sube —me dijo Alessio.

Me monté en el sillín mientras él pedaleaba de pie. Se metieron por calles más estrechas y vacías. La gente todavía estaba despertándose y ellos hacían curvas con la bici por las calles desiertas de París embriagados por el deseo de vivir el sueño de la Ciudad de la Luz.

Por lo visto, muchos de los participantes de la fiesta habían sido invitados a continuar la juerga en casa de un amigo de una amiga de alguien a quien había conocido Alessio en las catacumbas. Había que ir al distrito cuatro. Fuimos adentrándonos por calles blancas, radiantes. Yo echaba ojeadas a las largas ventanas que daban a la altura de la calle, a través de las cuales veía las lámparas de araña. Aparcamos y entramos en un portal lujoso. Subimos en el ascensor hasta llegar a un apartamento con una terraza enorme, un salón normal y mucha gente a la que le dio igual que llegásemos. El apartamento pertenecía a un americano que no estaba allí. El que sí se hallaba en la casa era su hijo, que tenía nuestra edad y estaba pasando un mes en París para practicar su francés. Lo hablaba muy mal. Me acordé de mis primeros días en Lille. La gente bebía y reía sentada sobre la alfombra de su padre, en los sillones de su padre y bajo la parra de la terraza de su padre. Allí conocimos a amigos modernos con acentos extraños que no pertenecían a ningún país.

Una chica preciosa de ojos oliváceos y orígenes venezolanos se hizo nuestra amiga, y con ella nos fuimos enterando de quién era quién. Todos eran hijos de importantes americanos, chicos jóvenes con granos y un gran porvenir, aunque desgraciadamente nada sexis. Y ninguno de ellos era la chica a la que yo buscaba. Me senté en uno de los sofás y gasté la batería que me quedaba consultando las webs de las universidades francesas observando a cada docente, a cada investigador, para encontrar a alguien que pudiese parecerse a la chica de la máscara. Pero nada. Indagué en todos los grupos de investigación, tecleé *epistemología* y *Torre Eiffel* en researchgate.com y descubrí a otro doctorando que estaba investigando algo parecido, pero en vez de sobre la Torre Eiffel sobre Notre-Dame de París, lo que lo convirtió en mi enemigo y, al mismo tiempo, en la única persona en el mundo que podía comprenderme. Anhelaba irme a casa y meterme en la cama, pero estaba lejos. Empecé a acurrucarme entre las chaquetas de los asistentes a la fiesta para dormir. Y estaba cerrando los ojos cuando una persona me movió buscando su abrigo. Era la chica, la profesora titular.

—¡Hola! —dije con entusiasmo.

—¡Hola! —Me abrazó—. ¿Qué te ha pasado?

—Me perdí. Lo siento, me habría gustado que hablásemos más rato.

—Y a mí, pero tengo que irme, tengo un bebé y está esperando la teta.

—¿Te acuerdas de que me comentaste algo de que buscabais a alguien en vuestro departamento?

—Sí, claro. ¿Tienes un LinkedIn? Te mando la convocatoria.

—Tengo Gmail.

Ella se apuntó mi dirección, se puso el abrigo y se marchó, y yo me quedé saboreando la victoria, había ganado otra batalla.

Perdí de vista a Alessio y al fotógrafo de espaldas. Fui a la estación de Montparnasse y saqué un billete para Lille Europe. Esta vez mi presupuesto no daba para el Eurostar, sino para un tren que tardaría más de tres horas en llegar.

En el tren pensé en Alessio y el fotógrafo de espaldas. En ese momento no sabía que tardaría mucho tiempo en volver a verlos en persona. Durante meses me llegarían fotos de la vida de los dos en

París mientras Alessio, que ya había firmado con una multinacional, preparaba un disco, y el fotógrafo de espaldas, que había cambiado de tema de trabajo, realizaba series de fotos de objetos calcinados en distintos lugares del mundo.

23

Nada más llegar de la fiesta de París me puse a preparar mi propuesta para el comité del laboratorio de excelencia al que pertenecía la profesora titular. Ser contratada allí supondría no solo que me pagarían por trabajar en mi tesis doctoral, sino que pertenecería a una institución de prestigio, un Labex francés, nada menos, lo que me abriría muchas puertas. Conseguir entrar en ese centro de investigación sería como entrar en Francia de una vez por todas.

En cuanto a Guillaume, ahora, aparte del centro de acogida, del Samu y de su trabajo en la recepción, había encontrado tiempo para dar clases de apoyo escolar a niños desfavorecidos. Nuestra cama parecía cada vez más una cama caliente, no por el sexo, sino porque era muy difícil coincidir. Éramos como compañeros de piso que pagaban por compartir un colchón. Las primeras semanas aprovechábamos cualquier momento para amarnos, pero el cansancio había empezado a hacer mella en nuestra relación. Un día llegó tan tarde que coincidió con el momento en que estaba haciendo el café del desayuno. Le preparé unas tostadas y se las comió mientras miraba de reojo apuntes que iba tomando de distintos libros y autores.

—¿Qué tal lo llevas? —preguntó.

—Bueno, tengo la sensación de estar llegando a algo. Todavía no sé el qué, pero a algo…

—Está bien, muy bien. Ojalá yo pudiese dedicar tiempo a la investigación.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Nada, no quería decir nada.

—¿Piensas que soy una egoísta por querer hacer esta tesis?

—No quería decir eso, perdona.

Pero ya estaba dicho, o lo había dicho yo, lo que me reconcomía

por dentro. El espíritu elevado y limpio de Guillaume, lo que me había atraído de él, era justo lo que empezaba a separarnos.

—Me voy a dormir, estoy muy cansado.

No obstante, antes de lo que esperaba, me comunicaron que mi propuesta para el contrato del laboratorio de excelencia había sido aprobada por dos lectores externos. Un sentimiento frío me recorrió de arriba abajo. Habían tomado en cuenta la calidad de las referencias, el plan propuesto y su adecuación a los objetivos del laboratorio. Ese día compré una botella de champán para celebrarlo y preparé una tortilla de patatas. Guillaume hizo el esfuerzo de venir un rato. Se relamía, nos rozábamos las manos. El mal tragó pasó, habíamos sobrepasado nuestro primer conflicto de convivencia.

Ahora quedaba la presentación oral de la propuesta ante el comité del Labex.

Me cité con Paula por FaceTime para que me aconsejara. Iba a ayudarme a elegir la ropa para mi audición. Se había cortado el pelo y estaba muy morena. Me comentó que había ido a la playa todos los días desde que nos separamos. Tenía varias cosas en mente sobre la ropa que recordaba que tenía, entre ella varias camisas. Luego me mandó el *link* de una chaqueta negra de Zara que pensaba que me daría un aspecto serio. Paula no dejaba de ser la que era, sabía perfectamente manejarse en esas aguas turbulentas a las que yo estaba a punto de lanzarme de cabeza y de las que ella había escapado sin mirar atrás.

—Disfruta —me dijo—. Va a ser la primera vez que expongas tu tesis y que la gente entienda de qué estás hablando.

Luego tuvo que cortar rápidamente porque había quedado con el grupo de acróbatas para practicar algunos trucos con el diábolo.

Llegó el momento en que ya estaba todo preparado: mi discurso aprendido de memoria, la chaqueta negra en el respaldo de la silla, la camisa de color menta pálido planchada y colgada en el armario… y se me cayó el mundo encima. ¿Tenía que ser simpática, agresiva, servicial o mostrar iniciativa? Las entrevistas de trabajo siempre me habían resultado irreales, igual que cuando en los cursos de idiomas nos hacían escenificar una situación que nos serviría en un futuro. En las entrevistas de trabajo, alguna chica con pendientes de perlas y con el pelo perfectamente peinado te miraba

a los ojos y te preguntaba: «¿Cómo te defines?». «Bueno, soy una persona muy proactiva, sé trabajar en equipo». Y ella, sin decirte nada, apuntaba algo en un papel con cara de que eso no le había gustado. Pero aquella no era una entrevista de trabajo, sino algo diferente, tendría que debatir con diferentes miembros del comité sobre mi propuesta.

—No sé si estaré a la altura —le dije a Guillaume.

—No tengas la autoestima tan baja. Sabes muchas cosas.

Era verdad, necesitaba subir mi autoestima antes de la presentación, así que me zambullí en YouTube buscando algún consejo. Una mujer americana muy maquillada aconsejaba adoptar posturas de poder antes de dar una charla ante el público porque las posiciones de poder hacían que el poder entrase de fuera hacia dentro. Por ejemplo, recomendaba abrir mucho los brazos hacia arriba y respirar hondo.

La comisión se reunía en París, en una de las salas de la Universidad de la Sorbona, por lo que tuve que viajar allí por tercera vez. Mientras esperaba en los pasillos blancos de Paris 3, delante de la sala donde hacían las audiciones, abrí los brazos todo lo que pude, todo lo que me permitía la chaqueta de traje de Zara. Unos alumnos que esperaban sentados en el suelo y reían entre clase y clase se extrañaron. Me acordé de cuando era como ellos, no hacía tanto.

Pasamos a la segunda ronda diez doctorandos, de los cuales solo uno podría ser contratado. De repente la puerta se abrió y de allí salió al pasillo el chico al que habían citado para la audición antes que a mí. Un chico rubio de ojos azules que llevaba una carpeta de cuero; uno de esos que han pasado su adolescencia sin ningún trauma evidente pero luego se vuelven alcohólicos. Me miró a los ojos estrechándome la mano. Me recordó a los partidos de tenis, en los que dos contrincantes que seguramente han competido desde niños se saludan. Era una mano que se da como un autómata, como el aplauso de las bailarinas a la profesora al final de la clase de *ballet*. Se cerró la puerta. Tras ella se oían las voces ininteligibles de los que decidían. El chico se marchó con sus zapatos relucientes resonando en los pasillos.

Me senté en una silla de plástico situada al lado de la puerta intentando abrir un cierre de la mochila donde llevaba el

ordenador. No sabía muy bien por qué la abría y la cerraba. Mis dedos no paraban de moverse. Pensé en lo bien organizada que llevaría su carpeta de cuero el anterior candidato. En mi mochila, en cambio, las cosas habían caído dentro en un azar incierto. El orden de la entropía del universo desordenaba todo lo mío, desde el interior de la mochila hasta el último de los pelos de mi cabeza. Las posturas de poder se me olvidaron, y debía de estar tan encorvada que mi cabeza no salió rodando por el pasillo de milagro. La chaqueta negra me tiraba en la espalda. Los nervios, ese momento de ensimismamiento en el que todo el cuerpo está reaccionando. Toda la vida examinándome y nunca había llegado a acostumbrarme.

Y en ese momento salió un hombre larguirucho con una camisa de lunares bajo la chaqueta. Estaba a un paso de parecer más un músico de una banda de mambo que un catedrático de una universidad francesa. Se presentó, era *monsieur* Levoin. Un hombre mayor pero con algo ágil, de joven, en sus movimientos, y con una sonrisa agradable. Era de esos hombres que se están quedando calvos y a los que les quedan en la cúspide de la cabeza unos pelos que les nacen hacia arriba reivindicándose. La sala a la que me hizo pasar era pequeña. Había una mesa rectangular, grande y blanca, llena de papeles y dosieres, y alrededor de la mesa, rozando la pared, estaban sentados los examinadores. Todos disponían de una pequeña maletilla de ruedas al lado igual que la de *monsieur* Lemaître. Los profesores de universidad eran los nuevos nómadas, corriendo con sus maletillas de una estación a otra. Todos eran hombres menos una mujer pequeña vestida de tonos oscuros sobre la que ya me previno la profesora titular de las catacumbas.

—No te preocupes por ella, es del Departamento de Derecho, y aquí ese departamento no tiene fuerza.

Los saludé. Dos me miraron, el resto leía papeles. Saqué el ordenador de las profundidades de mi mochila. Aspiraba a ilustrar mi intervención con un powerpoint. Hay dos palabras que en el mundo de la investigación provocan un casi perverso placer: una es PowerPoint y la otra es Excel. Cualquiera de esas dos palabras puede acabar con cualquier atisbo de felicidad en mi alma, pero generan la emoción de los académicos. Inesperadamente, el conector del proyector no se ajustaba con la entrada de mi

ordenador. Durante cinco minutos estuve intentando solucionar el problema. Los miembros del jurado empezaron a levantar una a una sus cabezas hacia mí con tedio. No podía enseñarles lo que había estado preparando los últimos días. Ellos reaccionaron con indiferencia ante mi pánico. Decidí salir adelante sin el ordenador, contando de viva voz ese discurso que tantas veces había ensayado. Tuve la sensación de que las palabras salían de mi boca sin estar yo ahí mientras mis ojos se hacían una panorámica de la situación: ellos leyendo sus papeles y, de vez en cuando, mirando hacia mí mientras reflexionaban sobre algo de sus vidas.

Un hombre delgado con la cara alargada realizó la primera intervención. Parecía la versión alargada, deformada por un espejo, de otra persona que tendría unas proporciones normales.

—¿Puede hacer una presentación de sí misma? ¿Por qué quiere este puesto? La última persona que trabajó en esto acabó deprimida. —La mirada de otro profesor hizo que este rectificase—. Bueno, deprimida no, era su carácter. ¿Podrá trabajar sola?

Esas preguntas fueron fáciles, salí airosa. La segunda parte tenía que ver con mi proyecto. Un hombre de ojos pequeños y redondos como dos canicas me observó con interés. Tenía la nariz grande y aplastada, como si estuviera hecha de plastilina, y llevaba el pelo teñido de un color entre el moreno castaño y el pelirrojo. Se presentó como *monsieur* Louessard. Seguramente acudiera siempre a la misma peluquería, y allí le habían hecho una ficha con su tinte especial. Me imaginaba a una peluquera gritando: «Sacadme el tinte de *monsieur* Louessard, el número 33».

—Me han interesado las partes de sus subpartes, estaban muy bien organizadas.

—Es cierto, unas bellas partes y subpartes —susurró otro.

Inflé el pecho orgullosa.

A su lado había otro profesor con ojos azules cuyo desprecio hacia mí había sido profundo desde que atravesé la puerta. Se trataba de *monsieur* Abeil, que podría haber sido guapo si no le hubiese ocurrido algo que le había causado mucho resquemor y lo había convertido en alguien con un semblante odioso. Ya me habían avisado sobre su actitud.

—¿Podría incidir sobre el concepto del proceso de la destrucción creadora y su influencia en la concepción de la Torre Eiffel?

Mis palabras volaron. Tuve la sensación de que nadie las había escuchado, ni siquiera yo misma. Tuve la sensación de no haberlas pronunciado nunca.

Terminé, ellos levantaron la mirada.

—Muchas gracias, ya puede irse. Mañana le comunicaremos nuestra decisión.

Se había terminado aquel suplicio. Había concluido sin ninguna eclosión ni fuegos artificiales. Al salir había una chica esperando en la misma silla en la que yo había estado sentada. Le di la mano, le deseé suerte. También llevaba una chaqueta de traje negra, su camisa era de color rosa palo. Detrás de la puerta se escucharon murmullos y progresivamente gritos. ¿Eso habían provocado mis palabras? Me fui por el mismo pasillo por el que mi rival de zapatos relucientes se había marchado.

Decidí darme una vuelta antes de coger el tren de regreso a Lille. Bajé por la rue Mouffetard, donde los vendedores de quesos gritaban teatralmente las cualidades de sus productos. Fui a comprarme uno de esos pastelitos que siempre contemplaba en los escaparates de París para comérmelo a orillas del Sena. Pero, a medida que me aproximaba, cada vez había más gente arremolinada. El ambiente era caótico, la policía no nos dejaba avanzar y los turistas alzaban sus móviles al cielo. Se escuchaban las mismas exclamaciones en distintos idiomas: «Increíble», «Qué tristeza», «El símbolo de Francia».

Al elevar la vista hacia donde todos los móviles apuntaban lo vi: la catedral de Notre-Dame estaba quemándose. Los turistas intentaban acercarse lo máximo posible para inmortalizar esa obra en llamas, como en las Fallas de Valencia. Se sentían orgullosos y aterrorizados de poder ver por última vez algo que había costado tanto crear: la destrucción creadora. En la calle contemplábamos paralizados la enorme llama naranja esperando que algo más ocurriese.

A mi regreso a Lille, Guillaume hacía algo novedoso: veía la televisión sentado en el sofá. Me relajé, por fin. Miraba fascinado en la pantalla cómo Notre-Dame de París ardía.

—Nunca pensé que ocurriría algo así. —Silencio—. ¿Cómo te ha salido?

—No lo sé.

Guillaume me sirvió una copa de vino y nos acurrucamos mientras pasaban en bucle la imagen de la aguja de la catedral cayendo y evaporándose entre el plomo y el fuego. Nadie quería admitir que verlo era liberador, sublime, como si los cataclismos tuviesen algo de hermoso.

El fotógrafo de espaldas, que ahora hacía fotos de objetos calcinados, tuvo en Notre-Dame su campo de trabajo perfecto. Consiguió saltarse todas las medidas de seguridad y hacer una foto del interior. Gloriosa. Mística. Todos los diarios incluyeron esa fotografía en sus reportajes sobre la catástrofe.

Al día siguiente recibí una llamada del director de la comisión mientras estaba trabajando en Le Relax.

—Tengo una buena noticia y otra mala. No le voy a dejar elegir por cuál empezar. La buena es que quedó usted la primera.

Grité de ilusión.

—Pero justo cuando estábamos firmando el acta nos comunicaron que se había incendiado Notre-Dame. Así que, dadas las circunstancias, se ha decidido dar prioridad a la investigación que está realizando otro compañero sobre Notre-Dame. Tiene usted que entenderlo, Notre-Dame es el símbolo de Francia.

—Pero ¿no lo era la Torre Eiffel?

—Ahora es Notre-Dame.

No dije nada. El sabor de la injusticia flotaba en el aire.

—En estos momentos, para los medios de comunicación de todo el mundo es Notre-Dame, y en investigación también es importante estar atento a la opinión pública, realizar proyectos que puedan atraer más subvenciones. Estar a la moda.

—Ya —dije intentando aparentar comprensión.

—Entiéndame, si se hubiese derrumbado la Torre Eiffel, habría sido usted la escogida. Ha quedado usted segunda de los diez candidatos. Si su compañero rechaza el puesto, la financiación será para usted.

—Ya.

Deseé que a mi contrincante alguien lo empujase sin querer a las vías del metro, que casualmente se electrocutase utilizando el secador en el cuarto de baño o que ganase un billete de lotería y decidiese no volver a trabajar. Cualquier cosa para poder acceder a esa financiación.

En cuanto colgué el teléfono husmeé con mi móvil informaciones sobre el candidato seleccionado. Había creado un sitio web dedicado a él y a sus investigaciones con *links* a sus cuentas de Twitter e Instagram. En una exponía opiniones y retuiteaba *links*, todos relacionados con cuestiones de patrimonio, que, a su vez, eran retuiteados por otros investigadores centrados en ese tema. Todo era muy específico. Leí su biografía: Liceo Henri IV, estudios de *prépa*, admitido en la École Normale Supérieure… En la página principal había una foto de él, había pagado a un profesional para hacerla, el fondo era gris y neutro, vestía un traje de chaqueta, la sonrisa irónica, la mirada segura, parecía mayor para su edad, no físicamente, sino en su forma de vestir y su determinación. ¿Cómo un chico que todavía no había cumplido los treinta había invertido tanto tiempo en hacerse una imagen perfecta de «experto en gestión de patrimonio y documentación de archivos municipales e investigador»? Eso requiere cierta pasión. ¿Cómo a esa edad no había querido invertir en cosas como intentar ser estrella del *rock*? Albergaba el espíritu de alguien reencarnado que seguramente no quería cometer los errores del pasado.

—Ejem.

Ese era el sonido que hacía Hubert cuando estaba distraída. Tenía el mismo significado que si me hubiese gritado: «¡Deja el puto móvil y ponte a trabajar!». Abandoné el teléfono sobre la barra, abatida.

—¿Qué ocurre? —me preguntó.

—He quedado segunda, no he conseguido la financiación.

—¿En serio?

Asentí cabizbaja.

—Pero es increíble. ¿Sabes lo difícil que es eso? —Me dio un abrazo—. ¡Has quedado la segunda!

—¡He quedado la segunda! —celebré.

—¡Y si le pasa algo al primero, el puesto es tuyo!

—Sí, ¡qué bien!

—Qué bien.

24

Después de todos esos acontecimientos, *monsieur* Lemaître me citó una tarde de principios de mayo en una cafetería que se inspiraba en la Fórmula 1. Los asientos habían pertenecido a coches antiguos, hasta podías ponerte el cinturón de seguridad, y algunos tenían la palanca de cambios al lado. Mi director de tesis miraba alrededor entusiasmado.

—Me gusta este bar —dijo mientras se apoyaba, redondeando la espalda, sobre el asiento del conductor de un Ferrari.

Yo ya estaba resignada a mi destino, y eso me hizo sentirme más relajada que nunca.

—No he conseguido la financiación.

—Ya lo sé —respondió pegándole un trago largo a su cerveza.

Me sorprendió que el rumor hubiese llegado a sus oídos. La universidad era como un gran palacio cortesano.

—Aun así, dejó a algunos miembros muy impresionados. Mire, he visto que ha sido usted persistente como me había prometido, así que acepto continuar dirigiendo su tesis.

—Es injusto —murmuré.

—Así es este mundo, todo se rige por modas, hasta el pensamiento. Sin embargo… —Paró un momento para pegar un sorbito a su cerveza—. Tengo algo que proponerle.

Monsieur Lemaître me ofreció sustituirlo en algunas de sus clases durante su estancia de investigación en una universidad de Tailandia. Me harían un pequeño contrato de *vacataire*, de sustituta, que podría compaginar con mi trabajo de camarera. Así pues, tenía una semana para preparar un curso sobre Cultura Visual y Patrimonio Digital.

Nada más llegar a casa me quité la ropa de trabajo, me puse un vestido, me solté el pelo y me pinté los labios. Quería celebrarlo con

Guillaume, aunque solo tuviese una hora. Pero que esa hora fuese perfecta.

Lo esperé leyendo y tomando una copa de vino blanco en una postura muy vistosa y poco cómoda. Cuanto más bebía menos me enteraba de lo que pasaba en la trama. Guillaume llegó empapado. No se dio cuenta de mi puesta en escena. Fue corriendo a buscar una toalla. Otros dos chicos entraron en el salón. Les había caído una tromba cuando iban en bicicleta.

—Son compañeros de voluntariado.

También estaban empapados. Les saqué ropa de Guillaume para que se cambiaran y unas cervezas. Contaron anécdotas graciosas, cosas que había hecho Guillaume. Me enseñaron fotos de su día a día. Había mucha gente sonriente, tenían muchas actividades. Yo no sabía nada de esa gente ni de esos lugares.

—No paras, es admirable —le decía uno de ellos a Guillaume.

Llevaba unas gafitas redondas muy pequeñitas que se le resbalaban por la nariz, y tenía que ir subiéndoselas constantemente con el dedo.

—O sea, que después del centro vas a dar clases… —inquirió el otro, que llevaba media cabeza rapada.

—Sí, bueno, y después de eso estoy haciendo visitas en prisiones, y luego voy a un comedor social y luego, Maribel.

Los otros dos asintieron.

¿Y luego, Maribel? Me quedé petrificada. Me levanté y fui al cuarto para pensar con tranquilidad.

¿Y luego, Maribel? Yo no era una novia, no estábamos conviviendo. Era otra inmigrante a la que echar una mano. Guillaume me estaba ayudando, como a todos los demás.

Entró en la habitación.

—¿Qué ocurre?

—Me estoy equivocando en todo. —Guillaume no parecía entender lo que le decía—. Pensaba que mi vida había avanzado, pero no, estoy igual que antes de marcharme de Madrid. De nuevo en las casas de los demás.

25

Lo primero que hice a la mañana siguiente fue dirigirme a Collard Immobilier. *Madame* Berlane atendió a cualquier persona o a cualquier tarea antes que a mí. Creo que hasta debió de responder algún *e-mail* de algún primo segundo o algo así que llevaba años evitando contestar. Pero no desistí. Desde una silla de plástico observé cómo ella tomaba unas notas de un libro de cuentas, cambiaba el tóner de la impresora o se pasaba un rato largo separando unos folios blancos para que no se pegaran entre ellos.

Terminó mirándome de soslayo.

—¿Qué quieres?

—Disculparme por lo que le pasó al abogado parisino.

—Ok, ya estás disculpada. Ahora, vete.

—Quería disculparme y pedirle que me buscara un estudio.

—¿Por qué voy a hacer eso? No has sido una buena inquilina, no queremos a gente como tú en Collard Immobilier.

La luz verde de la fotocopiadora la iluminaba intermitentemente mientras hacía fotocopias. Estaba claramente enfadada.

—De verdad que lo siento…

—Ya lo sé.

—Quería hacer la tesis.

Madame Berlane se marchó hacia su mesa y empezó a dar golpecitos a los folios para que quedaran perfectamente alineados. Saqué la foto que había encontrado en el piso, aquella en la que ella aparecía joven y con ojos alelados. La deslicé sobre la mesa.

—Imagino que querría tenerla.

Madame Berlane dejó de dar golpecitos al paquete de folios; los colocó en la mesa y se sentó. Miró la foto con ternura, aunque rápidamente volvió a su ser. Supe que verse a sí misma de joven con esa cara de estar con los sentimientos a flor de piel la había

conmovido por dentro. Yo la conocía mejor que ella a mí, para algo me había pasado días siguiendo todos sus movimientos.

—Yo es que… estaba muy enamorada —dije.

—Oh, ¿quién no ha estado enamorado? —respondió con cinismo.

—Estaba muy enamorada… de dos hombres —respondí añadiendo un toque melodramático.

—Oh —volvió a responder *madame* Berlane incorporándose hacia mí.

Viendo que ese tema le interesaba, decidí profundizar en él. Le conté mi historia con Felipe y el encuentro con Guillaume. Ella se soltó el pelo de la coleta y me prestó más atención. Ahondé en cómo Felipe me había hecho sentir terriblemente sola, terriblemente marginada, profundamente humillada. Y de repente había vuelto a mi vida justo cuando ya estaba empezando una relación con otro chico. Quizá exagerara un poco, pero cuanto más hurgaba en la herida, ella más cerraba los ojos entendiendo.

—En el amor se hacen muchas tonterías —respondió comprensiva.

—Muchas —respondí yo cerrando los ojos—, y tengo la sensación de que hasta que no tenga un sitio decente donde vivir, un sitio mío, no dejaré de hacerlas.

—Veré lo que puedo hacer —me dijo.

Al día siguiente me ofreció un estudio en el Vieux Lille. A un lado había una floristería, al otro, una panadería. Era el primer apartamento que me había enseñado, el que nunca llegué ni a visitar porque ni siquiera me habían respondido al teléfono. Dejé el equipaje dentro. Para inaugurar mi nuevo hogar, compré unas sábanas blancas con florecitas rojas, una sartén antiadherente multicapa efecto piedra y una dracena de hoja fina en la floristería, donde me aseguraron que daría un toque exótico y natural a cualquier rincón. Colgué el póster de *Al final de la escapada*, que ya tenía casi más partes rotas y celo para repararlas que trozos de la imagen real de
Jean-Paul
Belmondo y Jean Seberg. Mi casa tenía solo cuatro rincones, pero ya estaba a un paso, rozando con los dedos, de una verdadera vida francesa. Solo tenía que empujar un poco más. Venga, un poco más.

Estaba encajando.

Y por fin llegó el día de impartir mi primera clase. Me puse exactamente el mismo traje que me había aconsejado Paula para la audición. En un bolso metí el ordenador. El aula se encontraba en la misma facultad donde había acudido a los primeros seminarios. Todavía no habían borrado la pintada, LES TEMPS MODERNES SONT SI DURES, de los muros del edificio de hormigón. Nadie me esperaba, no tenía que fichar en ningún lado, solo dirigirme al aula F08. La puerta estaba abierta, encendí las luces, que iluminaron las mesas y las sillas vacías. Podría haber sido una extraña, cualquiera que de repente fingía ser profesora. Encendí el ordenador, me pedían una clave, fui corriendo por los pasillos como una loca buscando a alguien que la supiese. Encontré a una bedel mayor que rezumaba olor a tabaco y alcohol matutinos y me la proporcionó.

Encendí la pantalla y el proyector, abrí el PowerPoint, pasé las diapositivas comprobando que estaba todo bien y me senté un momento a esperar. Apareció un alumno.

—Buenos días.

—Buenos días —dijo de una manera que daba por supuesto que era otra profesora frustrada más.

Y poco a poco fueron llegando, sentándose, examinándome.

—Buenos días, mi nombre es Maribel Acón.

Los alumnos empezaron a apuntar en sus ordenadores. Era extraño, nunca nadie había anotado mi nombre ni nada de lo que dijese, pero esa gente estaba obligada a escucharme, a escribir mis palabras en sus cuadernos.

Terminé la clase en estado de euforia. No porque la clase hubiese ido muy bien, sino porque si me hubiese tirado en paracaídas desde más de tres mil metros de altura no habría estado tan nerviosa. La adrenalina me hacía sentir más viva que nunca. Caminaba a toda velocidad por los pasillos. Después de eso, me bebería todas las cervezas de Le Relax. Y de pronto, un rumor llamó mi atención. Era un rumor conocido, que me atrajo como la melodía del flautista de Hamelín. Venía de un aula, de una puerta entreabierta. Era *madame* Brutin: los pañuelos en la cabeza, la falda vaporosa, el olor a pachulí. Los alumnos la escuchaban en silencio concentrados, como los niños de Hamelín a los que ella se llevaba a

otro lado.

La sustitución de *monsieur* Lemaître acabó pronto, el año académico había finalizado, pero gracias a esas clases puse un pie en el departamento y empecé a asistir a coloquios, seminarios y congresos. Fui adentrándome en ese mundo que había parecido infranqueable. Observé a los académicos. Los veía pasar mucho tiempo sentados escuchando ponencias y clases magistrales. Cada uno había encontrado su postura de escuchar, la postura con la que lanzarse al vacío de su mente. Unos se sentaban rectos con las manos sobre los muslos, otros entrelazaban los dedos por delante de la barriga. Otros, en cambio, apoyaban las manos sobre los reposabrazos y miraban al cielo como comprendiendo que, como decía Newton, «Lo que sabemos es una gota, lo que ignoramos es un inmenso océano». Otros sostenían papeles y dirigían directamente al ponente los ojos entornados. Yo también había encontrado una postura de escuchar, que consistía en tener un bolígrafo en la mano y estar siempre a punto de tomar nota de algo que estaban diciendo.

Gente inteligente me hablaba con inteligencia, los profesores respondían a mis sabias preguntas. Incluso llegó un momento en el que nada era extraño: hablaba a la gente sin pensar que tenía otro acento y la gente tampoco se sorprendía al escucharme. Conseguí que me invitaran a una mesa redonda en la Sorbona y debatí con profesores con pelos cortados a tazón, gafas de montura gruesa y jerséis de cuellos vueltos de color negro. Y me miraban reflexivos e interesados. Y, poco a poco, empezaba a acariciar ese país para adultos que era Francia: el buen vino, la buena ropa, los buenos resultados, la eficacia, todo lo que de joven me quitaba libertad lo empecé a apreciar en Francia.

Y, sin embargo, mi tesis seguía parada. Cuando me sentaba delante del ordenador era incapaz de encontrar sentido a todas esas notas tomadas en mis ratos de trabajo en la biblioteca. La Torre Eiffel tenía ciento treinta y dos años. Para subir a la punta había que pagar veinticinco euros. La pintan cada siete años, no siempre del mismo color. El verdadero apellido de Alexandre Gustave Eiffel era Bönickhausen. La llamada *torre Eiffel* era también una postura sexual en la que dos hombres estaban delante y detrás de una mujer que se situaba en medio, mientras los hombres acercaban sus

cabezas para emular la forma de la torre. Empecé a tener insomnio. ¿Por qué no conseguía avanzar?

Guillaume y yo habíamos decidido tomárnoslo con calma, ir poco a poco, conocernos. Según él, «había exagerado mogollón» (y dijo *mogollón*, en castellano, lo debía de haber aprendido de mí, no sabía que lo decía tanto). Sin embargo, estaba claro que necesitábamos tiempo para encajarnos, para no tener más malentendidos. Éramos algo más que unos simples amantes ocasionales, pero algo menos que unos novios. Una noche en la que le acariciaba el vientre mientras intentaba dormirme, Guillaume me dio la clave:

—Quizá tengas que hacer la tesis de algo que sea más cercano a ti. No sé, algún símbolo de Madrid.

Pensé en el Pirulí, en la Puerta del Sol y en el edificio Metrópolis, pero tampoco me sentía inspirada. Repentinamente, sonó el teléfono y recibí la peor de las noticias.

26

Volví a Madrid. Mi abuelo estaba enfermo. El cielo azul de principios de julio me dio en los ojos como un puñetazo, las personas con las que me cruzaba hablaban alto y reían. El conductor del autobús que llevaba al hospital circulaba entre las calles con dulzura, giraba el volante, giraba la cabeza, giraba todo el cuerpo. Lo peor, cuando ocurre algo muy malo, son los momentos de en medio. Después de la llamada o cuando esperas la llamada, mientras vas en coche o aguardas en la sala de espera.

En el hospital los médicos confirmaron lo que nunca creí que ocurriría, mi abuelo se moría. Ya sabía que tenía que ocurrir alguna vez, pero siempre se tiene la esperanza de que no. Mi madre me dijo que habían decidido no operarlo, estaba muy frágil. Sufría pero intentaba no aparentarlo. Cuando entré en la habitación lo vi descansando en una butaca mirando hacia la pared. Él, que siempre estaba armando ruido y agotando a cualquiera que estuviese a su alrededor, estaba ahora en una esquina del cuarto, sentado en una butaca en silencio. Miraba hacia una pared blanca. La butaca estaba situada detrás de un armario ropero metálico que lo tapaba un poco. Llevaba puesto un camisón blanco y una bata azul claro del hospital. Estaba muy delgado, y en la mano sujetaba uno de los vasos naranjas que le había comprado mi madre cuando dejó de ver los transparentes. Era muy raro verlo así, sin decir nada, sin hacer nada, en la esquina, callado y esperando a que llegase. Tenía ganas de abrazarlo, pero no lo hice porque nunca lo había hecho. Él nunca había sido cariñoso. Abrazarlo habría sido como darle a entender que se moría. Llevaba unas gafas con cristales supergruesos. Pero ¿cómo podía haber cambiado tanto en tan poco tiempo? Él, que subía y bajaba las cajas de la tienda con las dos manos, atendía a todo el mundo y hacía las cuentas. Me senté a su lado y me dijo:

—¿Ves las luces de la ciudad a través de la ventana?

—Sí.

—Pues yo no.

—Pero es por la posición en la que estás sentado. Así solo se ve el cielo oscuro.

Se puso unas gafas más pequeñas sobre las gafas supergruesas, cogió un periódico e intentó leer. Luego me lo pasó.

—Ve a las páginas de «Economía» y dime cómo está el IBEX 35.

Por una vez me hizo ilusión que siguiese siendo tan tacaño. En este caso, demostraba esperanza. Cuando cayó dormido salí a dar una vuelta por el hospital. La sala de espera olía a mandarina, había unas cáscaras sobre una silla. El televisor estaba encendido y dos viejos lo miraban desde sus sillas de ruedas. Emitían reposiciones de los años ochenta, y llegué en el momento en el que dos bailarinas de trajes dorados se quedaban en tetas mientras cantaban una canción.

—Y ¿cómo es Francia?

Fue una de las últimas preguntas que me hizo mi abuelo.

No supe qué responderle. ¿Cómo era? Me había perdido sus últimos meses de vida para conocer Francia y solo sabía que las mañanas eran muy silenciosas y que cuando terminabas de secarte el pelo no se oía nada. Sabía que los marcos de las ventanas eran de madera y que el papel higiénico de los baños de los bares solía ser de color rosa y con relieves. Y que las panaderías tenían un olor cálido y los cerrojos de las puertas daban dos vueltas.

27

La visita que pensé que duraría una semana al final duró dos meses. Mi abuelo falleció, y lo malo de las muertes es que no solo hay que lidiar con la pena, sino con la transición a un mundo nuevo. Había que cerrar la mercería que mi abuelo había mantenido abierta en honor a mi abuela.

En el mostrador todavía había un cuaderno con anotaciones de productos del almacén y, sobre un perchero, una chaqueta de pana negra que debía de llevar el día que empezó a sentirse mal. Tenía que vender el local. Era un negocio en constantes números rojos y debíamos pagar algunas deudas y remodelar la casa en la que había vivido. Los primeros días en Madrid fui recordando cosas que pertenecían a mi vida anterior, como que para llegar a Embajadores podía coger el autobús C o el 41, o que la alineación de paradas de metro de la línea 3 es: Callao, Sol, Lavapiés, Embajadores…

Sin darme cuenta, me estaba despidiendo mentalmente de Collard Immobilier, de Le Relax, de los canales de agua de la Citadelle donde paseaba con la bici, de la lavandería… Intenté continuar trabajando en mi tesis doctoral, pero la muerte de mi abuelo me había supuesto demasiada carga emocional.

Conseguimos vender el local de la mercería. En su lugar iban a abrir una cafetería minúscula donde jóvenes con barba y ordenador se apretarían para conectarse a internet y tomar capuchinos con corazones dibujados en la nata. Sin embargo, nos habían pedido que el espacio estuviese vacío. Pasé días enteros sacando las cajas del almacén y retirando la mercancía de las estanterías. El suelo se iba llenando de bragas, sujetadores y pantis. La ropa interior se iba acumulando y formando una especie de montaña. Aunque seguíamos en contacto, la verdad es que las llamadas con Guillaume se fueron distanciando.

Mi cuenta bancaria francesa empezó a cobrarme comisiones.

Tenía que cerrarla, pero era lo único que me quedaba de mi vida en ese otro país. Era como un vínculo sentimental, una especie de cordón que me confirmaba que lo que había vivido era real.

Un día de los que estaba en la tienda de mi abuelo tirando y guardando cosas antes de que empezaran la obra, llamaron por teléfono. Era el fontanero, que iba a venir a arreglar los calefactores. Apunté la cita en un papel. Luego apunté la lista de la compra del supermercado en el mismo papel. Cuando lo cogí, me di cuenta de que era el índice de mi tesis doctoral. Ahí estaba esperándome: *Heurística de la paradoja del capitalismo artístico y la Torre Eiffel*. Dejé el papel a un lado y seguí bajando cajas de plástico de las estanterías. Bragas de encaje, de satén, de algodón cien por cien. ¿Qué haría con tanta braga? Me había quedado hasta tarde en la tienda. Era una noche de finales de verano. Hacía mucho calor y de repente cayó una tormenta. Había rayos en el cielo. Salí a la puerta y estuve admirando el espectáculo. Al cabo de un rato entré de nuevo y me tumbé sobre la enorme montaña de ropa interior. Pensé en mi abuelo, en Paula, en Hubert, en *madame* Brutin, en Felipe, en el paseo en bicicleta con Guillaume. Recordé sus palabras sobre mi tesis doctoral:

—Quizá sea un tema demasiado distante para ti.

Miré a mi alrededor y de repente lo vi claro. No era distante. Ahí estaba. Había estado conmigo desde hacía mucho tiempo, desde que, cuando era pequeña, empecé a ayudar a mis abuelos en la tienda. Observé con atención la ropa interior que habían vendido mis abuelos. Medias de licra de mujer con motivos de pequeñas torres Eiffel. Sujetadores con torres Eiffel en la zona del pezón. Un tanga que era una Torre Eiffel entre las nalgas. Busqué el papel donde estaba el índice y empecé a trabajar sobre él. Eliminé algunos términos e incluí otros nuevos. Elaboré un nuevo título: *Estética y teoría del erotismo obsceno en la representación kitsch del arte moderno: el caso de la Torre Eiffel*.

Escribí a mi director de tesis, *monsieur* Lemaître, que se mostró entusiasmado ante el nuevo recorrido que tomaba mi investigación. Convinimos una cita para hablar de ello en quince días y compré un billete de avión. Estaba claro, todavía no sabía cómo era Francia, tampoco España, ni cuál era mi lugar, pero por fin sabía de qué iba a tratar mi tesis doctoral.

Notas

[1] Pero Pedro estaba allí con la luna verde / la abrazó sobre las cajas / sobre las cajas de nitroglicerina. < <

[2] Buenas tardes, bienvenida. < <

[3] ¡Acuéstate, acuéstate! < <

[4] De hecho, realmente, llego tarde, debo darme prisa. < <

[5] ¿Cómo están esos enamorados? < <

[6] Visité la torre enorme / el mástil de hierro con aparejos duros / inacabado, confuso, deforme / el monstruo es horrible, visto de cerca. < <